00101846

BOMBAY BRANCH
OF THE
Royal Asiatic Society.
CLASS

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018

Collection de Poesias
by
Fernandes
Vol. 15. 16
1796

125
23
8
4
12

CONQUISTA DE LA BÉTICA:

P.P.h.2.

POEMA HEROYCO

DE JUAN DE LA CUEVA.

101846 aC

TOMO XV.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.

101846

00101846

CONQUISTA
DE LA BÉTICA.

LIBRO DECIMOTERCIO.

Con mustio rostro y con semblante fiero
Oyó Axartaf la no agradable historia
De Tarfira, que en habito guerrero
De Muley hubo y de Hacén victoria.
Siente mucho que un Moro forastero,
Aunque Rey, asi triunfe de su gloria
Con tanta infamia, menosprecio y ultrage
De su potencia, cetro y Real linage.
Las causas todas que su honor ofenden,
Una á una á sus grandes representa,
Los riesgos que de aquellas causas penden
En perjuicio general les cuenta.
Estas cosas el ánimo le encienden,
Y desdeñoso de ellas y su afrenta,
Muley presente, Habul Hácen presente,
Dice en voz alta Axartaf impaciente.
Si en los casos tan graves y forzosos,
Que entre las manos como veis tenemos,
Andais qual hoy tan fuertes y animosos,
Muy bien con nuestra pretension saldremos.

Muy bien á los Christianos poderosos
Del cerco en que nos tiene lanzaremos,
Y con infamia suya y gloria nuestra
Por fuerza hareis la suerte que sea vuestra.

Mirando estais con vuestros propios ojos
Vuestra tierra ocupada de enemigos:
Las pérdidas, las muertes, los enojos
Que sufrimos y dan á los amigos.
De Aznalfarah y Gelves los despojos
Que llevan, las cruezas y castigos
Que dan, y el daño general que hacen,
Con quel poder y fuerzas nos deshacen.

Todo esto veis, y mas que no me dexa
La mortal ánsia que deciros pueda,
Que segun veo las cosas y me aqueja,
Poco será la vida que me queda.
Y quando acabe llevaré una queja
Justa que del honor nos deshereda
Un Africano, y que una mugercilla,
Resistiese al caudillo de Sevilla,

O triste voz, ó afrenta miserable,
O duro oprobrio, ó misera caida
De un estado tan alto y tan loable
A una prufundidad tan abatida.
¿A quién el caso no será admirable?
¿Quién no se atreverá tal cosa oida?
¿Dónde no ofenderá, vista tal mengua,
Nuestra reputacion la vulgar lengua?

Pues deste modo van las cosas mias,
Y con quejarme no remedio el daño,

Quiero tentar las mas extrañas vias
Por salir si pudiere de este engaño.
Antes que vea cumplir las profecias
Que me amenazan en aqueste año,
Quanto al humano ingenio se concede
Haré que cosa por hacer no quede.
Y por principio vayan á buscarme
Luego con toda priesa y diligencia
La Mora que la lid vino á estorbarme,
Y mi venganza ha puesto en contingencia.
Desta quiero vengaros y vengarme,
Pues en Muley ni Hacén hubo potencia,
O hacerla ministro que ella sea
Por quien vengado en Botalhá me vea.
Fué el fuerte Moro Buyarruz nombrado
Que con su gente de á caballo fuese
Por la Mora, y al punto despachado,
Dixo el Rey que á otra cosa se acudiese.
Que á la flota que al rio tenia ocupado,
Ardiente fuego en ella se pusiese,
Y mandó para esto que buscasen
Hombres á quien la fábrica encargasen.
Agricalte tomó el cuidado desto
Por mandado del Rey, y luego acude
A ponerlo por obra, y dexa el puesto
Antes que el Rey de donde está se mude.
Quiere que pues está á su cargo puesto,
Que por su diligencia no se dude
El fin á que se aspira, de que entiende,
Quel remedio vendrá que se pretende.

Fuese Axartaf, y llevó á Muley consigo
Para tratar con él en su aposento,
En cosas que apartarlas de testigo
Era satisfacer su pensamiento.
Los demas requiriendo el bando amigo,
Salen al marcial alojamiento:
Habul Hacén, á quien amor aspira,
Dexa el muro y buscando va á Tarfira.

Quiere primero (si posible fuese)
Que la gente que va á encontrar con ella,
Y que su aviso el riesgo le advirtiese,
Que espera si viniesen á prendella.
Con esto va sin que á su afan pusiese
Tregua, ni acuda mas que á solo vella,
A pié, y cargado de armas sin que aguarde
Cosa, que todo le parece tarde.

Con seguro descuido del cuidado
Que Hacén lleva, la constante Mora
Fatigada del sol llegó á un cercado
Donde Zahen, un Moro viejo mora.
No está de yedra, ni árboles ornado,
Ni la fuente por él corria sonora,
La esteril grama y cardo lo ocupaba,
Y en medio un pozo mal formado estaba.

Una casa pajiza y mal cubierta,
Sobre toscos horcones sustentada,
De palma y cañas una fragil puerta,
Con un pedazo de hiscal atada.
Dió una voz, y fué del Moro abierta
Sin que tardase ni dixese nada,

Tarfira salta del caballo al suelo,
Con ligereza y sin ningun recelo.
Dióle la rienda al bárbaro en la mano,
Rogándole lo lleve á donde coma,
Y esto diciendo, el rostro soberano
Descubrió la guerrera de Mahoma.
Quedó de verla el Moro tan ufano,
Que ámbas rodillas en el suelo, toma
Las riendas, prometiéndole llevallo
Donde en seguro coma su caballo.
Dentro en la pobre casa á desarmarse
Tarfira entró, y el Moro al punto lleva
El caballo do puede apacentarse,
Y agua corriente de una fuente beba.
Y sin parar en cosa ni ocuparse,
Deseando saber cosa tan nueva
Vuelve, y en la presencia della puesto,
Con tremulosa voz le dice aquesto.
¿Qual suerte para mí tan ventajosa,
O bella imagen del superno coro,
Siendo celeste y no terrestre cosa
A la casa te trae de un pobre Moro?
Si es á que mi pobreza trabajosa
Acabe ya, por mi quietud le adoro,
Que con ella estoy libre y mas seguro
Que con las armas ni el Hercúleo muro.
Mas si te aqueja y trae de aquesta suerte
Algun trabajo, así te acuda el cielo,
Y dé el remedio á la fatiga fuerte
En que estar vemos nuestro patrio suelo.

Que no te menosprecies de ponerte
A contarme la causa de tu duelo,
Que tu semblante claro manifiesta,
Que el alma tienes en cuidado puesta.
Y porque entiendas que es en favor tuyo
El justo cielo, has de saber amiga,
Que te ha traido á do el amparo suyo
Le ampara desta marcial fatiga.
Que no s n causa su furor no huyo,
Antes quieto á estar aquí me obliga,
Que un hijo del Christiano Rey me tiene
Aquí, y mi casa su favor sostiene.
Que siendo como Príncipe ecelente
A un humilde servicio agradecido,
Aqui me dió seguro de su gente,
Y aqui en su amparo vivo enriquecido.
Y pues la causa es justa que te cuente,
Y tan buena ocasion se me ha ofrecido,
En breve te diré la historia desto,
Por quel seguro entiendas deste puesto.
Cansado de la vida trabajosa,
De palacio y su engaño peligroso,
De la precisa obligacion forzosa,
Que mas obliga al que es mas poderoso.
Huyendo de la astucia cautelosa
Del que rígido de ánimo ambicioso,
Con muestras de humildad abraza y liga
El regio mando de inmortal fatiga.
La privanza por medios adquirida,
Y esos no justos, y el forzar al justo,

El no acordarse de obra recibida
En pudiendo, y el deudo dar disgusto.
El dar al dulce adulador cabida,
Y al tercero del vano y torpe gusto,
De todas estas cosas fatigado,
Y de otras muchas vine aquí forzado.
Y el Rey, de quien primero hube licencia,
A quien qual él decia fué agradable,
Aprobó por discreta mi sentencia,
Y por él muchas veces fué loable.
Y dióme una segura preeminencia
Que como ley divina es inviolable,
Que en esta casa aquel que se acogiese,
Seguro de qualquier peligro fuese.
Cincuenta años ha y mas que desta suerte
Aquí qual ves en mi pobreza vivo,
Que ni el mañdar mi ánimo divierte,
Ni el ser mandado, ni el trabajo esquivo.
Desta gloriosa y ventajosa suerte
Por mayor libertad me veo cautivo,
Sin que me altere ni perturbe aquello
Que no se goza por temer perdello.
Sucedió pues, que esta quietud gozando,
Sobre Sevilla el Rey Fernando vino,
Tiénela como ves amenazando
Su fuerte espada al bando Sarracino.
Con fuerza, gente y armas, ocupando
La tierra toda, y sobre el rio divino
Victoriosas fustas, que detienen
Las que en socorro de Africa nos vienen.

Tiene el Real inexpugnable puesto,
En el tendido llano de Tablada,
A la insigne ciudad en contra opuesto,
De tan prolija guerra quebrantada.
De allí se esparce, sin que dexe puesto
La gente fiera, ni reserve nada
Que no sujete y ponga en la cadena
De cautiverio miserable y pena.

Un dia sucedió, que desta gente
Una esquadra á robar vino á esta parte,
Y por caudillo della un ecelente
Príncipe, igual al poderoso Marte.
Y habiendo recogido libremente
Quanto á ver puedes desde aquí alargarte,
De gente, de riquezas, de ganado,
Aquí vino con todo encaminado.

Entre el robo y cautivos que traian
Los Christianos guerreros recogido,
Venia Hayni, de quien segun decian,
Era en el Reyno de Pluton temido.
Baxos y pobres paños lo encubrian,
Y así sin ser de nadie conocido
Iba con los demas, á quien la dura
Cadena ataba y fuerte ligadura.

Llegó del modo que te voy diciendo,
A ese llano que de aquí se muestra,
El Christiano su presa recogiendo,
Hecha de gente y de hacienda nuestra.
Y Hayni, su trabajo conociendo,
Y la suerte á los nuestros tan siniestra,

Queriendo reparar el grave daño,
Acudió á él con un remedio extraño.
Fingió venir cansado, y reparóse
Un poco, y luego se tendió en el suelo,
Y dél con boca y manos aferrose,
Dando gemidos que herian el cielo.
Bramar la tierra en el instante oyóse,
Cubriose el dia con obscuro velo,
Piedra y agua las nubes arrojaban,
Y los truenos y rayos se alcanzaban.
Los vientos con violencia combatiendo
Procuraban vencerse con fiereza,
De sus contrarias partes acudiendo,
Mostrando allí su horrible fortaleza.
Iba la fiera tempestad creciendo,
Quanto mas ofendia su aspereza,
Sin ser posible á la Christiana gente
Valerse de remedio conveniente.
Todos estában juntos sin poderse
Del agua, truenos, rayos que caian
Apartarse, huir ni guarecerse,
Que en la tierra los pies se les hundian.
Ni á los unos los otros podian verse,
Voces confusas de temor se oian,
Con muerte amenazando á los Christianos,
Sin tocar nada desto á los paganos.
Despues quel agua y tierra, el viento y fuego,
Con furia todo su poder mostráron,
Teniendo en tan mortal desasosiego
A la Christiana gente á quien dañáron.

De luz el orbe fué adornado luego,
Las ofuscadas nubes se apartáron,
Salió el ardiente sol con encendidos
Rayos, mas que en la Lybia enfurecidos.
Comenzó el agua que cayó á encenderse
Y qual aceyte al fuego así hervia,
Que los Christianos sin poder valerse,
Entre ellos mismos sin cesar ardia.
Que ni adelante ir, ni atras volverse
Podian, aunque mas su afan crecia,
Y sin saber que hacerse en tanto daño,
Quedos sufrian el martirio extraño.
Yo, que ya preso dellos habia sido,
Y puesto en la presencia del Infante
Don Henrique, que á lástima movido
De mi edad, y desdicha tan bastante.
De mi vida el discurso habiendo oido,
Mandó á todos los que habia delante,
Que en persona ni hacienda me ofendiesen,
Y que libre en mi casa me pusiesen.
Desta merced tan alta y piadosa,
Agradecido yo como era justo,
El riesgo suyo viendo, y peligrosa
Suerte, causada por el mago injusto.
Sin reparar si era debida cosa
Dar vida á quien nos da tanto disgusto,
Me llegué al mago, que tendido estaba
En el suelo y la tierra conjuraba.
Toméle el brazo y dixe: Haymi levanta,
Y el fuego aparta que al Christiano ofende,

O en tí haré cortando tu garganta,
Lo que tu horrible ánimo pretende.
Respondióme (Zahen) poco te espanta,
Aun no ha baxado el fuego que deciende
Del cielo, con que pienso consumillos,
Sin que tú ni hombre pueda redimillos.
Claro entendí esta respuesta oyendo,
El ánimo dañoso que regia
El de Hayni, que con hablar horrendo
Fuego infernal del agua arder hacia.
La fuerza de su encanto conociendo
Que era de un libro oculto que traia,
Con que le vide siempre hacer cosas
Que en el infierno aun fueran monstruosas.
No diferí el remedio al grave daño
En que sin duda todos acabaran,
Entre el agua sulfúrea y fuego extraño,
Sin que armas ni esfuerzo aprovecharan.
Y asi furioso un corvo alfange apaño,
Sin que causas ni efectos me estorbaran,
Y la muerte di al mágico Agareno,
Y el libro horrible le saqué del seno.
Abrílo, y en el punto que fué abierto,
Espantables figuras pareciéron,
Truenos, ahullidos, voces sin concierto
Sobre nosotros resonar se oyéron.
Lleno todo de horror, sin saber cierto
Que hacer mas, á voces me dixéron,
Arroja el libro si librallos quieres,
Y sinó su remedio no lo esperes.

En el suelo que ardia lo eché luego,
Que apenas tocó en él, quando una llama
Se hizo el agua y se hizo el fuego,
Y por el ayre en vuelo se derrama,
Cesó al punto el mortal desasosiego,
Y sobre el ayre una luciente Dama
Coronada de estrellas refulgentes,
Se mostró á todos los que habia presentes.

Los Christianos quedáron admirados,
Y gozosos de ver cosa tan bella,
Y de rodillas todos inclinados,
Las manos puestas sin hablar ante ella.
Nosotros conmovidos y alterados,
La vista no moviamos de vella,
Y estando así gozando este consuelo,
Envuelta en oro se ascondió en el cielo.

Igualmente del caso suspendidos
Los unos y los otros nos quedamos,
Los Christianos los daños recibidos
Olvidan, y los nuestros olvidamos.
Que con estar cautivos y afligidos,
Alegres y contentos nos hallamos,
Y sin saber de que tan alentados,
Con ir temiendo y todos desmayados.

Despues de haber en general contento
Celebrado el exército Christiano
El venturoso y alto acaecimiento,
Con un fin tan extraño y soberano.
En medio de su ilustre Ayuntamiento
El Príncipe tomó mi diestra mano,

Diciendo: ó amigo, á quien debidamente
Debe la vida esta Christiana gente,
Ruégote (pues tan alto beneficio
Recibimos de tí en tan gran estrecho,
Que siendo á los Christianos tan propicio,
A tus moros agravio tal has hecho)
Des lugar que yo use el propio oficio
Contigo, y te dé el justo satisfecho
Que á tu piedad se debe y tu nobleza,
Que obliga á mí y á la Real grandeza.
Pide aquello que mas tu gusto fuere,
Que desde aquí otorgo libremente,
Y el Rey mi padre lo que yo hiciere
Tendrá por bien en la ocasion presente.
Postréme y dixe, pues tu Alteza quiere
Acudir á su ánimo ecelente,
Solo pido, que desta mortal furia
Esta mi casa no padezca injuria.
Fuéme otorgada la merced pedida,
Mandándolo así á todos sus guerreros
Que fuese así igualmente obedecida
De los demas Christianos Caballeros.
Y por hacerla mas engrandecida,
Soltar hizo cincuenta prisioneros,
Diciéndome, que aquellos me dexaba,
Y la misma merced les otorgaba.
Mandóme dar de ropas y de oro,
De los despojos una grande parte,
Con que pudiera hacer igual tesoro
Al que tiene Axartaf ofrecido á Marte.

Y dexando del bando nuestro Moro
Los bienes y cautivos, de aquí parte,
Y yo los bienes que me dió con ellos,
Con que los reparé y pude valellos.
Quedé del modo que te voy contando,
Con los cautivos libres sin pensallo,
Y yo libre el suceso celebrando,
Del modo que es razon solemnizallo.
Y el dia siguiente, apenas fué mostrando
La deseada luz, quando á caballo
Diez Christianos vinieron á traerme
Este papel por mas seguro hacerme.
Despues acá, mil veces ha venido
El Príncipe á esta casa á visitarme,
Y con tanta amistad favorecido,
Que puedo con descuido asegurarme.
De los suyos soy siempre requerido
Mandados dél que vengan á guardarme,
Y por esta razon digo, Señora,
Que estás segura á donde estas ahora.
Tarfira habia suspendida estado
Del Moro oyendo la agradable historia,
Con que aunque poco sosegó el cuidado
Que le causaba la tenaz memoria.
Y á Zahen dice; amigo yo he trocado
En bien mi mal, y mi tormento en gloria,
De donde vengo á conocer que el cielo
Me truxo aqui á reparar mi duelo.
La causa que me trae qual ves compuesta
De fuertes armas y caballo fiero,

Te contaré, mas la ocasion no es esta,
Que cansada me trae el pesado acero.
Dexame reposar, pues estoy puesta
En donde hallo la quietud que quiero,
Que luego te diré el proceso largo
De mi fortuna y mi suceso amargo.
Esto diciendo, la cabeza inclina
Sobre el brazo, y el cuerpo al suelo duro,
A reposar aplica la divina
Mora, y al sueño se entregó seguro.
Del Rey Moro, buscándola camina
La gente, que dexando el fuerte muro,
Con el cuidado que Axartaf quedaba,
Por el tendido llano la buscaba.
Habiendo en ala todo el ancho prado,
Sin perder punto en toda diligencia
Procurando á Tarfira, rodeado,
Llenos de furia y bárbara inclemencia,
Llegan do está su caballo atado,
Conócenlo, y no viendo la presencia
De la guerrera Mora, que buscaban
Cuidadosos y solícitos andaban.
Sin dexar parte á donde se entendiese
Poder la Mora dellos ser hallada,
No quedó que mil veces no se viese,
Ni senda sin dexar de ser hollada.
Viendo que della no hay quien les dixese
Buyarruz dixo: no aprovecha nada
La diligencia nuestra si se asconde,
Y no podemos entender ádonde.

No importa, qùe si ella está en el mundo
Respondió Carabé Moro valiente,
No se me asconderá, y si el profundo
La guarda, al Rey se la pondré presente.
Vamos, que la razon en que me fundo
Hará buena el cuidado diligente,
Y aquella casa de Zahen cerquemos,
Y á privilegios ni merced miremos.

Allí no hay duda quella esté ascondida,
Pues vino por aquí, y sabemos cierto
Que no sabe la tierra, ni en su vida
Pudo llegar á ver este desierto.
Esta merced injusta sea rompida,
Y con ella el inútil dueño muerto,
Seguidme Caballeros, que yo quiero
Ser el primero en traspasar el fuero.

Pica el caballo y todos lo siguiéron,
Y la casa del Rey privilegiáda
Con la mayor presteza que pudiéron
En torno fué de lanzas ocupada.
De los caballos prestos decendiéron
Carabé y Buyarruz, sin decir nada,
Y arrempujando la pajiza puerta,
Quedó del primer golpe en tierra abierta.

Lánzanse dentro, sale Zahen fiero
A voces resistiendo que no entrase;
Ni de su casa el libre y real fuero
En perjuició suyo quebrantasen.
Mandan que calle, y Carabé el primero
Le amenazó, si al punto no cesasen

Las libres amenazas y voz loca,
Y con su mano le tapó la boca.
Dió con él en el suelo, y la garganta
Le oprime el pie del bárbaro furioso,
Y estribando sobre él con fuerza tanta,
La boca tuerce el Moro congojoso.
Tarfira á este ruido se levanta,
Y á Zahen viendo en trance tan forzoso,
La espada empuña, embraza el fuerte escudo,
Y á ellos sale quan ligera pudo.
Buyarruz que iba entrando, dió con ella,
Y ella con él, hallándolo al encuentro,
Lo embiste fiera la guerrera bella,
Sin dexarle que entrar pudiese dentro.
El fuerte Moro teme de ofendella,
Movida el alma en su ascondido centro
De su belleza, y con cuidado extraño
Le va guardando sin hacerle daño.
Pídele que sosiege la fiereza,
Y un solo punto á que le hable aguarde,
Ella no escucha, y llena de crueza,
En saña horrible y en corage arde.
Crece el furor en ella y la braveza,
De modo que le obliga á que se guarde
A Buyarruz, que solo procuraba
Los golpes reparar que le tiraba.
Desta suerte el guerrero y la guerrera
En desigual batalla contendian,
Zahen, ya casi está ahogado fuera
De las soberbias manos que le asian.

La gente que cercando el puesto espera,
Como las armas y el gemir oian,
Dexan sus puestos, y en la casa se entran,
Y al Carabé ahogando el viejo encuentran.
Pasan delante y hallan á Tarfira
Con el valiente Buyarruz lidiando,
Arremeten á ella, él los retira,
Fieros golpes en ellos descargando.
Carabé acude, y con rabiosa ira,
Un grueso tronco que halló apañando,
Por un lado llegó, y quan fiera pudo
Tiró á Tarfira, que amparó su escudo.
Hecho astillas sembró con él el suelo,
Y ella del recio golpe sin sentido
Cayó, volviendo el bello rostro al cielo
Que á su vista fué todo obscurecido.
Bómita sangre, gime, y hecha un yelo
Quedó, y el bello resplandor perdido,
Sin órden arrastrados los cabellos
Por la tierra, y la sangre envuelta en ellos.
La bella mano Buyarruz le toma,
Ante ella de rodillas inclinado,
Que la piedad qualquier fiereza doma,
Y el noble pecho es della estimulado.
Este infiel, aunque seguia á Mahoma,
Como hidalgo y en ciudad criado,
Acudió como noble á su nobleza,
Sintiendo el hecho horrible con terneza.
Carabé culpa el noble sentimiento
De Bayarruz, con ánimo inhumano,

Diciendo, que era baxo pensamiento
No irse á él como debia á la mano.
Q·e considere el libre atrevimiento
Que c·n Muley usó, y veria llano
Ser justo lo que él hizo, y no lo fuera
Quando en tal lance así no lo hiciera.

No le da oido el Moro piadoso,
Que oir al fiero Carabé le ofende,
Por el hecho tan baxo y riguroso,
Que lo lastima y en furor lo enciende.
Mas temiendo al Rey serle sospechoso
Calla, y en su piadoso oficio entiende,
Procurando á Tarfira que volviese
Del desmayo, y la vida guareciese.

Tiene la mano en la sangrienta llaga,
La sangre restringiendo que salia,
Y con dulces palabras la alhaga,
Y blandamente el cuerpo le movia.
Triste y dudoso sin saber que haga,
Viendo que ni responde ni le oia,
Y que era fuerza irse y no dexalla,
Y de la suerte como está llevalla.

De fuerza justa y de piedad forzado
Está suspenso en congojosa duda,
De entrambas ádos cosas aquejado,
Para que á entrambàs de una suerte acuda.
Y de los suyos viéndose llamado,
Y quel desmayo della no se muda,
Que la lleven así qual está acuerda,
Sin que mas tiempo en aguardar se pierda.

Una tabla tenia Zahen puesta
Por reparo al entrar de su aposento,
Que del calor lo defendia en la siesta,
Y el invierno del helado viento.
Para poder llevalla eligió esta,
Y dél traida, sin tardar momento
Pone á Tarfira en ella, y á este instante,
Buscándola llegó Hacén su amante.

Y siendo vista dél de aquesta suerte
Quedó suspenso de dolor y espanto,
Sin que á hablar ni á preguntar acierte,
Rendido á la graveza del quebranto.
La espada arroja y el escudo fuerte,
Y provocado á lastimoso llanto,
Pone las dos rodillas en el suelo
Junto á ella, y la voz levanta al cielo.

Dice (ay de mí) quan crudamente he sido
Castigado, y no sé de quien me queje,
No sé quien pudo ser, sé que ha podido
Hacer quel alma de la mia se aleje.
De un golpe á dos almas ha ofendido
La tuya en que su bella estancia dexe,
La mia en ver tu muerte dolorosa,
Que eternamente la trairá llorosa.

Furioso vuelve á arrebatar su espada,
Y embrazando el escudo dice: dime
Buyarruz, ¿cuya fué la mano osada,
Que fué ocasion que el alma mia lastime?
Dímelo presto, no me encubras nada,
Verás si deste brazo se redime

Aun quel Christiano exército le acuda, (da.
Y el Moro, el mundo y infierno esté es su ayu-
Quedó en diciendo esto el Moro fiero,
El espantable rostro levantando,
Mirando del primero hasta el postrero,
Los movimientos y color notando.
Carabé á responder salió el primero,
Buyarruz lo atajó, y la voz alzando
Le dice: Hacén modera las razones,
Que ofenden á tu nombre los blasones.
El sucedido caso desta Mora,
Fué acaso, y sin pensar dada la muerte,
El como fué te contaré, y no ahora,
Que nos aguarda el Rey con esta suerte.
Y si tu alma su belleza adora,
Y te lastima su pasion, advierte
Que importa mas tu honor que no su vida,
Y esto aplaque tu cólera encendida.
Viendo Hacén que allí no era posible
Vengar la injuria á su querida hecha,
El encendido ardor y saña horrible
Dentro en su pecho conmovido estrecha.
Y junto á ella con dolor terrible,
Su malograda hermosura endecha,
Pide justicia al cielo de su injuria,
Pues él no puede executar su furia.
Estando así quejándose, llegáron
Quatro Moros que Buyarruz envia,
Y la tabla y la Mora levantáron,
Para llevarla al Rey que la pedia.

Sobre sus fuertes hombros la cargáron,
Y Hacén con los suyos acudia,
Pidiendo á los demas que se apartasen,
Y á él solo la carga le dexasen.

Así la casa de Zahen dexando,
Que casi muerto en un rincon metido,
Sin hacer cosa ni hablar temblando,
Allí aguardaba que se hubiesen ido.
Que con la presa apriesa caminando,
Iban al patrio muro conocido,
Llevando al Rey la Mora por presente
Cercada de armas y de armada gente.

Contentos, aunque no victoriosos,
Los Moros iban, con llevar cautiva
A la bella Tarfira, y gloriosos
La frente alzaba cada uno altiva.
Entre los Moros iban dos famosos,
Exercitados en la guerra esquiva,
Parientes ámbos y contino amigos,
De Christianos mortales enemigos.

Teniendo por infame la hazaña
De prender una Mora tanta gente,
Mahomad dice á Carabé con saña,
La voz alzando con furor ardiente:
¿No tienes por afrenta y mengua extraña
Carabé amigo, la ocasion presente?
¿Es hazaña debida á nuestra gloria
De una flaca muger haber victoria?

¿No consideras esto, no te altera
El fuerte pecho y ánimo invencible?

¿Esto puede sufrir tu espada fiera?
No lo puedo creer, que no es posible,
Mientras la presa va que el Rey espera,
Qué á Muley tiene en confusion terrible,
Nosotros vamos á buscar Christianos
Con quien probemos (no en muger) las manos.
  Queriendo darle Carabé respuesta
A Mahomad, se anticipó primero
El bizarro Zafi, diciendo: en esta
Ocasion quiero ser tu compañero.
No es ménos el cuidado que me cuesta,
A Zafi respondió Buhani fiero,
Que el que os tiene en aquese sentimiento,
Y así os iré á servir si os da contento.
  Holgóse Mahomad, y deteniendo
Las riendas todos, dexan ir la gente
Para elegir que via irian siguiendo,
Qué fuese á su intencion mas conveniente.
Y estando entre ellos esto confiriendo,
Llegó Niceno, el Andaluz valiente,
El fuerte Orcano y animoso Habrino,
Entendiendo que hacian aquel camino.
  Carabé viendo sin pensar consigo
Junta tan escogida compañía,
Dice: bien creo Mahomad amigo,
Que este socorro el cielo nos lo envia.
Que la gente en favor que ves contigo,
Cada uno por sí te prometia
Seguro el intento que te lleva,
Y mas llegados á hacer la prueba.

Lo que nos falta solo es que al efecto
A que nos juntó el cielo nos pongamos,
Sin aguardar mas órden ni decreto,
A buscar ya nuestros contrarios vamos.
A ese parecer el mio someto
Niceno dixo, y todos aguardamos
Quel camino elijais que os pareciere,
Que á la ocasion importa y se requiere.
Mahomad respondió, al real guiemos
Atravesando por aquesta senda,
Y á la derecha mano lo dexemos,
Para que nuestra ida no se entienda.
Y á vista dél, los siete aguardaremos
Que salga, y si hay quien esto nos defienda,
Que donde digo es donde mas importa
Para que nuestra espada vean si corta.
Volvió la rienda á la siniestra mano,
Donde un camino angosto le encamina,
Dexando á la derecha el fertil llano
Que fué sepulcro á Justa y á Rufina,
Pasa á Valdeleon libre y ufano,
Donde fué de Abenamar la ruina,
Y de Arritaña el peligroso arroyo
Que en el estio es un baxo y largo hoyo.
De Alcalá miran el Alcazar alto
A donde el sol primero su luz muestra,
Entregando al Christiano sin asalto,
Y sin probar la suerte adversa ó diestra.
Murmurando el valor de que fué falto,
De su Alcayde la suerte tan siniestra,

Llegan los siete bárbaros guerreros
Entre el real Christiano y los Erveros.
De verde pasto y yerva está este puesto
En invierno abundante y en estío,
Por su fertilidad siempre dispuesto
Para tenerla en el calor y el frio.
Tiene una milla el Betis en opuesto,
De Guadayra casi junto el rio,
Que quando sale con creciente baña,
Juntándose con Betis su campaña.
La fuente que el Maestre D. Pelayo
Hizo suya, ganando con la espada
El agua della en el ardiente Mayo,
Siéndole de los bárbaros vedada.
Á quien no ofende el encendido rayo
De Apolo, ni jamas se vió agotada,
Lo fertiliza, y es en los calores
Refrigerio á sedientos cazadores.
En medio tiene una alta torre y fuerte,
Segun fama, do Habrén tuvo encantado
A Buhanzul, porque le dió la muerte
A Heydia su hija de quien era amado.
Y sintiendo Asambey la dura suerte
Contra Habrén en secreto conjurado,
Le dió la paga digna al fiero intento,
Con que deshecho fué el encantamiento.
A cumplir su designio se pusiéron
En medio del camino, deseando
Que viniesen al fin que ellos viniéron,
Los Christianos que vienen procurando.

En órden militar se reduxéron
A vista del real del Rey Fernando,
Donde les sucedió de la manera
Quel arrogante y temerario espera.
   Puestos aquí los bárbaros guerreros,
Aguardando á cumplir en los Christianos,
El fiero intento y detestables fieros,
De hombres viles y de ingenios vanos.
Del Christiano real dos Caballeros
Saliéron, y á do estaban los Paganos
Puestos en acechanza encamináron,
Y á vista de los Moros se halláron,
   El uno de los dos era el famoso
Garciperez de Vargas, cuyo nombre
Vencerá al tiempo, y será glorioso
En todas las naciones que se nombre.
El otro está quien fuese aun hoy dudoso,
Porque dél no pudiese decir hombre,
Que Garciperez solo y su escudero,
Conociéron quien fue este Caballero.
   Iban los dos su via prosiguiendo
A guardar los Erveros enviados,
Porque el sol ya su luz diminuyendo,
Del cielo declinaba los mas grados.
Y de improviso á los Paganos viendo
En el camino que seguian parados,
El Caballero rehusó la suerte,
Y á Garciperez dixo desta suerte.
   Paréceme si á tí señor parece,
Quel camino dexemos que llevamos,

Que en ocasion qual es la que se ofrece,
Justo es temer y injusto si aguardamos.
Aquí pues es do el premio se merece,
Respondió Garciperez ¿qué dudamos?
Que siete á dos no es mucha demasía,
Ni vencerlos tampoco es valentía.

Que pasemos delante es lo que importa,
Sin que torzamos de la via derecha,
Pues saben bien si nuestra espada corta,
Y como los castiga y los estrecha.
Esto ha de ser, tu alteracion reporta,
No les demos indicio ni sospecha,
Que rehusamos de pasar por ellos,
Que temiendo será ensoberbecellos.

Seguir aquese temerario acuerdo,
O Garciperez, me parece injusto,
Respondió el Caballero, y de hombre cuerdo
Mudar de acuerdo que ha de dar disgusto.
En persuadirte el tiempo en valde pierdo,
Y aguardar mas aquí no es caso justo,
Yo me voy al real, allá te aguardo,
Que siempre de ese número me guardo.

Vuelve el caballo y pica á toda priesa,
Con tal presteza en su veloz huida,
Que aun en la tierra no dexaba impresa
Del pié la forma aunque era dél herida.
El Rey miraba esta afrentosa empresa
Del que huyendo así escapó la vida
Y se vino al real, y considera
El que aguardaba á la batalla fiera.

Su valor viendo y su constancia fuerte,
Y como solo y sin temor se via
Contra los Moros á probar la suerte,
Y se apercibe á la batalla esquiva.
Guarecer (dice el Rey) es bien la muerte
A este Christiano, y es razon que viva,
Váyanlo á socorrer al que así acude
A un hecho tal sin quel temor le mude.

Cumplirá al punto, ó excelso Rey, tu mando,
(Don Lorenzo Juarez dió en respuesta)
Si al que allí ves los Moros aguardando
No fuera Garciperez, que en aquesta
Ocasion, su valor manifestando,
Verás quan poco el darle ayuda presta,
Que si como son siete fueran ciento,
Lo mismo fuera en conseguir su intento.

Tu Alteza aguarde, y verá si aguardan
Lo que el ser siete importará á su brazo,
Y si en la lid los bárbaros se tardan,
Si dellos dexa en su lugar pedazo.
Que los mas fuertes huyen y acobardan
De oir su nombre, y les da embarazo
Las armas, y el huir les es seguro
Del fuerte encuentro ó de su golpe duro.

A este punto el valiente Caballero,
Ya que los Moros junto á sí tenia,
Paró el caballo, y pide á su escudero
Las armas para el fin que pretendia.
Y á cubrir yendo con el blanco acero
La cabeza, una escofia que traia

Se le cayó en el suelo, sin que fuese
Vista de él ni el criado lo sintiese.
  El yelmo enlaza y el caballo alienta,
Sin quel temor le ocupe ni desvie,
Con el valor que siempre se presenta,
Que era justa razon que del confie.
Que de seguirle tenga mucha cuenta
Le mandó á su escudero y tras él guie,
Y con esto las armas aprestando,
Paso á paso á los Moros fué llegando.
  Por medio dellos hizo su camino
Sin torcer via ni mudar pisada,
Dexándolos suspensos el divino
Varon que tuvo á la fortuna atada.
Viéndolo así pasar dixo Habrino,
No ha sido provechosa esta jornada
Mahomad, ni de honor para ninguno,
Pues siete somos asaltados de uno.
  Mahomad respondió, razon tuvieras
De poder condenar nuestra flaqueza,
Si á Garciperez tu no conocieras,
Y supieras qual es su fortaleza.
Mas sabes bien que en las batallas fieras
Es pestilencia nuestra su fiereza,
Y quieres tú que acometamos siete,
A uno que á un exército acomete.
  Miéntras esto decian los Agarenos,
Garciperez se habia desviado
De los Moros, que de otro asombro lleno,
Se suspendiéron viéndolo parado.

Y fué, que como á echar viniese ménos
La escofia que perdida habia quedado,
Picó el caballo y la rienda vuelve,
Y á donde están los bárbaros revuelve.
Viendo el fiel criado, que volvia
Por la escofia, al lugar que los Paganos
Ocupaban, la ida le impedia
Con tiernos ruegos, puestas ámbas manos.
Diciéndole: Señor dexa esa via,
Porque sin tí no dexes los Christianos,
Mira que no es la causa tan forzosa
Que te obligue á una empresa tan dudosa.
¿No satisface á tu invencible pecho,
Haber por siete Moros de ácaballo
Pasado así, y tan poco caso hecho
Que pone admiracion considerallo?
Con ménos satisfaces tu derecho,
Dexa el riesgo, no vuelvas á buscallo,
Pues no te obliga, y mira pues te llama,
Que en el peligro muere el que lo ama.
Calla (respondió el fuerte Caballero)
No digas mas, que es causa y fuerza urgente
La que me fuerza, y sígueme escudero,
No temas hoy adverso inconveniente.
Pues sabes bien la causa porque quiero
Cobrar mi escofia, que es que no consiente
Mi cabeza momento estar sin ella,
Mira tú si es razon dexar perdella.
Sin decir mas, guió derecho al puesto
Que ocupaban los Moros, donde habia

Caídose la escofia, con dispuesto
Animo de mostrar su valentía.
Los Moros viendo que volvia tan presto,
Creyendo que á buscallos revolvía,
Cortados de pavor el puesto dexan,
Y á mas huir huyendo dél se alejan.

Don Lorenzo Juarez quando vido
Huir los Moros la campal revuelta,
Y quel mas confiado y atrevido
Picando iba huyendo á rienda suelta,
Dixo: ¿ve vuestra Alteza el escogido
Valor de Garciperez, vió la vuelta
Que dió sobre ellos, porque no saliéron
A él ni de temor le acometiéron?

Cierto tengo Señor, que si á él salieran,
Que dellos diera Garciperez cuenta,
De suerte que á Sevilla no volvieran
Sino los ménos á contar su afrenta.
Que yo sé bien los hechos que se esperan
Dél, y sé que tu exército sustenta
Caballeros que puedes con seguro,
Al mundo todo echar el yugo duro.

Estando el Rey y Don Lorenzo en esto,
Garciperez llegó con su criado,
En su heróica demanda, al mesmo puesto
Donde la escofia se le habia quedado.
Hallóla, y dellía al punto fué compuesto,
Y el camino tornó que habia dexado
A guardar los Erveros, porque el dia
A mas andar del mundo se ascondia.

LIBRO DECIMOQUARTO.

Cansado de aguardar, y congojoso
Del suceso contrario á su deseo,
Axartaf impaciente está y cuidoso,
Temiendo el fin perdiendo aquel trofeo.
Muley brama al Rey viendo temeroso,
Y que le imputa por delito feo,
Quitarle una muger de aquella suerte,
Rendir á Botalhá ó darle muerte.

Solos, en esto solo estan tratando
Los dós en el Real apartamiento,
Sus recelos el Rey representando,
Y Muley su arrogante pensamiento.
La defensa del daño administrando,
La venganza del duro acaecimiento,
Muley se la promete al Rey y jura,
El Rey le oye y nada le asegura.

Está qual el que en áspero combate
De la enemiga mano fué herido,
Que al cirujano da que llegue y trate
Las llagas que lo tienen afligido.
Y temiendo el dolor que no le mate,
Que de esfuerzo le priva y de sentido,
Le promete de dar salud entera,
Aunque el presente mal le desespera.

Por todas partes ve su daño cierto,
Y la muerte delante de sus ojos,
El afligido Rey ya casi muerto,
O muerta su esperanza en sus enojos.
Y Muley con altivo desconcierto,
La victoria, venganza y los despojos,
Le promete, y el Rey que siente el daño
Calla, y conoce que es hablar y engaño.
Ocupados los dos estando en esto,
Entro Agricalte, y con semblante amigo
Le dixo al Rey: Señor tu verás presto
La venganza que importa en tu enemigo.
Para quemar su flota está dispuesto
Lo necesario, en que el ingenio sigo
De Braxen y Abdulac, tus ingeniosos
Arquitectos, en su arte milagrosos.
Una balsa fabrican, que del rio
Ocupe desde aquesta aquella parte,
En cuya fuerza y fábrica confio,
Lo que en la fuerza del potente Marte.
En toda ella sin dexar vacio
El fuego ha de ir dispuesto por tal arte,
En tinajas de pez y alquitràn llenas,
Que abrasen gente, vasos, xarcia, entenas.
Irán delante quatro naos de armada,
Que hagan rostro á la enemiga gente,
Y la balsa de Moros ocupada,
Defendiendo y lanzando fuego ardiente.
Gente saldrá por tierra aderezada,
Que la ribera cubrá juntamente,

Que detenga al Christiano que huyere
Del fuego, y muera á hierro el que saliere.
Este es el órden que, Señor, se ha dado
Para que venga tu deseo á efecto,
Y el Christiano orgulloso y confiado,
Pierda el brio y de tí se vea sujeto.
Solo resta que sea confirmado
De tí gran Señor nuestro este decreto,
Que de tí confirmado, todo el orbe
No es poderoso que tu intento estorbe.
Calló Agricalte, y con semblante ledo
Quedó mirando al Rey que le responde,
De tu lealtad y diligencia puedo
Decir que á tu nobleza corresponde.
Lo que en eso demandas te concedo,
Haz á tu gusto, y trázalo por donde
Te pareciere que al negocio importa,
Y con la diligencia el tiempo acorta.
Inclinó la cabeza al pecho. y vuelve
El valiente Agricalte, y á este punto
La quietud y silencio se revuelve
Con un alto clamor que se oyó junto,
Axartaf fiero el manto al brazo envuelve,
Y el alfange previene y pone á punto,
Muley hace lo mismo, y donde oyéron
El confuso rumor los dos saliéron.
En el umbral de la primera puerta,
El uno y otro ayrado y conmovido
Se ponen á entender la causa cierta
Del alboroto y súbito ruido.

La duda les altera y desconcierta,
Y les pone delante que rompido
El muro ya los enemigos se entran,
Y á Garciperez y al de Ucles encuentran.
Daba fuerza á esta duda y temor vano,
La obscura noche que con sombra fria,
Tenía cubierto el monte, el soto, el llano,
Y quanto al mundo manifiesta el dia.
Oye el confuso estruendo el Rey Pagano,
Ve que su guardia al arma se ponia,
Teme, duda, recela, y sin aliento,
Cien mil cosas sospecha en un momento.
Sin poderse entender, ni haber quien diga
La ocasion cierta del suceso incierto,
Á querer ir, y á no salir le obliga,
En su palacio estándose encubierto.
Teme traycion de alguna civil liga,
Teme de su enemigo algun concierto,
Y en esta suspension y duda estando,
Buyarruz llega y dice así en llegando.
De tu guardia hemos sido detenidos,
Y puesto casi á riesgo de perdernos,
Pues quedan muertos dos, y tres heridos,
Sin saber como ni poder valernos.
La causa fué, que siendo detenidos
Los que solemos ante tí ponernos,
Mayormente trayendo qual mandaste
La Mora que huyó, á que me enviaste.
Sin querer permitir ni dar licencia
Para entrar ni noticia desto darte,

La guardia toda puesta en resistencia
Dixo, que no podiamos hablarte.
Queriendo cumplir yo con obediencia
Traer la Mora que impidió vengarte,
Qual á mi cargo puso tu Real mando,
Pedia la entrada aquesta razon dando.
Respondiéron que á tí no te importaba
Prender á una muger, ni dar cabida
A hombres que su esfuerzo se empleaba
En hazaña tan torpe y abatida.
Que la ocasion presente demandaba
Quien mate hombres, no quien quite vida
A las mugeres, y que hombres tales,
No han de ver de los Reyes los umbrales.
Estas injurias y estorbar la entrada,
Alteró á todos los que á tí venian,
Y dixéron á una en voz airada,
Que era traycion aquella que hacian.
Que les fuese la puerta al punto dada,
Porque de maldad cierta se temian,
Sobre esto remitiéron á las manos,
Los pensamientos de ámbas partes vanos.
Viendo el furor de entrambas á dos partes,
Vengo Señor á procurar remedio,
Porque si tú no vas y los despartes,
No se qual otro pueda ser el medio.
No bastan fuerzas ni aprovechan artes,
Sino que á tu persona ven en medio,
Acude gran Señor, ó da tú el órden
Que ponga freno al bárbaro desórden,

En el sobrino puso el Rey los ojos
Diciendole Muley, sal allá luego,
Pon en paz esos bárbaros enojos,
Pon en quietud su gran desasosiego.
Y porque satisfagan sus antojos,
Que no estoy muerto, y cese el furor ciego,
La puerta se de á todos francamente,
Que en aquesta ocasion es conveniente.

Muley no tardó mas en salir fuera
A sosegar el fiero movimiento,
Que oir al tio la razon postrera,
Y saber que era aquel su pensamiento.
Parte furioso con veloz carrera,
Y en medio del revuelto Ayuntamiento
Se pone y dice: ¿qué locura os mueve?
¿Que infernal furia amigos os conmueve?

¿Las armas que traeis para defensa
De vuestro Rey y vuestros ciudadanos,
Volveis contra vosotros, en ofensa
De vuestra gloria y hechos soberanos?
¿No veis que es contra el cielo el que tal pien(sa,
No vèis que os sois vosotros inhumanos?
Alzad las lanzas, desviaos amigos,
Y esa ira emplea en los enemigos.

Vuestra virtud se ve, y lealtad veo clara,
Bien se conocen vuestros nobles pechos,
Bien se dexa entender, bien se declara,
Bien nos haceis á todos satisfechos.
Vamos que os llama el Rey, dexá esa avara
Furia para emprender mayores hechos,

Seguidme y esta Mora le llevemos,
Con que un servicio grande le hacemos.
Oyendo todos á Muley, alzáron
Las fuertes picas que tenian caladas,
Los unos y los otros envaynáron
Las cimitarras que tenian sacadas.
El alboroto y furia sosegáron,
Qual las ondas del mar son aplacadas
Faltando el viento, ó viendo la presencia
Del que sobre ellas tiene preeminencia.
Así los alterados corazones
Se apartan del furor en que se ardian
Viendo á Muley y oyendo sus razones,
Como los que su mando obedecian;
Y asiendo de Tarfira, á rempujones
Ante el Rey de rodillas la ponian,
Que viéndola, y de sangre toda llena,
Perdió la ira y se conmueve á pena.
Fuéle allí todo el caso referido
De Zahen que en su casa la amparaba,
Y como fué de Carabé ofendido,
Porque su libertad apellidaba.
Quedó el Rey admirado y suspendido,
Quando estas cosas Buyarruz contaba,
Y con semblante grave y sosegado
Dixo: esa Mora pongan en recado.
Con esto dió la vuelta á su aposento,
Y Muley viendo la hermosa Mora,
Aunque cubierta del humor sangriento,
Perdió la saña que en su alma mora.

Volvió en amor el fiero pensamiento,
Y della al punto el Moro se enamora,
Y olvidado del daño y de la afrenta,
Su mal con nuevo afecto representa.
Asele con la mano de la suya
Límpiale el rostro y dícele: ¿es posible
Que me haga el amor empresa tuya,
En ocasion de enojo tan terrible?
Nadie es posible que su suerte huya,
No hay al poder de amor nada imposible,
Todo lo allana con su fuerza y arte,
Pues en mí hace lo que no hizo Marte.
La bandera de hoy mas, Señora, sigo
Del amor que me abrasa las entrañas,
Por tí á sufrir su sinrazon me obligo,
Y por tí sus cruezas quiero extrañas.
A mi muerte daré vida contigo,
Haré por tí loables mis hazañas,
Vengaréme de aquella ingrata Mora
Que me dexó y á mi enemigo adora.
Esto diciendo el encendido Moro
La levantó del suelo, y dice vamos
Donde estas llagas cure Maniloro,
De quien la Real persona confiamos.
Que el gran Señor del cielo á quien adoro.
La salud os dará que deseamos,
Y porque mis deseos no sean vanos,
Imolaré en su altar dos mil Christianos.
Hacén viendo un extremo semejante,
Y que Muley llevaba así á Tarfira,

Quedó suspenso, y sin pasar delante
Ardiendo en zelos y en furor suspira.
Ni la razon ni esfuerzo es importante,
Ni en aquella ocasion sirve la ira,
Dudoso y sin saber que medio siga,
Se rinde á su dolor y á su fatiga.
Furioso parte en seguimiento dellos
Lleno de horror y de infernal fiereza,
Sin que su vista se desvie de vellos,
Tras dellos va con suelta ligereza.
Y viendo que estorballos ni ofendellos
No era posible, gime con terneza
Disimulando su pasion ardiente,
Los acompaña humilde y obediente.
Miéntras se habian ocupado en esto,
Y en la rebelion, Mateo de Orgales,
Un Christiano que fué en cadena puesto,
Y traido á sufrir sus duros males.
Habiendo visto todo lo propuesto,
Y teñirse de sangre los umbrales
De la casa Real, coligió cierto
Que la ciudad se alzaba ó era el Rey muerto.
Sin detenerse punto acudió luego
A las estancias donde habia Christianos,
Contóles lo que vió, y el civil fuego
Que se iba encendiendo en los Paganos.
Que si querian volver á su sosiego,
Y á ver los suyos aprestasen manos
Y corazones qual pedia el negocio,
Dexando la quietud y el blando ocio.

De todos fué con gran contento oido,
Y todos en que fuesen conformáron,
Y aunque no se mostró con alarido,
Con blanda voz y brazos lo mostráron:
Acude cada qual despavorido
A buscar armas, y otros se quedáron
Tomando el órden que en aquesto fuese
El mejor que á su intento conviniese.

Entre los que quedáron aguardando,
El uno fué Gonzalo de Reynoso,
Que habia treinta años que vivia penando
En cautiverio triste y trabajoso.
Este el negocio bien considerando
Como varon prudente y animoso,
A quien por larga edad debian respeto,
Dió confiado en esto este decreto.

Si nuestra pretension, qual deseamos,
Quereis que sin contraste se consiga,
Y qual es nuestro intento nos veamos
Libres de aquesta servicial fatiga.
Una cosa conviene que hagamos,
Que si en ella nos es la suerte amiga,
Sin duda con fin próspero veremos
Quanto en este negocio pretendemos.

Despues que la fortuna en tan extraños
Y rigurosos males me sujeta,
Haciéndome probar los graves daños
Del cautiverio con que así me aprieta,
He pasado la fuerza de mis años
De la forma que á nadie os es secreta,

Vendido cien mil veces y comprado,
La noche y dia sirviendo aherrojado.
En aquesta miseria rigurosa,
Padeciendo del modo que se entiende,
En oprobrio y afrenta vergonzosa,
Sujeto á quanto en este estado ofende,
Viene á parar mi vida trabajosa
(Quel cielo por milagro me defiende
Para lo quel sabe) en ser cautivo
De Baxen, por quien temo el estar vivo.
Larga historia seria si quisiese
De la vida que paso daros cuenta,
Y no dudo que á llanto os conmoviese
Del modo que á mí mismo me atormenta.
Y la ocasion huyendo se nos fuese,
Que vuestro esfuerzo y gran valor intenta,
Para lo qual conviene que me acorte
En razones, y dé el debido corte.
Este Baxen que en su prision me tiene,
Cuyo cautivo soy por mis pecados,
Este se ocupa ahora y se detiene
En ingenios de fuego nunca usados.
Aconsejó al Rey Moro, que conviene
Para que los Christianos sean quemados
Dentro en las naves y las naos con ellos,
Sin que librarse puedan ni valellos.
Una balsa hacer que fuego ardiente
Lance, y que entrando en medio de la armada
La abrase toda, y la Christiana gente
Muera en el agua ó muera allí abrasada.

Esto hacen con priesa diligente,
Y está para este efecto aparejada
Gran suma de alquitran, pez y resina,
De que gastando van en la marina.
Está aprestado en una atarazana
Todo esto, y de aquí lo van llevando
Aquella parte en frente de Triana,
Que es donde están la balsa aderezando.
Digo pues, que en estando la Christiana
Gente aquí junta, partiré volando,
Pondré en resina, en pez y alquitran fuego,
Y la vuelta daré á este puesto luego.
Los bárbaros en viendo que se arde
La pez y lo demas que tienen junto,
No habrá hombre dellos que en su casa aguar- (de
Que no acuda á matar el fuego al punto.
Ellos en esto sin que mas se tarde
Estando la huida nuestra á punto,
Huir podemos con mayor seguro,
Y saltar por qualquiera parte el muro.
Por una parte de la noche obscura
Que sobre el mundo tiende el negro manto,
Somos qual veis en esta coyuntura
Ayudados con sombra que da espanto.
La cisma entre los Moros asegura
Nuestro hecho, y en esto hará tanto
Que guiados del cielo como vamos,
Nuestro justo deseo consigamos.
Pareció bien á todos el consejo,
Y las razones fuéron aprobadas

Que les dió el venerable y sagaz viejo
Para ser sus desdichas acabadas.
Desean viendo el tiempo y aparejo,
Pues estaban en una conformadas
Las voluntades, que viniendo diesen
Principio al hecho y tiempo no perdiesen.
Reynoso estaba y los demas en esto,
Con ardiente deseo deseando
Que ya ocupasen los demas el puesto
Que ellos ya deseaban ir dexando.
A este punto con ánimo dispuesto,
Apercebido de armas convocando
Los Christianos que habia en el camino,
Mateo de Orgales al concierto vino.
Luego tras él llegó Martin de Oviedo,
Anton de Aguayo y Nuño de Padilla,
Fernan Perez y Jayme de Pinedo,
Juan de Avendaño y Pedro de Avesilla.
Estos de esfuerzo armados y denuedo,
Mas que de armas, piden que á Sevilla
Dexen ya, mas Reynoso los sosiega,
Y que le aguarden solo un punto ruega.
Sin detenerse parte presuroso
Por el camino que tambien sabia,
Llega al atarazana el animoso
Viejo con el valor que convenia.
Aplica al punto el fuego codicioso
En toda la resina y pez que habia,
Echando en cima estopas embreadas,
Que habia para la balsa aparejadas.

Al punto que la llama vió emprendida
En los barriles y esparcirse el fuego,
No aguardó mas, dexando la encendida
Atrazana dió la vuelta luego.
Llegó á donde aguardaban su venida
Los Christianos en gran desasosiego,
Temiendo que sentido ó preso fuese,
Por donde su negocio se entendiese.

Mas viéndolo, y que habia concluido
Con próspero suceso tal hazaña,
Fué con placer de todos recebido,
Casi llorando de alegria extraña.
Y así Mateo de Orgales conmovido
Le dice: ó claro honor de nuestra España,
Gloria, ilustre del nombre de Reynoso,
Por quien puede de hoy mas ser mas glorioso.

Ya que nos da tu gran valor seguro
Quel deseado fin conseguiremos,
Da el órden como ya saltando el muro
La libertad perdida procuremos.
Que de la noche huye el velo obscuro,
Y casi ya de oriente la luz vemos,
Y en difiriendo un punto nuestra ida,
Cierto será que nos será impedida.

No será quando todo el mundo venga,
Dice Reynoso, ni se pierde punto,
Que no ha sido dilacion tan luenga
Que nos aparte el bien que vemos junto.
Y para que se alcance se prevenga
Todo, y se ponga lo importante á punto,

Y pegados al muro en orden vamos,
Y de las calles públicas huigamos.
Todos al punto en órden se pusiéron,
Aprestando las armas que traian,
Con el mayor silencio que pudiéron
Por las mas solas calles se ascondian.
De igual valor sus pechos guarneciéron,
Que por escudo al riesgo los ponian,
Seguros que ningun acaecimiento
Retraer los haria de su intento.
Guiados de su esfuerzo y su ventura,
Que adiestrándoles iban el camino,
Cubiertos de la noche fria y obscura,
Qual á su heroica empresa les convino.
Para quebrar la fuerte ligadura
Del cautiverio á tal valor indigno,
Al muro del Osario que nombráron
Por mas seguro todos allegáron.
Suben y al punto atáron de una almena,
Una soga que á Jayme dió Reynoso,
Y sin dificultad ni sentir pena,
Cada qual baxa al campo presuroso.
Ya á este punto en clara voz resuena
La fama del incendio peligroso,
Altérase el lugar, tocan á fuego,
Conmuévese sin órden ni sosiego.
Acuden con ardiente diligencia
Por todas partes, unos arrojando
Agua en el fuego, y otros su violencia
Van con vinagre y tierra mitigando.

No habia en hacer esto diferencia,
Igual era el mandado y el del mando,
Que en los graves sucesos de este modo,
Como es comun el daño es igual todo.
El confuso clamor, el alarido,
Las voces, el estruendo, el desconcierto,
El alboroto y el comun gemido,
Indicio daban de su daño cierto.
Que sin saber el caso sucedido,
Muchos lloraban ya su pueblo muerto,
Y arrojando las armas se ascondian,
Creyendo que así el daño redimian.
Otros siguiendo la confusa gente,
Sin saber donde ó como iban forzados,
Donde el pueblo acudia y vian la ardiente
Llama hondear por techos y tejados.
Otros iban con priesa diligente
A los puestos que habia señalados
En muros, torres, y en cerradas puertas,
Porque no fuesen al Christiano abiertas.
La voz llegó y el pavoroso estruendo
A los oidos de Axartaf, que estaba
Entre sueños el gran clamor oyendo,
Y sin volver en sí se fatigaba.
Mas de sí el grave sueño sacudiendo
Se puso en pié, oye el clamor que andaba,
Toma las armas, abre el Real Palacio,
Sale sin darle su furor espacio.
Encuentra con Muley, y tras él luego
El arrogante Carabé venia,

Que en apagar el encendido fuego
Se halló con su gente y compañía,
Cuéntale el caso, y como ya en sosiego
Quedaba todo, y como solo habia
Hecho el daño en aquello de que usaban
Para la balsa que haciendo estaban.
Confuso el Rey de oir el caso extraño,
Manda que al punto hagan diligencia
Quien fué la causa ó quien cometió el daño,
Para que haya capital sentencia.
Van unos, vienen otros, y el engaño
Va creciendo con mas suelta licencia,
Por pareceres varios ó desgustos,
Absuelven reos y condenan justos.
Sin poderse entender la verdad cierta
Del caso, la andan todos procurando,
Y el quel ingenio aviva y mas despierta,
Con mas oscuridad la va ignorando.
Ayudaba á esta duda la encubierta
Luz que los orbes ya venia alumbrando,
Que tras la aurora que venido habia,
Por las puertas del oriente salió el dia.
Fué con la luz el caso manifiesto,
Que los cautivos luego se halláron
Ménos, y dió mas fuerza á creer esto
La soga atada al muro que dexáron.
Que el fuego fue en la pez y alquitran puesto
Por ellos, á una todos lo afirmáron,
Y así el Rey manda á Carabé que vaya
Tras ellos, ó los mate ó se los traya.

Carabé al punto á procurallos parte,
Lleno de ira y de feroz despecho,
Con cincuenta caballos por la parte
Que habian saltado iba su via derecho.
Agricalte llegó y dice: á informar
Vengo Señor del espantable hecho,
Aúnque certinidad no se ha tenido
Quien el atroz insulto ha cometido.

Verdad es que han faltado unos Christianos,
Y presúmese que ellos lo hiciesen,
Mas han salido sus designios vanos,
Sin que el efecto á que aspiraban viesen.
Ellos quisiéron con violentas manos
Que tus justos intentos se impidiesen,
Poniendo fuego á la resina y cosas,
Que para hacer la balsa son forzosas.

Dañar no pudo el temerario intento
De la Christiana gente rebelada
La balsa que ha de ser asolamiento
De todo los que vienen en su armada.
Solo resta Señor tu mandamiento
Para con él al agua ser echada,
Y enviar guarnicion de armada gente
Que la defienda y lance fuego ardiente.

Holgóse el Rey y dixo: no difieras
Punto que al agua sea echada luego,
Con que esa gente, naves y galeras,
Mueran en el rigor de armas y fuego.
Yo enviaré gente que á esas gentes fieras
Dome, y conocer haga su ardor ciego,

Ve Muley, envia allá quinientos hombres
De mayor fama, y mas famosos nombres.

Agricalte y Muley sin detenerse
Parten á guarnecer la ingeniosa
Balsa, seguros que tenian de verse
Por ella en una suerte venturosa.
Comienza el pueblo á ayrarse y conmoverse
Para ir, toman armas con furiosa
Rabia, contra la gente baptizada,
Que no sabia deste engaño nada.

Mas puesta al arma estaban aguardando
Una esquadra de Moros que venia
Una blanca bandera levantando,
Quel viento tremolaba y revolvia.
Cien hombres la venian acompañando
De á caballo y de fuerte infantería,
Y en medio un grave viejo se mostraba
A quien todos seguian y él mandaba.

Luego que del real estuvo junto,
Se adelantó, y los suyos se juntáron
Aguardando, y la esquadra en torno á punto
De la bandera que á guardar quedáron.
Fué conocido el grave Moro al punto
De Valerio, el Christano que halláron
En Carmona, en la cumbre á donde estuvo
Puesto el real que en su prision lo tuvo.

Este las manos puestas, y en el suelo
Las dos rodillas, dice al Rey Christiano:
Señor, á quien el gran Señor del cielo
Regala con su aliento soberano.

Aquel Moro á quien sigue el blanco velo
Es Buceyte, y el Moro mas humano
Que su ley tiene ni jamas se ha visto,
Quien así favorezca la de Christo.
Fuí su cautivo el tiempo que he vivido
En cautiverio esclavo allí en Carmona,
De quien tratado con piedad he sido,
Y habido dones de Real Corona.
Y luego que mi inútil vejez vido,
De servir hizo libre mi persona,
Dexándome que solo me ocupase
En hacer lo que solo me agradase.
Desta suerte informaba al Rey Fernando
Valerio, y prosiguiera en sus razones
Sino llegaran del Christiano bando
A la misma ocasion quatro varones.
Danle cuenta que viene demandando
A su Alteza, y le traen preciosos dones,
Manda el Rey que entre, y dada la licencia,
Fué traido Buyarruz en su presencia.
Sacó una caxa de marfil y oro,
Y á los reales pies se fué derecho,
Cruzó los brazos el anciano Moro,
Y la crecida barba llegó al pecho.
De cortesía guardando aquel decoro
Que convenia á la ocasion y al hecho,
El Rey lo hizo levantar, y al punto
Propone así, tocado, y al Rey junto.
Gran Señor nuestro, á quien con larga mano
Favorece el Señor que rige el cielo,

Para que sea del poder Christiano
Todo el Hiberio y el Hesperio suelo.
Carmona me envia á ti, que con humano
Deseo, y de servirte firme zelo,
Quiere poner en el dominio suyo
Sus fuerzas todas y el gobierno tuyo.
Las parias son aquestas, que han corrido
Los seis meses, del término que diste
Para quel pueblo fuese reducido
A dársete del modo que pediste.
Quiéresete entregar con un partido
(Que elige solo en su miseria triste)
Que los dexes quedar en sus haciendas
Seguros de que nunca les ofendas.
Dióseme facultad, que si viniese
Tu Alteza en esto, yo pudiese dalle
Seguro que la villa se le diese,
Y estas llaves que traigo aquí entregalle.
Esto ofrece Carmona, y si pudiese
Mas, te ofreciera mas, sin que se halle
Cosa que sea en contrario á lo propuesto,
Lo qual en fe de su lealtad protexto.
Inclinó la cabeza, y desta suerte
Dió Buceyte á entender que habia acabado
Su legacia, y con callar advierte
Que aguardaba respuesta á su recado.
Levantó el grave rostro el varon fuerte
Propagador del celestial Senado,
Y al Moro que aguardaba su respuesta,
Satisfaciendo á su razon dió esta.

Todo lo que contiene tu embaxada
Se resume en que dándoos mi seguro,
Por mia Carmona me será entregada,
Y quanto fuera señoréa el muro.
Cumpliéndome esa fe, por mí os es dada
Toda seguridad, y os aseguro,
Y tomo á cargo mio vuestra defensa,
Que en bienes ni en persona se haga ofensa.

Besó el Moro las llaves, inclinando
Las rodillas junto al real asiento,
Las dió en su mano al Santo Rey Fernando,
Haciéndole el debido acatamiento,
Al cielo vista y manos levantando,
Lágrimas derramando de contento
Valerio, el bien que deseaba viendo,
Se postró en tierra al Rey asi diciendo:

Llegado es ya Señor el dia dichoso,
Ya el cielo quiso que rendido vea
El indómito pueblo belicoso,
Que contra el verdadero Dios guerrea.
El tiempo de mi estado trabajoso
Se acabó, y el quel alma mia desea
Es el que veo, pues veré cumplida
Tu promesa, y la Virgen mia servida.

No dudo que esté puesta en tu memoria
La promesa, Señor, que me hiciste
Quando por dar á mi baxeza gloria
La vez primera hablarte permitiste.
Que de Carmona habiendo la victoria,
Una Ermita hacer me prometiste

A la Madre del Hijo Sempiterno
Que el cielo abrió, y cerró al horrible infierno.
Desta celestial Virgen por quien sales
Siempre victorioso en tus hazañas,
De quien siempre te amparas y te vales,
Y con quien siempre en todo te acompañas.
Desta que traes pintada en tus reales
Banderas, y esculpida en tus entrañas,
Desta pido una Ermita en nombre suyo,
En la cumbre do estuvo el campo tuyo.
Atento el santo Rey al justo ruego,
Del varon santo suspendido estuvo,
Sin poder darle de contento luego
Respuesta contemplándolo se tuvo.
Suspenso quedó todo y en sosiego,
Que ni estruendo se oyó ni una voz hubo
Que alterase el silencio en que Valerio
Puso el restaurador del Reyno Hesperio.
Mas habiendo el intento soberano
Con celestial discurso conocido,
Y que era mas que movimiento humano
El que á Valerio en esto habia movido;
Le dió en el caso facultad y mano,
Dexándolo á su arbitrio cometido,
Mandando que la Ermita que fundasen,
Nuestra Señora del Real llamasen.
Don Rodrigo Gonzalez Giron vino
Por mandado del Rey, aderezado
De gente y armas, y tomó el camino
Con Buceyte y Valerio acompañado.

El uno el templo va á fundar divino,
El otro á quel lugar le sea entregado
En nombre de su Rey, lo qual hicéron,
Y las tres fuerzas en poder le diéron.

LIBRO DECIMOQUINTO.

Guarneciendo las fuerzas de Carmona
Don Rodrigo Gonzalez se detuvo
Lo quel lumbroso hijo de Latona
Diez veces en cercar la esfera estuvo.
Administrando á la Real corona
Lo conveniente que á su cargo tuvo,
Dando á Valerio todo lo importante
Con que pasase en su labor delante.
Puesto en recaudo en todo conveniente
Y dispuestas las cosas por el arte
Que mandaba la osasion presente,
Y mandado le fué del santo Marte,
Dexó la villa á su escogida gente,
Y al exército parte á darle parte
Al Rey de lo que en nombre suyo ha hecho,
Con que de si dió el justo satisfecho.
Contóle como habia en las fortalezas
Puesto de guarnicion tantos soldados,
Y á los Moros dexó que en sus riquezas,
Y en sus tratos quedasen amparados.

Como aplacó las bárbaras fierezas
De muchos, que así viéndose apremiados
Del cautiverio con pavor huian,
Y ciegos á la muerte se ofrecian.
De todo estaba dándole al Rey cuenta
Don Rodrigo, y el Rey le estaba oyendo
Con gusto, porque allí le representa
Lo que fué, como estándolo el Rey viendo:
Que eso puede el ingenio á quien alienta
Febo, que vaya al vivo describiendo
Lo que fué ó pasó en lugar distante
De la suerte que viéndose delante.
Recibia el invicto Rey contento
Del elegante proceder, y estaba
Sin perderle razon á todo atento
Que semblante ni vista meneaba.
Regalando el divino entendimiento
Que en esto con deleyte se ocupaba,
Sin divertirlo mas en este punto,
Una espia á sus pies se inclinó junto.
Gran Señor (dice) el enemigo viene
Por tierra contra tí apriesa marchando,
Y el ancho rio atravesado tiene
Con una balsa ardiente fuego echando.
La gente que la máquina sostiene
Un exército viene figurando,
Y la que por la tierra le acompaña
En arma puesta cubre esa campaña.
Puesto de aquella parte de Triana
El Maestre, resiste con su gente

Que no pueda seguirle la Pagana
Por tierra, ni allegársele consiente.
La balsa va buscando la Christiana
Flota de gente armada, y fuego ardiente,
Y por trinchera con que sea guardada
Puestas delante quatro naos de armada.

Suspendió al Rey la nueva, y revolviendo
La vista, vió que en arma se ponia
El campo, y que venia decendiendo
Bonifaz con su flota y compañía.
El sabio Rey al punto el caso viendo
Dispuso con prudencia y valentia
Las cosas, previniéndolas de modo
Que en la necesidad se acuda á todo.

En arma la invencible gente puesta,
El designio del bárbaro aguardando,
Que ya sus naves y su balsa apresta,
Y á las Christianas se venia acercando.
De Braxen y Abdulac la órden dispuesta,
Y el modo como el fuego han de ir lanzando,
Agricalte á las naves de pelea
Acude, esfuerza, instruye y señorea.

Por el órden que entre ellos fué tomado
Los unos y los otros con denuedo
Arremeten, con armas el soldado,
Con esperanza y con semblante ledo.
Los otros de quien ha de ser echado
El fuego abrasador, sin tener miedo
Con las manos lo toman, en ardientes
Estopas, y lo arrojan inclementes.

El fuego, el humo, y armas homicidas,
A un tiempo todo comenzó á esparcirse
Por las Christianas naves, ofrecidas
Al duro trance, y no á poder rendirse.
Que libres de temor y en fuerza unidas
Dan principio cruelmente á combatirse
Contra la balsa, y contra los navios,
Llenos de esfuerzo y de temor vacíos.

Puesto en la popa de su nao el valiente
General, la batalla administraba,
Y á veces apagando el fuego ardiente,
Y á veces en la horrible lid andaba.
No habia ocasion á que estuviese ausente,
Ni habia necesidad donde no estaba,
Con este exemplo todos sus guerreros
Hacian lo mismo en el asalto fieros.

Era el clamor, eran las voces tales,
Tal el furor que en todos se encendia,
Y el menosprecio tal de las mortales
Armas, que en medio á Marte suspendia.
Como si todos fueran inmortales
Ménos el mas cobarde las temia,
Sin que el espanto de la horrible muerte,
Les retrayese de probar la suerte.

Las naves de los bárbaros lanzaban
Piedras, saetas, dardos, astas, fuego,
Que un punto de hacer esto no cesaba,
Ni á los Christianos daban desosiego.
Las voces y alaridos se mezclaban
En son confuso, y con el humo ciego,

Sin poder verse ni entenderse cosa,
La batalla hacian mas espantosa.
De la balsa crecian las ayradas
Llamas del fiero viento sacudidas,
Y del soberbio bárbaro arrojadas,
A que en las naves fuesen emprendidas.
Con esta luz se vian las aferradas
Naves de fuego y armas combatidas,
Y á los Christianos que en el fiero asalto
Entre todos mostrar su valor alto.
Y á Bonifaz que ardiendo en fortaleza
De un cabo andaba á otro discurriendo,
Con órden disponiendo y con destreza
Las cosas, y á los riesgos acudiendo.
Viéron como saltó con ligereza
En medio andando del combate horrendo
Agricalte, en la nao Christiana echando
Fuego, á batalla á Bonifaz llamando.
El valiente guerrero que su nombre
Oyó, y delante vió el ferez Pagano,
Que le pedia batalla de hombre a hombre,
En su nao donde habia tanto Christiano.
Con el valor igual á su renombre,
La espada aprieta en la derecha mano,
Y en la siniestra el defensivo escudo,
Arremetiendo á él quan presto pudo.
No se detuvo el bárbaro animoso
Que á recibirle no saliese luego,
Con el corage que venia furioso,
Que no le daba punto de sosiego.

Comiénzanse á herir con valeroso
Esfuerzo, mas estando en este fuego,
Los Christianos y Moros acudiéron,
Y el singular combate dividiéron.
De nuevo en todos comenzó á encenderse
El ardiente furor y horrible saña,
En que dexaba claro conocerse
La enemistad que, en todos ardia extraña.
Agricalte en el bordo sin moverse,
Contra el Christano exército se ensaña,
Y él solo á todos hace rostro y hiere,
Solo de todos la victoria quiere.
Está el soberbio Moro confiado
De sí, y que puede él solo á todo el mundo
Contrastar sin que sea contrastado,
Ni aun del poder horrible del profundo.
De armas y de Christianos rodeado,
El valor suyo muestra sin segundo,
Pretendiendo rendir la nao Christiana,
Que contrastaba bien su altivez vana.
Sobre él acude la invencible gente,
Llevando ya los Moros de vencida,
Que revolvian las proas con diligente
Presteza apercibiendo la huida.
El Moro que en su lid estaba ardiente,
El riesgo viendo en que tenia su vida,
Viendo escurrir las naves y dexallo
Sin curar dél ni procurar salvallo.
Con la presteza quel ayrado viento
En el tendido océano revuelve

La fragil onda, y con furor violento
A la parte que quiere allí la vuelve.
Tal el Moro, con presto movimiento
Del navio saltó, y ciego se envuelve
Con el agua revuelta y alterada,
Y á la balsa llegó de gente armada.

Fué recibido en ella del anciano
Y prudente Abdulac, que conociendo
Que la victoria conseguia el Christiano,
Las naves viendo revolver huyendo;
Formó de nuevo el esquadron Pagano,
Armas apriesa y fuego apercibiendo,
Braxen hace lo mismo, y Agricalte
Acude á todo porque en nada falte.

Al horrible combate se aperciben
Instigados de ira rigurosa,
Con flechas, dardos, piedras los reciben.
Con teas que aspiran lumbre pavorosa.
Que los maten ó el agua los derriven,
No reprime su cólera furiosa,
Que al bordo puestos de la balsa aguardan,
Haciendo ápriesa que los fuegos ardan.

Llegáron á la balsa seis baxeles
De Christianos varones ocupados,
Para della lanzar los infieles,
Que tanto en ella estaban confiados.
Los bárbaros con armas y crueles
Llamas se defendian de los ayrados
Christianos, que por llamas y armas entran,
Ganan la balsa, y matan los que encuentran.

Unos al fuego acuden presurosos,
Y otros á los Paganos arremeten,
Que cortados de espanto y temerosos
Forzadamente en huida meten.
Agricalte y algunos animosos,
Aunque en peligro, aguardan y acometen,
Queriendo resistir con su denuedo
Los ánimos que no conocen miedo.

Mas habiendo Bernardo de la Gama,
Varon invicto de valor ardiente,
A quien eterno hará la ilustre fama
Miéntras la luz naciere en el oriente:
Habiendo sido en apagar la llama
El principal de la Christiana gente,
Guiado de su próspero destino
A donde estaba Agricalte vino.

Y viendo que en él solo consistia
Alcanzar los Christianos la victoria,
Que con valor constante resistia
Contra el honor de todos y la gloria.
Por la gente rompió que combatia
Con el Moro, que honraba su memoria
La resistencia que haciendo estaba,
Tan sin temor del mal que le cercaba.

Una viga encendida ayrado toma,
Y con fiereza en alto la levanta
Contra el sequaz del pérfido Mahoma,
Que opuesto á todos no movia la planta.
Y descargando en él su altivez doma,
Y las fuerzas y orgullo le quebranta,

Haciéndole pedazos la cabeza,
Que en ella sana no le dexó pieza.
Con sangre y sesos cae rociando
Los pies de su homicida, estremeciendo
La balsa toda, á Betis alterando
En el centro do está el combate oyendo.
Los que con él estaban peleando
El mesmo daño en que le vian temiendo,
Al agua se arrojaban, mas el fuerte
Gama, al caer á muchos dió la muerte.
Los que la punta con Braxen guardaban
Sin aguardar las armas arrojáron,
Y al agua pavorosos se arrojaban,
Donde la muerte que huian halláron.
Abdulac y los bárbaros que estaban
A su órden, tambien desampararon
El puesto, y en el medio que elegian
Ahogados ó á hierro perecian.
Gama de un cabo á otro diligente
El encendido leño levantando,
Hecho un Alcides derribando gente
Pagana, la victoria habia alcanzado.
La balsa libre de la llama ardiente,
Y de Christianos llena habia quedado,
Y así seguros de poder perdella,
Por suya cantan la victoria en ella.
Las roxas hondas pavorosas iban
Rompiendo apriesa aquellos que la suerte
Dilató un punto mas para que vivan,
Y en el agua á hallar vengan la muerte.

Otros que á tierra deste riesgo arriban
En otro caen mas peligroso y fuerte,
Que es con la gente indomita Christiana
Que la parte guardaba de Triana.
Aquí sin que pudiesen repararse,
Ni Abenjafon les diese algun remedio,
Ni de Achilinó viesen ayudarse
Que del puente ocupando estaba el medio.
De los Christianos vian acabarse
En el seguro y elegido medio,
Libres del agua y balsa, y naos vencidas,
En la tierra á perder venian las vidas.
No es este el mayor daño que sufrian
Los temerosos bárbaros rendidos,
Que á espaldas vueltas sin parar huian,
Del temor vergonzoso poseidos.
Que en alcance hiriéndolos venian
Los del real, que siendo acometidos
Dellos, al punto que sus naos saliéron
En campaña á lo propio se pusiéron.
Mas detenidos del valor Christiano,
Y contrastado su designio horrible,
Las riendas vuelven; y el ardor Pagano
Que á los principios se mostró invencible,
Sin aspirar al premio soberano
De la victoria huyen del terrible
Daño quel miedo les ponia delante,
Que fuera auque menor causa bastante.
Tiene Sevilla una alta torre puesta
Junto al sagrado Betis, de admirable

Forma á su fiera inundacion opuesta,
Al tiempo y á su furia incontrastable.
De dos coronas que se ven compuesta,
Que la adornan y hacen agradable,
Y de guardarse aqui el real tesoro,
La torre siempre se llamó del Oro.
Desde aqui puesto el fiero estrago mira
Axartaf, y con tierno sentimiento
De ver como su gente se retira,
Y de Pagana sangre el rio sangriento.
Encendido en dolor, y ardiendo en ira,
A Muley que con torpe desatiento
Llevado del tropel iba huyendo,
Por su nombre lo llama asi diciendo.
¿A donde vas Muley? ¿dónde te ausentas,
Y el campo dexas con huida infame?
¿No ves que á mí y á tu linage afrentas,
Y das sujeto que tu infamia aclame?
Ahí entre esas armas violentas
Tu sangre honradamente se derrame,
No quieras vida tan á costa tuya,
Sino que haciendo ahí el deber concluya.
Levantó el rostro avergonzado desto,
Conociendo la voz del Rey su tio
Muley, y con turbado y mustio gesto,
Y el pecho altivo de valor vacío.
Se suspendió, y en tal congoja puesto,
Se comenzó á alterar y á cobrar brio,
Que en noble oido, injuria vergonzosa
Es mas que la alabanza poderosa.

Qual acomete al guerreador caballo
En la carrera puesto en competencia,
El alentado espíritu dexallo,
Y correr con flaqueza y negligencia.
Quel ginete acudiendo á reparallo,
Con áspero rigor y con violencia,
La espuela aprieta, y la voz levanta,
Con que al ligero viento se adelanta.

Así Muley la voz del Rey oyendo,
De su afrenta instigado y conmovido,
El esfuerzo y valor restituyendo
Quel pecho habia del temor perdido.
A la ahuyentada gente deteniendo,
Al combate la vuelve enfurecido,
Con el orgullo y altivez primera
Que dió principio á la batalla fiera.

Vuelven á los Christianos que venian
En su alcance, y con ánimo esforzado,
Y todas fuerzas, recobrar querian
El puesto que huyendo habian dexado.
Los Christianos guerreros defendian
Perder un paso del que habian ganado,
En esta competencia iba creciendo
De entrambas partes el combate horrendo.

Muley furioso, y Carabé inhumano,
Habul Hacen no menos que ellos fuerte,
Rompian con saña el esquadron Christiano,
Dando á los suyos ánimo á la suerte.
Deste exemplo el mas tímido Pagano
Menospreciaba el miedo de la muerte,

Y peleaba con tan gran denuedo
Como si nunca en él cupiera miedo.
En un peso duraba la batalla
De entrambas partes, sin dexar el puesto
Los Christianos haciendo por ganalla;
Los Moros por morir y no ver esto.
Rompen lanzas, deshacen fuerte malla,
Espadas vuelan por el aire presto,
Paveses, hombres y caballos parten,
Que desta suerte sola se desparten.
Carabé andaba en el combate fiero
De un cabo á otro sin cesar llamando
A singular batalla algun guerrero,
Con voz altiva á todos despreciando.
Mostrábales teñido el blanco acero
En la Christiana sangre, protestando
Que él solo habia de teñir el llano
Con ella sin dexar vivo Christiano.
Este Moro que así en la lid se muestra
Despreciador de la invencible gente,
Que alzada lleva la soberbia diestra,
Y contra todos la arrogante frente.
Que con espuela aflige y freno adiestra
El guerrero caballo diligente,
Es uno de los siete que huyéron
A Garciperez que en el campo viéron.
Teniendo aquesta afrenta en la memoria
Esculpida, y el odio siempre vivo,
Que en pecho noble la perdida gloria
Hace el dolor perpetuo y mas esquivo.

Desta infamia en los suyos tan notoria,
Encendido en furor el Moro, altivo
A Garciperez busca en la batalla,
Y fiero dice como no lo halla.
¿Christianos donde está vuestro Christiano?
¿Donde se asconde Garciperez? venga
Que aquí le aguardo, y pruebe mano á mano
Conmigo su valor, no se detenga.
Que si es lo que dice el vulgo vano,
Ahora hay ocasion que lo mantenga,
A campo singular lo desafio
Donde su nombre acabe y viva el mio.
Paró el caballo y la voz á un punto,
El diestro brazo levantando en alto,
Rienda, escudo y alfange apresta á punto,
Previniéndose así para el asalto.
Y porque vió ante sí ponerse junto
Ardiendo en ira, y de sosiego falto
Un caballero, que nombrar oyendo
A Garciperez, le llegó diciendo.
El nombre que tu quieres que hoy acabe
Bárbaro, porque el tuyo tenga vida,
Bien debes de saber, y el mundo sabe
Que es deuda á Garciperez conocida.
Si quieres que tu nombre el mundo alabe,
Que sea tu fama eterna y conocida,
Lo ménos haz que á Garciperez hecho,
Con que daras honrado satisfecho.
Así le respondió el invencible
Don Pedro Ponce, y fiero arremetiendo

Contra el Moro, y el Moro con terrible
Denuedo el brazo levantó hiriendo,
Empieza el uno y otro en son horrible,
Defendiéndose entrambos, y ofendiendo
A golpearse con fiereza extraña
Quel rio suspende y teme la campaña.

Carabé con orgullo y confianza
De su esfuerzo y sus fuerzas tan pujante,
Un golpe á otro presuroso alcanza,
Que un monte deshiciera de diamante.
Mas quando asi hiriendo se abalanza
A Don Pedro, Don Pedro en el instante,
En el contrario ángulo se mete,
De do seguro hiere y acomete.

Qual á la nao en alto mar metida
Guarda el sabio piloto con cuidado
Contra la tempestad enfurecida
Del violento mar y viento ayrado.
Que siendo con fiereza combatida
Sin cesar por el uno y otro lado,
Usando de los medios convenientes.
Contrasta al mar y vientos diferentes,

Así con gran cuidado y providencia
De los golpes del bárbaro se guarda,
Y le hiere Don Pedro, y con prudencia
Quando arremete en propension le aguarda
Reprime asi la bárbara violencia
Que mucho tiempo sin rendirse tarda,
Segun del fuerte brazo recibia
Las llagas y la sangre dél salia.

Estimulado de la horrible furia,
Una maza el cruel bárbaro levanta,
Fixando á un tiempo con ardiente furia
En los estribos una y otra planta.
A vengar su afrentosa y justa injuria
Descarga un golpe con fiereza tanta,
Que si en Don Pedro como dió no diera,
En qualquier otro crudo efecto hiciera.

Mas el valiente Caballero á punto
Que el Moro comenzó su movimiento,
Fué tan presto y estuvo tan á punto,
Que le impidió alcanzar con él violento.
Y frente á frente, y pecho á pecho junto
Quedó con él, y el Moro sin aliento
Cayó, saliendo el alma furiosa
Por donde entró la espada poderosa.

Mató á Ceudin, y al renegado Audama,
Que huyendo de Loxa habia venido
Donde á su padre dió á la ardiente llama
Por quel dexar la fe le habia impedido.
Este en su esfuerzo confiado y fama
Contra el fiero leon arremetido,
Donde el castigo Dios le tuvo cierto,
Que hasta los pechos fué de un golpe abierto.

Cayó la infernal anima lanzando
Por la mortal herida, estremeciendo
La tierra, en ella el fiero cuerpo dando
Que de sangre iba un ancho rio vertiendo.
Revuelve el real guerrero procurando
Dar fin él solo al combate horrendo,

Y lleno de corage y confianza
Dirriba, asuela, y mata en su venganza. (nos
Haciendo el mesmo estrago en los Christia-
En seguimiento de Don Pedro iba
Muley Bohacen vengando á sus Paganos,
Casi haciendo igual la suerte esquiva.
No son en esto sus designios vanos,
Que por do pasa á muchos hiere y priva
De la vida, y hiriendo y derribando,
Por el Christiano exército iba entrando.
Alfonso Andres, y Pedro Rubio fuéron
Los primeros quel bárbro ha encontrado,
Que á un tiempo ámbos á dos le acometiéron,
Cada uno ganándole el un lado.
Y aunque con valor alto combatiéron,
Y del uno y del otro fué aquejado
Derribó al uno del caballo muerto (abierto.
De un golpe, y de otro al otro un hombro
Aquí Domingo Gomez acabara
Tu cierto tiro y tu preciada vida,
En tirar flechas tu destreza rara,
Sin igual en tu tiempo conocida.
Si un solo punto Botalhá tardara
En poner él su escudo á la herida
Que Muley te tiró, á quien tiraste
Una flecha que en dicha suya erraste.
Contra el Princípe de Africa revuelve
Muley, de ira arrebatado y ciego,
Y á singular batalla con él vuelve
Sin darle el oido un punto de sosiego.

Con el furor que le arrebata envuelve
La enemistad, la afrenta, el zelo, el fuego,
Y todo junto, y viendo á quien le injuria,
Lo precipitan á rabiosa furia.
Y levantando el diestro brazo fiero,
Sin hablarle palabra, apercibido
Del fuerte escudo y del cortante acero,
Le tiró un golpe de hombre enfurecido.
Botalhá lo repara, y con ligero
Movimiento, con otro le acudió
Que si en un monte de diamante diera
Como al escudo de Muley lo abriera.
Hecho menudas piezas vino al suelo,
Que el brazal solo le quedó en el brazo,
Y sin temor, sin ningun recelo
Lo arrojó por inútil embarazo.
Protestando con voz que hiere el cielo
Que igual aquel será el menor pedazo
Que piensa dexar dél, y así furioso
A Botalhá arremete presuroso.
Hiere apriesa el caballo tan ayrado,
Tan sin sosiego y saña tan rabiosa,
Tan de su horrible cólera llevado,
Que ni le espantaba ni detiene cosa.
Ni herido leon tan denodado,
Ni la pisada sierpe tan furiosa,
Como Muley va de ira y saña ciego,
Por la sangrienta vista echando fuego.
No lo recibe con menor fiereza
El Africano Príncipe valiente

A Muley, ni con ménos fortaleza
Se opone á reprimir su furia ardiente.
Y porque no le imputen á flaqueza,
El escudo que trae animosamente
Del brazo lo largó y echó en la tierra,
Y sobre Muley va acabar la guerra.

Muley un hasta apaña presuroso
De duro roble y reluciente hierro,
Que halló junto á sí, y dice furioso,
Con esta vengo tu alevoso yerro,
Con esta, aquese espíritu alevoso
De ese maldito pecho desencierro,
Que no es posible el cielo tu enemigo
Dexar maldad tan grande sin castigo.

Vibró furioso el bárbaro su lanza
Enderezada al Africano pecho,
Que sin mostrar de su valor mudanza
Lo tuvo firme al peligroso estrecho.
Deseando tambien tomar venganza,
En moviendo movió para él derecho,
Dióle un golpe en la lanza con destreza,
Ganó la punta, porque allí es flaqueza.

Cerró con él, y fiero de allí empieza
A herirle por una y otra parte,
Ya por los pechos, ya por la cabeza,
Sin darle espacio, ni valerle el arte.
No tiene sana de las armas pieza
Muley, ni sabe como dél se aparte,
Que sin aliento ya para aguardallo
A la caba se arroja del caballo.

Tras él iba arrojarse el Africano,
Mas Algaydin poniéndose delante,
De las riendas le asió con la una mano,
Alzando el brazo fiero y arrogante.
Este de Muley era primo hermano,
Siempre contrario suyo, con bastante
Causa, por quel poder y la riqueza
Tratan con menosprecio la pobreza.

Aunque á Muley con odio aborrecia
Porque con menosprecio lo trataba,
Como el que en mando y bienes le excedia,
Y al Rey y al Reyno con poder mandaba.
Olvidado del odio que tenia
El riesgo viendo en que su primo estaba,
A Botalhá detiene que no vaya,
Ni la victoria con su muerte haya.

Mas el valiente Botalhá encendido
En rabioso furor, de ira instigado,
Sobre él revuelve, y fiero lo ha herido,
Dando con él en tierra atropellado.
Alzase en esto un bárbaro alarido,
Un confuso clamor desacordado,
Huyen rendidos al temor cobarde,
Sin haber Moro que Christiano aguarde.

Garciperez y el Gran Señor de Lara
Por la parte del muro dán en ellos,
Y la victoria por allí se aclara,
Principio dando de poder rompellos.
Don Nuño mató aquí á Daut y á Huzmara,
Y al valiente Gauli, que defendellos

El solo dixo que podia del mundo,
Sin conocer en él otro segundo.
Abul Abed, hijo del sábio Abdalla,
Diestro en domar caballos Africanos,
Que junto á sí á Garciperez halla,
Que á sus pies muerto habia dos Paganos.
Confiado en su alfange, escudo y malla,
En su brioso esfuerzo, y fuertes manos,
No rehusó con él probar la suerte,
Mas quedó por despojos de la muerte.
Por el mismo lugar le dan rebato
Sin que á sus golpes se resista hombre,
Don Lorenzo y el fuerte Gallínato,
Y el que ilustró de Alfaro el claro nombre.
Seña mora ni bélico aparato
Dexan en pie, ni Moro que no asombre
Los golpes, muertes, el estrago fiero
Que haciendo en ellos va el Christiano acero.
Crece el furor, crece el rigor de Marte,
Y el temor en los bárbaros medrosos,
Que sin defensa el campo se reparte
Y á la huida acuden presurosos.
Aquejados por una y otra parte
De los Christianos fuertes y animosos,
Que hiriendo y matando los siguiéron
Hasta que en el castillo los metiéron.
El de Eucles en la parte de Triana
Los apretaba de la misma suerte
Con su invencible compañía Christiana,
Que menosprecia su valor la muerte.

Que viendo recogida la Pagana
Gente, ya sin osar probar la suerte
Tocar á recoger mandó, imitando
Los del Real que se volvian marchando.
Llenos de gloria victoriosos llegan
Al real, donde el Rey estaba puesto
Al paso, al qual humilde se le entregan,
Y él los recibe con alegre gesto.
Y como los privados se le allegan
El grave caso hacen manifiesto
Con la sangre, las armas abolladas,
Tintas en ella, y rotas las espadas.
La gente acude de las naves luego,
Y Bonifaz delante á presentalla,
Contándole el cruel desasosiego
En que le puso la naval batalla.
Muestrale á Gama apagador del fuego,
Que fué principio de poder ganalla,
Dándole á todos la debida gloria,
Sin solo á sí aplicarse la victoria.
De oir á todos, y de ver presente
Hazaña tan heroyca y milagrosa
Tan digna de alabar por excelente
De todos la virtud maravillosa.
En medio puesto de una y otra gente,
La lengua que destila miel sabrosa
Movió, y mirando á una y otra parte
Así prosigue el sacrosanto Marte.
Quando quiera deciros la grandeza
Del valor vuestro, ó inclitos varones,

El esfuerzo inmortal, la fortaleza,
Faltará ingenio en mí y propias razones.
Si en quanto ilustra el sol con su belleza
Desde nuestras Athlanticas regiones
Vuestra gloriosa fama es conocida;
Y vuestra espada bélica temida.
Que podré yo decir de vuestra gloria
Si vuestros altos hechos testifican.
Lo que demanda copiosa historia,
Y á la fama inmortal se los aplican.
Ella los cante, y dellos dé memoria,
Qual ellos mismos su loor publican;
Sin que la invidia ni el olvido puedan
Que á la fuerza del tiempo no precedan.
La victoriosa suerte que hoy tenemos
Por vuestro esfuerzo habida, y vuestra espada,
La campaña que vuelta en sangre vemos,
Y de bárbaros muertos ocupada.
El Betis, que aun apenas conocemos
Su clara onda, en roxo humor trocada,
Donde el ingenio y bárbara fiereza
Deshizo vuestra inmensa fortaleza.
Aunque no es aquesta gran hazaña
La mayor de las vuestras es loable
Por ser la industria de la balsa extraña,
Y el riesgo de los nuestros tan notable.
Y no es de ménos gloria para España
La de tierra, ni es ménos admirable,
Y de inmortal renombre para otros,
Lo que es sola alabanza de vosotros.

De todo esto, que en presencia vuestra
(Aunque me acorto) justamente digo
La hazaña de hoy da clara muestra
Del miedo en que dexais vuestro enemigo.
El santo y justo intento que os adiestra,
Y el valor alto al fin que aspiro y sigo
Me dan seguro, que de verse espera
En su alta torre mi real bandera.

Esto no puede mucho diferirse
Si con maduro acuerdo lo advertimos,
Y así debe en razon de presumirse,
Pues con tantos estragos los seguimos.
Del maestre no pueden resistirse,
Que en Triana por freno les pusimos,
Desta parte ya veis qual los tenemos,
Y el daño que contino les hacemos.

Cada dia sus fuerzas apocamos,
Y las nuestras se aumentan cada dia,
Ni por agua ni tierra los dexamos,
Ni de librarse el cielo les da via.
Con esto solo amigos que advirtamos
Entenderemos quel Señor nos guia,
Cuyo brazo quebranta la potencia
Del que á su iglesia niega la obediencia.

Mil exemplos truxera milagrosos
Si el tiempo y la ocasion lo permitiera,
Y con ménos trabajo y mas ociosos
En regalada quietud os viera.
Mas estais aunque alegres y gloriosos,
Cansados de una lid tan larga y fiera,

Y un trabajo tan largo y tan pesado,
Mas obliga al reposo que al cuidado.
  Así le dixo á su invencible gente
El defensor del celestial imperio,
Que con prudencia y animo excelente
Regia las cosas que hacia el misterio.
Estimulado del cuidado ardiente
En que vivia de su Reyno Hesperio,
Habiendo en todo á todos prevenido,
A su tienda real se ha recogido.

LIBRO DECIMO SEXTO.

Cubrió la sombra que sucede al dia
Hombres y plantas, montes y animales,
Principio dando á su nocturna via
Cinthia, y las bellas formas celestiales.
Con la tiniebla y frialdad venia
El Cinmerio reposo á los mortales,
Trayendo aquel letheo y suave engaño
Con que del duro afan se olvida el daño.
  En quieto silencio el mar y el viento
Estaba todo, y en reposo el mundo,
Solo Axartaf, su ardiente pensamiento
No le dexa en un mar de ansias profundo.
De su Reyno ve el cierto asolamiento,
Su destruccion ve y daño sin segundo,

Ve herido á Muley con tanta afrenta,
Muertos los que tenia en mayor cuenta.
Deste horrible cuidado combatido,
Gimiendo amargamente el duro daño,
Al temor el espíritu rendido
El triste Rey en un pavor extraño.
Del cauto Hacen aquesto conocido,
Como en quien la discordia y falso engaño
Traiciones y homicidios se alvergáron,
Y en quien quantas maldades hay se halláron.
Viendo ocasion á su deseo oportuna,
Y á la venganza de su ardor zeloso
Contra Muley, que sin defensa alguna
Tenia consigo á quien le trae penoso.
Sin acudir á mas que á su fortuna,
Su natural siguiendo sedicioso,
Olvidado de todo lo que obliga
Al que de amor padece la fatiga.
Lleno de sangre, como el que en la rota
Se halló, y aunque vivo habia escapado,
Hecha pedazos la trabada cota,
Roto el escudo y el arnes tranzado.
Así por dar con esta insignia nota
Que habia acudido á lo que está obligado,
Ante el Rey se arrodilla, y desta suerte
Propone el Moro cauteloso y fuerte.
Bien quisiera venir á tu presencia,
O gran Señor, cargado de despojos,
Dexando del contrario la potencia
Desecha, qual la nuestra ante tus ojos.

Mas el cielo con libre preeminencia
Le da al Christiano gloria, y á tí enojos,
El porque él lo sabe, aunque yo espero
Que ha de mudar de acuerdo tan severo,
Què no debe creerse que no sea
Tambien á nuestra gente favorable,
Pues no con ménos ánimo pelea,
Ni en la virtud es ménos admirable.
Esto hará la obra que lo crea,
Y el hado en favor tuyo incontrastable,
Que lo de hoy fué un no entendido efeto
Que al cielo es reservado su secreto.
Mas aunque nos parece incomprehensible
A la grabeza del humor terreno
Alcanzar lo que al hombre es imposible
De su torpe ignorancia estando lleno:
Muchas veces, Señor, se ve visible
Lo que se asconde en el celeste seno,
Y se sabe, se trata y comunica,
Y qual vulgar suceso se platica.
Las cosas á los hombres tan secretas,
Suelen las celestiales impresiones
Comunicarles y hacer profetas,
Y dar de cosas por venir razones.
Unas por terremotos, por cometas,
Otras por sueños, otras por visiones,
Qual yo, de una revelada he sido
Del miserable caso sucedido.
Suplícote Señor, que estés atento
Sin divertirte un punto de escucharme

El admirable y verdadero cuento
Quel gran Profeta quiso revelarme.
Que de los tuyos viendo el perdimiento
Ayudarte acudió con avisarme
De la oculta ocasion en que consiste
El daño todo del suceso triste.
Quando el combate con mayor fiereza
Entre los nuestros y el Christiano andaba,
Donde el valor, esfuerzo y fortaleza
Hacia el deber, y en un igual estaba,
Ni en el Christiano invicto la destreza,
Ni en el valiente Moro el brio faltaba.
De suerte que si daño nos hacian,
No era menor el que ellos recibian.
Andando pues así qual voy contando
Con nuestros enemigos defendiendo
Tu derecho, á mil dellos muerte dando,
Y mil muertes nosotros recibiendo.
En nuestra gente fué el valor menguando,
Y el ánimo igualmente enflaqueciendo:
Dexamos la batalla que tuvimos
Por nuestra, y con huida revolvimos.
Muley que solo habia con su mano,
Sin que poder al suyo resistiese,
Dado muerte á un gran número Christiano
Huyó sin que el honor le reprimiese.
Oyó tu voz, volvió el temor Pagano
En esfuerzo, hizo al campo que volviese
A la batalla con tan gran denuedo
Que traspasó en el Christiano el miedo.

Desta vuelta sin duda fuera tuya
De la victoria el premio glorioso
Que la fortuna pone á cuenta suya
Por un camino extraño y espantoso.
Que si presto no haces que concluya,
Acabará tu reyno poderoso,
Segun el Gran Profeta, que esto siente
Me dió á entender á mí personalmente.
Yendo revuelto en el sangriento asalto,
Sirviéndote qual es oficio mio,
Procurando no ser en nada falto
Al que mas su valor mostrase y brio,
Una figura desde el cielo alto
Baxó, de extraña forma y atavio,
Cubierta toda de un lúgubre velo,
Que le hondeaba el presuroso vuelo.
El rostro y las espaldas le cubria
El cabello, y la barba el ancho pecho,
Un mundo en la una mano sostenia,
Todo á la parte occidental deshecho.
Asióme, y luego de una niebla fria
Me cubrió en torno, y del combate estrecho
Me sacó, y en ayre suspendido
Me dixo asi, despues de un gran gemido.
No te suspenda ni te cause espanto
La extrañeza que ves ~~Hacen~~ amigo,
Yo so el que fué vuestro Profeta santo,
Que vuestra parte favorezco y sigo.
Vengo que ya no puedo sufrir tanto,
Ni es justo que el Christiano mi enemigo

Triunfe del bando que mi nombre adora,
Por la mágica fuerza de una Mora.

Desta procede quanto mal le viene
Al poderoso Axartaf, y en esta
El Rey Fernando mas potencia tiene,
Que en la hueste que en campo tiene puesta.
Y así al Rey vuestro en esto le conviene
Si ver no quiere su ruina presta,
Con muerte ó con prision quitar de en medio
A Tarfira y no tiene otro remedio.

Ella con su sortílega potencia
Hoy la vitoria ha dado á los Christianos,
Rindió á las armas la mortal violencia,
Apagó el fuego con sus propias manos.
Y ahora en la animosa resistencia
Que volviéron haciendo los Paganos,
Amedrentados la batalla dexan,
Que infernales ministros los aquejan.

Quando me dixo esta razon postrera
La espesa nube hizo que se abriese,
Y á donde andaba la batalla fiera
La vista me mandó que revolviese:
Hicélo así, y nunca Alá quisiera
Que tal desdicha con mis ojos viese,
Sino que allí ó entre el Christiano acero,
Viera acabar la vida mia primero.

Por que si hubiera (ó Rey esclarecido)
De contar el suceso miserable,
No dudo te tuviera suspendido,
Como á mí muerto el caso lamentable.

Que á quien qual yo al fuerte Muley vido
Ser al poder Christiano incontrastable,
Matar millares dellos, y en un punto
Vello huir y el campo con él junto.
Verlo oyendo tu voz con tal denuedo
A la batalla hacer volver su gente,
Y en ella entrar de nuevo tan sin miedo
Qual siempre fué su corazon valiente.
Hacer las cosas que decir no puedo
Sin gran dolor, y el alma no consiente
Que diga mas, que casos tan amargos
Piden remedio y no discursos largos.
Y mas en este en donde estuvo
El peso todo de tan gran vitoria,
Que Tarfira aguardó con presupuesto
De darle á su Africano Rey tal gloria.
Lloroso de tu daño manifiesto,
Y de que honrase al Moro tal memoria,
Al Profeta pedí que me dexase,
Y acabar con los tuyos me baxase.
Mas tomando la mia con su mano,
Con mustio rostro y triste sentimiento
Respondió: ya el remedio en esto es vano,
Que es sin reparo el fiero rompimiento.
Poder divino y brazo soberano,
No fuerza humana ni terrestre aliento
Redimir pueden pérdida tan grande,
Ni atajar que á mas daño se desmande.
Yo tengo á cargo en eso lo que importa,
Y yo al remedio acudiré importante,

Que en mí igualmente que en vosotros corta
Del Christiano la espada triunfante.
Presto vereis como el furor reporta
Sin que prosiga en su deseo adelante,
Ve tú á Axartaf y dile lo que digo,
Que yo le vengaré de su enemigo.
Diciendo esta razon, la congelada
Nube se revolvió con repentino
Movimiento, y con ira desatada
Por el ayre conmigo hizo camino.
Y qual la seca arista arrebatada
En alto del revuelto torvellino,
Tal me truxo, y sin darme algun espacio
Me puso dentro en tu real palacio.
Fuera de mí confuso y temeroso
Quedé, lleno de horror, alto el cabello,
Mirando á todas partes pavoroso,
Sin poder entenderme ni entendello.
Mas siendo del espíritu glorioso
Esforzado, y forzado á obedecello,
De lo que me mandó te he dado cuenta
Y en su nombre la do, y por él la asienta.
Con un fingido y congojoso miedo
Hacen dió fin á su invencion extraña,
Dexando al Rey el cauteloso enredo
Fuera de sí creyendo tal patraña.
Y envuelto en confusion y en llanto acedo,
Que lo uno y lo otro le acompaña
Al que tan ignorante y ciegamente
Oye y cree, no qual oye y cree el prudente.

Deste hierro proceden muchos males,
Y muchos malos son favorecidos,
Trátanse mal los justos y leales,
Trátanse bien los falsos y fingidos.
Los honores y asientos principales
Son destos, y estos son los admitidos,
La virtud, la lealtad y la nobleza
Tratada con desprecio y aspereza.

Hacen lleno de engaño y de cautela,
En ocasion tan grave y tan forzosa,
Confiado en su ingenio al Rey revela
Una tan nueva y no creible cosa.
Que oyendola, ni el cauto ardid recela,
Ni advierte con prudencia cautelosa
Si pudo ser ó no, mas ciego en todo
Creyéndolo responde deste modo.

O amigo Hacen á quien el cielo santo
Ama, y el gran Profeta es tan amigo
Que del combate y marcial quebranto
Al cielo se subió á hablar contigo.
Pues tanto puedes y mereces tanto,
¿Qué no haras? ¿qué no podras conmigo?
Haz y ordena las cosas de la suerte
Que pide la ocasion y Alá te advierte.

Del dedo al punto se sacó un anillo
En que el sello real traia estampado,
Y despues de avisallo y prevenillo,
De su mano á la suya se lo ha dado.
Y porque no dexase de admitillo
Muley, mandó que fuese acompañado

De Cayde, Bacalud, Celin, Bugima,
Y de Abdulac, que el fiero orgullo oprima.

Alegre el cauto Hacen de verse puesto
En donde su deseo le pedia,
Del Rey se aparta, y parte á buscar presto
La Mora, que aun su nombre aborrecia.
Determinando de hacer en esto
Quanto poder el Rey le concedia,
Si huyendo Tarfira de su gusto,
Con desden lo tratase ó con disgusto.

Iba resuelto de vengar su injuria
En Muley Bohacen, si se pusiese
En defender la que su honor injuria,
Y el remitirla qual desea impidiese.
Llevado así desta zelosa furia,
Sin que descanso á su cuidado diese
Llegó á la casa, y sin parar en nada,
De gente y armas toda fué cercada.

Ni le reprime la real grandeza
De Muley, ni el blason que ve á la puerta,
Insignia que denota su nobleza,
Conocida de Hacen, y á nadie incierta.
Confiado en el mando, con fiereza
Mandando hizo que le fuese abierta,
Entró dentro, pregunta por Tarfira,
Y á su aposento llega ardiendo en ira.

Ya á este punto habia la voz llegado
A Muley, del forzoso atrevimiento
Del esquadron de gente aderezado,
Que á Tarfira cercaba el aposento.

Y aunque herido y todo desangrado,
Desnudo sale como está al momento;
Pide razon del caso, Hacen le cuenta
Todo el suceso, y lo que el Rey intenta.

Muestrale el real sello, Muley pide
Que vuelva al Rey, y diga que él la lleva,
Que él se la llevará, y á otro lo impide,
O de su muerte llevarán la nueva.
A Muley dice Hacen: el tiempo mide,
Busca otra ocasion para esa prueba,
No te canses, que el Rey manda llevalla,
O ha de ir, ó ante ti despedazalla.

Si el mundo todo al hecho se conspira,
Si el infernal abismo se conjura,
Si el cielo ardiendo en espantable ira
Lo que tu dices que harás procura.
Primero que se ofenda á mi Tarfira,
Primero que perder su hermosura,
Él mundo asolaré, y el hondo abismo,
Dice Muley, y al cielo haré lo mismo.

Furioso á las armas arremete,
Aunque herido, con valor constante,
Y con tan fieros golpes le acomete
Que un monte deshiciera de diamante.
De la estrechez y aprieto en que se mete
Haciendo fuerza por pasar delante,
Sin brotar sangre no quedó herida
Cómo quando ve un muerto á su homicida.

No con ménos valor sobre él revuelve
El Africano Hacen, que amor y zelo

Le precipita, esfuerza, ayra, envuelve
En nueva furia, y en menor rezelo,
Zayde á Hacen, Celin á Muley vuelve,
Los demas les abaten por el suelo
Los alfanges, trabándoles los brazos,
Con ruegos unos, y otros con abrazos.
De todos impedidos se apartáron
Los dos guerreros, y Muley cansado
De forcejar, las fuerzas le faltáron
Y cayó sin sentido desmayado.
Que las recientes llagas le brotáron
Tanta sangre, y el golpe que habia dado
Del caballo en la zanja, le pusiéron
Tal, que todo esto junto lo rindiéron.
Bugima y Bacalud lo recibiéron
Al caer en sus brazos con firmeza,
Y en sus dos capellares lo pusiéron
Llenos de espanto y muertos de tristeza.
Celin y Zayde y Abdalac se fuéron
A darle cuenta al Rey de la extrañeza
Del admirable caso, y la otra gente
Quedó á Hacén, que su opinion sustente.
Sin darle alteracion, ni el intrastable
Pecho, mostrar del caso sentimiento,
Que piensan los crueles que es loable
A la piedad no darle acogimiento.
Con infernal espíritu implacable
Prosiguiendo en su horrible pensamiento
A Tarfira de un brazo asió, diciendo,
Con voz soberbia y con semblante horrendo.

Pues no ha podido mi amoroso ruego
Mover tu dura obstinacion un punto,
Ni mi fatiga ni mi ardiente fuego,
Ni la muerte que ví por tí tan junto.
Ahora que veo luz, y no estoy ciego,
Que tengo vida, y ya no estoy difunto,
Ahora quiero que conozcas claro
Tu altiva ingratitud y tu odio avaro.

El Rey me ha dado facultad que pueda
Premiar tu insolente desvarío,
Que te dé muerte, ó vida te conceda,
Eso remite á solo el querer mio.
Si el gusto tuyo hacer el mio no veda,
Si á mi querer no acudes con desvio,
Verás en tí una gloriosa suerte,
Y en excediendo una espantable muerte.

No te suspendas mas ni te diviertas,
Dame respuesta en esto que te pido,
Y pues á tiempo estás, mira que adviertas
Lo que me debes, y lo que he sufrido.
Quantas cosas te he dicho serán ciertas,
No te impida temor ni amor fingido,
Mira que la venganza en casos tales
Mueve los corazones mas leales.

Viendo Tarfira lo que el Moro intenta,
Y la fuerza que ha por llevalla,
Habiendo estado á su razon atenta,
La suya dá queriendo así atajalla.
Si todo lo que aquí me representa
Tu libre voluntad, y en tí se halla,

Y el podér que te ha dado el Rey te anima,
Ni me conmuove á mí ni desanima.
Otras veces en este mismo efeto
Has hablado conmigo, y siempre fuiste
Respondido de mí, que está sujeto
Mi corazon á aquel que siempre oiste.
Y ahora puesta en este duro aprieto,
Amenazada con la merte triste:
Vuelvo á decir, que ni el honroso premió
Podrán conmigo, ni el mortal apremio.
Executa el poder que el Rey te ha dado
En mí, como en Muley á quien has muerto:
Haz tu soberbio corazon vengado
Y el odio que en él tienes encubierto.
Que el cielo que me pone en tal estado
Por lo que él sabe, sabe claro y cierto.
Tu horrible trato, tu infernal crueza,
Tu engaño y tu infiel naturaleza.
Y él pues me priva de poder vengarme
Con este brazo que tu mano aprieta,
En darme esfuerzo no podrá faltarme
Para morir sin ser á tí sujeta.
En esta fé constante has de hallarme
Sin que el temor, ni tu maldad secreta
Tuerzan mi casto ánimo de aquello
Que á mi suerte es debido defendello.
De aquesa vana fé (respondió fiero
El soberbio Hacén) habrás el pago
Que por tu afrenta y tu disgusto quiero
Hacer mi gusto, pues por él lo hago.

Tarfira replicó, verás primero
Que llegue á ver tan afrentoso trago
Tu justa muerte, que el honor me esfuerza
Y suple en esto el ánimo á la fuerza.
Con el siniestro brazo, le rodea
El fuerte Moro la cerviz rosada
A la bella Tarfira, que se emplea
En la defensa sin rendirle nada.
Y porque el fiero bárbaro no vea
Cumplir su gusto, y dexe deshonrada,
Con ánimo defiende su pureza,
Dando fuerza el honor á la flaqueza.
Al ruido, á las voces, al estruendo
Los dos que á Muley tienen compañía
En el desmayo, acuden entendiendo
No la maldad que cometer queria.
Y á Tarfira y Hacén trabados viendo,
Que ella dél con valor se resistia,
Y á el que asido della procuraba
Lo que animosamente ella negaba.
Estaba el fiero bárbaro tan ciego,
Tan fuera de razon, tan sin sentido,
Que de Celin ni Zayde valia el ruego
Ni daba á voces ni al clamor oido.
De su furor sentia solo el fuego,
Y así él solo sin valor rendido,
Sin refrenar la detestable furia
Volvió el amor en fuerza, oprobrio, injuria.
La bella Mora, aunque no rendida
Del ánimo, que en ella era invencible,

Andaba ya de fuerza enflaquecida,
Porque el contrario en ella era terrible.
Esforzabase viéndose ofendida,
Su venganza haciéndola posible,
Que la honra en estrecho nunca duda
Que ha de vengarse aunque le falte ayuda.

Sin valer con el Moro cosa alguna,
Ni reprimir su ánimo obstinado,
Quiere así contrastar á la fortuna,
Y haber el premio que le habia negado.
Viendo que le ase Zayde y le importuna,
Que de Celin tambien se via trabado,
Tiró de todos, blasfemando al cielo
Y con ella y con ellos dió en el suelo.

Qual suele el feroz toro al animoso
Y fuerte alano, que lo tiene asido,
Que sin dexarlo, con ardor furioso
Lo aqueja, y trae sujeto y afligido.
Que lleno de fiereza con rabioso
Impetu, en saña y cólera encendido
Con brazos, piernas, pecho, cuerno y frente
Lo despide, y con ánimo valiente.

Tal el fiero Hacen ardiendo en ira
A Zayde y á Celin de sí sacude,
Y á la afligida y misera Tarfira,
Que ya á los ruegos de muger acude.
El oido, el cruel bárbaro retira,
Y sin que dél proposito se mude,
El pie á Tarfira puso en la garganta,
Y alfange y brazo con furor levanta.

Vuelven sobre él los Moros á impedille
Que el fiero golpe no descargue en ella,
Y con ruegos de nuevo á persuadille
Que su valor no emplee en ofendella.
Ni á ellos oye, ni á ella quiere oille,
Ni ruegos ni clamor su ira domella,
Dando voces que dél se desviasen,
Y libre el brazo que le asian dexasen.

En esto estaban con el Moro fiero
Los dos piadosos Moros, resistiendo
Que no alcanzase del tajante acero
En la hermosa Mora el golpe horrendo.
Quando el Rey llega, y Abdalac el primero
De Hacen la fiera condicion temiendo,
Como él que bien su pretension sabia,
Y el odio della y el zelo en que se ardia.

Acompañando al Rey venia delante
Recelando del bárbaro el efecto,
Que el zelo y el desdén en un amante
Hacen dexar de serlo al mas perfecto.
Qual este que volviéron de diamante
El tierno pecho, al dulce amor sujeto
Los desdenes y zelos, y esta injuria
Su amor convierten en rabiosa furia.

Como al soberbio Moro Abdalac vido
Pisando el cuello de la Mora bella,
Y en alto el fuerte brazo suspendido
Por los dos Moros que hacian por ella;
Para ellos corrió despavorido,
Diciendo: dexa fiero de ofendella,

Que el Rey viene á impedir tu crudo intento,
Y á que cese tu horrible atrevimiento.
  Levantó el rostro el bárbaro inhumano
A la voz, y al Rey vió con su sobrino,
Largó á Tarfira, y con semblante ufano
A donde estaba el Réy diciendo vino:
De Muley se ve en esto el furor vano.
Que quiso con soberbio desatino
Contra el celeste mando y querer tuyo
Contrastar el terrestre poder suyo.
  Axartaf no le da respuesta alguna,
Y Hacen con su habla no prosigue,
Que teme si con ella le importuna
A ira como á lastima le obligue.
Tarfira, amancillada en su fortuna
Quejándose de Hacén sus pasos sigue,
Pide justicia al Rey, dándole cuenta
De su historia, y lo que el Moro intenta.
  Oyela el Rey, y como ya venia
De Abdalac informado largamente
De lo que el Moro della pretendia,
Duda con pensamiento diferente.
Discurre la ligera fantasía
Por mil discursos que le trae presente
El caso, y sin poder comprehendello
Ni osa culpar al Moro ni absolvello.
  Sus penso el afligido Rey no sabe
El órden elegir para que acierte,
Ni si dexe á Hacén, ó si lo acabe,
Ni si le crea la divina suerte.

Sosiego en su alma ni quietud no cabe,
En tanta duda y en dolor tan fuerte
Gime viendo á Muley hecho despojos
De la muerte, y de humor cubre sus ojos.
Dudando en esto, y suspendido desto,
Quedó Axartaf en su profunda guerra,
Con extremos haciendo manifiesto
El sentimiento que su alma encierra.
Quando Muley con demudado gesto
Levantó el cuerpo todo de la tierra,
Abrió los ojos que cerró la muerte,
Y al Rey su tio dice de esta suerte:
Tendras, ó Rey, por admirable cosa,
Despues de muerto ver mi nueva vida,
Que bien considerado ès prodigiosa,
Y para dar horror aun siendo oida.
Quanto mas quien la ve, y esperar osa
Con animo y constancia no rendida
Qual tú, y á un hombre habla que no tiene
Vida, y del otro mundo á hablarte viene.
La causa ès desto á solo prevenirte,
Que con descuido vives y engañado,
Y de lo que te importa apercibirte,
Si en vida quieres conservar tu estado.
Esto me manda una Deidad decirte,
Que teniendo de tí y de mí cuidado,
A tu remedio acude por el modo
Que de mí te será informado todo.
Viendo la injuria que á mi honor y nombre
Hacen hacia con tu nombre y sello,

En que ni á tu grandeza ni renombre
Era debido en tal obedecello.
Movido, y no de espíritu de hombre,
Me opuse sin estar para hacello
Por las recientes llagas que tenia,
Y por la mucha sangre que vertia.
Mas estando en mi cama desta suerte
Sin valor para hacerle resistencia,
Mas para el trago de la dura muerte,
Que para entrar con él en competencia.
Oi una voz que dixo: Muley fuerte,
No sufras que se haga tal violencia
A Tarfira, sal presto que ese injusto
Engaña al Rey por solo hacer su gusto.
No dexes que en un casto pensamiento,
Tan encendido en inmortal pureza
(Qual sabes bien, pues siempre á tu tormento
Ha resistido con tan gran firmeza)
El desleal Hacen su falso intento
Cumpla, y desflore con bestial fiereza
El casto honor que tanta estima tiene,
Y ella con tanto ánimo mantiene.
Desta voz instigado salí fuera,
Pedile que Tarfira iria conmigo
A cumplir tu mandado, y quel se fuera
Que luego al punto me veria contigo.
No vino en esto, y con la muerte fiera
Le amenazó, y que en un cruel castigo
Primero le daria que dexalla,
Porque venia á esto ó á llevalla.

Acudí á la defensa apercibiendo
Las armas que el furor me dió á la mano,
Con justo intento, el falso resistiendo
De ese insolente bárbaro Africano.
Con quien andando en el combate horrendo
Perdí el aliento, quel sugeto humano
No puede en tanto daño recibido
Resistir mas, sino caer rendido.
Rompió la estrecha ligadura el alma,
Las tinieblas los ojos me cubriéron,
El alfange aflojó la diestra palma,
Los vitales espíritus muriéron;
Y el alma que en el mundo tanta palma
Ganó, y en guerra tanto honor le diéron,
Al punto que empezó á hacer camino
Asió della un espíritu divino.
Quien fuese no sabré signifinarte,
Ni con lengua mortal encarecello,
Ni su beldad qual era figurarte,
Mas que decirte que era un joven bello.
No tenia de cosa mortal parte,
Ni su rostro ocupaba el primer vello,
Venia adornada la inmortal figura
De las partes que Apolo se figura.
Traia una ropa verde matizada
De inmortal oro y piedras relucientes,
Por los anchos espacios adornada
De celestiales formas refulgentes.
Una sierpe en los pechos dibuxada,
Acometida de Christianas gentes,

Y á los pies unas letras que decian,
Ellos lo acabaran si así porfian,
De mí ha sido el espíritu glorioso
Rompiendo el ayre con ligero vuelo,
Qual el ave del Jove poderoso
Quando al Troyano Joven subió al cielo.
Dió conmigo en un valle deleytoso
Que ni en el cielo estaba ni en el suelo,
Entre entrambos dos orbes sostenido,
De gloria y de deleyte enriquecido.
Aquí de hojosos árboles compuesto,
Y de agradables fuentes que corrian,
Se via adornado el soberano puesto,
Y de almas ilustres que se vian.
Que sin cuidado ni temor molesto
Por los floridos prados discurrian
En dulces coros y en alegres fiestas,
Muchas de yedra y de laurel compuestas.
En lugares distintos se mostraban
Un gran numero en cosas diferentes,
Unas ligeros corzos acosaban,
Y otras los javalies y osos valientes.
Otras en blandos ocios se espaciaban
Entre las flores y sonoras fuentes,
Sin acudir á mas que en este oficio
Ocupar su memoria y exercicio.
Quedé de la extrañeza suspendido,
Sin hacer otra cosa que admirarme
En mirar fuentes, valles, montes, exido,
Y tantas álmas de que via cercarme.

Que la Deidad que allí me habia subido
De todo viendo así maravillarme
Llegándome á los bordos de una fuente
A las demas en todo diferente.
Ocho columnas de alabastro y oro
A lo Mosayco y Jonico labradas
Tenian un techo que valia un tesoro
Las piedras que por él se vian sembradas.
El golpe de agua que salia sonoro
De seis Ninfas de Pario relevadas
El medio de la fuente ancha ocupando,
Por los pechos la fresca agua lanzando.
Un grande estanque estaba junto della,
Que de la fuente el agua recibia,
Sin que al pasar pudiese nadie vella
Porque la tierra el paso le cubria.
De aqueste el monte, el prado, y selva bella
Sin cesar se regaban noche y dia,
Y despues en un rio se convierte,
Que por el largo término se vierte.
Al punto que llegamos á esta fuente
La celeste Deidad que me guiaba
En medio me lanzó de su corriente,
Que me hundió donde su centro estaba.
De aquí me arrebatáron velozmente
Sin saber quien, aunque conmigo hablaba,
Y despues que en un baño me laváron.
Al estanque que digo me lleváron.
Al bordo estaba del estanque puesto
El glorioso joven, aguardando

Que me arrojara fuera el curso presto,
Mi humanidad (qual él decia) lavando.
Porque dexando de hacerse esto
La gloria que se estaba allí gozando
A nadie puede serle concedida,
Y por Mahoma á todos defendida.
  Luego que dexé el agua y salí fuera,
La mia tomando con su diestra mano
El joven, me habló desta manera,
Con blanda risa y con semblante ufano:
Muley no dudo que en congojosa fiera
Te ponga el caso oculto y soberano,
Y te admire el lugar que no se alcanza
Si muerte y vida no hacen tal mudanza.
  Desto que has visto el gran secreto dexo
Reservado á otro tiempo en que lo diga,
Porque de ver (si puede ser me aquejo)
A tu tio Axartaf en tal fatiga.
Deste cuidado punto no me alejo,
Porque Hacen su intento no consiga,
Y con engaño tal al Rey engañe,
Ni con tal nombre á Tarfira dañe.
  Ve luego al Rey, y dile que yo digo
Que soy quien ves, que ese traydor procura
Su destruccion, que con mortal castigo
Su atrevimiento pague y su locura.
Y que en la nube no se vió conmigo,
Ni lo saqué de la batalla dura,
Quel huyó della, y dado aqueste aviso
Vente á gozar de nuestro paraiso.

Esta razon diciendo Muley fuerte,
Con un mortal desmayo vino al suelo,
La boca y ojos le cerró la muerte,
Cubriéndolo de un pálido y frio hielo.
El Rey quedó admirado de la suerte,
Lleno de horror y triste desconsuelo,
Los demas en suspenso encogimiento
Del caso, y del Rey viendo el sentimiento.

Los ojos que cubria el humor lloroso
Tiene Axartaf en el sobrino puestos,
Suspirando y gimiendo congojoso,
Sus cuidados haciendo manifiestos.
Revolviendo el espiritu cuidoso
Por mil discursos varios y molestos,
Que le traia su dolor presente,
Al cabo dice con valor prudente.

Tener puesto al contrario en la campaña
Que nos tiene del modo que nos vemos,
Que nos ofende mas y mas nos daña
Quanto mas en defensa nos ponemos.
Que nos encierre aquí su ardiente saña,
Y nos destruya si salir queremos,
Y al remedio de aquesto no acudimos,
Y si acudimos, ved qual del salimos

Muerta nos tiene la Christiana espada
(En diez meses) la flor de nuestra gente,
Sin que á su intento se resista nada,
Porque á su intento todo está obediente.
La tierra destruida y saqueada
Nos lo dice, y el mal que veis presente

Nos amenaza con mortal caida,
Pues Muley solo nos podia dar vida.
  Este daño Hacen pongo á tu cuenta
Pues me engañaste con tan falso engaño,
Y así como á traydor muerte y afrenta
Te haré dar con un castigo extraño.
Que el que á su Rey qual tú engañar intenta,
Quien un insulto cometió tamaño,
Quien ofende muger y la deshonra,
Pague igualmente con la vida y honra.
  Mandó que luego allí lo desnudasen,
Y atras los fuertes brazos le volviesen,
Y así desnudo al campo lo sacasen,
Y atado de un pié en alto lo pusiesen;
Y que tanta distancia lo apartasen
Que del Christiano exército lo viesen
Luego quel claro Apolo á los mortales
Diese luz con sus rayos celestiales.
  Que en el doblado y cauteloso pecho
Donde cupo tan pérfido delito,
Manifestando el detestable hecho
En un papel lo lleve todo escrito.
Porque salga del orbe nuestro estrecho,
Y en la Africa, Armenia, y la fecunda Egipto
Tengan noticia del profano aleve,
Manda que luego así á cumplir se lleve.
  Hizo al real palacio llevar luego
El cuerpo de Muley, dando á Tarfira
Por libre, y sin oir de Hacen el ruego
Ayrado á su aposento se ritira.

Los ministros acuden sin sosiego,
Y del vestido cada qual le tira
A Hacen, y con furia lo arrebatan,
Y atras los brazos fuertemente le atan.
Pónenlo en el camino resonando
El cóncabo metal, y entre la obscura
Y fria niebla, el triste Hacen llorando
Va á padecer la justa muerte dura.
Pide á Abdalac, que pues el regio mando
Va á executar, que en tanta desventura
Se compadezca dél, y le dé muerte
Que sea mas breve, y no tan larga y fuerte.
Sin responderle ni otorgarle cosa
De las que demandaba, llegó al puesto
Que la justa sentencia rigurosa
Mandaba, y donde estaba el palo puesto.
Colgáronlo, y la trompa sonorosa
De nuevo hizo el ronco son funesto,
Que en el Christiano exército fué oido,
Y al arma todo al punto apercibido.
Los caballos acuden presurosos
Donde la órden de acudir tenian,
Y los infantes corren animosos
A sus banderas, qual hacer solian.
Forman de allí esquadrones poderosos,
Que á guardar varios puestos acudian,
Salen espias, ponen centinelas,
Renuevan armas, aperciben velas.
El magnánimo Rey personalmente
Acude á todo, y todos acudiendo

A sus obligaciones, con prudente
Disponer lo iba todo apercibiendo.
Así aguardaba la invencible gente
Sin entender la causa del estruendo
Bárbaro ni á que fin la trompa fiera
Resonó, y dió señal de tal manera.
Salió una esquadra por aqnella parte
Quel puente del famoso Guadayra
Queda á la diestra, y de Tablada parte
El término y la gran ciudad se mira.
Siguiendo el órden bélico de Marte
De esfuerzo apercibidos y de ira,
A donde la sonora trompa oyéron
Espiando el tendido llano fuéron,
Por esta parte habian enderezado
Los cautivos huidos su camino,
Para entrar en el campo deseado
Del santo Rey que ya tenian vecino.
Y como fuese dellos encontrado
El Christiano esquadron, Reynoso vino
Reconociendo si eran enemigos,
Y enmedio se halló de los amigos,
Alzó la voz, llamó á sus compañeros,
Pónese en medio del Christiano amparo,
Cuentan su historia y sus desastres fieros,
Todo el suceso allí haciendo claro.
Preguntan á los fuertes Caballeros
Por el valiente Lope Diaz de Alfaro,
Que compañero fué en su trabajoso
Cautiverio, de Orgales y Reynoso.

De todos eran con igual contento
Los Christianos cautivos escuchados,
De todos con alegre sentimiento
De palabra y consuelo regalados.
Don Lope de Quevedo estuvo atento
Oyendo miéntras eran preguntados
De todo el caso, y con valor ardiente
Le dice así á su Christiana gente.

El Christiano caudillo que sustenta
La guerra en nombre del Señor del cielo,
Y de la Santa Fe la gloria aumenta,
Ensanchando los límites del suelo.
Con ser todos de tanto honor y cuenta
Qual sois, me envia en este obscuro velo
A mí el menor de todos á regiros,
Debiendo obedeceros y serviros.

Mas ya que su grandeza poderosa
Quiere por esta via engrandecerme,
Y honrarme así con suerte tan gloriosa
Qual fué de vos el Capitan hacerme.
Si os pareciere hagamos una cosa
A quel honor me fuerza á disponerme,
Y la piedad á todos nos obliga
A que la obra el justo fin consiga.

Este Christiano dice, que en oyendo
Que resonó la trompa, fué espiando
A donde resonó y oyo el estruendo
Del bárbaro que se iba retirando.
Y dice que dexáron padeciendo
Muerte cruel de un solo pié colgando

A un hombre en una horca suspendido,
Y que no aguardó mas quando esto vido.
Débese presumir que esta inclemencia
Seria en algun Christiano executada,
Por su odio ó su bárbara violencia,
O por ver hoy su sangre derramada,
Y ya que executáron su sentencia,
Y la muerte por ella le fué dada,
Vamos y de la horca lo quitemos,
Y al Christiano real nos lo llevemos.
Todos sin discrepar condescendiéron
En que por obra al punto se pusiese
El piadoso acuerdo, y le pidiéron
A Don Lope que no lo difiriese.
Hízolo así, y á una revolviéron
Las riendas, sin que en ellos uno hubiese
Que deste parecer se desviase,
Y á otro diferente se inclinase.
Reducidos en órden, y guiados
De los cautivos que en esquadra puestos
Delante iban de esfuerzo acompañados,
Y á todo riesgo con valor dispuestos.
De silencio y tinieblas rodeados,
Midiendo el llano van con pasos prestos,
Sin que voz, ni relincho de caballo,
Ni estruendo alguno fuese en alterallo.
Qual suelen los prudentes cazadores
Que la ligera liebre procurando
Rodean el prado, y miden los alcores
En órden puestos sin hablar buscando.

[library stamp]

A los ligeros galgos y ventores
El cargo de la caza encomendando,
Y á ellos el silencio con que hacen
Su caza, y á su oficio satisfacen.
  Así los caballeros valerosos
Siguiendo el fin de su acordado intento,
En quieto silencio van cuidosos
Su camino con sordo movimiento:
Llegan al puesto y cercan animosos
El palo, y los cautivos al momento
Asiendo dél, del suelo lo arrancáron,
Y palo y ahorcado se cargáron.
  La cuerda le cortó Mateo de Orgales,
Que en el ayre de un pié lo sostenia,
Mira el rostro que hecho cardenales
Sin semejanza un globo parecia.
Ni la traza le dicen ni señales,
Quien fuese, ni Reynoso conocia
Si era Christiano ó Moro, con mirallo
Y á mil partes volvello y levantallo.
  En esta duda y suspension estaban
Los unos y los otros detenidos,
Que era uno los unos afirmaban,
Que era otro los otros advertidos.
Los unos y los otros porfiaban,
Y en esto estando todos encendidos,
Martin de Oviedo un Moro halló echado,
Que allí llorando el muerto habia quedado.
  Este traido, y entre todos puesto
Sin ser apremiado les dió cuenta

Del caso todo, y hizo manifiesto
De Bohacen el fin, de Hacen la afrenta.
Y en medio del Christiano esquadron puesto
Para que como allí les representa
Aquella historia, al Rey selá refiera
Como la cuenta allí por verdadera.
Cargan el muerto, atan el cautivo
Los cautivos, y al campo alegrès parten
A dar reposo á su trabajo esquivo;
Y el en que iban entre si reparten.
Y con cuidado vigilante y vivo
Don Lope manda á todos no sé aparten,
Y unidos con tan buen trofeo revuelven
Con muerto y preso, y con cautivos vuelven.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

Del suceso llegó la alegre nueva
Al pastor del Christiano ayuntamiento,
Que rompiendo las sombras se la lleva
La veloz Fama por el presto viento.
Tiéndese el real, y el vulgo aprueba
Ménos y mas hablando en todo atento,
Quitando y añadiendo, que esto tiene
La nueva quando por el ayre viene.
Cercado en torno de su invicta gente
Cuidadoso aguarda que Don Lope venga,

Por que la nueva abierta y libremente
Se platica, y no hay ya quien no la tenga.
Instiga á todos el deseo ardiente
Que no sufre que tanto se detenga,
Que las cosas que agradan siempre tardan,
Si con cuidado y con deseo se aguardan.
Así el glorioso defensor de España
Ocupado y cuidoso está aguardando
Quien le cuente de vista la hazaña
Qual todos van de oidas afirmando;
Deseando ver cosa tan extraña
Muerto, preso y cautivos deseando,
Llegó Don Lope, y á sus pies postrado
Muerto, preso y cautivôs le ha entregado.
Maravillado el Rey quedó, y suspensó
De Príncipes el fuerte ayuntamiento,
Que á todos aquejó el cuidado inmenso,
Que á nadie hace de su fuerza esento.
Todo el discurso allí desde el comienzo
Recitó en el Real acatamiento
Don Lope, dando al preso por testigo
Del muerto, y la ocasion de su castigo.
El qual á Botalhá viendo presente
Como vasallo suyo ante él se inclina,
Y el temor deseando libremente,
De Hacen y Muley cuenta la ruina.
Cuenta del uno y otro el fuego ardiente
Sirviendo en competencia á la divina
Tarfira, que igualmente los trataba,
Y su inviolable honestidad guardaba.

Cuentale como habia Tarfira sido
La que en el riesgo se arrojó á librallo,
Viéndolo á pié, sin armas y herido,
A Muley derribando del caballo.
Sin dexar cosa allí le ha referido
La historia desde que partió á buscallo
De Marruecos, y el órden que habia y modo
En Sevilla, y calló informado todo.

Botalhá oyendo de Hacen el nombre,
Y de Tarfira y de Muley la muerte,
Mudó el color y dixo: aquese hombre
Y aquesos nombres son mi cruda suerte.
Y no te maravilles que me asombre,
Sinó de verme que á hablarte acierte,
O esclarecido Rey, que tantas cosas
Han de admirar, y mas tan espantosas.

No dixo mas, quedando con sosiego
Mirando al Rey el Moro valeroso,
Y aunque de alteracion y dudas ciego,
Fué en encubrillo todo poderoso.
El Christiano caudillo entendió luego
La pasion y cuidado congojoso
En que quedaba el Príncipe Africano,
Por la razon que dado habia el Pagano.

Y asi á Don Lope le mandó que fuesen
Los Christianos cautivos alojados
Por él, y que en regalo los pusiesen
Como sus males fuesen reparados.
Que el preso y muerto á Botalhá le diesen,
Y á do mandase allí le sean llevados,

Entróse, esto mandado, á su aposento,
A entregar al reposo el pensamiento.
  Don Lope acude á lo que está á su cargo,
Y los cautivos se llevó consigo,
Que del trabajo libres, y afan largo,
Amparados se ven del bando amigo.
Ansioso, triste, envuelto en llanto amargo
Botalhá, hace al muerto su enemigo
Que lo arrojén al campo, y con el vivo
Se aparta á platicar su daño esquivo.
  Suspensos todos sin hablar quedáron
Del Rey de Africa viendó el sentimiento,
Y á mil diversas cosas lo aplicáron
Con diferente voz y entendimiento:
Y como la verdad no declaráron,
Tras della andando discurriendo atiento,
Don Lorenzo al Infante Don Henrique
Dice, de esto no sé que certifique.
  Ver un hombre tan grave y tan valiente,
Hacer extremos de congoja tales,
Descomponerse un hombre tan prudente,
Rendirse así á la fuerza de los males;
Considerado bien, y sabiamente
Visto el afecto, y vistas las señales,
De gran causa procede tanto efecto
En varon tan constante, y tan perfecto.
  El hijo del magnánimo caudillo
De la guerrera España así responde:
Bien podemos el caso atribuillo
A todo aquello que el secreto asconde;

El querer padecello y encubrillo,
Pues no da indicio ni lugar por donde
Saberse pueda, imitando en esto
Algun varon, que veo en este puesto.
  El Rey mi padre, y yo (al que digo) vimos,
Y todos quantos en presencia veo
Ir contra siete Moros, y estuvimos
Temerosos que hiciesen del trofeo.
Porque uno, que nunca conocimos,
Que iba con él, rendido al temor feo
Lo dexó, y al real volvió huyendo,
La vida en mas que el claro honor teniendo.
  Mas el constante y fuerte caballero,
Gloria y blason del siglo y los antigos,
Aunque dexarse vió del compañero,
No por eso dexó los enemigos.
Que él solo, y amparando á su escudero
Del campo los echó, qual son testigos
Todos, y con ver esto no he podido
Saber quien lo dexó, ni se ha sabido.
  Garciperez, oyendo al fuerte Infante,
Los ojos vió que todos habian puesto
En él, y que pasaran adelante
En lo que Don Henrique habia propuesto:
Para impedirlo serenó el semblante,
Y con alegre, aunque severo gesto,
Con la humildad que lo ensalzó contino,
Asi le respondió el varon divino.
  No es cosa nueva á tu Real grandeza
(Principe excelso) darme el favor suyo,

Engrandeciendo mi servil baxeza
Con la gloria debida al nombre tuyo.
Hazañas son de tu inmortal largueza
Que á ti debidamente restituyo:
Pues tu solo valor es el que puede,
Y dél quanto se obra nos procede.

Quedó en esta razon el invencible
Garciperez suspenso, y conociendo
Don Lorenzo, que le era aborrecible
Toda alabanza, estándola él oyendo:
Le dixo, ó Garciperez, ¿es posible
Que nos vais tanto tiempo asi escondiendo
Qien fué, el que huyendo esa batalla,
Os dexó solo á vos para ganalla?

Su Alteza, y el Infante, y yo estuvimos,
Y otros muchos que juntos nos hallamos,
En la tienda Real, de donde vimos
De la ocasion el fin que deseamos:
Y como al que os dexó no conocimos,
El Rey y todos los demas quedamos
Con el deseo, que el Infante muestra,
De conocerlo entre la gente nuestra.

Y aunque de todos procurado ha sido,
Porque nos puso á todos en cuidado,
A todos igualmente se ha escondido,
Y á ninguno le ha sido declarado:
Vuestro escudero que mejor lo vido,
Ni con ruegos, ni siendo apremiado,
Se acabado con él, que nos lo diga,
Ni en esto el gusto de ninguno siga.

Mal puede mi escudero ser testigo
(Respondió Garciperez) de quien era
Ese que procurais, pues fué conmigo
Sin levantar del rostro la visera.
Esto sé solo, Don Lorenzo amigo,
Esto dirá quando deciros quiera
Mi escudero, y no hay mas que decir, que esto,
Fuera de ser engaño manifiesto.

Y la fe doy de noble hijodalgo,
Y como tal ante el Infante juro,
Si en esto hubiera descubierto algo,
Como no puede, y del estoy seguro,
Quel ministerio de que del me valgo,
Le pagara con un castigo duro,
Que fuera exemplo á libertadas lenguas,
Que no publiquen afrentosas menguas.

Un sonoro murmurio levantáron
Loando todos la virtud constante
Del invicto varon, con que atajáron
Que no pasase en su razon delante.
Varios sugetos el hablar tomáron,
Preguntados algunos del Infante
Sobre la guerra que tenian presente,
Y la virtud de la guerrera gente.

No de las galas, el lascivo vicio
Del ciego amor, ni las nocivas damas,
Ni del costoso juego el exercicio
Consumidor de haciendas y de famas,
De Marte horrible el fiero y cruel oficio,
De fuertes armas, y encendidas llamas,

De máquinas, de ingenios belicosos
Trataban los varones gloriosos.
A qual estaba justamente dado
De Capitan el título debido,
Qual por fuerte ó por práctico soldado
Era remunerado y conocido:
Como á ningun oficio era llamado
Quien no lo hubiese en obras merecido!
Como al oficio proveian solo,
No á la persona por favor ó dolo!
Contaban sin invidia las hazañas,
Qual de Don Suero Tellez el valiente,
Qual de Don Gil Manrique las extrañas
Proezas, y el valor resplandeciente:
Del gran Primado, honor de las Españas,
Y de Don Pedro Ponce el excelente,
De Don Rodrigo Flores y el de Haro,
Y al que ilustró de Lara el nombre claro.
Desto trataban solo, no escondiendo
El justo honor que á todos se debia,
Su alabanza y su gloria ennobleciendo,
Con darla á quien tambien la merecia.
Dichoso tiempo! y los que en él viviendo
Dichosos! pues á nadie se escondia
Por odio ó por invidia el alabanza,
Ni al virtuoso la real privanza. "
Largo discurso la ocasion me ofrece,
Si hubiera de ocupar la pluma en esto,
Y decir lo que siento, y me parece
En este siglo de la invidia infesto:

Mas el temor me acorta y enmudece,
Y el ser forzoso dar la vuelta presto
A tratar de los héroes que he dexado,
Que en nuevas contenciones se han trabado.
  Vos, sacra Musa, que tenéis memoria
De quanto pide el canto que prometo,
Vos que sabeis de origen esta historia,
Vos me informad, y descubri el secreto:
Será por mí, mediante vos, notoria,
Sin que del tiempo el áspero decreto
En ella pueda executar su ira,
Ni sepultar en el Letheo mi lira.
  Como á sus caballeros alababan
Los defensores de la Fe Christiana,
Y sus hechos gloriosos ensalzaban,
Su fama haciendo eterna y soberana;
Miéntras en esto en dulce paz hablaban,
Invidiosa de oillos la inhumana
Discordia, con horrible pensamiento
Alterar quiso el fuerte ayuntamiento.
  De la espantable forma descompuesta
En invisible espíritu se vuelve,
Y entre los unos y los otros puesta
Ayrada á un cabo y otro se revuelve,
De vengar su cruel ánimo dispuesta,
De infestarlos á todos se resuelve:
Que no quiere, que abrace la concordia
La dulce paz odiosa á la discordia.
  A priesa el infernal aliento espira
Su venenoso y no entendido daño,

A qual en odio, á qual enciende en ira,
A qual en un furor conmueve extraño.
El mas quieto animo se aira,
Sin poder resistir furor tamaño;
Y tocado de invidia y vanagloria
De sus hazañas hace allí memoria.
Los unos dicen que ellos son iguales
A todos quantos son allí alabados,
Y que són sus gloriosos hechos tales
Que exceden á presentes y pasados.
Otros hazañas cuentan inmortales,
Otros servicios altos y estimados,
Otros dan voces, y las armas piden,
Otros las toman, y otros se lo impiden.
Crecia el alboroto y el ruido
En los de dentro, y los que estaban fuera
Con tanta alteracion, que conocido
Lo que causaba su discordia fiera,
Don Lorenzo pidió que fuese oido;
Y hecho así, habló desta manera
Puesto al umbral de la Real estancia,
Condenando de todos la arrogancia.
No se os puede negar, fuertes varones,
Las alabanzas que pedis debidas,
Como los que en tan árduas ocasiones
Ofreceis y ofrecisteis vuestras vidas:
Esto dicen las bárbaras naciones
De quien sois siempre crudos homicidas,
Y sin ellas el mundo á quien espanta
Vuestro nombre, que al Cielo se levanta.

No quiero en cosa que tan bien se sabe,
Y que de nadie os puede ser negada,
Que mi rudeza vuestra gloria alabe,
Si del Cielo merece ser loada:
El diga mismo lo que en todos cabe,
Pues él la gloria os tiene aparejada,
Y el que os ampara, alaba, ama y defiende,
El de esa vana presuncion se ofende.

Y si así lo ofendemos con tan vana
Y loca presuncion, sabed, amigos,
Que esperamos su ira soberana,
Y con debida causa sus castigos.
Echad de vos la alteracion profana,
Que vuetros hechos son claros testigos
De vuestro honor, y dadle á Dios la gloria,
No á vuestra presuncion y vanagloria.

Oyendo atento á Don Lorenzo estuvo
Miguel Ibañez, el soldado viejo
Que siempre nombre de valiente tuvo,
Y en los casos de guerra mal consejo:
Fieldad á pocos y amistad mantuvo,
Y en él la ira siempre halló aparejo,
Siempre en revueltas, siempre en sediciones
Se ocupó, y en seguir alteraciones.

Este favorecido por sus hechos,
Y confiado en ellos, de que estaban
Todos los que le oian satisfechos,
Y todos donde quiera le amparaban,
Con la fiereza y asperos despechos
Con que todas sus cosas se trataban,

La voz horrible levantó diciendo
A Don Lorenzo que le estaba oyendo:
Siguiendo, ó D. Lorenzo, lo que es justo,
Das alabanza á nuestra invicta gente,
Sin que te mueva aquí lisonja ó gusto,
Ni mas que honrarlos tan debidamente:
Mas has andado en una cosa injusto,
No porque lo seas tú, ni tu excelente
Animo alvergue cosa que sea indina
De tu real sangre, y tu virtud divina.
No me puedes negar que aunque nos diste
La gloriosa alabanza que esperamos
De la merced que siempre nos hiciste,
Y el amparo que siempre en tí hallamos,
Que en una cosa á algunos ofendiste,
Y fué en hacer á todos los que estamos
Sin diferencia, en igualdad conforme,
Por ser comparacion tan disconforme.
Y el decirnos que no nos alabemos,
Con razon justa tu opinion condeno,
Pues contar las hazañas que hacemos
No ofende á nadie, y es honor del bueno.
Que al valiente mas animo ponemos,
Y al que es desta virtud y nombre ageno
Con el exemplo enciende el temeroso
Animo, y de cobarde es animoso.
Quando á nuestro caudillo te veniste
De tu destierro, y con tan gran prudencia,
Y con tan gran lealtad le descubriste
Del Rey Moro el intento y la potencia:

Esta noble hazaña que hiciste,
Que honroso blason da á tu decendencia
No será vanagloria que la cuentes,
Sino exemplo á leales y valientes.
   Así, ó Don Lorenzo, pues se entiende
Que es justo, lo que es bueno que se alabe,
No lo hagas vanagloria, que se ofende
(Que no se alabe) en quien lo dicho cabe.
Aquí ofender á nadie se pretende,
Ni que la fama del famoso acabe,
Ni se atribuye á fortaleza humana
Lo que es fuerza y potencia soberana.
   En esta razon última, mirando
Se quedó á Don Lorenzo el sedicioso
Miguel Ibañez, su intencion mostrando
En denuedo y semblante furioso.
El vano vulgo á voces aprobando
Que era justo, y á todos provechoso
Lo que habia dicho, y porfiando en esto
En su defensa al arma se habia puesto.
   Viendo el leal y fuerte caballero
Que la gente vulgar se amotinaba,
Y que en tal ocasion rigor severo,
Ni soberbio castigo aprovechaba,
Con prudencia encubriendo el odio fiero
Al loco vulgo, que alterado estaba,
Y al bandolero Ibañez que lo altera,
A hablarles volvió desta manera.
   Si igualasen en esto las razones
A la razon que tengo de alabaros,

Cesares, Alexandros, Escipiones
A cada uno de vos debo llamaros.
Pues de nuestras Atlánticas Regiones
(Donde con tantos hechos veo ensalzaros)
A los lugares donde habita Flora
Se teme vuestra espada vencedora.
Los bastantes exemplos que tenemos
Aprueban lo que en gloria vuestra digo,
Pues cada dia por los ojos vemos
El daño que haceis al enemigo.
Esto como es razon reconocemos:
Esto estima el Rey nuestro y bando amigo,
Pues en vos tiene su seguro España
Mientras os tiene puestos en campaña.
Mucho podia decir en esta parte
Si el tiempo espacio aquí me concediera,
Y á mi rudeza acompañara el arte
Que pide relacion tan verdadera:
Y mas habiendo Ibañez de alabarte,
Y á tu valor la gloria dar que espera;
Mas ingenio y mas tiempo se requiere,
Y esto de tí á otra ocasion se espere.
A esta postrer razon todos alzáron
Un gran clamor, y ufanos de contento
A Ibañez casi en hombros levantáron,
Y así llevado fué á su alojamiento.
Riendo del escándalo quedáron,
Y del vulgar y loco pensamiento;
Quel punto de la honra de los tales
Es verse honrar de hombres principales.

Despues de haber reido el desvario
De Ibañez, y de todos sus llegados,
La confianza y atrevido brio
En demandar que fuesen alabados:
Dixo el Infante, yo de vos confio,
O Don Lorenzo, que serán honrados
Vuestros amigos, si con tal pujanza
Dais á los conocidos la alabanza.

Honrar es gran virtud, y es tener honra,
Dexar de honrar es bárbara torpeza,
Aquel es mas honrado que mas honra,
Y de honrar se denota la nobleza;
Y aquel que de dar honra se deshonra,
Da claro indicio de servil baxeza,
Baxo es aquel que por honrarse huye
De honrar, y baxa condicion arguye.

Esa opinion, ó Príncipe excelente,
Respondió el fuerte Lope Diaz de Alfaro,
Da testimonio del valor ardiente
De ese espíritu invicto al mundo raro:
Por vos la ilustre y la plebeya gente
Tiene seguro honor y honroso amparo,
Y así como de vos son tan honrados,
Son en todas las partes estimados.

Vos Don Lorenzo recebí ese nombre
De honrar, respondió el fuerte y claro Infante,
Pues no dexastes entre aquellos hombre
Que por no honrallo dexe de ir triunfante.
Mas si dais tanto honor, tanto renombre,
Tanta alabanza á aquella gente errante,

¿Que dexaís para vos? ¿y qué dexastes
A Garciperez de quien no tratastes?
No ha menester el alabanza mia
(Respondió Don Lorenzo) el invencible
Garciperez, ni su alta valentía
Terrestre ingenio es cosa convenible:
Al coro del que da la luz del dia,
Y al retor mismo le será imposible,
Y así por no ofender su inmensa gloria
No quise della yo hacer memoria.
De vuestros altos hechos milagrosos,
De vuestra gran lealtad y fortaleza,
De los afanes vuestros peligrosos,
Sirviendo siempre á la real grandeza:
Canten esos espíritus gloriosos,
Pues se debe al valor vuestro y alteza,
Que en mi es indigna tan gloriosa suerte,
Dió por repuesta Garciperez fuerte.
Si no os parece á entrambos que habeis hecho
Hazaña que sea digna de alabanza,
(Dice el Infante) y que es el mundo estrecho
Para lo ménos que de vos se alcanza:
Pódreis para abonar vuestro derecho,
Y dar á vuestros ánimos venganza,
Pedir á todo ese lugar batalla,
Y por sí cada uno sustentalla.
Quando por esa via yo entendiera,
Respondió Don Lorenzo, alcanzar gloria,
Y que memoria alguna se tuviera
De mi nombre entre hombres de memoria:

En campo á eso al punto me pusiera,
Y solo pretendiera haber victoria
De toda esa ciudad, y no me alargo,
Habiendo en esto de hacerse algo.
Mejor parecerá, dixo riendo
Garciperez de Vargas, que las obras
Vayan esas promesas concluyendo,
Pues en obras al mas del mundo sobras:
Que de irnos hazañas prometiendo
No haces nada, ni alabanza cobras;
Haz qual sueles hacer, no nos prometas,
Ni en contenciones de hablar te metas.
Lo que el Infante dice es lo que importa
Para que fama alguna se consiga,
Aunque la tuya nunca anduvo corta
Pues no hay de quien mas alabanzas diga.
Razon será tambien que vean si corta
Garciperez tu espada en la enemiga
Génte, dixo el Infante, y tambien quiero
Que vean tambien si corta bien mi acero.
Los tres solos tenemos de ponernos
En campo, de por sí cada uno solo,
Ni habemos de acudirnos ni valernos
A mortal riesgo, ni á enemigo dolo.
A quantos salgan hemos de ofrecernos,
Y el tiempo sea al punto que de Apolo
Se descubran las puertas orientales
La luz restituyendo á los mortales.
Alteróse el Cesareo ayuntamiento
Del temerario desafío aplazado,

Del Infante juzgando el pensamiento
Mas de valiente que de buen soldado:
Este rumor creció, qual con el viento
El mar crece tranquilo y sosegado,
Formando cada uno en sus razones
Varios efectos, varias opiniones.

Ninguna (aunque en razon todas fundadas)
Tuvo tanto poder que fuese aceta,
Y aunque justas y oidas no estimadas
Ni tenida ninguna por discreta:
Antes viendo las voces levantadas,
Dixo el Infante, nadie se entremeta
En esto, ni se altere, ni me arguya,
Pues no la de estorbar la opinion suya.

De los tres se ha elegido esta hazaña
Por nuestro gusto, y porque en sí es gloriosa,
Y entienda el que la llama ardua y extraña
Que estas partes la hacen mas famosa:
Porque la empresa á quien no acompaña
Riesgo y dificultad no es honorosa,
Que en esto vale mas lo que mas cuesta,
Y esto, en lo dicho, sirva de respuesta.

Fuese en diciendo esto, y todos fuéron
Cada qual por su parte divididos,
Unos á ver las velas acudieron,
Otros del sueño (á descansar) rendidos.
La noche en lo uno y otro consumiéron,
Mas del Aurora siendo concedidos
Los nuevos rayos con que ilustra al mundo
Y destierra las sombras al profundo.

Todos los que presentes se halláron
En el concierto de los tres varones,
Que de salir al campo concertáron,
Contradichos de tantas opiniones,
Ni en cama ni en reposo descansáron,
Desechando tardias dilaciones,
Salen unos á ver, otros á armarse,
Para al efecto en la ocasion hallarse.

Mas los tres invencibles caballeros
De por sí cada uno en campo armado
Pareció con la luz de los primeros
Rayos á dar principio á lo aplazado.
A hacer sus designios verdaderos
En diferentes puestos se han parado
El fuerte Don Lorenzo, y el Infante,
Mas Garciperez fué su via delante.

Y con aquel esfuerzo que mantiene
Aquella alma del Cielo gobernada,
Llegó á la puerta que en opuesto tiene
El ancho y fértil llano de Tablada.
Pasa la caba, y nada le detiene,
Que á Garciperez no le impide nada,
Hinca la lanza en la cerrada puerta,
Y aguarda puesto en la campaña abierta.

Hizo lo mismo Don Lorenzo, y luego
Se puso en campo en diferente parte,
De ardiente saña y de corage ciego
Por mostrar su invencible esfuerzo y arte.
Sin dar al fiero ánimo sosiego
El hijo fuerte del sagrado Marte

Llega, hace lo mismo, y sale fuera,
Y en distancia apartado el riesgo espera.
Quando los Moros desde el muro viéron
Que todos tres tan sin temor llegáron,
Y que en las puertas con las lanzas diéron,
Y sin decirles nada se tornáron;
Injuriados desto al punto abriéron
La puerta, y gente de á caballo echáron
Y de á pie, que vengasen la osadia,
Que con tal mengua á todos ofendia.
Salen los fieros bárbaros cubriendo
El espacioso llano, procurando
Vengar la injuria que les fué encendiendo
Mas en ver tres á tantos aguardando.
Contra los quales en furor ardiendo
A un cabo y á otro Moros derribando,
Lleno de saña, y de corage fiero
Garciperez salió á herir primero.
Cercanlo en torno, y él en medio dellos
Atropella, derriba, hiende y mata,
Y de matar á todos ó vencellos
Solo su invicto pensamiento trata:
No cesa de herir y acometellos,
Y por do pasa ahuyenta y desvarata
El esquadron, qual el leon ayrado
De armas y perros viéndose cercado.
La horrible lid crecia, y la braveza
En el invicto corazon Christiano,
Resistiendo la bárbara fiereza
De enemigos cubriendo y sangre el llano:

Aycaf, Moro de estima y fortaleza,
Hijo de Hamu, del Rey de Niebla hermano,
Dixo viendo que tantos lo herian,
Y el daño que del solo recibian.
Vergüenza es nuestra, confusion y espanto,
Que un hombre solo con tan gran pujanza
En tanta suma de hombres haga tanto,
Que no fué la de ayer igual matanza:
A dar venganza á todos me adelanto,
Veamos si este brazo y esta lanza
Pueden vengar la ofensa que nos hace,
Y á mi deber y nombre satisface.
Por dos veces la lanza vibró fiera
Puesta la vista en el Christiano pecho,
Y otras tantas el brazo vuelve á fuera
A dar fuerza, y que el tiro sea derecho:
Estando atento así desta manera
La largó, con seguro satisfecho
Que un muro de diamante romperia,
Y el deseado fin conseguiria.
Mas fué la suerte del varon Christiano,
Que al tiempo que la lanza iba rompiendo
Con veloz movimiento el ayre vano
Al blanco que fué el bárbaro eligiendo;
Con una fiera cimitarra Osmano
Se adelantó, y llegando el golpe horrendo
El fuerte arnés y cuerpo le atraviesa,
Y en el suelo hincó una grande pieza.
Encendióse el combate mas con esto,
De Osmano viendo sin pensar la muerte,

Y á Garciperez que sustenta el puesto
Con ánimo constante y valor fuerte:
A las voces, ruido, al clamor presto
Acuden Moros á probar la suerte,
Que unos á otros como tantos vienen
Se embarazan, se ocupan y detienen.
No da principio al año deseado
Con tantas flores y hojas el sabroso
Aliento de Fabonio regalado,
Dulce á Flora, y á Venus deleytoso;
Ni tantas ondas trae el mar ayrado
Conmovido de Boreas animoso,
Como enemigos cercan al valiente
Garciperez, y hieren reciamente.
Todo esto ve, y está aguardando atento
Sin dexar el lugar, ardiendo en ira,
Don Lorenzo, con firme sufrimiento
Sin poder acudir aguarda y mira:
Crece con el deseo el encendimiento
De la ocasion que así entre sí lo aira,
Qual el mar hace, el viento concibiendo
Que lo va poco á poco enfureciendo.
Mas viendo que un gran número acudia
A donde estaba con deseo aguardando,
Caballo, adarga y lanza apercebia,
Y á todos sale su valor mostrando:
Cercanlo, y él con diestra valentía
Su algazara y furor menospreciando,
Hiriendo y reparando entrellos se entra,
Derribando y matando á los que encuentra.

Crece la ira en todos, y el deseo
De la venganza, y llenos de fiereza
Procuran que su vida sea el trofeo
Que satisfaga el daño y su flaqueza.
Y qual en Phlegra al fuerte Briareo
Opuesto á la contraria fortaleza,
Con lanzas y saetas lo aquejaban,
Y rayos que descanso no le daban.

No de otra suerte á Don Lorenzo aquejan
Los bárbaros con golpes rigurosos,
Que descansar ni reposar le dexan
Por todas partes todos animosos:
Deste horrible exercicio no se alejan.
Unos sobre otros fieros presurosos,
Que los tiros y golpes se alcanzaban,
Y encima todos del Christiano daban.

No cae tanta nieve en el subido
Monte do estuvo Prometeo ligado,
Quando corre el invierno enfurecido
Por el norte do el mar es congelado,
Que con yelo á estar viene encanecido,
De la continua pluvia acompañado,
Quantas lanzas y golpes descargando
Están á Don Lorenzo golpeando.

Y qual está el fortísimo elefante
En la India, ó en la Africa monstruosa,
Que cercado del ímpetu pujante
De canes y de gente montuosa,
Contra todos mostrandose bastante,
Con denuedo y fiereza poderosa

En medio puesto hiere, ahuyenta y mata,
Y á los unos y otros desvarata.
Así en el exército pagano
Que en torno al fuerte Don Lorenzo ofende,
A qual derriba junto brazo y mano,
A qual de la cabeza al pecho hiende:
De cuerpos, brazos, piernas cubre el llano
Quel paso el grande estorbo le defiende,
Y asi parado aguarda la violencia
Del contrario, con firme resistencia.
Con no ménos furor de la fiereza
Bárbara el fuerte Infante combatido,
Ni ménos gente, ni menor crueza
Lo aflige y hiere, y tiene enfurecido.
Que usando de su invita fortaleza
A todo el bando en contra del venido,
Con rostro firme y pecho valeroso
Resiste, aparta y tiene pavoroso.
Por todas partes todos le herian,
Y él sin parar, ni recibir sosiego,
A la parte que hiriendole acudian
Aquella parte estaba opuesto luego:
Si de tropel hiriéndole venian
Estimulados del corage ciego,
Por el tropel rompia, y salia fuera
A mil dellos la muerte dando fiera.
Qual suelen perseguir los cazadores
A un terrible leon en la campaña,
Confiando en sus canes labradores,
En su gran multitud, destreza y maña,

En armas, en venablos, pasadores,
Que lo provocan á furor y saña,
Hiriéndole pensando de espantallo,
Y cercándolo entienden acaballo.
Mas él en su buen animo confiado
No se espanta ni teme, mas bramando
Sin estimulos vuelve sosegado
Desde el un lado al otro vueltas dando;
Y á donde va se vuelve apresurado
Las armas, canes, hombres, que cercando
Lo están, con grave paso sin temellos,
Porque no teme él, mas temenle ellos.
Asi nuestro invictísimo guerrero
A donde quiera que iba, se llevaba
Tras sí todo aquel grande campo entero
Que sin cesar hiriéndole aquejaba.
Del real miran el combate fiero,
Mas á salir ningun guerrero osaba,
Porque el Infante asi lo habia mandado,
Y sin órden ninguno seria osado.
Lope Diaz de Alfaro viendo puesto
A Garciperez, y á su estrecho amigo
Don Lorenzo en peligro manifiesto,
Y al Infante aquejar del enemigo;
Quejándose y culpándose á sí desto,
Lleno de confusion gemia consigo,
Y el riesgo viendo de tardarse tanto
Rompe el silencio, y dice asi al Rey santo.
Ya ves Señor aquella lid sangrienta
En que están tres de tu escogido bando

Que cada qual por sí y solo sustenta
Su parte contra tantos peleando;
Y aunque en su riesgo y peligrosa afrenta
El contrario poder van apocando,
Son tantos los contrarios, que sin duda
Acabarán faltándoles tu ayuda.
Esta que á nadie fué de tu clemencia,
Ni de tu santa humanidad negada,
Esta acuda y resista la potencia
Bárbara, de los tuyos castigada:
Salgamos contra aquella cruel violencia,
Llegue el socorro de tu gente ayrada,
A aquellos tres guerreros excelentes
Que de tu campo son los mas valientes.
Lo mismo llega Botalha pidiendo
Con las armas vestido, ardiendo en saña,
A los tres solos caballeros viendo
Lidiar con tantos Moros en campaña:
Oyelo el Rey, y escucha el fiero estruendo
Entre la gente indómita de España,
Que sufrir no pudiendo lo que vian,
Para salir licencia al Rey pedian.
Viendo el Rey la ocasion, y el árduo hecho
De enviar al socorro tanta gente
Quanta pedia el peligroso estrecho,
De los tres temió el fin como prudente:
Mas lastimado de piedad el pecho,
Y conmovido de valor ardiente,
Mandó que luego á socorrellos fuesen,
De modo que su intento consiguiesen.

No sale de la Eolica caverna
Mas presto el esquadron de vientos fieros,
Y mandados del Rey que los gobierna
Al mar se arrojan con bolar ligeros:
Que sustentando en sí la guerra eterna
Cargados de borrascas y aguaceros,
En un instante al Cielo, al mar y tierra
Cercan y mueven espantosa guerra:

Quanto el Christiano exército en oyendo
Que el Rey le daba de salir licencia,
Que en un igual encendimiento ardiendo
Sale y llega á la bárbara potencia:
Rompe por ella, y con denuedo horrendo
Donde halla mayor la resistencia
Allí hiere, arruina, mata y hiende,
Y sustentando su intencion ofende.

El mismo ardor, el mismo encendimiento,
La misma saña, y el denuedo horrible,
Aspirando al honroso vencimiento,
Que no lo hace el bárbaro imposible:
Muestran contra el Christiano ayuntamiento,
Executando su furor terrible,
Entendiendo que estaba en este punto
Su libertad, y honroso premio junto.

De Alecto horrible, y del furor llevado
Por todas partes el sangriento Marte,
Al mas cobarde, al mas desalentado
Da esfuerzo y fuerza á defender su parte:
La victoria es de todos un cuidado,
Todos la aspiran con esfuerzo y arte,

Todos pelean, todos se defienden,
Y con igual valor todos se ofenden.
Andaba el bando bárbaro tan fiero,
Tan lleno de crueza y valentia,
Tan sin temor, y de valor entero,
Que al Christiano la fuerza resistia:
Buhazon iba á todos delantero,
Moro que de la Persia y la Suria
Se llamó Rey, ganado con su espada,
De ninguno hasta entónces contrastada.
Este, teniendo el señorío seguro,
El cetro y la corona recibida,
Ganada por rigor de Marte duro,
Y á su fuero y dominio sometida:
Contra los fueros que juró perjuro
Sin causa á muchos despojó de vida;
Desto indignado el Reyno y conmovido,
Lo despojó del cetro mal habido.
Huyó el castigo que debidamente
Le amenazaba, y á Africa se vino,
Donde fué á todos su traicion patente,
Y la causa de hacer allí camino:
Fué en odio á toda la Africana gente,
Y huir della á prisa le convino,
Y vinose á Axartaf, que como amigo
Lo amparó, y tuvo en amistad consigo.
Viendo el estado de la dura guerra,
En la qual siempre se mostró constante,
Con la fiereza y el valor que encierra
El pecho altivo á mucho mas bastante,

Prometiendo librar la opresa tierra
En la honrosa ocasion que via delante,
Lleno de horror, lleno de fortaleza,
Derriba, hiere, y mata con fiereza.
Dos cimitarras va jugando juntas,
Con furor y destreza incomparable,
Ya con el filo, ya con ambas puntas,
Con priesa á un cabo y otro irreparable:
Ni de razones cura, ni preguntas,
Ni el estruendo ó gemido lamentable
Le ocupa, ó hace quel intento dexe,
Y á los Christianos sin cesar aqueje.
Iba así el fiero bárbaro haciendo
Demostracion que su esgremir podia
Haber el premio del combate horrendo,
Y aun rendir la Christiana valentia:
Fiero á una parte y otra revolviendo,
Ancho camino por la hueste abria,
Y sin temor por medio della se entra,
Y á Lope Diaz de Alfaro en ella encuentra.
Fué del Christiano luego conocido
El fuerte Moro, que con tal violencia
En la Christiana hueste se ha metido,
Haciendo á todos fiera resistencia:
De honor Christiano, y de dolor movido,
Estimulado de ira y de impaciencia,
La espada aprieta, y el paves levanta,
Y fiero á él de todos se adelanta.
No con menos fiereza el invencible
Bárbaro, á él enderezó furioso,

Y un golpe y otro le tiró terrible,
Y otro redobla, y otro presuroso:
El valiente Christiano era imposible
Poder llegar al bárbaro animoso,
Que sin cesar por todas partes hiere,
Entra y sale, va y vuelve á donde quiere.
Mas reducido, y en su fuerza entero
Aguardá que el velóz herir sosiegue,
Y él á tal tiempo le acometa fiero
Que la ocasion la suerte no le niegue:
De un cabo á otro se movia ligero
Sin consentir que mucho se le allegue,
Que los pesados golpes que tiraba
Con la medida sola remediaba.
El bárbaro furioso ardiendo en ira,
Viendo seguirse del guerrero fuerte,
Y que los fieros golpes que le tira
No lo retraen de probar la suerte:
De entrambas cosas contra él se aira,
Y presuroso para darle muerte,
Quanto mas pudo se le acerca junto,
Entrambos brazos levantando á un punto.
Al mismo el fuerte Lope Diaz de Alfaro,
Antes que descendiese el movimiento
Natural, que ni armas ni reparo
Impedirian su furor violento:
Con destreza y esfuerzo heroico y raro,
Digno de su divino pensamiento,
Arremetió metiéndose en estrecho,
Y al Moro atravesó el valiente pecho.

Descargó el Moro con furioso brio
Al tiempo que los pechos se juntáron,
Y así diéron los golpes en vacío,
Y tras sí al fiero bárbaro lleváron:
De sangre empezó á echar un roxo rio,
Que los pies del Christiano se bañáron;
Y resvalando en ella y revolviendo
Rindió la feroz alma el Moro horrendo.

Dexólo en tierra, y parte presuroso
A donde vió quel Agareno bando
Acudia, y por él rompió furioso
A un cabo y otro Moros derribando:
Llegó donde el valiente y animoso
Infante está herido y peleando,
Sobre un monte de bárbaros que ha muerto,
De sangre suya y bárbara cubierto.

Al mismo puesto haciendo el mismo daño,
De enemigos cubriendo la ancha vega,
Su esfuerzo usando, y su valor extraño
Don Gonzalo Ruiz Giron allega:
Don Jayme Servicial, Guillen Cataño,
Quel solo al Moro la victoria niega,
Y el que en Xerez primero subió al muro
Roto el contrario en el combate duro.

Por otra parte dando cruel rebato
Don Pedro Ponce de Leon venia,
Tras él Melen Rodriguez Gallinato,
Usando de su esfuerzo y valentía:
Sin dexar Moro, ni tener recato
La victoriosa espada revolvia,

Nuño Gonzalez el Señor de Lara,
Que por su banda la victoria aclara.
Domingo Muñoz iba de Contreras,
Capitan de los fuertes Adalides,
Mil muertes dando á los contrarios fieras,
Qual á los hijos de Ixion Alcides:
Derribando las bárbaras banderas,
Haciendo él solo lo que muchos Cides,
Iba el fuerte Ruidiaz de los Cameros
Desbaratando á los contrarios fieros.
El invencible Príncipe Africano
Botalhá, contrastando la braveza
Del enemigo exército pagano,
Mostraba en medio dél su fortaleza:
Con aliento y esfuerzo mas que humano
Desvia, derriva y mata con fiereza,
Hiende, rompe, atropella, despedaza,
Haciendo por do pasa abierta plaza.
Buhandali, famoso renegado,
De la costa de España cruel cosario,
Amigo de Muley, de Axartaf amado,
Y del valiente Botalha contrario:
En la sangrienta lid habiendo andado
De un cabo á otro discurriendo y vario,
Sin pensar vino á dar con su enemigo,
Para haber de sus obras el castigo.
Conformes en los ánimos odiosos
En el instante que los dos se viéron
El uno contra el otro furiosos
Sin hablarse palabra arremetiéron:

Ambos valientes, ámbos deseosos
De venganza, á una lid principio diéron
Tan espantable, que pusiera espanto
Que dos hombres pudieran sufrir tanto.
Huyendo á espaldas vueltas sin concierto
A esta sazon los bárbaros venian,
Su daño viendo, y su desastre cierto,
Con su deshonra todo el mal que vian:
Quando Buhandali el costado abierto
Por dos partes, que puerta al alma abrian
Para dexar el cuerpo abominable,
Cayó, diciendo así en voz espantable:
Goza, enemigo nuestro, la victoria
Que alcanzas hoy del Rey, y la que hubiste
Del valiente Muley, cuya memoria
Te da el blason que nunca mereciste:
Ensalza el nombre tuyo, y dale gloria,
De que á Buhandali vencer pudiste,
Aunque no te creerán, sino quel Cielo,
Lo pudo solo, y no poder del suelo.
No pudo decir mas, y aunque pudiera
El hilo á sus razones le cortáran
Los Moros, que huyendo la lid fiera
En confuso tropel la desamparan:
Dexólo Botalha desta manera,
Que es la cierta que esperan, y en que paran
Los soberbios de sí tan confiados,
Que los trae su soberbia á ser pisados,
Sigue en alcance la Christiana gente,
La enemiga del Cielo, y su doctrina,

Que con huida infame y diligente
A guarecerse á la Ciudad camina.
Unos sobre otros huyen igualmente,
La cierta muerte viendo tan vecina;
Toman la puerta, y los que no la alcanzan
Ciegos de miedo al foso se abalanzan.
Aquí morian, y al entrar muriéron
A la puerta gran número ahogados,
Que libres de la espada que huyéron
Allí á la muerte fuéron entregados:
No les libró el temor á quien creyéron,
Ni el arrojar las armas, confiados
Quel descargarse dellas les daria
La vida que acabó su cobardía.
Vuelve el Christiano exército alcanzada
Tan gran victoria, y dexa á los paganos
En la Ciudad que al punto fué cerrada,
Quedando el campo libre á los Christianos:
Los tres guerreros por quien fué empezada
La fiera lid, las armas en las manos
Sin poder sustentarse en pie, y heridos,
Por la falta de sangre enflaquecidos.
De encima de los Moros que habian muerto
De por sí cada uno los lleváron
En hombros al real, do entendian cierto
Haber el premio igual á lo que obráron:
Mas fué al contrario, y pensamiento incierto
Pues en el mismo instante que llegáron
En prision mandó el Rey que los pusiesen
A los tres, y con guardia los tuviesen.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,
Y á sus tiendas por cárceles llevados,
No con poco alboroto y sentimiento
De los Grandes y todos sus privados:
Que entendido del Rey el pensamiento,
Y la causa quedáron fatigados,
Aguardando que huyan al profundo
Las sombras, y la luz se muestre al mundo.

LIBRO DECIMOCTAVO.

Todo lo que tardó el luciente dia
En hacer manifiesta su belleza,
Y en desterrar la noche obscura y fria,
Y del sueño la húmida graveza,
Estuvo la Cesarea compañía
De los Grandes sintiendo con tristeza
La indignacion del Rey, buscando modos
Como á los tres aprovechasen todos.

Decian los unos, que seria acertado
Que el exército junto los pidiese,
Yendo uno en su nombre señalado
Para que á demandallos al Rey fuese:
Este acuerdo fué de otros condenado,
Diciendo, que si al Rey se le dixese

Que todo el campo se movia á tal cosa
Que sería la demanda sospechosa.
Otros, que con acuerdo mas prudente
Miraban la ocasion, decian que en esto
Tratarle al Rey seria impertinente,
Por estar enojado, y ser tan presto:
Que aguardasen á tiempo conveniente
Que no le fuese el demandar molesto;
Que á los casos mas árduos asegura
Saberlos tratar bien, y á coyuntura.
En esto tratan, y esto á todos tiene
Suspensos, fatigados y cuidosos,
Sin saber dar el órden que conviene,
Aunque dan muchos poco provechosos.
Visto quel conveniente se detiene,
Y que pide remedios presurosos:
Qual en dolencia aguda el acertado
Médico los aplica apresurado:
Asi los claros Príncipes sintiendo
La prision en quel Rey ponia al Infante
Y á los dos caballeros, defendiendo
Nadie poderlos ver de allí adelante.
Trazas y medios iban proveyendo,
Aunque ninguno á la ocasion bastante,
Considerando la graveza della,
Y con quanta razon debian temella.
Sin acabar de resolverse en nada,
La noche habia apresurado el vuelo,
Y la Aurora de rosas coronada
Manifestando su belleza al suelo:

Quando el sabio y valiente Arias Quixada
Cuidoso y lleno de ansias y rezelo,
En medio de la union en pie se pone,
Y á todos en su duda así propone.

Grande agravio es temer como tememos
De demandar los Caballeros presos
Al Santo Rey y á su piedad hacemos,
Aunque mayores fueran sus excesos:
Pues á todos nos consta, y dél sabemos
Por admirables obras y sucesos,
Que si en guardar justicia es inviolable,
Que en amar la piedad es admirable.

Justicia y razon siguen nuestra parte
Con que nuestra demanda se acompaña,
Sin que la fuerza del decir, ni el arte
Sirvan aquí en templar al Rey la saña.
Demas que quantos siguen su estandarte
Librando de los bárbaros á España,
Ningunos hay que con los tres se igualen,
Ni en hechos de armas valgan lo que valen.

Sin esto está su hijo Don Henrique
Culpado como el mas, y si justicia
A los dos, no querrá que se publique
Que por salvarlo no guardó justicia.
Y quando huya que nadie le suplique,
Y execute la ley de la milicia,
En medio de la ley y su violencia,
Está su santo ánimo y clemencia.

Mi acuerdo es que todos como estamos
Sin torcer via, ni acudir á cosa

Diferente del caso que tratamos,
Que á todos tiene en ansia tan penosa :
Que ante la magestad del Rey nos vamos
Con demanda tan justa y tan piadosa,
Seguros que será el piadoso ruego
De su clemencia concedido luego.

Fué el parecer de todos aprobado,
Y en el camino al punto se pusiéron,
Y en las cumbres del bello sol dorado
Los orientales rayos pareciéron.
El Rey de sus fatigas aquejado,
Que ausencia del un punto no hiciéron
Se levantó, que al hombre congojoso
No le quieta el ánimo el reposo.

Solo imaginativo está en su tienda,
Entre mil pensamientos discurriendo,
A todos dando libre y suelta rienda,
Que en él vayan su crudo oficio haciendo:
Quando sin que la causa cierta entienda
A su presencia se venia ofreciendo
De dos en dos, y á trechos repartidos
La esquadra de los Príncipes unidos.

Encubrió del oculto pensamiento
Con alegre semblante la graveza,
Mostrando á todos general contento,
Aunques dificultoso en la tristeza.
Esto dió á todos libre atrevimiento
Para dexar la tímida flaqueza,
Y tratar del negocio á que venian,
Ciertos de haber el fin que pretendian.

Los unos le pedian que les diese
Facultad que las guardas le quitasen,
Otros, que por merced les concediese
Que visitarlos qual debian dexasen.
Y como el Rey á todos respondiese,
Sin que oir sus demandas le alterasen,
Un modo de sospecha concibiéron,
Y el temor los heló, y el fin temiéron.
Púsoles el temor luego delante
Causas de verdad todas aparentes,
Que qualquiera pudiera ser bastante,
Quanto mas siendo al caso suficientes.
Temiéron si aquel plácido semblante,
Si las blandas razones y prudentes
Era artificio, si era asegurallos,
Y con este seguro executallos.
Esta sospecha los turbó de suerte
Que grande espacio en suspension quedáron,
Sin haber uno que á hablar acierte
Sobre el caso á que todos se juntáron:
Mas Lope Diaz de Alfaro sabio y fuerte,
Viendo que todos de hablar dexáron,
Y la ocasion de su temor confuso,
Vuelto al Rey, con voz grave así propuso.
La grandeza del caso nos suspende,
O excelso y poderoso Señor nuestro,
Que con ser justo el fin que se pretende
Nos tiene, quales en mi afecto muestro:
Y con saber tan claro que le ofende
A tu clemencia, este temor siniestro

Tememos, porque el fin á que se aspira
Aunque es justo, es justísima tu ira.
Desta solo se intenta desviarte
Si lugar das á nuestro humilde ruego,
Si de los tuyos dexas suplicarte,
Si su demanda admites con sosiego:
Si la justa razon que puede ayrarte
Olvidas, tu vendrás en hacer luego
A nosotros tan alto beneficio,
Y con los presos tu piadoso oficio.
Ellos nos traen (gran Rey qual ves) rendidos
A la fatiga y duro sentimiento,
Viéndolos presos, viéndolos heridos,
Y á ti (que es lo que importa) descontento:
Y demas desto en la prision metidos,
Vedarnos por tu acuerdo y mandamiento
Poderlos visitar, poder hablalles,
Y á ellos de hablar, tambien privalles.
Viendo tan nueva y no esperada cosa
De tu inmensa piedad, consideramos
Que de la ley la fuerza poderosa
Te conmueve al rigor que no esperamos.
Esta fatiga, esta ansia rigurosa,
Este temor nos trae á que te pidamos
A Don Lorenzo, á Garciperez fuerte,
Al claro Infante, indignos de tal suerte.
Si la demanda nuestra consideras,
Aunque parece grave y atrevida,
Y con reposo el ruego nuestro esperas,
Será qual pretendemos conseguida:

Pues no hay cosa que en esto hacer quieras
Que importe tanto qual el darles vida,
Ni á los Moros en este largo asedio
Como que se los quites de por medio.
La culpa es grande, y digna de castigo,
Y no hay ley que no culpe lo que han hecho,
Mas á esto por todo el campo digo
Que está de tu justicia satisfecho:
Que ni la sangre, ni el estrecho amigo
Harán que la ley tuerza su derecho
Contigo, mas el caso es contingente,
Y en los que son qual sea la mas urgente.
Permite gran señor que sea admitido
De los tuyos el ruego piadoso,
Y de tu gran clemencia concedido,
Qual siempre usó tu ánimo glorioso:
Porque su riesgo sea guarecido
Quitándolos de apremio riguroso;
Pues de la fuerza de su grave culpa
Su gran virtud los libra y los disculpa.
Todo el discurso atento estuvo oyendo
El santo defensor de los Christianos,
El fin piadoso y el deseo entendiendo
De sus ilustres heroes soberanos:
Y á la causa justísima acudiendo,
Y á la satisfácion de sus humanos
Animos, respondió el varon divino
Con voz divina, y ánimo benigno.
Bien se dexa entender, claros varones,
Quel justo zelo, y amistad que os mueve.

Ese mismo da fuerza á mis pasiones,
Y ese me enciende el ánimo y conmueve:
Mas la causa entendida, y las razones
Tan precisas (que fuerzan que me lleve
El rigor de la ley) seré loable,
Y no por causa dél jamas culpable.

Claro exemplo teneis, bien claro os muestra
El hecho horrible, la razon que tengo,
Y la experiencia en la milicia nuestra
Nos enseña á venir en lo que vengo:
No es odio el mio, ni el rigor me adiestra,
Justicia es, con ella me convengo,
Hoy he de ser Torquato en la milicia,
Trajano en no torcer de la justicia.

Que no será razon, como no es justo,
Que de mi hijo el libre atrevimiento,
Regido de un altivo y loco gusto,
De un vano y arrogante pensamiento,
Acometiendo un hecho tan injusto
Queden, sin quel castigo sea escarmiento
Á otro de salir con tal desórden
A singular batalla, sin mas órden.

La ley justa y milicia los condena,
Por el insulto capital, á muerte,
Todos tres son iguales en la pena,
Como lo fuéron en probar la suerte:
Ni el amistad ni sangre me refrena,
A donde un caso tan atroz se advierte,
Y así serán punidos, porque fuéron
Los que en tal riesgo á todos nos pusiéron.

Turbáronse los Grandes en oyendo
A su caudillo esta razon postrera,
Levantándose entrellos un horrendo
Clamor, como si ya el efecto fuera:
Unos por el Infante respondiendo,
Otros por todos tres, de tal manera
Que las razones todas se encontraban,
Y en confuso murmureo se estorbaban,

Refierenle los hechos en presencia,
Que cada uno por servirle ha hecho,
Los trabajos sufridos, la asistencia
En hacer bueno su real derecho:
Y que si aquella vez su inadvertencia
El exército puso en tal estrecho,
Que otras cien mil por ellos habia sido
De mayores peligros guarecido.

Pidenle con afecto humildemente,
Ante él postrados, que por bien tuviese,
Que mostrando su ánimo excelente
Los perdonase, y luego se los diese:
Que con aquello la alterada gente
Sosegaria, y quando se hiciese
Al contrario, el contrario con seguro
Saldria á buscarlo del cerrado muro.

Oyó el Rey de sus Grandes las razones,
Y estas regidas de valor piadoso,
Y de aquellas sinceras intenciones,
Sin invidia, ni odio cauteloso:
Condescendió en sus justas peticiones,
Que con el justo el ruego es poderoso;

Y la razon, en tan urgente cosa,
Es mas que la justicia poderosa.
Fué con alegre y general contento
La merced generosa recibida
Del Mavorcio y Christiano ayuntamiento,
Que la estimó qual á su propia vida:
Y si cesó el alegre sentimiento
Fué, porque fué la entrada concedida
Al pio Valerio, que en aquel instante
Ante el Rey vino, y se postró delante.
Besóle entrambos pies el varon santo,
Y el rostro así pegado con el suelo
Se estuvo sin moverse dellos, quanto
Tardó en alzarlo el defensor del Cielo:
Que de su vida satisfecho tanto,
De su constante santidad y zelo
Lo recibió, qual deben recibirse
Los tales, y qual deben admitirse.
Preguntóle del modo que le iba
En la sagrada Ermita, y como estaba
La gente libre de Carmona altiva,
Y como el yugo de opresion llevaba:
Si le era en trato y condicion esquiva,
O si qual ántes iba, y los trataba;
Si qual ya fué hallaba en la alta cumbre
El sustento, y si via la sacra lumbre.
A todo lo que fué del Rey Hesperio
Con eficaz deseo preguntado,
Atento estuvo oyéndolo Valerio,
Del culto y dulce proceder colgado:

Y dixo, ó Rey, que el celestial imperio
Defiendes contra el bárbaro obstinado,
De eso, que saber quiere tu grandeza,
De eso te informaré con mi rudeza.
Bien es verdad, que tan sabidas cosas
Otro ingenio quel mio, otra eloqüencia,
Con razones que sean tan poderosas
Qual demanda del caso la excelencia:
Y al discurso y las obras milagrosas
Convenia, y se debe á tu presencia,
Mas qual mi fuerza, y no qual se requiere,
Tu mandado haré, como pudiere.
Despues, señor, que la sagrada Ermita
A la Virgen Christifera fundaste,
Y la Christiana gente solicita
En sacro culto honrarla qual mandaste:
Los que siguen la pérfida mezquita,
A quien el yugo de opresion echaste,
Todos me tratan bien qual lo hacian,
Todos me acuden bien qual me acudian.
Todos me acuden, y á la Ermita santa
Vienen algunos que amistad me tienen,
Danme y ayudan con largueza tanta,
Que en mis necesidades me mantienen:
Muchos dicen, que á veces los espanta
Quando á deshora por la vega vienen,
Mechas y bellas lumbres que parecen,
Que toda el alta cumbre resplandecen.
Yo, despues que la Ermita fué acabada,
Ni luz vi, ni hallé el mantenimiento

Que hallaba en la cumbre levantada
Que era del cuerpo y alma mia el sustento:
Y desde entónces, sin faltarme nada,
Vivo solo en mi alegre encerramiento,
Donde Buzeyte mi señor me envia
Todo lo necesario cada dia.
Este viene contino á visitarme,
Y deste en todo soy favorecido,
Prometiéndome siempre de ayudarme,
Aunque infiel, que en esto no lo ha sido.
Todos los principales viendo honrarme
Del que es en todo á todos preferido,
Siguen el mismo exemplo, y me freqüentan,
Me acuden igualmente, y me sustentan.
Sucedió, pues, que un Moro poderoso
Pariente de Buzeyte, y grande amigo,
En su mezquita el bárbaro furioso
A traicion dió la muerte á un su enemigo:
Púsose al arma el vulgo sedicioso
Para vengarlo, dándole el castigo
Condigno á la maldad, y aleve hecho,
Y así en mil piezas todo fué deshecho.
Sosegó el fiero escándalo el invicto
Buzeyte, y puso en paz la ayrada gente,
Condenando por malo y feo el delito
De Abulcacin su amigo, y su pariente:
Y seguido de un número infinito
Para enterrallo, un bárbaro imprudente
A Buzeyte pidió que lo enterrasen
En la Ermita, y que al pueblo lo quitasen.

Fué del prudente Moro esta demanda
Con fuerza de razones defendida,
Diciendo ser una maldad infanda
Contra su ley, que en ello era ofendida.
En contra se hiciéron á una banda
Todos los Moros, y sin ser oida
La razon de Buzeyte, encamináron
A la Ermita, y al sacro umbral llegáron.

Yo salí luego el alboroto oyendo
Sobresaltado, la ocasion dudando,
De la inconstancia bárbara temiendo
Lo que siempre fui de ella rezelando:
Y tantos Moros alterados viendo
Me suspendí, y su intento preguntando,
Bulatar me informó del caso todo
Con presta lengua, y eloqüente modo.

Negué por mi respuesta su profana
Y loca pretension, y desto ayrados
Escupiendo á la Ermita soberana
Decian, de horrible furia arrebatados:
Si has hecho Iglesia tu á tu ley Christiana
En donde son los Moros enterrados,
¿Por qué quieres vedarnos que no entremos
En ella, y dentro á Moros enterremos?

Bien sabes tú, que en esta excelsa cumbre
(Con que quiéres alzarte injustamente)
Se tiene entre nosotros de costumbre
Enterrar la mas noble y rica gente:
Si tienes desto clara y cierta lumbre,
Como el que ha estado viéndolo presente,

¿Qué razon hay, que en esta suerte dura
Niegues dar á este muerto sepultura?
Responderás, que al Moro le es vedado
Enterrarse en Iglesia de Christianos,
Y así al Christiano le es tambien quitado
Que se entierre en mezquita de Paganos:
En mi ley y la tuya así es usado,
Mas en esta ocasion son ritos vanos,
Y quando sea justo el no hacello,
Quiero yo que lo sea con rompello.
Furioso arremetió á tomar la puerta,
Y con él todos fieros acudiéron,
La entrada ya teniéndola por cierta,
Para entrar del difunto cuerpo asiéron:
Y estando á esta ocasion la Ermita abierta,
Tuve por cierto el fin que pretendiéron;
Mas la divina protectora della
Quiso con un milagro socorrella.
Que así estando los bárbaros dispuestos
De profanar la consagrada Ermita,
Y en el camino todos á una puestos,
Sin discrepar de su intencion maldita:
A cumplir su designio allegan prestos
Al sacro umbral con algazara y grita,
Y del modo que iban se quedáron,
Que en la tierra los pies se les fixáron.
Solo á Buzeyte, que con justo zelo
A las Christianas obras favorece,
Le fué otorgado por merced del Cielo
Entrar, y así en su efecto lo agradece:

Que desviando el tenebroso velo
De sus ojos, se aparta y aborrece
La seta en que su alma estuvo opresa,
Y la Christiana Religion confiesa.
Viendo todos un caso tan extraño,
Ignorando la causa milagrosa,
Lo atribuian en su ciego engaño
A la Mágica, entre ellos poderosa:
Y decian, que aquel horrible daño
No podia sucederles de otra cosa,
Y que no obraba allí virtud divina,
Y que era falso, y falsa mi doctrina.
En esto estando todos encendidos
En impaciente ira y saña ardiendo,
Sin poderse mover, aunque movidos
De su pasion, y su furor horrendo:
En el Oceano fuéron ascondidos
Los orientales rayos, pareciendo
Sobre la tierra la tiniebla obscura,
Llena de horror, de sombras y tristura.
En el instante comenzó á alterarse
El Cielo, y á temblar de horror la tierra,
El viento con horrible son á ayrarse,
Y el fuego á darles prodigiosa guerra,
Ardió (ó admirable caso de contarse
Y de creerse!) la espaciosa sierra;
Y en un punto, que no fué mas que un punto,
Fuéron ceniza vivos y difunto.
Luego reforzó el Austro el vivo aliento,
Y arrebatando la ceniza ardiente,

Della limpio dexando el sacro asiento,
Que verse apenas la señal consiente.
Manifestóse el caso que te cuento
(O excelso Rey) entre la Mora gente,
Por muchos que á las voces y alaridos
Viniéron tras los Moros conmovidos.
Ha dado el exemplar milagro un miedo
Tan grande, y puesto entrellos tal espanto,
Que no hay Moro, si yo no lo concedo,
Que ose llegar á ver el umbral santo:
Todos dicen de mí que solo puedo
Darles descanso, ó mísero quebranto,
Y que se rige por mi mano el Cielo,
Pues del hago baxar el fuego al suelo.
Desta suerte (Señor) están las cosas
De Carmona, que en su soberbia cresce,
Aunque entregó sus fuerzas poderosas,
Y te paga las parias y obedesce:
Sus iras y contiendas sediciosas,
Y el estimulo horrible que padesce
En la dura opresion, cesa de modo
Quel nombre tuyo lo sojuzga todo.
A sus razones puso fin Valerio
Dexando á todos suspendidos dellas,
Dando las alabanzas del misterio
Al gran fabricador de las estrellas:
Y así el sagrado defensor Hesperio,
Despues de oillas bien y encarecellas,
Sobre cada razon con gusto extraño
Mil cosas preguntaba al Ermitaño.

Y habiéndole de todo satisfecho,
Particularizando cada cosa,
Con voz humilde, y con seguro pecho,
Sin invencion profana ó fabulosa;
Viendo que Apolo decendia derecho
Donde le aguarda la cerúlea Diosa
Madre del fatal Griego, que dió muerte
De los Troyanos al varon mas fuerte.
En cruz los brazos, y la vista en tierra
Quedó postrado ante el Real asiento,
La lengua oprime, y los labios cierra,
Con rostro humilde, y santo encogimiento.
Mas el retor de la Christiana guerra
Lo levantó y llevó á su alojamiento;
Todos al Rey que los dexó imitáron,
Y á los suyos al punto camináron.
Quedando solos, ya despues que hubieron
Satisfecho á la hambre estimulante,
Al reposo los ánimos rindiéron
Que de la noche supla lo restante:
Mas luego que las formas se ascondiéron
En el seno del libico Atlante,
Valerio se despide y va á su Ermita,
Quedando el Rey entre su gente invita.
Viendo el estado en que al presente tiene
Las cosas de la guerra, en que iba viendo
Que las socorre el Cielo, y que dél viene
Todo el bien que les iba sucediendo:
Dice, que al fin que aspira le conviene,
Y al justo intento que le va encendiendo

De ganar la Ciudad, que con tal fuerza
En la defensa pertinaz se esfuerza.
Que se rompiese el puente de Triana
El socorro impidiendo que Sevilla
Le da, y que dividida la pagana
Fuerza, de fuerza habian de destruilla:
Que el altivez y repugnancia vana
De Abenjafon, pensaba resistilla
Con pasar él allá personalmente,
Con poder nuevo, y reforzada gente.
Resuelto en ir, apresta la partida,
A Bonifaz el órden enviando,
Que al punto esté la gente apercibida,
Lo importante al efecto aderezando:
Señala de su gente la escogida,
Y estando en esto, viéron que aquejando
Venia un caballo un Moro presuroso,
Sin darle espacio, ni tomar reposo.
Puesta en la punta de una gruesa lanza,
Una bandera de cendal pequeña
De paz, y de segura confianza,
Antigua, conocida y cierta seña:
Muestra el denuedo y fiera semejanza,
Que á todo el mundo su altivez desdeña,
Llega, dexa el caballo, á pié se pone,
Y ante el Rey puesto humilde así propone.
Bien tengo, ó Rey invicto, conocido
Que mi leal deseo será aceto,
Quando mi justo intento sea entendido,
Y el ánimo que á tí me trae sujeto:

Este admite, con darme grato oido,
Sabrás la causa, y yo pondré en efecto
El puro zelo que me rige y mueve,
Y á tu grandeza mi aficion le debe.
De mil contrarios vengo estimulado,
Y á todos ellos con valor resisto,
Niego el poder del que me veo forzado,
Y de la fuerza de mi ley desisto:
Acudo solo á lo que estó obligado,
Pues mi pérdida ya y deshonra he visto;
Mi padre preso, infame mi linage,
Y yo en perpetua afrenta, y duro ultrage.
Despues, Señor, que con felice agüero
Sobre Sevilla como estás veniste,
Y en torno della contra Marte fiero
Tu vencedor exército pusiste:
Naázar mi padre, Alcayde y Consejero
De Axartaf, viendo quel poder rendiste
De Córdoba y Jaen, y que no habia
Fuerza contra tu invicta valentia:
Le aconsejó como leal vasallo,
Poniéndole tus hechos admirables
Por exemplo, intentando desviallo
De contrastar tus fuerzas intratables:
Desto le cobró odio, y mandó echallo
Del Consejo, con muchos detestables
Oprobios, dando mano de ofendello
A los que hacia la invidia aborrecello.
Añadió mas á la afrentosa injuria,
Que le mandó poner en una torre,

Do con pobreza y trato mal le injuria,
Y con ninguna cosa le socorre:
Y como es justo, ardiendo en justa furia,
Porque la fama el título no borre
De Naázar, y de mí su desdichado
Hijo, de su deshonra deshonrado.

Ante tí vengo humilde á suplicarte
Que la torre en que está por el tirano,
Si tú te sirves, quiero en poder darte,
Porque el poderlo hacer está en mi mano:
Mi ofensa vengo así, con entregarte
La fuerza, que en aquel poder pagano
Estriba, y si una vez aquesta ganas,
Las demas tienes sin contraste llanas.

Beleyd, mi primo hermano, es el que tiene
Cargo de la defensa y guarda della,
Este solo el seguro le mantiene,
Y á este solo es posible defendella:
Y como á quien vengarse le conviene
Me envia á tí, que si te place habella,
Que te la entregará, y el alto muro,
Que defiende á Axartaf con tal seguro.

Este solo camino es el que puede
En posesion de la Ciudad ponerte,
Que en opulencia y fortaleza excede
A quantas pueden mas encarecerte;
Y pues á tu grandeza la concede
El justo Cielo, y tu dichosa suerte,
Sigue la suerte que te ofrece el Cielo,
Pues no hay poder que te la dé en el suelo.

Y porque entiendas, Rey, que no encarezco
De la Ciudad insigne el alabanza,
Ni por respeto alguno te engrandezco
Su bélico poder, y su pujanza:
Dentro del muro que entregarte ofrezco,
Y por número visto de mí, alcanza
Trecientos mil y mas hombres de guerra,
Sin otros muchos mas que hay por la tierra.

Sin esto (en que con mucha razon fia)
Las vituallas para muchos años,
Las defensas que hace cada dia,
Los pertrechos de guerra tan extraños:
Le pone esfuerzo, aliento, y da osadía
A no rendirse, ni á temer los daños,
Y más despues que oyó que habian los suyos
Muerto tres fuertes Caballeros tuyos.

Díxose que en la lid en que saliéron
Los dias pasados del cerrado muro
Contra los tres Christianos que viniéron
Al desafio peligroso y duro;
Que á todos tres la justa muerte diéron,
En que consiste todo su seguro,
Y esto á Axartaf lo tiene tan ufano,
Que en nada estima ya el poder Christiano.

Publicamente ha dicho en mi presencia
Que muerto D. Henrique, y muerto el fuerte
Garciperez, de Moros pestilencia,
Y Don Lorenzo azote de la muerte;
Queda flaca y ninguna tu Potencia,
Y asi sin rehusar contraria suerte

Te podían luego las cerradas puertas
Tener sin miedo, y con seguro abiertas.
Esto quel tiene por tan gran trofeo,
Y toda la Ciudad estima en tanto,
Le hace que castigue como á reo
A mi inocente padre en tal quebranto:
Y pues sin causa así ofenderle veo,
Causa justa será mi tierno llanto
A condolerse dél, y á no culparme,
Y á tí quel don acetes, y ampararme.
Dió fin á su discurso el cauteloso
Moro, y á la maldad que en él asconde,
Sin entenderse el modo artificioso
Que á su deseo horrible corresponde.
El defensor de España poderoso
Que atento estuvo, al bárbaro responde
Con grave voz, desnuda de arrogancia,
Con celestial dulzura y elegancia.
Justa causa me obliga agradecerte,
O noble Moro, el noble ofrecimiento,
Que en tu afrentosa y miserable suerte
Me has hecho, descubriéndome tu intento;
Y quísiera poder satisfacerte
Qual demanda tu angustia y sentimiento,
Dándote en libertad tu padre caro,
Y contra tu enemigo Rey mi amparo.
Esto no faltará, mientras que fuere
De tu necesidad forzado habello,
Y el haberlo de dar en mi estuviere,
Y así podeis tu primo y tu entendello:

Mas porque al grave caso se requiere
Consultallo primero que emprendello,
Aguarda que de todo habras respuesta,
Qual la ocasion demanda, justa y presta.
  Queriendo entrarse el Rey, salió el valiente
Infante, y Don Lorenzo llegó al punto,
Y Garciperez por la guardia y gente
Rompiendo entró, y al Rey se puso junto:
Y dixo, de los tres cree falsamente
Axartaf que ninguno está difunto,
Bien ve ese Moro á Don Henrique vivo,
A Don Lorenzo vivo, y que yo vivo.
  Y si viene á ver esto, vuelva y diga
Como quedamos vivos, que vivimos
En la sangre bañados enemiga
Que de sus Moros todos tres vertimos:
Que vuelva el gozo que tenia en fatiga,
Que los que hace muertos le decimos
Que primero verá su asolamiento,
Que con verdad cumplido ese contento.
  Prosiguiera, si el Rey no lo atajare,
Al bárbaro mandando que allí aguarde,
En quanto á su Mavors consejo aclara
Todo su intento, y dél le hace alarde.
El Rey se entró, y el Moro se prepara,
Sin que el temor le impida ni acobarde,
A efectuar su intento cauteloso,
Que era espiar el campo belicoso.
  Con cuidoso descuido salió fuera
De la tienda real el Agareno,

Mira la hueste, advierte y considera
Con pronta vista, y discurrir sereno:
Ve todo el campo, y ve de la manera
Que estaba, y todo á su designio bueno;
Falto de gente, porque habia salido,
Y á varias partes convenientes ido.

Unos guardando estaban los Erveros,
Otros la tierra al rededor corrian,
Otros que entrasen Moros forasteros
Con requas en Sevilla defendian.
Otra parte de fuertes caballeros
A recebir alegres acudian
A Don Alonso el victorioso Infante
Que de Murcia volvia ya triunfante.

Ocupados en esto habian dexado
Casi solo el real del santo Marte,
Que visto bien del Moro, y contemplado
Con discurso, cuidado, ingenio y arte:
El caballo tomó que habia dexado,
Y blandiendo una gruesa lanza parte
Con toda priesa á su cerrado muro,
Pues cumplido su intento habia seguro.

Huyendo iba así el Moro cauteloso,
Con suelta rienda, y con aguda espuela.
Aquejando el caballo presuroso
Que qual suelta saeta ó rayo vuela:
Ufano, alegre, libre, victorioso,
Ya de daño ninguno se rezela,
Yendo así libre del cobarde miedo
Topó con Fernan Perez de Toledo.

Este, en el fuerte exército Christiano
Era un valiente y diestro ballestero,
Que en tirar flechas excedia al Romano
Que en las fiestas de Anchises fué el primero:
Viendo que á él enderezó el Pagano
Su ballesta aprestó, y aguardó fiero
Al bárbaro, que adarga y lanza apresta,
Y enristra á él, que apunta su ballesta.

Llega el agudo hierro al fuerte pecho,
Al punto que salió la presta vira
Que al rostro el tiro enderezó derecho,
Quel blanco fué donde asestó la mira:
Cubrióse con la adarga en este estrecho,
Pasó la flecha, y lleno el Moro de ira
De un cabo á otro el pecho le traspasa,
Y por encima dél corriendo pasa.

Cayó en la tierra el campo matizando
De sangriento color entristecido,
Y el espíritu invicto no agnardando
Salió por donde el pecho fué rompido.
El bárbaro glorioso levantando
La voz, con arrogancia enfurecido
Dixo en llegando al muro, abrid la puerta,
Que sin miedo podeis tenerla abierta.

Axartaf, aguardando que viniese
El Moro astuto estaba sobre el muro,
Temiendo siempre que volver pudiese
Libre del riesgo, sin castigo duro:
Y así mandó que luego le dixese
La causa que les daba aquel seguro,

El qual por este modo procediendo
Le fué informando, el caso prosiguiendo.
Cumpliendo, ó invicto Rey, tu mandamiento,
De Ala guiado, al campo fui Christiano,
Y sin hallar en cosa impedimento
Lo espié todo, y vuelvo libre y sano.
Usé para salir con este intento
De un ardid, que fué un medio soberano,
Que fué fingir enemistad contigo,
Tratamientos contando de enemigo.
Dixe que contra ley, sin causa alguna
En prision á mi padre tenias puesto,
Porque contra el Christiano y su fortuna
Ibas soberbio, y pertinaz en esto:
Discurrí por mil cosas de una en una,
Todas con evidente presupuesto
De servirte, y al cabo de informalle,
En poder una torre ofrecí dalle.
Sin rezelar que yo podia engañallo,
Porque el ingenio obró y el artificio,
Vino á creerme, y vine asegurallo,
Sin que tuviese de mi intento indicio:
Díxome, quel queria consultallo
Con los de su Consejo, y con propicio
Semblante me mandó que le aguardase
En tanto que el negocio se tratase.
Fuese, y los tres valientes caballeros
Que te dixéron que le habian faltado
En la batalla, entráron los primeros
En la consulta, por el Rey mandado.

Quedé sólo, y en torno mil guerreros
Que me cercaban de uno y otro lado,
Hecho un Sinon en muestras, actos, modos
Los complacia y engañaba á todos.
Todos gustaban de hablar conmigo,
Y yo con ellos, y era esto de suerte
Que de pariente, ni de estrecho amigo
Podian confiar mas su buena suerte:
Procedia con ellos como digo,
Sin que entendiesen que bebian la muerte
En el dorado vaso que les daba,
En la conversacion que los cegaba.
Quando entendí que ya via obrado el gusto
De la suave adulacion con ellos,
Y que era tiempo que mi engaño justo
El fin hiciese que me truxo á vellos:
Fingiendo congojarme mi disgusto
Cubrí de humor mis ojos sin movellos
De la tierra, y así estuve suspenso
Un largo espacio, en un sosiego inmenso.
Viéndome en esta suspension penosa
A piedad conmoviéndose un Christiano
Me dixo, que la pena congojosa
Despidiese, y el llanto y temor vano:
Que en qualquiera ocasion dificultosa
El me daba su fe, y su diestra mano
De ser en favor mio, sin que hubiese
Fuerza que deste acuerdo lo moviese.
Agradecile el noble ofrecimiento,
Encogiendo los hombros, y cruzando

Los brazos, con humilde acatamiento,
Los pies ante él postrado demandando:
El se abrazó conmigo, y muy contento
Me llevó por la hueste paseando,
Dándome cuenta de diversas cosas,
Y mostrando sus fuerzas belicosas.

Videlo todo á mi placer, y anduve
Tan advertido y tan cuidoso en vello,
Que no quedó lugar donde no estuve,
Ni paso, ni secreto sin sabello.
Y así despues que en esto me entretuve,
Que no fué poco tan seguro hacello,
Dexé con otros al que me guiaba,
Y partí yo do mi caballo estaba.

Púseme encima dél con ligereza,
Rienda, lanza y adarga apercibiendo,
La aguda espuela con veloz presteza
Al duro hijar pegándola, y rompiendo.
Sin aguardar respuesta, ni franqueza
De todos me aparté, y partí huyendo,
Despues que ví su exército y su gente,
No para darte guerra suficiente.

Y así te digo, que con gran seguro
Puedes salir, y dalles la batalla,
Y tenerles abierto y libre el muro,
Y dentro dél, si osaren ellos dalla:
Porque en la ley del alto Alcoran juro,
Que en el Christiano campo no se halla
Número, que no tengas treinta tuyos
Para cada Christiano de los suyos.

Mi parecer, si debe ser aceto,
Es que la gente militar que tienes
Salga á campaña, y pongas en efecto
El bien propio, y comun que le detienes:
Que como tu vasallo leal prometo,
Si no que en voz contraria me condenes,
Si la empresa dexare de ser tuya
Con muerte del Christiano, y mengua suya.

Quedó el Bético Rey mirando al Moro
Suspenso sin mover ojo ni ceja,
Teniendo en premio de mayor tesoro
Lo que el Moro le informa y aconseja:
Y asi le dice, amigo Marsiloro
Dame tu que la suerte séa pareja,
Que yo te daré cierta la victoria,
Y á tu alabanza el nombre della y gloria.

Esto diciendo, el órden dió á Arradino
Para que quando el sol del dia siguiente
Mostrare al mundo el resplandor divino,
Esté ya en campo en órden con la gente:
Quel determina hacer aquel camino,
Y al bueno ó mal suceso estar presente;
Con este acuerdo todos se disponen,
Y en órden todo lo importante ponen.

LIBRO DECIMONONO.

Siéndole dicho al defensor Christiano
Del Moro astuto el cauteloso enredo,
Y como se huyó, y con fiera mano
Dió muerte á Fernan Perez de Toledo:
Aunque le conmovió el caso inhumano.
Mostró el semblante sin mudanza ledo,
Y dexando el negocio que trataba
De acetar lo quel Moro le mandaba.
Mandó que al punto fuesen y juntasen
La gente que tenia señalada,
Y armas, caballos, balsas aprestasen,
Y todo lo importante á la jornada:
Porque luego que al mundo le faltasen
Los rayos qne le dan la luz sagrada,
Del Betis pasen á la otra parte,
Y con esto el consilio se desparte.
Los Capitanes, qual les fué mandado,
Y qual al caso convenia acudiéron,
Y todos á quien era encomendado
El cargo del mandar se dispusiéron:
Juntan la gente, y tienen aprestado
Quanto para al efecto apercibiéron,
Y á la lengua del agua en órden junto
Aguardan solo del efecto el punto.
Con la gente de mar por otra parte

Andaba Bonifaz, solicitando
Con fuerza, esfuerzo, con destreza y arte
Como quebrar el puente, aderezando
De su gente marítima una parte
A prevenir las xarcias, ocupando
Otra en hacer ingenios admirables,
En entezar obenques, zafar cables.
De la túpida vela el largo vuelo,
En que el Herculeo Noto se recoja,
Ata para en bonanza y en rezelo,
Con nudo estrecho, y con lazada floja:
Cuelga del masteleo que llega al Cielo
Labeta, que la vela ize ó doscoja,
Atan trizas, alistan chafaldetes,
Aparejan mesanas y trinquetes.
Para el efecto en órden todo puesto,
De armas, de gente y xarcias prevenidas
Las fuertes naves, por seguro puesto
Un espacio á otras fuéron reducidas:
Porque del mundo el sol habia traspuesto
La luz á las regiones escondidas,
Y la noche de estrellas coronada
Del mar salió de sombras frias cercada.
Tiende el silencio ocioso por la tierra,
Y el blando sueño su dulzor suave,
El cuidado se alivia y se destierra
El afan triste, y la congoja grave:
Cesa del viento y mar la cruda guerra,
Ni fiera brama, ni se escucha el ave,
Todo en quietud sabrosa reposando,

Los trabajos del dia reparando.
Solo en esta sazon el poderoso
Príncipe del Christiano ayuntamiento,
Aquejado su ánimo glorioso
Del fuerte, justo y santo pensamiento:
Ni cura de quietud, ni de reposo,
Poniendo en obra su loable intento,
Aderezando barcos, balsas, gente,
Para pasar del Betis la corriente.
Estando todo junto y prevenido,
Las balsas y los barcos ocupáron
Los Infantes, y al vado conocido
Los bélicos ginetes se arrojáron:
En esquadron formado todo unido
Las balsas á los barcos amarráron,
Y así con boga concertada y blanda
Enderezan su via á la otra banda.
Y no fué (aunque ayudó la noche oscura
Con sus tinieblas) tan secreto el hecho,
Que saliese la suerte tan segura
Sin verse en riesgo y peligroso estrecho:
Que yendo atravesando la hondura
Del Betis, donde el curso iba derecho
A la parte que el órden les fué dado
A los que fué el gobierno encomendado.
Ocho barcos de Moros, que en zelada
Para guardar los nuestros se pusiéron,
De gente diestra en mar, y aderezada
De fuegos, tiros y armas que metiéron:
Llenos de furia y saña arrebatada

Puestos en órden de pelea saliéron,
Un alarido sin concierto dando,
Trompas, caxas y pífanos tocando.
Los Christianos hallándose asaltados
Del no pensado engaño, acuden fieros
A la defensa, y de su esfuerzo armados
Se oponen á los bárbaros guerreros:
Que en el ardid y fuerzas confiados
Tiros empiezan á esparcir ligeros
De piedras, fuego, xaras, lanzas, dardos
De amientos, con engorra al salir tardos.
Con los fuertes paveses se cubrian
Los del Christiano exército, acudiendo
Al remedio del riesgo en que se vian
Del loco amor de Marte en ira ardiendo.
Las descubiertas balsas defendian
Poniéndose delante, resistiendo
La pluvia de los tiros, que á ofendellos
Sin descansar momento daba en ellos.
Tiran los cables, y las balsas llegan
Bordo á bordo amarrar los barcos y ellas,
Tan junto, y con tal fuerza las apegan
Que ni puedan entrallas, ni rompellas:
Asi al contrario lo que intenta niegan,
Porque los barcos pueden defendellas,
Y ellas de gente y armas reforzallos,
Y por aquella parte asegurallos.
Atados los tres barcos de esta suerte,
Y las tres balsas, prestos y cuidosos,
Contra el furor del enemigo fuerte

Acuden los Christianos animosos,
Y á dar comienzan á la horrible muerte
Despojos de los Moros belicosos,
Que llenos de valor se defendian,
Y el mismo mal en la defensa hacian.
Venia administrando un barco destos
Chilahayni, por Axartaf enviado,
Y los demas al órden suyo puestos
Por ser valiente y platico soldado:
Y á los Christianos viendo así dispuestos,
Y el esquadron que habian ya formado,
A los suyos mandó que lo siguiesen,
Y en ala juntos á embestillos fuesen.
La voz oida, al punto obedeciéron
Del diestro Capitan el mandamiento,
Y al son de un gran clamor arremetiéron,
Todos á una, á conseguir su intento.
En torno á los tres barcos se pusiéron,
Y dellos aferrándose al momento,
El bárbaro caudillo, el brazo en alto,
Aviva, anima, enciende al fiero asalto.
Siguen los suyos el exemplo horrible,
Y los Christianos su valor constante,
Resistiendo el furor la ira terrible
Sin dexarlo que en ella se adelante:
Haciéndole tener por imposible
La victoria que ya juzgó delante,
Que ayrado desto el bárbaro arremete,
Y por las picas se abalanza y mete.
Deste furor le hacen que se abstenga

Los bélicos y santos caballeros,
Y que de intento mude, y se detenga,
Sin proseguir en sus designios fieros:
Lleno de horror en ver que no se venga,
Peleando quedó en los delanteros
De pies puesto en los bordos aferrados,
De entrambos barcos de armas ocupados.
De su crueza y bárbara osadia
Daba con pruebas de soberbia muestra
Del fiero altivo ardor que la regia,
Y gobernaba su invencible diestra;
Que no pudiendo hacer abierta via,
Ni romper por la invita gente nuestra,
Blasfema al Cielo, y á la tierra injuria,
Y á los suyos enciende en mortal furia.
Igualmente los de una y de otra parte
En su defensa, y su porfia mostraban
Con armas, fuerzas, con esfuerzo y arte,
Quanto sus pretensiones demandaban:
Que ni la oscura noche los desparte,
Ni las muertes crueles que se daban,
Sin poder ser entrados los Christianos,
Ni apartar de su intento á los Paganos.
La confusion, la mortandad, la duda,
Y el horrible destrozo iban creciendo,
Que ni la suerte se mejora ó muda
Del peso en que tenia el combate horrendo:
Sin haber hombre que á otra cosa acuda
Que á herir y á matar. En ira ardiendo,
Miguel Ibañez por la fiera gente

Se abalanza con ánimo excelente.
  Derribó á Caide que halló el primero
Que se le opuso á defender la entrada,
Y á Hamet que acudió su compañero,
Cuya amistad muriendo aun fué guardada:
Que atravesado del Christiano acero
Por dos veces, y viendo ya entregada
La muerte dél, cayendo y levantando
Al caro amigo muerto fué buscando.
  Y abrazado con él, ya que la muerte
Queria privallo de gozar la vida,
Y de amistad soltar el nudo fuerte
Que entre ámbos fué viviendo tan asída:
Dixo, goza Christiano de la suerte
Por tu dichoso hado concedida,
Y no estimes en poco la victoria,
Que asegura tu vida, y te da gloria.
  Mas ya quel Cielo quiso asi pagarte,
Y á mi hacer que de tu bien me queje,
Por merced quiero solo suplicarte,
Antes que el alma que se va me dexe:
Que del ruego no quieras desviarte
De ese mi viejo padre, ni se aleje
La piedad de tí, ni el poder tuyo
Muestres con la flaqueza, y miedo suyo.
  A esta razon el viejo tremuloso,
Las manos puestas, su dolor mostrando,
A los pies se arrojó del victorioso,
Piedad de su desdicha demandando:
Mas Ibañez con ceño desdeñoso

El oido á los ruegos desviando,
De su impiedad usando y su crueza
Del viejo asiendo dice con fiereza.
Este no es tiempo de piedad ni ruego,
Que ruego ni piedad pueden conmigo,
Ni pudiéron jamas, porque la niego
No solo á ti, mas al mayor amigo:
Id juntos tu y tu padre al crudo fuego
Que os guarda el justo Cielo por castigo,
No os aparteis en tan penosa suerte,
Qual en la vida acompañaos en muerte.
Lanzó de sí la carga del anciano
Hamet Xarif, á la humida corriente,
Y arrojado en el Betis soberano
Qual Delfin cortó el agua diligente:
Revuelve asiendo con la diestra mano
De Hamet, que al morir se via presente,
Que viendo asirse, asió al Christiano fiero,
Y á su padre vengó, y á sí primero.
Qual suele el labrador enfurecido
Con duro golpe derribar en tierra
El venenoso aspide, y herido
Dexarlo ya seguro de la guerra;
Y llegándose á ver el que ha vencido,
Incauto de su mal, y de que yerra
Le enlaza con la cola, y con la boca
Lo hiere, y de mortal veneno toca.
Asi á Ibañez sucedió, que yendo
Al Moro casi muerto á echar al rio,
Que llegándole á asir, y dél asiendo

El Moro volvió en sí con nuevo brio,
Y de Ibañez el cuello revolviendo
Con fuerte brazo, de temor vacio
Sacó un puñal, ý por el diestro lado
Tres veces lo atraviesa el pecho osado.
Sacude ayrado la dañosa carga
El fuerte Ibañez, con furor rabioso,
Sintiendo el daño, y tanto el vuelo alarga
Que en medio lo arrojó del rio espumoso:
Y ya sintiendo que la muerte amarga
Venia á privallo del vivir sabroso,
Entre los Moros á tomar venganza
De su barco al contrario se abalanza.
A este punto sobre él mil Moros vienen,
Y él contra todos pone el fuerte pecho,
Y aunque con crudos golpes lo detienen
No impiden que su intento no sea hecho:
Y que con vil temor se desordenen
Su muerte viendo, y peligroso estrecho,
Sin cesar de acudir á golpeallo,
Y con mortales tiros á aquejallo.
Mas él como el leon se encruelece
Entre los fuertes toros, desechando
La hambre mata, en ellos se enfurece,
Contra todos su rabia señalando:
Así el Christiano en trance tal parece
Que á todos crueles golpes va tirando;
Al uno sigue, y luego aquel lo dexa,
Y va sobre el que mas dellos le aqueja.
No habia en el barco donde el pie pusiese

De la popa á la proa, en baxo y alto
Que lleno de hombres muertos no estuviese
Por solo Ibañez en el crudo asalto:
Y como asi la furia lo truxese,
Aunque de fuerzas ya remiso y falto,
Comenzó á refrenallo la flaqueza,
Y á enflaquecer la muerte su fiereza.
Cayó de gloria y de heridas lleno,
Qual otro Sceva, sin quel pecho invito
Faltase en su valor, ni el Agareno
Poder lo sujetase, aunque infinito:
Hizo al olvido de su nombre ageno
La clara fama, y en su libro escrito
El nombre quedará de Ibañez fuerte
Mientras tuviere su poder la muerte.
El combate creció mas á este punto
Con mayor ira, y con mayor fiereza,
Todo el poder de entrambas partes junto,
Todo el hervor, la fuerza y la destreza:
La flecha, el dardo, lanza y piedra á punto,
Sin cesar punto la mortal crueza,
Que Betis pavoroso y ascondido
Gemia en su gruta, en roxo humor teñido.
Y viendo que ni fuerza ni arte humana
Era posible que apartar pudiese
El horrible combate, y la Christiana
Gente, su justo intento consiguiese,
De sus Ninfas la esquadra soberana
Juntó, y como ya junta la tuviese,
Significando la importancia desto,

Con el semblante, en voz clara ha propuesto.
  No pide la ocasion amigas mias
Que os suspenda en razones dilatadas,
Pues todas sois del Cielo en profecias
Desto que veis mil veces reveladas:
Cumplidos son los venturosos dias
En que serán las fuerzas quebrantadas
Desta indómita gente descreida,
Por la gente de Dios favorescida.
  El desigual combate en que contienden
Veis claro, aunque de sombras rodeados,
Las fuerzas y el esfuerzo con que ofenden
Los unos á los otros denodados:
Como los Moros alcanzar pretenden
La victoria, por ser aventajados
En número, y con esto en cruda guerra
Les impiden poder saltar en tierra.
  Bien es verdad, que en su enemiga gente
Ha hecho la Christiana tal matanza
Que no tiene el cristal de mi corriente
Sino es de sangre otra semejanza:
Con ser esto conviene que al presente
Acudamos dexando la tardanza,
Y el sangriento combate desviemos,
Y á los Christianos donde van guiemos.
  Fuera con sus razones adelante
Betis, mas impidióselas la bella
Cilis su hija, y nieta de Atlante,
Habida en Liris Libica doncella:
Cuyo ingenio, despues de la elegante

Forma, fué tan profundo, que habia en ella
Quanto los Babilonios alcanzáron
En la oculta arte que ellos inventáron.
Esta, habiendo los astros consultado,
Como la que alcanzaba sus secretos,
De Hispalís habia revelado
Que sus Moros á ser vendrian sujetos:
Quando en su gruta Betis retirado
Cuerpos, escudos, lanzas, yelmos, petos
Impidiesen el curso á su corriente
De sangre Mora, y de Christiana gente.
Conociendo ya Cilis que llegaba
De su revelacion el dia dichoso
Que con tan grande afecto deseaba,
Dice así con espíritu glorioso:
Ya padre, ya ya el tiempo que esperaba,
Que en tardarse has tenido por dudoso,
Se cumple ya, ya ves de sangre y muertos
Tus húmidos cristales ir cubiertos.
Todo quanto sobre esto me has oido,
Inevitablemente en nada falto:
Todo qual lo predixe ves cumplido,
Y me inspiró del Cielo el motor alto:
Resta que sea á tierra conducido
El Christiano poder del fiero asalto,
Donde su Rey pisando tu ribera
Para cumplir mi profecía lo espera.
Tras esta razon última cortando
El agua, del muscoso asiento parte
A despartir la lid, que está incitando

La sangrienta Belona y crudo Marte.
A la astrigera Cilis imitando
Todo el Virgineo coro por su parte,
Llevadas de la causa no entendida
Dellas, aunque adorada y conocida.
Egle, Agave, Nereida, Galatea,
Dione bella, y Lege dulce en canto,
La rubia Cloto, y blanca Panopea,
Que á Betis puso en amoroso llanto:
Cerceis, que á Aragne excedió, y Astrea
Que muerta pudo con los Dioses tanto,
Eletra, Deyopeya, Glauca, Euribia
Llegan á la Christiana y gente Libia.
Siguiendo el curso de sus Ninfas bellas
Betis salió del cristalino asiento,
Que no quiso hallarse ausente dellas,
Ni él faltar del piadoso y justo intento:
Y del Cielo inspirado y las estrellas
Que en tierra ponga libre en salvamento
Al viejo Moro á quien Ibañez fuerte
Arrojó al agua á darle allí la muerte.
El qual con debil fuerza trabajaba
Rompiendo el agua sustentar encima
El fatigado cuerpo, á quien faltaba
Vigor con quel furor del agua oprima.
Betis, viendo del modo que luchaba
Con la corriente, el fuerte pecho arrima
Al flaco Moro, y da con él en tierra,
Libre y sano de aquella mortal guerra.
Casi en la arena el pié no habia estampado,

Ni del cabello y barba sacudido
El agua, ni el aliento recobrado
Quando un Christiano explorador lo vido:
Fué preso dél, y al santo Rey llevado,
Que vadeando el rio habia salido,
Ante el qual puesto, por *humilde modo*
Cuenta le dió del caso *horrible todo.*

Del estado en que estaba el *cruel debate*
Quando lo lanzó al agua Ibañez fiero
Le dice, y que esparase del *combate*
Un fin en los Christianos lastimero:
Que cese mandó el Rey, y que lo ate
Al que lo traxo ante él por prisionero,
Para ver si es verdad lo que le informa,
O le quiere engañar de aquella forma.

Al punto atras las manos le volviéron,
Y con dobladas cuerdas las atáron,
Y entre dos de á caballo lo pusiéron,
Y que sirva de guia le mandáron:
A donde era el combate le pidiéron
Que los llevase, y fieros se aprestáron,
Llevados por el bárbaro enemigo
A dar socorro al fuerte bando amigo.

Todos en órden van siguiendo el Moro
Que sin alteracion, ni sentimiento
De su prision, guardando el fiel decoro
Cumpliendo va del Rey el mandamiento:
Teniendo en mas que libertad ni oro
Volver á donde está su pensamiento,
Donde dexó su hijo, que ya estaba

A la muerte rendido que esperaba.
Este cuidado esfuerza á su flaqueza,
Que sin sentir ninguna, en delantero
Va con tan desenvuelta ligereza,
Que en allegar al puesto fué el primero:
Y habiendo del combate la aspereza
Cesado, y el rigor de Marte fiero,
Gozaban (ya el contrario retirado)
La tierra que en el agua habian ganado.
Las planchas y los barcos en seguro,
Libres de miedo poseian la tierra
Que les negaba el bárbaro, en el duro
Combate, y se la dexa y se destierra:
Llega el Christiano defensor, y muro
De la santa Christiana y justa guerra,
Halla qual deseó su infantería,
Diferente que el Moro le decia.
Dexa el caballo, y manda á sus guerreros
Que en órden puestos hagan vela y guarden
Miéntras los fatigados compañeros
Se reparan, y allí á la luz aguarden.
A los heridos de los Moros fieros,
Que piden los remedios, que no tarden,
Hace curar, y con suaves modos
Ordena, rige y manda en todo á todos.
Ocupado el divino Marte en esto
En el silencio de la noche oscura
Guarda los suyos, y sustenta el puesto
Que le ganáron en batalla dura:
Entre mil ansias y congojas puesto

Con afecto piadoso el bien procura
De todos, y á unos de otros preguntando
Por los vivos los muertos va contando.
Desta santa piedad el Rey piadoso
Lleno de Dios, y caridad ardiente,
Andaba usando sin tomar reposo
Entre su amada y victoriosa gente:
Quando huyendo del anciano esposo
Por las puertas salió del bello Oriente,
Trayendo el dia, la hermosa Aurora,
Que el mundo alegra, y las tinieblas dora.
Y así luego que vió del claro dia
La deseada y celestial presencia,
Y de Betis la onda clara y fria
Vuelta en sangre con tanta diferencia:
La playa que de muertos se cubria
De la Christiana y bárbara violencia,
Del horrible espectáculo afligido
Sin decir cosa estuvo suspendido.
Todos en muda admiracion quedáron
Al Rey confuso y fatigado viendo,
Que del silencio solamente usáron
Sin mover pié, ni voz, su afan sintiendo:
En congoja y afectos le imitáron
De todas una voluntad haciendo,
Que la lealtad en pechos tan constantes
Se muestra bien en casos semejantes.
Levantó el grave rostro en su congoja,
Claro la de los suyos entendida,
Y en la pena cruel que le congoja

Movió la lengua de piedad movida:
Ya veis de sangre la corriente roxa
De los nuestros, á quien dexó sin vida
La espada del apóstata Ismaelita,
Gente enemiga al Cielo, y dél maldita.
A todos nos obliga á la venganza,
Y todos es razon que los venguemos,
Y en quanto que esta suerte no se alcanza
Justa razon será que los honremos:
Y al uso nuestro, y la Christiana usanza
A la tierra sus cuerpos entreguemos,
Que esta es reputacion del honor vuestro,
No entienda el Moro que mató hombre nuestro.
Juntamente con darles esta gloria,
Y este último bien hacer en ellos,
Será razon que viva su memoria
Sin que pueda el olvido oscurecellos:
Y así porque su fama sea notoria
Sus nombres en escrito haré ponellos,
Vayanmelos trayendo aquí uno á uno,
Sin que carezca deste honor ninguno.
Don Gutierre, de Córdoba Prelado,
Acudió á escribir sus nombres luego,
Y á traellos Don Jayme de Alvarado,
Y tras él multitud de vulgo ciego.
Fue ante él primero presentado
Con muchas llagas Sebastian Gallego,
Muerto, desemejado, y desta suerte
Su nombre y patria se escribió, y su muerte.
Ruy Gonzalo Tremello, y Juan de Oviedo,

De Ibañez enemigo conocido,
En quien jamas fué conocido miedo,
Y á la muerte lo traen aquí rendido.
Tu nombre Alonso Perez de Toledo,
Y el tuyo, ó Juan de Uceda esclarecido,
Por el sagrado Obispo se escribiéron,
Y las vidas y muertes refiriéron.

De dardos, lanzas, flechas, roto el pecho,
La cabeza en dos partes dividida,
El cuerpo todo en piezas mil deshecho
Una de otra apenas casi asida,
Truxéron á Don Jofre, que á despecho
Del tiempo y de la muerte tendrá vida,
En un paves Horozco y Fernan Gasco
En hombros traen al Capitan Añasco.

Ni á tí, ó Cordian, valió la estrella
Que siempre te fué en lides favorable,
Que contraria alcanzaste en esto habella,
Que no hay suerte en la guerra que sea estable:
Ni á tí Gines Millan la forma bella,
Ni la voz de Sirena deleytable,
Ni el cortesano trato y policía
De morir te libráron este dia.

Lope Arias de Alava, que fuiste
Caudillo de motines, y alteraste
La paz, en ésta guerra feneciste
Tan valiente qual siempre te mostraste:
Y tu Villamayor, que competiste
Con Baños y Colodro, y demandaste
Premio igual á los dos, por la hazaña

Que ennoblesce sus nombres hoy España.
Por la lista de muertos, ó invencible
Don Ochoa de Parra, se truxéron,
Y á tí ó Ramiro Sanchez del terrible
Asalto, entre los muertos te pusiéron:
Librarte deste mal no fué posible
Ruy Guillen, que en el libro te escribiéron,
Y á tí Lorenzo Alfonso de Fragosa
Despojos de la muerte rigurosa.
Entre los muertos, muerto en la ribera
Hallado ó fiero Don Ramiro fuiste,
Y llevado ante el Rey desta manera
Del valiente contrario que tuviste:
Que en viendote olvidó la saña fiera,
Y á tierna piedad le conmoviste,
Que en un pecho tan noble y tan valiente
La piedad venció al odio inclemente.
Las listas deste modo iban leyendo,
Vivos, heridos, muertos señalando,
Las estancias y puestos requiriendo,
A todos por sus nombres apuntando:
Igualmente del número entendiendo
Que ya ninguno del Christiano bando
Faltaba, mas alzando la voz alta
Dixo Ximen Ortun, Ibañez falta.
Esta voz afirmó Dionis de Hüesca
De quien Ibañez era compañero,
Y el Alferez temiendo que perezca
El que él decia que era Marte Ibero:
Triste de que su amigo no parezca,

En todo el campo lo buscó primero,
Y no estando entre muertos ni heridos,
Va á la ribera dando mil gemidos.
Qual suele en el gran bosque Nasamonio
El enfermo leon bramar ayrado,
Que se oye en el famoso templo Amonio
Que al poderoso Jove es consagrado:
Que con furor y saña testimonio
Muestra estar de la fiebre maltratado,
Resuena el arenosa y gran campaña,
El desierto, floresta, y la montaña.
Tal fué la horrible voz que alzó furioso
El Alferez, sintiendo con fiereza
La falta del amigo, y congojoso
De ira brama, y gime de tristeza:
Por el húmido asiento, y arenoso
Vuelve y revuelve con veloz presteza,
Y no hallando al que procura tanto,
Convierte la fiereza en tierno llanto.
Haciendo este lloroso sentimiento
Se volvió Huesca, y ante el Rey se inclina,
Y dice, ante tu excelso acatamiento
No sea la causa que me mueve indigna:
Dé tu piadoso oido acogimiento
A la llorosa voz, que se encamina
A tí, para que sea guarescido
El fiero mal, que ya me trae rendido.
Y ántes que acabe, que será imposible
Dexar dolor tan fuerte de acabarme,
Te suplico que en este ardor terrible

Quieras una merced sola otorgarme:
Porque haciendo todo mi posible
Reserve al vulgo de poder culparme,
Y yo á mi fe y obligacion acuda
Como no ponga en ella nadie duda.
Ya sabes, gran Señor, la amistad nuestra,
Digo la amistad nuestra, la que ha sido
Entre Ibañez y mí, cuyo amor muestra
La fe que á mí y yo á él siempre he tenido:
En favorable suerte ó en siniestra
Ha sido entre los dos tal nudo asido,
Que un punto no ha podido desviarnos,
Ni caso adverso desta ley mudarnos.
Que si Theseo y Perithoó juráron
De no apartarse, y este juramento
Con fe inviolable entrambos sustentáron
Sin mover caso adverso el firme intento;
Si en un vínculo estrecho se ligáron
Sin hacer con la muerte mudamiento
De Asvisto muerto, el amistad de Asmundo,
Conmigo ha sido Ibañez sin segundo.
Los dos el mismo juramento hicimos
Que hemos guardado inviolablemente
Desde el dia primero que nos vimos
En Leon, donde por tí levanté gente:
Allí las manos de amistad nos dimos,
Y esta amistad ha sido tan ardiente,
Tan llena de milagros de firmeza
Que puede dar exemplos su grandeza.
De algunos puedo aquí hacer memoria

Que de eloqüencia, ingenio, ni artificio
Tienen necesidad, para que en gloria
Excedan al mas noble en su exercicio:
Mas la ocasion en la presente historia
Pide que haga mi debido oficio,
Que es ir con tu licencia á procurallo,
Y en vida ó muerte qual juré imitallo.
Si el contrario lo tiene preso ó muerto,
De qualquier modo que lo tenga, es justo
Que yo le acuda como amigo cierto,
Pues dexar de hacerlo será injusto:
Y primero que haga tal sea abierto
De crudo hierro, y de rigor robusto
Este pecho, que falte á mi promesa,
O vivo le acompañe, ó en la huesa.
El eficaz afecto y sentimiento
Con quel Alferez su razon propuso,
Los suspiros, congoja y descontento,
La flaca voz, y el proceder confuso,
Al Rey que oyendo habia estado atento
En suspension maravillosa puso,
Y responder queriendo á lo hablado
Así dixo Don Jayme de Alvarado.
Idos los Moros, vuelve á la ribera
Un barco dellos, sin gobierno alguno,
Que la corriente lo arrempuja fuera
Sin ver sobre cubierta hombre ninguno:
Pareceme Señor, que pues espera
Que allá enviemos de los nuestros uno
Que entienda su intencion, y si es engaño

Desengañalle con su propio daño.
  Aprobó el Rey por parecer discreto
El de Don Jayme, y todos lo aprobaron,
Y así que fuese le mandó al efecto
Con dos barcos que al punto se aprestáron:
A obedecer el órden va sujeto,
Y apenas las dos planchas levantáron
Quando el barco de un raudo remolino
Varó en tierra acabando su camino.
  Quedó fixo en la arena de la suerte
Que si el doblado cable al ancla asido
Tirara á tierra dél, con vuelta fuerte
Del presto cabestrante así traido:
Esperando el suceso desta suerte
El exército estaba suspendido,
Mas viendo que varado habia en la tierra
Al punto le ocupó gente de guerra.
  Hállanlo lleno de enemigos muertos,
Sin haber parte que vacia estuviese,
De brazos, piernas, y hombres medio abiertos,
Sin hallar uno que se conociese:
Quedan suspensos de entender inciertos
Quien del suceso relacion les diese,
Y estando así, levanta la cabeza
Un Moro casi muerto, y así empieza.
  Christianos, no teneis que dudar tanto,
Ese Christiano que teneis presente,
Ese ha enviado al Reyno del espanto
A quantos veis que está la vida ausente:
El contrastó á Jaylich, á Usmen, á Osmanto,

Y á Marzoco en la Libia el mas valiente,
Sin otros muchos cuyos claros nombres
Eternos vivirán entre los hombres.
No pudo decir mas, porque la muerte
La boca y ojos le cerró á este punto,
El alma fué á gozar la ardiente suerte,
Y el cuerpo cae con los demas difunto:
A tierra sacan el de Ibañez fuerte,
Y adonde el Rey está lo ponen junto,
Con el qual Huesca se abrazó llorando
Miéntras que al Rey la historia están contando.
De la suerte que al Moro el caso oyéron
Al Rey y á su Christiano ayuntamiento
Por las razones propias refiriéron
De Ibañez el glorioso acaecimiento:
Y luego que la historia concluyéron,
Que en todos puso general contento,
El gran restituidor de los Christianos
Así movió los labios soberanos.
No fuera para mí pequeña gloria
Quel bárbaro enemigo no triunfara
De tan honrosa y célebre victoria
Qual fué tal vida, aunque le cuesta cara:
Digna de hacer eterna su memoria,
Digna quel tiempo ni la edad avara
Tengan derecho de ocultar el nombre
De Ibañez, digno de inmortal renombre.
Mas ya que fué la voluntad cumplida
Del Señor que gobierna nuestras cosas,
A quien la humana suerte es ofrescida,

Y obedecen las causas gloriosas:
Roguemosle que dé á los muertos vida,
Que importa mas que lágrimas piadosas,
Y luego en órden militar marchemos
Donde á los muertos sepultura demos.
En diciendo el Rey esto, levantáron
El campo, y las esquadras dispusiéron,
Los caballos en órden se formáron,
Y al Rey en medio, qual venia, pusiéron:
Sus armas los Infantes aprestáron,
Y á muertos y heridos recogiéron
Con la escolta que iba en la vanguardia,
Haciendo Infantes y caballos guardia.
A la siniestra mano habia un camino
Que tuerce de la Bética ribera,
Poco usado del bando sarracino
Despues que se empezó la guerra fiera,
Por donde iba y venia de contino
El Maestre de Eucles, puesto en frontera
De Asnalfarache, que en perpetua guerra
Defendia el llano y falda de la sierra.
Por este atravesó el poder Christiano
Sin quel contrario el paso le impidiese,
Aunque Abodamafon guardaba el llano
Por la parte de Gelves si viniese:
Su industria fué, y su trabajo en vano,
Que no pudo evitar que no se viese
El campo del Maestre y del Rey junto,
Que estaba puesto en su defensa á punto.

LIBRO VIGESIMO.

Luego que los dos campos se juntáron
El gran Retor mandó enterrar los muertos,
Curar de los heridos que quedáron
Con los remedios de salud mas ciertos:
Las cosas militares ordenáron
Por el órden que impidan los conciertos
Del enemigo, que en perpetua vela
Andaba haciendo el daño que rezela.
Ya que fué todo en órden reducido,
Y á la invencible y fatigada gente
El quieto reposo concedido
Con quel trabajo reparase ardiente:
Y despues que al cansancio recibido
En su espiritu invicto y excelente
Con el breve descanso dió sosiego,
El Rey juntar sus Grándes hizo luego.
Y habiendo á todos dado honroso asiento,
Desde el suyo en suave voz propone,
¡O fuerte amparo del Christiano intento
En quien el Cielo su defensa pone!
Con qué razon, con qué encarecimiento
Satisfaré al dolor que se me opone,
En ver que á vuestra inmensa valentía
Resiste de Axartaf la rebeldía.
Este dolor me tiene tan cuidoso

Quanto es razon estarlo en esta guerra,
Pues veo un poder de un Rey tan poderoso,
Que os huye y dentro de su Ciudad se encierra:
Y en asedio tan largo y tan penoso
Qual está él, y está toda su tierra
Con tanto daño quanto le habeis hecho,
Y tantas veces su poder deshecho.
Con todo eso, altivo y arrogante
Rompe por todo haciendoos resistencia,
Como si no estuvierades delante,
Ni fuerades quien rinde su potencia:
Esto es causa amigos tan bastante
Que me fuerza á que acuda con violencia
Al remedio, que solo es el remedio
Que nos consiga el fin del largo asedio.
Yo estoy determinado que apartemos
La union de Sevilla y de Triana,
Y quel puente que tienen les quitemos,
Con que hacemos su esperanza vana:
Luego principio á conquistar daremos
El castillo, y si puede fuerza humana
Con esta division, y el valor vuestro
Quanto está desta parte será nuestro.
Si es conveniente ó no el acuerdo mio
Consideradlo bien, y no os asombre
Decirme si es injusto, ó desvario,
Y de lo que sentis ponedle el nombre:
Y no entendais que dél ni en mí confio
Quel me puede engañar, y yo soy hombre,
Y el sabio, el justo, en fe y lealtad no debe

Que por dar gusto al Rey lo injusto apruebe.
El Maestre de Ucles por mas anciano,
O porque el Rey y todos le miráron,
Dió, mirando al caudillo soberano,
La respuesta á que todos le obligáron:
Bien veo, Señor, ques darme mucha mano,
Y levantar do nunca imagináron
Mis pensamientos, darme á mi licencia
De responder primero en tu presencia.
¿Donde del mundo está lo que es mas puro,
Donde de Marte la mayor destreza,
Donde de España está todo el seguro,
Por que me opone á esto tu grandeza?
Y quiere que un ingenio humilde, oscuro,
Falto de arte, y lleno de rudeza
Satisfaga, do Hermogenes no dudo
Quedara qual yo estoy suspenso y mudo.
Mas ya que con merced tan excelente
Quieres honrarme, y quieres darme gloria
Tu invicta generosa ilustre gente,
Con un honor tan digno de memoria:
Digo, que si Axartaf tan ciegamente
Te resiste, y te niega la victoria,
Ayuda á su rebelde confianza
De armas y gente el gran poder que alcanza.
Este, qual sabes, le aprovecha poco,
Pues cada dia sufre tantos daños,
Que paga su porfia y furor loco,
Sin que le valga su poder ni engaños:
Yo desta parte, y por la mia le apoco

En su tierra y su gente con extraños
Estragos, talas, muertes, robos, males,
Qual muestran Coria y Gelves las señales.
Hombre no quedó en ellas que pudiese
De su mortal asalto ir á dar cuenta,
Ni Moro en ellas hubo que rindiese
El ánimo á la muerte ni á la afrenta:
De aquesta rebeldía nació que fuese
Nuestra saña implacable en su sangrienta
Miseria, y de tal modo executamos
Que ni á sexô ni á edad le perdonamos.
Siguiendo el mismo exemplo hemos corrido
El Ajarafe todo, de tal suerte
Que mil lugares le hemos destruido,
Y á cien mil Moros dado cruda muerte:
Nuestro intento se ha siempre conseguido
Sin que la gente inumerable y fuerte
Que hay por toda esa tierra levantada
Nos contrastase, ni impidiese en nada.
Abenjafon, que es la mayor defensa
Qũel Rey Axartaf tiene desta parte,
En quien estriba, y en quien solo piensa
Que está el poder que puede contrastarte:
Salió dos veces á impedir la ofensa
Que le hacian los tuyos de tal arte,
Que bien creyó llevarlos por despojos,
Mas vió al contrario con sus propios ojos,
Que llegando á romper en nuestra gente,
Fernandiañez y su fuerte hermano
Con docientos Christianos solamente

Le aguardáron en medio de ese llano:
Donde mostrando su valor ardiente
A diez mil Moros que traia el Pagano
Resistiéron de modo que dexáron
El campo, y muertos mas de mil quedáron.
Otra vez en la vega de Triana,
Viniendo de una entrada que hicimos
En Pilas, Aznalcazar y Boyana,
Donde gran copia de despojo hubimos:
El mismo Abenjafon con su pagana
Gente nos asaltó, y tambien hicimos
(Con gran pérdida suya) que dexase
El combate, y su gente retirase.
Achilino, su Alferez, nos ha puesto
Muchas veces las armas en las manos,
Asaltó muchas veces nuestro puesto,
Derramó mucha sangre de Christianos:
Este, que nos fué siempre tan molesto,
Este, en quien confiaban los Paganos,
Y al que tenian por el Marte dellos,
Y el que siempre acudia á defendellos:
Este, vino á encontrarse un dia lidiando
Con Don Rodrigo Flores, en aquella
Tan famosa batalla, conquistando
A Coria, que en presidio estaba della:
Que nuestra poca gente despreciando
Salió sin órden á querer rompella,
Y mezclados los unos y los otros
Conoció presto lo que habia en nosotros.
Aquí en este combate fué Achilino

El que se señaló con mas pujanza,
Y el que á los suyos les abrió camino
Con fiera espada haciendo cruel matanza:
Mas encontró con el varon divino
Que tomó dél justísima venganza,
Aunque no de su vida, de su honra,
Con abatida infamia, y vil deshonra.
Teniendo el fiero bárbaro en el suelo
Muerto á Gonzalo Yañez Malrecado,
A Ruy Muñoz, y á Constantin Pinelo,
Quedó lidiando con Andres Machado:
A este punto llevado alli del Cielo
Don Rodrigo llegó, y el Moro ayrado
Con denuedo feroz contra él revuelve,
Y la sangrienta espada y lid á él vuelve.
Recibiólo el Christiano Caballero
Con aquella excelente valentía
Que siempre, y resistiendo al Moro fiero
La victoriosa espada revolvia,
Y en el escudo de templado azero
Que desde arriba abaxo le cubria,
Dió un golpe entre otros, que con él pudiera
Abrir un monte aunque de acero fuera.
Trúxolo á tierra, y derribó el caballo
Encima dél, el cuello y frente abierta,
Sin quedar con valor para cobrallo,
Ni procurar sino su vida incierta;
Entendió que su bien está en dexallo,
Y atónito y turbado por via cierta
Dando de unos en otros la lid dexa,

Presente siempre el miedo que lo aleja.
No de otra suerte quel que se ha perdido
Por los montes cerrados sin salida,
Viendo cerca un dragon enfurecido,
Que toda la ira tiene en sí escondida:
Que sin valerle que ántes fué temido
Huye, que su braveza aquí es perdida,
Turbado el pecho, de frio temor lleno,
Volando por el áspero terreno.
Huye atónito su ira rezelando,
Quel escamoso cuello levantaba,
Que crueles silvidos iba dando,
Y el venenoso cuerpo se enroscaba:
Asi huia Achilino no esperando
Al Christiano que tanto rezelaba,
Sintiendo siempre encima el golpe crudo
Que su fiereza contrastar no pudo.
Desta infame huida nació luego
Su mortal daño, y la victoria nuestra,
Que imitándolo en ella el vulgo ciego
Hizo su suerte próspera siniestra:
Mató el temor helado á su ira el fuego,
Que á los cobardes á huir adiestra,
Y con aquel desórden que saliéron
A espaldas vueltas de la lid huyéron.
Aquí pudiera, ó Rey esclarescido,
Hacer discurso de admirables cosas,
Que son aunque en exército rendido
De fama igual entre las mas famosas:
Que por hacerlas libre del olvido,

Y porque sean eternas y gloriosas,
Siendo oidas de tí, las refiriera
Si esta ocasion lugar me concediera.
Mas viendo que mi plática ya excede
Del término que debe al fundamento
Que se me dió licencia, y me concede
Tu alto y glorioso acatamiento;
Digo que es justo, y debe hacerse, y puede
Ponerse en obra tu loable intento,
Que no hay dificultad que te lo estorbe,
Ni la pudiera haber en todo el orbe.
Achilino es el guarda de la puente,
Y el que está puesto por defensa della,
Contra el qual digo; que enviemos gente
Que lo lanze de alli, y pueda rompella:
Para esto, Señor, tienes presente
Los que conoce el que ha de defendella,
Que son los mios, estos vayan luego,
Vayan, rompanla, abrasenla con fuego.
Para la execucion desto se apresta
De mi gente la esquadra victoriosa,
Mira en las manos la bandera puesta
De su Alferez Gonzalo de Reynosa,
Y el órden mira con que fué dispuesta
En oyendo la caxa belicosa,
Sin quel trabajo del Sargento fuese
El que al órden que está la reduxese.
Pues viene dando á donde estas la muestra,
Para que veas su virtud ardiente,
Y que en doctrina bélica es tan diestra

Qual la gente de Cesar excelente:
Pues su ventura á que la veas le adiestra,
Mira delante al Capitan valiente
Diego Perez Melgar, por quien fué muerto
El Moro Alcayde que faltó al concierto.
Los seis que en la vanguardia van pasando,
El primero es Don Juan de Rebolledo,
Y el que vá junto á él es Don Fernando
Su hermano, en quien jamas se halló miedo:
Aquel quel rostro viene levantando,
Aquel que mira con feroz denuedo,
Diego Perez de Páramo se nombra,
El que en servicio tuyo el orbe asombra.
El otro que á su lado va siniestro
Es Gutierre Gonzalez de la Serna,
Pedro Ruiz de Foyos fuerte y diestro
Esotro que los rige y los gobierna:
Aquel de verde que de aquí te muestro
Es Ximen Lopez, cuya fama eterna
Le prometen sus hechos gloriosos,
Que lo serán entre los mas famosos.
Fernan Fernandez es aquel que viene
Junto á Martin Muñóz y Alonso Perez,
Y el otro que á mirarte se detiene
Es Gonzalo Ruiz Tafur, tu Alferez:
Juan Serbante es aquel, que nombre tiene
De constante, y dador de sus haberes,
Aquel es Perodiaz de Mendoza,
Y esotro Nuño Nuñez de Garoza.
Juan Gonzalez Camena, y Diego Arroya,

Miguel Perez, y Don Juan de Puzoles,
Fernan Muñoz de Fregenal y Moya,
De la milicia dos ardientes soles,
Son aquella hilera, que si Troya
Tuviera quatro destos Españoles,
No fuera poderoso el poder Griego
De entregar su Ilion sagrado al fuego.
Lope Lopez, y Esteban de Ferrera,
Y aquel Gonzalo Lopez de Medina,
Gomez Perez de Hatinez y Reguera,
Lorenzo Alfonso, Antonio de Molina,
Y aquel que se apartó de su hilera
Quel paso á la siniestra parte inclina,
Es Don Guillen, del fuerte Tafur yerno,
Y él digno de alabanza y lauro eterno.
Pasando iba la lista de la gente,
A vista del gran Príncipe de España,
Que escuchando al Maestre atentamente
Estaba lleno de ufanez extraña:
Quando con priesa y paso diligente
Domingo Sancho y Juan Quivir de Ocaña,
Adalides secretos que enviáron
A ver los Moros, ante el Rey tornáron.
Truxeronle por nueva que los Moros
Del Axarafe habian acudido,
Y las mugeres, hijos y tesoros
En el fuerte castillo habian metido:
Y que despues de gran clamor y lloros
Volviéron á salir, y se habian ido,
Que sobre el muro de Sevilla vian

Gente, y que de Triana le acudian.
Oyendo esto, el marcial alarde
Que cese por entónces el Rey manda,
Que la gente se ponga al arma, y guarde
Tiendas y campo, de una y otra banda:
Y que de aquella forma el dia se aguarde,
Del duro suelo haciendo cama blanda,
A lo qual todos acudiéron luego
Qual convenia, sin tomar sosiego.
Ya comenzaban á huir del dia
Los claros rayos, y á pintar del Cielo
Las bellas formas, y de Cintia fria
Los rayos dar su resplandor al suelo:
Quando Axartaf, que en saña horrible ardia,
Con el silencio igual á su rezelo
Su gente arma, y la salida apresta
Contra el Christiano exército dispuesta.
El cauto Marsiloro, y el prudente
Ariadino, las cosas disponian,
A todo el indignado Rey presente,
Que todas por su acuerdo se hacian:
Quel ardor fiero que en el alma siente,
Y las ansias que én ella siempre ardian
Le fatigabán con extraño modo,
Y asi acudia, y se hallaba en todo.
Viendo su gente bélica ordenada
Qual demandaba su feroz deseo,
La de á pié y á caballo aderazada,
De modo que asegura su trofeo;
Contenta desto el alma conturbada

Se entregó á la dulzura de Morfeo,
Habiéndose apartado un breve espacio
De las armas, y entradose en Palacio.
Del apacible y agradable engaño
Al suave dulzor quedó rendido,
Recuperando así el cuidoso daño,
Que fatigado le traia el sentido:
En este afecto á su fatiga extraño,
Confortando el espíritu afligido,
La imagen de Muley se le presenta
Pálida, triste, y con la faz sangrienta.
Llámalo por su nombre, en lastimosa
Y mal formada voz, así diciendo:
¿Que haces, ó Rey? ¿como en quietud reposa
Tu conturbado espíritu durmiendo?
Oyeme, y no te altere mi espantosa
Y extraña forma, del que fui viviendo:
Muley soy, dexa el sueño, abre los ojos,
Conoce al que te dió tantos despojos.
A la voz del espíritu penoso
El que en quietud estaba reposando,
Se altera, y sacudiendo pavoroso
El sueño, el grave cuerpo levantando,
Y aquel aspecto extraño y espantoso
Ante sí viendo, y la ocasion dudando,
Y de miedo á Müley desconociendo,
Como pudo pregunta el Rey diciendo:
Quálquiera que del Reyno Estigio seas,
Que á mi enviado, ó por tu causa vienes,
¿Dime que quieres, ó de mí deseas,

O qué ocasion para buscarme tienes?
Si entre las sombras de Acheron paseas,
Si con desnudas almas te entretienes,
¿Que buscas entre aquellos que la suerte
De la vida, aun gozar dexa la muerte?
El tendido cabello que cubria
Todo el pálido rostro, el tenebroso
Espíritu de encima le desvia,
Mostrandoselo triste y congojoso:
Y con voz diferente que solia,
En mal formado acento doloroso
Al Rey que está aguardando su respuesta,
Y se la demandaba, le dió esta:
No creo (ó Rey) aunque de mi olvidado
Que á Muley no conozcas tu sobrino,
A Muley tu sobrino desdichado
De tí tratado con rigor indigno:
Que siendo de un traidor aconsejado
Con quien sin para que fuiste benigno,
Mis leales servicios olvidaste,
Y tan ingratamente me pagaste.
Diste tu oido al que con falso engaño
Causó mi muerte con infamia triste,
Y á ti te tiene en un peligro extraño,
Pues ciegamente su maldad creiste:
Justo castigo y merecido daño
Al que hoy era traidor como tu oiste;
Plaga que siempre habita con los Reyes,
Por quien se suelen traspasar las leyes.
De este crédito injusto que al aleve

Africano le diste en daño mio,
Hubiste el galardon que se le debe
Al que sigue tan ciego desvarío:
De todo esto, y mas que me conmueve,
La memoria tristísima desvio,
Y vengo del lugar inexôrable
A avisarte en tu estado miserable.
Toda tu descendencia, que con tanta
Gloria viviéron en aquesta vida,
De quien la gigantea deidad canta,
Sin que al olvido sea jamas rendida,
Que ahora habitan en la selva santa
Que les fué dignamente concedida
Por nuestro gran Profeta, que hacer quiso
Para justos el santo paraiso:
Sintiendo con piedad tu mal presente
Del sitio oscuro donde estoy purgando
La libre vida de mi edad ardiente
Para entrar donde en gloria están gozando;
Porque en tocando la inmortal corriente
Donde se laban los que ya dexando
Las tinieblas, y entrando en aquel puesto
No salen mas, ni mas se acuerdan desto:
De aquella horrible estancia me sacáron
(A donde estoy) de tí á piedad movidos,
Y que avisarte venga me enviáron,
Si aviso importa en daños sucedidos:
Que te aperciba y diga me mandáron
Que los hados están contra tí unidos,
Que quantos sobre tí dominio tienen

Contra tí todos conjurados vienen.
Que sin duda el poder será Christiano
El que habrá el premio desta larga guerra,
Sí en aquesta ocasion dexa el Pagano
De usar del suyo contra quien lo encierra:
Hoy tu remedio ponen en tu mano,
Usa dél, sal y lanza de tu tierra
A los que te la ocupan, que ahora puedes,
Que en desigual potencia los excedes.
Ya ves quel Rey Fernando tu enemigo
Su exército dexó, y pasó á Triana,
De su gente llevándose consigo
La que con mas valor la tuya allana:
De aquí ha de sucederle el cruel castigo
Que le promete dar la soberana
Suerte, que ordena en bien y favor tuyo
Aquesta division del poder suyo.
No entiendas que fué acaso sin misterio,
Y ordenacion del Cielo poderoso:
De allá procede, porque el Reyno Hesperio
No acabe aquí, con fin tan afrentoso.
Ve, rompe el yugo, y libra el cautiverio
Que amenaza á tu pueblo temeroso,
Ponte en el campo, contra el campo solo,
Al punto que ilustrare el mundo Apolo.
Gimió profundamente, y el cabello
Cubrió el pálido rostro, y con ligera
Vuelta huyó, dexando al Rey en vello
En un mar de ansias, y congoja fiera.
Duda si es lo que vió, si ha de creello,

Si de Muley fué el alma verdadera
La que le habló y dexó en temor dudoso,
Si fué ilusion de sueño mentiroso.
  Fatigándose en esto, embelesado
Axartaf tiembla, y gime amargamente
De mil ansias que encienden su cuidado,
Mil congojas que allí sin hablar siente:
Está de lengua y de razon privado,
Qual suele el que de un súbito accidente,
O de una alteracion pierde la habla,
Que á todos mira, y á ninguno habla.
  Tal quedó el Rey de Hispalis sagrada,
Despues que lo dexó la infernal sombra,
Lleno de horrible horror sin decir nada,
Que quanto ve parece que le asombra:
Pone la vista atónita y turbada,
Vuélvela aquí y allí, y á nadie nombra,
A nadie llama, quel pavor lo tiene
Sin poder ir, ni hacer lo que conviene.
  Deste modo rendido á su fatiga,
Lleno de turbacion cuidoso aguarda
Que la caxa lo incite y gente amiga,
Que á su ocasion ya excede lo que tarda:
Mas advirtiendo así lo que le obliga,
Quel ánimo honoroso no acobarda,
Revuelve sobre sí, el pavor desecha,
Sacude el miedo horrible que lo estrecha.
  Como se suele hinchar enfureciendo
Calladamente el mar quando está ayrado
En su profundo centro concibiendo

En sí al viento fiero denodado:
Asi le va la colera subiendo
Al Rey, á quien tenia el temor turbado,
Que libre dél, su esfuerzo recupera,
Y sale á do su gente ya le espera.
¿Que aguardamos? (le dice) ea ya amigos
Vamos donde nos manda Ala que vamos,
Vamos, vean hoy quien sois los enemigos,
Aunque encerrados por su causa estamos:
Sean hoy ellos mismos los testigos
Del valor nuestro, que si dél usamos
Ninguna duda tengo que hoy acaben
Los que en el orbe todo apénas caben.
Fernando qual sabeis pasó á Triana,
Y de gente su campo dexó falto,
Con que á la muerte la entregó cercana
Que le promete vuestro valor alto:
Ea que la fortuna os es ya humana,
Demos en ellos presto el fiero asalto,
Pues ya el oriente al mundo abre las puertas,
A un mundo sean las de Hispalis abiertas.
No dixo mas, que la encendida saña
Que el corazon le instiga y le provoca,
Que siempre con su alma se acompaña,
La lengua le anudó, y cerró la boca:
La puerta mandó abrir, salió á campaña
Llevado de su ardor y furia loca,
Haciendo horrible son con instrumentos,
Dando alaridos que henchian los vientos.
Pusose Marsiloro al diestro lado,

Y á su gente Ariadino acudïó luego,
Tarfira en la ocasion de su cuidado
Le siguió ardiendo en zelo y vivo fuego:
Con ánimo constante y confiado
De vengar en su gran desasosiego
La injuria que le hace el crudo amante,
Con la satisfaccion que sea bastante.

No lleva intento de mover rogando
Del Rey amado el libre pensamiento
Que el odio y zelo en ella tienen mando,
Y ellos en ira han vuelto el blando intento:
¡O mudanza de amor, ó amor infando,
Que no hace tu fiero sentimiento!
¡Que mal tu horrible desamor no siembra!
¡Que no hará una olvidada hembra!

Resuelta de morir, ó de dar muerte
Al falso Rey, que así la trae penosa,
Y si hallaba en su favor la suerte
Encima dél sacrificar su esposa:
En tal dureza el blando amor convierte,
En tal frialdad la llama poderosa
Que prometió encender la Cytia fria,
Y un desden con extremo tal la enfria.

Con ella iba hablando el fuerte Moro
Abdalac, á quien ella con su mano
Curó, y guardando el noble y fiel decoro:
De amistad firme al Príncipe Africano
Viendo en ira volverse el tierno lloro
Le persuadia con deseo humano
Que de tal intencion se retrayese,

Y á diferente fin se reduxese.
Mas ella mas quel duro marmol dura
En su obstinado intento está inmovible,
Qual la cumbre del Caucaso segura
Al viento, ó la del Calpe al mar terrible:
Que dureza no hay que sea tan dura,
Ni imposible que sea tan imposible
Qual mover voluntad determinada
De una muger amando, ó desamada.
Fué visto del exército Christiano
El del Moro, y el son confuso oido,
El designio entendido del Pagano,
Y Axartaf de su yerno conocido:
Que levantando la derecha mano
Ante el Infante dice enfurecido,
Suplícote, Señor, que pues estamos
A tiempo, que una cosa prevengamos.
Ya ves el gran poder con que á buscarnos
El enemigo viene, en confianza
Que puede por ser tal desvaratarnos,
Y á su furioso intento dar venganza:
Conviene, pues, de un ala aderezarnos
De gente suelta de paves y lanza,
Que de reparo sirvan á esta parte,
Sin que de aquí se mueva ni se aparte.
El viene encaminado á ver si puede
Coger enmedio nuestra poca gente,
Viendo que en tanto número la excede,
Y que hacerlo puede facilmente:
Y así, poniendo aquí quien se lo vede

Y quien resista con valor ardiente,
Será imposible conseguir su intento,
Y posible hallar su perdimiento.
  Pareció bien el parecer discreto
Que dió el Príncipe de Africa, y siguiéron
Su acuerdo, y confirmando su decreto,
A su cargo el cumplillo remitiéron:
Diéronle gente, y pusose al efecto
En el mismo lugar por donde viéron
Que la enemiga gente se esparcia
En órden, y que allí á parar venia.
  El exército invicto estaba puesto
En el abierto llano, de manera
Que la Herculea Ciudad tenia en opuesto,
Y de allí asaltos del contrario espera:
Por la siniestra banda el curso presto
Del Betis, que lo guarda y su ribera,
A las espaldas tiene á Guadaira,
De do á Tablada y los Erveros mira.
  Por la parte oriental de do el doliente
Solano envia su encendido aliento,
Tenia por defensa solamente
El llano de una parte y otra esento:
Por aquí Botalha como prudente,
Y en la guerra de gran conocimiento,
Previene el medio, rezelando el daño,
Al qual se opuso con valor extraño.
  Traia Axartaf su campo dividido
En dos partes, la una á do venia
La mayor fuerza, y todo el campo unido,

Esta su insignia y parecer seguia:
De la otra fué el órden cometído
A Marsiloro, que tomó la via
A donde Botalha y su poca gente
Guardaba el peligroso inconveniente.
Ya se acercaba el enemigo bando
Que los mortales tiros se alcanzaban,
Ya los volantes dardos disparando
El efecto mortal administraban:
Crescia el furor, su furia renovando
Las horribles hermanas, que instigaban
Los pechos de los bárbaros, dispuestos
A la victoria, ó á la muerte prestos.
A la defensa se opusiéron luego
Los bélicos Christianos, resistiendo
La furia loca del contrario ciego,
Y los tiros quel dia venian cubriendo:
Los animosos pechos con sosiego
Firmes resisten el tumulto horrendo,
Sin salir de órden en defensa hacen
Lo que al honor y al riesgo satisfacen.
Viendo Axartaf el marcial decoro
Que guardaban los fuertes Castellanos,
El poco efecto que hace el campo Moro,
Y el daño que le hacen los Christianos:
De congoja vertia por cada poro
Viva sangre, instigando á sus paganos
Quel temor dexen, y con brio arremetan,
Y en huida rompiéndolos los metan.
Ea amigos (decia) que no es justo

Que tan pocos contrarios duren tanto,
Antes lo acuso, y tengo por injusto,
Porque denota cobardía y espanto :
Hoy redimis vuestro mortal disgusto,
Hoy tiene fin vuestro marcial quebranto,
Hoy quedamos si haceis como esforzados
Libres, victoriosos y vengados.

Con denodado ánimo arremete
El Agareno Rey, sin que le impida
La fuerte infantería que acomete
Por una y otra parte enfurecida :
Mas por las picas sin temor se mete
Quel furor le hace no estimar la vida,
Rompe la esquadra con feroz denuedo
Sin que la duda lo detenga ó miedo.

Qual va el sangriento Marte enfurecido
Por la corriente de Ebro rio helado,
O qual al gran Briareo no vencido
Que contra Jove fiero se ha mostrado:
Cincuenta espadas contra él ha asido,
Y á otros tantos escudos ha tomado,
Con cien brazos le hace cruda guerra,
Y en sus cincuenta pechos fuego encierra.

Mas no por eso pierden la esperanza
Que tienen de vencello, y con presteza
Lo siguen con deseo de venganza,
Que piensan de vencer su fortaleza:
Sostienense con esta confianza,
Y llenos los Christianos de brabeza
Lo siguen á do va por toda parte,

Que va mostrando su valor y arte.
Con grita le acometen furiosos
No ménos que las grullas, que volando
En órden y esquadrones sonorosos
Las aguas y la bruma rezelando:
Se encaminan con gritos temerosos
Al espacioso Oceano llevando
A los Pigmeos daño, de tal suerte
Que los vencen, destruyen y dan muerte.
Van los guerreros tras el Rey Pagano
Siguiéndole con golpes y clamores,
Que arrepentido de su intento vano
Dexa el puesto á los fuertes vencedores:
Cubren de muertos el tendido llano,
Haciendo en ellos daños no menores
Don Lorenzo Xuarez y el Infante,
Y Arias Quixada que venian delante.
Todos á una contra el bando fiero
Rompen, derriban, atropellan, matan,
Y á fuerza de vigor y duro acero
Los deshacen, ahuyentan, desvaratan:
Desfallece el furor con que primero
Entráron, y con miedo se recatan,
Que ya no hay Moro que á Christiano aguarde,
Ni á quien no ocupe ya el temor cobarde.
Abulalle, de Benalifa nieto,
Que fué en Xerez por Axartaf Alcayde,
Viendo del Rey el afrentoso aprieto,
Acompañado de Barqueque y Cayde:
A la gente que huye sin respeto,

Y á Xarif dexan, y á Hayni, y Mocayde
Sus Capitanes, por salvar la vida,
Con deslealtad infame, y vil huida.
Dando voces se opone, y dice amigos,
Amigos mios, deteneos ahora,
Deteneos no honreis los enemigos,
Ni afrenteis vuestra ilustre sangre mora:
Sean hoy vuestros hechos los testigos
Ante aquel Dios que en vuestra ley se adora,
Ante aquel que se ofende en ver dexaros
La victoria que hoy promete él daros.
Volved los rostros, y vereis la ofensa
Que á vuestra patria haceis, y á vuestra gloria
El cierto daño, la deshonra inmensa
En que trocais tan célebre victoria.
Fuera de entendimiento va el que piensa
Que hoy huyendo no acaba su memoria,
Su hacienda, vida, hijos, casa y nombre
Con vituperio, infamia y vil renombre.
Volved los rostros, y firmad los pechos
Vereis la poca gente á quien dexamos
El campo, por quien rotos y deshechos
Con pérdida tan grande huyendo vamos:
Hagaos con esta infamia satisfechos,
Que quando libres desta lid salgamos
No tenemos seguro, y damos fuerza
Al que nos sigue, y nuestro miedo esfuerza.
Todos oyendo Abulallé volviéron
Con ánimos dispuestos á la muerte,
O á vencer la batalla, y tras él fuéron

Firmes, conformes á probar la suerte:
El frio, temor y espanto sacudiéron;
Y el mas cobarde se mostró mas fuerte,
Renuevan el combate riguroso
Entre el vencido campo y victorioso.
Venia rompiendo por aquesta parte
Del enemigo exército, el valiente
Arias Quixada, y con destreza y arte
Desvaratando la enemiga gente,
Quando el pagano imitador de Marte,
Llamado rayo suyo vulgarmente,
A los suyos abriéndoles camino,
Vino á encontrar con el varon divino.
Con una gruesa lanza está parado,
Esperando al Christiano valeroso,
Del loco amor de Marte arrebatado
Arremete con ánimo furioso:
Qual el ligero pardo viene ayrado
Volando por el monte mas fragoso,
Y entre las armas muy feroz se lanza
Por tomar de su muerte cruel venganza.
Ningun clamor ni armas lo detiene,
Antes revuelve presto si es herido,
Contra el que lo hirió ligero viene,
Y aquel solo ha de ser el perseguido:
Y no lo dexa hasta que ya tiene
Venganza, con fiereza encruelecido
Es muerto de tantos que lo siguen,
Que todos aunque es fuerte lo persiguen.
Asi arremete con furor horrendo

Al fuerte Caballero el belicoso
Moro, á quantos encuentra resistiendo,
Que á detenello nadie es poderoso:
El Christiano invencible conociendo
El deseo del bárbaro animoso,
Y viéndole que á él enderezaba
Y contra él la gruesa asta vibraba.
  Con la misma presteza que rasgando
La ayrosa nube el rayo baxa al suelo
Los ayres trascendiendo, y derribando
Quanto delante se le opone al vuelo:
Tal va Arias Quixada procurando
Al Moro, que sin miedo ni rezelo
Fixo en la silla pica apriesa y entra,
A un tiempo todo, y al Christiano encuentra.
  Recibe el fiero encuentro el firme escudo
Sin que de donde estaba se moviese,
Que la fuerza ni el golpe hacer pudo
Que movimiento en él se conociese:
Mas lleno de valor, libre, y desnudo
De miedo, como el golpe recibiese
Levantó en alto la fulminea espada
Del poderoso brazo gobernada:
  Y al tiempo que la rienda revolvia
Para poderse reducir, descarga
En el hombro quel lado descubria,
Que no le pudo reparar la adarga:
Quedó sin luz, torcer le hizo la via,
Los estribos perdió, y la rienda larga
Viene el caballo y caballero á tierra,

Y en solo un golpe tuvo fin su guerra.
Del hombro diestro á la mitad del pecho
Le fué rasgando el acerado filo,
Armas y huesos todo fué deshecho
Qual si cortara algun delgado hilo:
Rinde el horrible horror, rinde el despecho,
La altivez fiera, y al soberbio estilo
Sale la sangre negra, el cuerpo dexa,
Y el alma de los huesos se le aleja.
Revuelve con presteza no creible,
Y entre el tumulto bárbaro se mete,
Mata á Bigima, en fuerzas invencible,
Mata á Moolud, á Xavani y Hamete:
A Cayde derribó de un golpe horrible
Que le abrió hasta los pechos, y arremete
Contra Gaulid, que vino á socorrello,
Y acabó encima dél sin guarecello.
Huyendo á rienda suelta sin aliento,
Falto de esfuerzo, al frio temor rendido
Venia Hayni, de roxo humor sangriento
El rostro hermosísimo teñido:
Que de su altivo y loco pensamiento,
Y su arrogante presuncion regido,
De Jusef berberisco acompañado,
A Don Lorenzo habian procurado.
Y hallándolo al lado del Infante,
Que con Moncayde estaba en cruel pelea,
Se le pusiéron ámbos de delante,
Y en él Hayni la fiera lanza emplea:
Mas Don Lorenzo arremetió al instante

Contra los dos, sin que su astucia fea
Les valiese, y volviendole huyendo
Hirió á Hayni, y á entrambos fue siguiendo.
Alcanzólo cayéndole el caballo,
Y viendo al que buscó que le seguia,
Las manos puestas procuró aplacallo
Con lástimas de infame cobardía:
Mas el Christiano dexa de escuchallo,
De ruegos y plegarias se desvia,
Y ántes que mas en ellas prosiguiese,
Al alma infame abrió por do huyese.
El otro que quedaba, rezelando
El valor del Christiano poderoso,
Con miedo dél, huyendo va temblando
Sin dar sosiego al curso presuroso:
Síguelo el gran guerrero de Fernando,
Presidio del exército glorioso,
Y yéndole en alcance, Axartaf vino,
Y en medio se le puso del camino.
Que del glorioso honor estimulado,
Y de la triste afrenta convencido,
Despues de haber la fiera lid dexado
Volvia á cobrar el claro honor perdido:
De una soberbia esquadra acompañado
De jóvenes briosos que ha escogido,
Con que vuelve y asalta al Caballero
Que á Josef sigue que huia ligero.
Todos al punto en torno lo cercáron,
Y él contra todos con valor constante
Por medio de las lanzas que enristráron

Se arroja, rompe y pasa por delante:
No rayo que las nubes arrojáron
Baxa con ligereza semejante,
Ni con tal furia va el leon que siente
En las entrañas el venablo ardiente.
Por todas partes todos con fiereza
Sobre él descargan, y él á todos hiere;
Resiste, mata, aparta, y con destreza
Y esfuerzo en ellos hace lo que quiere:
Mas los tiros, los golpes, la presteza
Es tal, que tiro no hay que golpe espere,
Que sin darle descanso lo cubrian
Los tiros, y los golpes lo herian,
De la suerte que cae presurosa
De la occidental parte con estruendo
La pluvia, sobre el suelo impetuosa,
Y con la piedra el campo va hiriendo:
No daña á los texados la furiosa
Pedrisca, que va dellos resurtiendo:
Asi golpean y hieren al valiente
Don Lorenzo con saña y furia ardiente.
Habiéndose mezclado el fuerte Infante
A este punto andando en la batalla
Con la gente feroz del arrogante
Axartaf, que pensaba reparalla:
Y habiendo muerto al Capitan delante,
Con tanto esfuerzo comenzo á apretalla,
Que las armas largando á huir vuelve,
Y á la Ciudad sin aguardar se vuelve.
Axartaf viendo asi desvaratarse

De todo su poder la mayor fuerza,
Desmayó, y toca luego á retirarse,
Y á la huida con valor se esfuerza:
Pica, y pican los suyos á librarse,
Sin que ninguno de seguirlo tuerza,
Los Christianos guerreros sin dexallos
Matándolos procuran atajallos.

La infame fuga viendo el temerario
Marsiloro, que estaba en cruel combate
Con el Libyco Rey, su cruel contrario,
Sin poder darle qual queria remate:
Dixo furioso, el hado mi adversario
No impedirá traidor que no te mate,
Y á la aleve Alguadayra que te sigue,
Que á esto el honor hace que me obligue.

Sin decir mas, de un ciego ardor llevado
A dar venganza á su implacable ira
Arremitió, y Botalhá indignado
No ménos fiero contra él se aira:
Llega á este punto por el diestro lado
Y da un encuentro á Botalhá Tarfira,
Que á no ser Botalhá, aunque fuera un muro
No quedára en su asiento tan seguro.

Rompió la lanza, mas volvió el Rey Moro
A executar su fiero golpe en ella,
Y con el suyo llega Marsiloro,
Y asi lugar no tuvo de ofendella:
A mi le dice, á mi, guarda el decoro
De Caballero, que á esa Mora bella
No es justo que tu espada haga iujuria,

Guarda para mí solo aquesa furia.
No respondió, mas levantando fiero
El fuerte brazo, contra el Moro parte,
Y el Moro con el ánimo primero
A la venganza aplica fuerza y arte:
Vuelve Tarfira, y al Real guerrero
Que en su alma ocupó la mejor parte,
Con igual desamor que ántes tenia
El amor al Rey de Africa heria.
Mas él, sin conocella ni hablalle,
Quando sobrel hiriendo venia fiera,
El brazo suspendia, y yendo á dalle
El alma casi le decia quien era,
Y así solo acudia á reparalle,
Que no era posible que pudiera
(Aun ignorando) en yerro semejante
Caer quien fué tan verdadero amante.
Marsiloro en furor ardia rabioso,
Ella en ira infernal por dalle muerte,
Botalhá en esfuerzo valeroso,
Defendiendo á los dos tan alta suerte:
Corrido Marsiloro y furioso
Dixo á Tarfira, si hoy pretendes verte
Vengada deste aleve Rey, desvia,
Dexame solo, que esta suerte es mia.
Tarfira respondió, á mí sola toca
Tomar deste mal Rey justa venganza,
Que la ocasion que tengo me provoca
A que la tome, y dexe la tardanza:
Ese deseo, y esa furia loca,

Esa contienda, y vana confianza
No tendrá efecto, Botalhá responde,
Quel dicho y hecho en pocos corresponde.
Ellos en esto, ya venia su gente
Desbaratada del Christiano bando:
Venia Abdalac confusa y ciegamente
A Botalhá y Tarfira procurando:
Y viéndolos en esta lid ardiente
Arremetió, el caballo atravesando,
Desvia á Tarfira, y dexa al Africano
Con el Bético Moro mano á mano.
No con igual furor se arremetiéron
Los dos Tebanos Príncipes ayrados
Al punto que en el campo los pusiéron
Para acabar la guerra señalados:
Asi en el mismo instante que se viéron
Los dos Moros de un fiero ardor llevados,
De un ódio igual, de una intencion dañada,
Se arremetiéron sin hablarse nada.
Marsiloro traia un feroz caballo
De una admirable condicion extraña,
Que se lo dió Halud, por amparallo
Para alcanzar el Alcaydia de Ocaña:
Este en el punto que empezó á domallo
Le enseñó (diferente que en España)
A levantar el rostro en allegando
La espuela, ó con la rienda irle llamando.
Pudo el humano ingenio hacer tanto,
Y de Halud el arte y sutileza,

Que le privó de recibir espanto,
Y le enseñó á morder con extrañeza:
Que si no fué enseñado por encanto,
No era posible ingenio ni destreza
Hacer un animal que deprendiese
A ofender solo al quel señor quisiese.

En qualquiera ocasion que se hallaba
Como la rienda á un punto le ajustasen,
Ni perdia paso, ni cabeza alzaba,
Ni se descomponia aunque le picasen:
Mas si el señor alguna vez gustaba
Que de su lado algunos se apartasen,
Con picarle y dar rienda solamente
Caballo ni hombre habia de haber presente.

Con este entró el Pagano en la batalla,
Qual en su esfuerzo y armas confiado,
Por él creyendo cierto de ganalla,
Como por él habia otras mil ganado:
No entiende ya que arnes ni fuerte malla
Estorbaran su pretension, ni el hado,
Y asi pica, y la rienda larga, y fiero
Se allegó quanto pudo al Real guerrero.

El caballo feroz sin detenello
Asió al del Rey con furia arrebatada,
Y comenzó cruelmente á removello
Con la fiereza y saña acostumbrada:
Mas Botalhá acudiendo á guarecello
Al amo atravesó de una estocada,
Y la cabeza le cortó al caballo

Que al suyo quedó asida sin soltallo.
Los Moros que seguian á Marsiloro
Viéndole muerto así venir á tierra,
Alzando á una un lastimoso lloro
El mas valiente el ánimo destierra:
Dexan el campo, huyen del Rey Moro,
Que entre el poder Christiano los encierra,
De un cabo á Don Lorenzo, y por delante
A Arias Quixada, y al valiente Infante.
Sobre esta esquadra que tenian en medio
Revuelven todos, ya que habia huido
El campo de Axartaf, que por remedio
Entrarse en la Ciudad habia elegido:
Y sin darle lugar ni valer medio,
Ni á ruego dar ni á lástimas oido,
Fué dada al hierro en un instante breve,
Sin dexar Moro que la nueva lleve.
Pasan delante á detener la gente,
Que siguiendo el alcance iba matando
Los Moros que huian confusamente,
Y al agua ciegos se iban arrojando:
Donde tambien la muerte vian presente
Que en asechanza estaba allí aguardando,
Que no hay seguro al tiro que no yerra
En el viento, en el agua, ni en la tierra.
Allí acababan muchos, que la vida
En balde hasta aquel punto difiriéron,
Allí acabáron, y á la lid rendida
Fin glorioso con sus muertes diéron:

Recogióse la gente no vencida
Al ronco son, y á Marte concediéron
Que en ocio y en quietud se reduxese,
Y alivio al largo afan se concediese.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

Siendo ya el campo de Axartaf deshecho,
Con pérdida de tantos de su parte,
Y él, puesto á riesgo, y peligroso estrecho
Sin valerle poder, fuerza ni arte,
A dar la cuenta del glorioso hecho
Envió Don Henrique al Santo Marte
Su padre, que en oyendo el caso, al punto
Dixo, teniendo su concilio junto:

Claro veis la merced quel largo Cielo
Siempre nos hace, y ahora vereis claro
Que á vuestro noble, justo y santo zelo
Con patentes milagros da su amparo:
Y al que conspira contra Dios, el suelo
Le hará ver con este exemplo raro
Su ceguedad, y conocer que puede
Solo Dios, que en poder á todo excede.

Deste conocimiento entenderemos
Que ha de ser su potencia en ayudarnos,
Para que á nuestra justa guerra demos

Conclusion, con el fin que deseamos:
Y así conviene en la ocasion que vemos
Que al exército luego nos volvamos
A disponer las cosas convenientes,
Y dar remedio á los inconvenientes.

Y pareceme (si el consejo vuestro
Fuere conforme en esto con el mio,
Que si será, por la razon que muestro
Que es la seguida meta á donde guio:)
Que pidiendo el favor al Moisen nuestro
Volvamos luego á vadear el rio,
Dexando aquí la infantería aprestada,
Pues luego aquí ha de ser nuestra tornada.

Con la gente quel yugo dexa puesto
(Mi hijo Don Alonso) al cuello altivo
De la bética Murcia, que en molesto
Asedio la rindió con Marte esquivo:
Para reparo y ser remedio desto,
Por quien tan lleno de cuidados vivo,
Está ya en el Real, y desta gente
Guarnecello podemos facilmente.

Esto tengo acordado, y si os parece
Que se debe hacer, hágase luego,
Que la ocasion tan grave que se ofresce
No concede momento de sosiego:
Diciendo esto, su razon fenesce
El protector Christiano, contra el ciego
Bárbaro, y de los suyos escuchado
Sin discrepar de todos fué aprobado.

Sin tocar caxá, ni hacer estruendo

Pasó la voz, y luego aderezáron
Caballos y armas, y la via siguiendo
Al conocido vado camináron:
Betis el veloz curso reprimiendo
Sin moverse paró, en quanto pasáron
El húmido cristal, y ufano desto
Encima estaba de sus aguas puesto.
Llegáron los valientes Caballeros,
Y el Santo amparo suyo, á donde estaban
El exército y Príncipes guerreros,
Que en aquella ocasion no lo esperaban:
Los dos Infantes fuéron los primeros
Que llegáron al padre, porque andaban
Disponiendo las cosas, y alojando
Lo que á Murcia dexaban por Fernando.
Fue con alegre aplauso recibido,
Y con gloriosos títulos llamado,
Unos le decian padre, otros querido
Señor, otros Rey justo, otros amado:
Estas voces herian el santo oido
Que á todos tuvo siempre aparejado,
A la justicia sin cerrar lo abierto,
A la clemencia y las mercedes cierto.
A las voces el Príncipe Africano
El primero dexó su alojamiento,
Y á los pies puesto del rector Christiano
Con su esposa, celebran el contento:
Levantala el Rey mismo con su mano,
Y junto al suyo á entrambos dió el asiento,
Y á Botalhá las gracias y la gloria

Como á instrumento de tan gran victoria.
Tratáron del suceso largamente,
Contáron las hazañas milagrosas,
De todos la virtud resplandeciente
Con que fin diéron á tan arduas cosas:
Y estando en esto, el resplandor de Oriente
Se escondió entre las sombras tenebrosas,
Y la noche inmortal traia al sabroso
Y descuidado sueño á dar reposo.
Las mesas fuéron luego aderezadas,
Maestresalas y pages acudiéron
Con toallas y fuentes levantadas,
Y en órden todos ante el Rey viniéron:
Qual la del Rey dos sillas ocupadas
De Botalhá y de Alguadayra fuéron
Entre el Rey puestas, y el mayor Infante,
Y la de Don Henrique algo distante.
Dióse principio á la dispuesta cena
Con alegre quietud, y leal sosiego.
De la soberbia y destemplanza agena
Que usó Epicuro, y sigue el vulgo ciego:
Libre do todo aquello que condena
La vida, y pone en vil desasosiego,
Huyendo la costumbre fea Romana,
Y el gasto de la pródiga Egipciana.
No fuera á la templanza de Fabricio,
Ni á su firme virtud desagradable,
Pues era libre del guloso oficio
Que á tantos truxo á estado miserable:
Ni la abundancia acompañaba al vicio,

Ni la hambre á la gula insaciable,
Todo con el respeto conveniente
Correspondia á la virtud y gente.
Iban la alegre cena prosiguiendo,
Dando Ceres sus dones y Diana,
Y con alegre ánimo ofresciendo
Nisa el licor que da la fuerza humana:
Los sentidos les iba conmoviendo
Lira y voz de Alvar Nuñez soberana
Que con celeste espíritu cantaba,
Y el canto y la armonía regalaba.
Cantó quando á Baeza combatia
Don Alonso (á quien dió renombre España
De Emperador) que viendo su porfia
En resistirse, y la defensa extraña,
Que ya desconfiado, quiso un dia
Alzar el cerco, y toda su compaña
Aprobó el parecer que habia tomado
De irse, y dexar un cerco tan pesado.
Mas Isidro, Arzobispo de Sevilla,
Viendo al Rey que dexar queria el asedio
Baxó á la tierra de su impirea silla
A serle amparo su inmortal remedio:
Y estando el fuerte auxîlio de Castilla
Solo, y resuelto en su dispuesto medio
Se le apareció, y dixo que siguiese
La guerra, y de su acuerdo desistiese.
Que no dudase, quel le aseguraba
Y prometia de darle la victoria,
Quel su favor y ayuda le mandaba,

... OF THE ... 23 MAY ... OF THE ... SOC...
El premio, honor, el triunfo, el lauro y gloria.
Esto el divino músico cantaba
Ante el Rey Santo, que en la alegre historia
Se habia suspendido, y á este punto
La música y la cena acabó junto.
Los Grandes, que al principio se habian ido,
Entráron, y alabando el dulce canto
Del músico, y el caso sucedido,
Así les respondió su auxîlio santo:
¿A quien seria del Cielo concedido
Tanta gracia, ni qual merece tanto
Que los Santos desciendan á amparalle,
Y la victoria no esperada dalle?
Bien es verdad que muchas veces fuéron
Con milagros patentes ayudados
Los nuestros, y al Patron de España viéron
Estando para ser desvaratados:
Y en virtud suya la victoria hubiéron,
Y los Moros despues aherrojados
Contaban, que ellos viéron ser deshechos
Por uno que una cruz traia en los pechos.
A aquel gran defensor de los Christianos
A quien el santo lávaro seguia,
Que en entrando á lidiar con los paganos
Las espaldas y pechos le encendia:
Con estos y otros premios soberanos
El Señor regalaba cada dia
A los suyos, mas ¿quién será tan digno
Que Santos vea, y sienta ardor divino?
Estos exemplos nos avisan claro

Que no son nuestras obras qual conviene
Para alcanzar aquel divino amparo
Que á los justos del Cielo en favor viene:
Y pues aquesto amigos os declaro,
Y veis que la victoria se os detiene,
Sirvamos al Señor que yo os prometo
En nombre suyo el victorioso efecto.

Así el Rey santo con glorioso acento
Exôrtaba á sus fuertes Caballeros,
Poniendo en Dios el cierto vencimiento
Con el fin justo de los Moros fieros:
Lope Diaz de Alfaro estuvo atento,
Que estaba junto al Rey de los primeros,
Por parecerle urgente ocasion esta,
Demandando licencia dió en respuesta.

Solo quiero que entiendas, ó excelente
Señor, por quien la Santa Fe Christiana
Es defendida, y su afligida gente
En libertad de la opresion pagana:
Que si se mira con razon prudente,
Y ánimo libre de la invidia humana,
Mil exemplos tenemos en que has sido
Con milagros de Dios favorecido.

Dexo el principio de venir á darte
Posesion de Castilla, y de la suerte
Que por milagro quiso Dios guardarte
Del Conde aleve que intentó tu muerte:
Del fiero padre que venia á buscarte
Con riguroso intento y brazo fuerte,
Sin que á tu tierna edad hiciese injuria,

Quién lo atajó? quién resistió su furia?
Despues que todo aquesto aseguraste,
Y de Marte la túnica vestiste,
Y á Leon y á Castilla en paz juntaste,
Y á combatir los Moros descendiste:
Mira la vez primera que pasaste
Los puertos, el peligro en que te viste,
Y con tan poca gente á tantos Moros
Rompiste, y les quitaste sus tesoros.
Estas hazañas y otras mil famosas
De que hacer pudiera larga historia,
Si no fueran con fuerzas milagrosas
¿Quién alcanzára dellas la victoria?
Dexando á parte tan sabidas cosas,
De las presentes puedo hacer memoria,
Pues la victoria de hoy si la entendemos
Por milagro del Cielo la tenemos.
En sus razones iba prosiguiendo
El excelente Lope Diaz de Alfaro,
Y el Rey le replicó, todo eso entiendo,
Todo es así por el divino amparo:
Mas dime, ¿el irnos tanto difiriendo
Esta victoria, no es indicio claro,
Y se dexa entender, que no acudimos
A servirle, y que ya le deservimos?
A nuestras graves culpas lo atribuyo,
Ellas reprimen su inmortal largueza,
Por ellas niega esto al pueblo suyo,
Por ellas da al contrario fortaleza:
De donde infiero, y mi razon concluyo

Que aquella inmensa y celestial grandeza
Será en nuestro favor si le servimos,
Y las mortales culpas reprimimos.
La Princesa Alguadayra, que habia estado
Oyendo las Christianas opiniones
Del santo Rey, y viéndolo parado
Rompió el silencio, y dixo estas razones:
Aunque á la suerte mia le es negado
Hablar en semejantes ocasiones,
Por ser lo que diré caso admirable,
Dame licencia, ó gran Señor, que hable.
Las dos blancas mexillas se cubriéron
De púrpura, y honesto encendimiento,
Viendo que á su razon todos volviéron,
Y quel oido el Rey le puso atento:
Las causas que en temor la suspendiéron
La dexáron, y el torpe encogimiento
Dió lugar á la lengua detenida,
Y prosiguió de todos siendo oida.
Guayna mi abuela tuvo una sirviente
Antigua, que de mi fué conocida,
Llamada Barca, en letras excelente,
Que casi fué por sin igual tenida:
Esta á la muerte viéndose presente,
Agravada del peso de la vida,
A mi padre advirtió la sabia Mora
Lo que encubierto ha estado hasta ahora.
Dixole que la fuerza poderosa
Que en las armas tenia el poder Moro,
El ánimo y destreza belicosa

La abundante riqueza en plata y oro:
Que esto era escoria, y todo inutil cosa
Comparado á un divino y gran tesoro,
Que sin estimacion y desechado,
Ni entenderlo, en un pozo tenia echado.
Este tesoro, dixo, ser aquellas
Vírgenes que llamais Justa y Rufina,
Que Barca dixo, que eran dos estrellas,
Que al sol exceden en su luz divina:
Que si sabian los nuestros conocellas,
Y las honraban con la gloria digna
A la suya, viviesemos seguros
Que no entrarian contrarios nuestros muros.
Añadió á esto, que tuviesen cierto
Que si no las honraban, qual decia,
Que en sujecion seria el pueblo y muerto,
Y que á verlo Axartaf alcanzaria:
Que nadie lo tuviese por incierto,
Ni dudase de aquella profecia:
Esto diciendo la dexó la vida,
Y á la muerte quedó Barca rendida.
Fué con gran sentimiento sepultada
La sabia Barca, y fué estimada en tanto,
Que la que en vida en poco fué estimada,
En muerte se le dió renombre santo:
Quedó su profecia tan confirmada,
Y el Rey mi padre con tan grande espanto,
Que en oyendo nombrar Justa ó Rufina
Ambas rodillas en la tierra inclina.
Todo este gran lugar sigue este exemplo,

Y hacerle todos en su honor desean
Un levantado y suntuoso templo
A donde honradas en su culto sean:
Y esto es de modo que á Axartaf contemplo
Quando los suyos contra tí pelean
Quel favor de las Virgenes invoca,
Su pozo adora, y con sus labios toca.
Asi Señor, que desto entender puedes
Que resulta su esfuerzo y confianza,
Desta ocasion quando en poder lo excedes
Nace su orgullo, y busca la venganza:
Y si en la mortal guerra en que procedes
Qual vemos, no sojuzgas su pujanza,
No lo causan las culpas de tu gente,
Que estotro es solo el cierto inconveniente.
Holgose el Rey, y todos se admiráron
Que con las Santas devocion tuviesen
Los que á Dios por Mahoma la negáron,
Y que en su amparo y su favor creyesen:
De la condicion bárbara tratáron,
Y como en esto todos estuviesen
Un largo espacio, el Rey en su aposento
Se entró con aquel solo pensamiento.
Púsose en oracion con tierno llanto
Ante la imagen que en su arzon traia,
Diciendo, ó Reyna del concilio santo
Que has sido en todo nuestro amparo y guia,
A tí mi alma, á tí mi voz levanto,
A tí invoco, ó Christifera Maria,
A tí que me socorras vengo ahora,

Qual siempre has hecho, amada mia y Señora.
Si un bárbaro infiel tiene esperanza
En el favor de aquestas celestiales
Vírgenes, si contrasta con pujanza
A las fuerzas Christianas inmortales,
Y constante en aquesta confianza
Resiste á tantas pérdidas y males,
¿Qué pueden hacer mas los que creemos
De tu Hijo la Fé que defendemos?
Ea, pues, Virgen defensora nuestra,
Salud de la mortífera caida,
Que costó el medio á suerte tan siniestra
Al mayorazgo celestial la vida:
Aquí tu amparo, aquí tu favor muestra
Para que acabe aquesta descreida
Gente, y esta Ciudad se restituya
Al culto sacro, y á la gloria tuya.
Suplicote, Señora, que este intento,
Este zelo ofrecido á tu servicio,
Este deseo y Christiano pensamiento,
Este amor firme en este duro oficio,
Ante ti sea de algun merecimiento,
Pues todo da de la ocasion indicio,
Y trabajos y daños recibidos
Son á tu nombre, ó Virgen, ofrecidos.
Quedó en estas razones suspendido
El santo defensor de los Christianos,
Y puesto en Dios el alma y el sentido,
Se quedó levantadas ámbas manos:
Y un resplandor ante los ojos vido,

Que de luz adornó los ayres vanos,
Y á la noche del sueño engendradora
Con esplendor divino ilustra y dora.
El deificado espíritu traspuesto
En aquella dulzura, quel terreno
Cuerpo ignoraba, aunque al placer dispuesto,
Era de aqueste sentimiento ageno:
En gloria y en temor estaba puesto,
De gloria el alma, de espanto el cuerpo lleno,
Y estando así la Virgen Palestina
Se dexó ver, y dixo en voz divina:
No te aflija Fernando la tardanza
De esta prolixa y trabajosa guerra,
No dudes, ni haya en tí desconfianza,
Y de tí, si hay alguna, la destierra:
Que presto (y ten por cierta esta esperanza)
Veras en tu poder toda esta tierra,
Y á tus trabajos puesto fin glorioso,
Que así lo ordena mi hijo poderoso.
Prosigue en tu conquista de la suerte
Que has proseguido hasta aquí constante,
Que mas dichosa y mas segura suerte
Te aguarda que salir de aquí triunfante:
Desto te advierto, y con prudencia advierte
Que puesto estas á la ocasion delante,
No dudes cosa destas que te digo,
Que al que la fe defiendes va contigo.
Así dixo la Virgen soberana
Dexándose cubrir del fulminoso
Esplendor, se escondió á la vista humana,

Quedando en el espíritu glorioso:
A este punto la humida mañana
Lanzó del mundo al sueño perezoso,
Mostrándose la luz resplandeciente,
Abriéndose las puertas del Oriente.
En aquesta memoria arrebatado
Contemplando la gloria en que se vido
Se quedó el Rey, en Dios todo ocupado,
Y en la sagrada Virgen el sentido:
Quando llegó por él siendo llamado
Bonifaz y el de Alfaro, que habia ido
En secreto á llamallo, y ante él puesto
El auxîlio Christiano así ha propuesto.
Hoy es el dia, ó Bonifaz amigo,
En que tu esfuerzo, tu virtud y arte
Han de mostrarse en la ocasion que sigo,
Y siguiendo mi acuerdo señalarte:
Yo estoy resuelto, que hoy nuestro enemigo,
A quien no ha quebrantado el crudo Marte
En tanto tiempo, hoy vea por sus ojos
El principio de ser nuestros despojos.
Las dos naves que tienes aprestadas
De xarcia, gente y armas, aguardando
Este punto, sean luego aderezadas,
Y puestas donde el rio vengan surcando:
Que del aliento próspero ayudadas
Quanto delante fueren encontrando
Arruinarán, y así el trabado puente
Dellas será rompido facilmente.
Por tierra irán en seguimiento dellas

Gente de á pie, y gente de á caballo,
De modo que no puedan ofendellas
Si acudieren los Moros á estorvallo:
Y para mas seguro defendellas
Pongan, que puedan todos divisallo,
En las gavias dos Cruces, pues es dia
Hoy desta santa insignia que nos guia.
Bonifaz obediente se despide
Y va á sus naos con presta diligencia
A cumplir lo quel Rey le manda, y pide
La forzosa ocasion que via en presencia:
Pone la gente en órden, y divide
Los puestos con madura providencia,
Cerca las naos de fuertes pavesadas,
Fortalece las popas y arrumbadas.
A la gente de mar previene y manda
Que alisten betas, zafen aparejos,
Que al ancla acudan de una y otra banda
Mozos robustos, no cansados viejos:
En esto entiende solo, en esto anda
El sabio Burgales, cuyos consejos
Obedecidos, y aprestado todo,
A los suyos habló de aqueste modo.
Hijos y compañeros mios, venidos
En servicio de Dios, y del Rey nuestro,
Contra los enemigos descreidos
De la ley verdadera, y Señor vuestro,
Bien sabeis quantas veces son vencidos
De vos, y quantos Moros de aqui os muestro
Por esa humida playa hechos pedazos

Por vuestra fiera espada y fuertes brazos.
Las victorias que habeis habido dellos
Sabeis mejor que puedo yo contallas;
Y pues habeis sabido bien vencellos,
Sabed bien qual conviene conservallas:
Hoy es el dia en que teneis de vellos
Sin fuerzas, pues procuran apartallas,
Y apartada la union, quebrado el puente,
Lo demas es rendido facilmente.
El Rey pone su honra en vuestras manos,
Mirad lo que debeis hacer en esto,
Obligaos la lealtad y el ser Christianos,
Y de la fama el glorioso puesto:
Bien conozco que son mis dichos vanos
Siendo vuestro valor tan manifiesto,
Y que os ofendo en demandar aquello
Que no es posible en vos dexar de hacello.
Diciendo estas razones hizo luego
Que la gente alistada se pusiese
En órden, y sin darle mas sosiego
A la nao señalada al punto fuese:
Ardense todos en honroso fuego
Deseando quel bárbaro viniese,
Toman sus puestos, ármanse al momento,
Levan anclas, y velas dan al viento.
Quando el Rey vió que Bonifaz estaba
Puesto en mitad de la veloz corriente
Con sus dos naves, y que ya empezaba
A enderezar las proas á la puente;
A la gente de Murcia que alojaba

Junto á los olivares puesta en frente
Del exército, hizo que pasase
Adelante y al muro se acercase.
  Fué de los Moros visto y no entendido
El bélico designio del Christiano,
Mas de Ariadino siendo conocido
Como sabio en la guerra y hombre anciano;
Dixo al Rey Axartaf que prevenido
Estuviese, y las armas en la mano
Que no era sin grande fundamento
Sus contrarios hacer tal mudamiento.
  Mandó tocar al arma y prevenirse
Toda la gente que seguia la guerra,
Los muros y las puertas requerirse,
Y ver del modo quel lugar se cierra:
Que ya (dice) es forzoso apercebirse
Con nueva fuerza, y reforzar la tierra,
Pues vemos al contrario que nos cerca,
Que al muro sin temor se nos acerca.
  Del fuerte apremio, y del temor forzados
A las armas furiosos acudiéron,
Unos llenos de horror, otros airados,
Y todos juntos en furor ardiéron:
Estando desta suerte alborotados,
Que nunca con igual temor temiéron,
Abeujamá, un Moro de gran suerte,
De larga edad, y de constancia fuerte.
  Oyendo el alboroto, y viendo claro
Que al Rey la verdad todos le encubrian
Del daño cierto, y sin ningun reparo,

Pues de ninguna suerte lo tenian:
No quiso ser en su consejo avaro,
Pues ciegos sin ninguno procedian,
Traido en hombros de Alhayni y Salimo
Sus hijos, dixo ante Axartaf su primo:

Bien entiendo, Señor, quel justo zelo
Que me mueve (y me trae á tu presencia
Lleno de afan, y de lloroso duelo
Qual pide de los hados la sentencia)
Entenderás, y quel divino Cielo;
Porque mi larga edad me da experiencia
De estas cosas que veo, en que tanto dudan
Los que con armas y consejo ayudan.

Ya que mi edad me inhabilita y tiene
Con la débil flaqueza que peleo,
Ya que la muerte me amenaza, y viene
A hacer de la vida mia el trofeo:
Pues no puedo con mas, y te conviene
Saber del Cielo lo que ordena, y creo,
Y lo que sé de ciertas profecías,
Y lo que he visto en todos estos dias;

Pues ya la suerte que al contrario ampara
Si bien su fuerza conocer queremos,
Contra tí, y en tu daño se declara,
Y claro el daño sobre todos vemos:
El ignorante vulgo no repara
En nada desto, y sigue otros extremos,
Y pone su remedio y honor tuyo
En las armas, y en solo el furor suyo.

Su ceguedad le hace entender esto,

Y creer que las armas pueden tanto
Que en el último extremo en que estás puesto
Reparar pueda ya el marcial quebranto :
Un medio hay solo en mal tan manifiesto,
Uno y no mas concede el Cielo santo,
Este ha de ser dexar las armas luego,
Y convertir la furia en blando ruego.
Envia al Rey Christiano á demandalle
Que cese el daño bélico, y conceda
Que de tu parte ir puedan á tratalle
Como acabar la dura guerra pueda :
Y si viniere en ello puedes dalle
Quanto el ciego furor resiste y veda,
No te parezca, ó Rey, caso afrentoso
Tratarme Dios en trance tan forzoso.
Algunos no entendiendo el zelo mio
Condenarán mi saludable intento,
Y dirán sin temor que desvarío
Con la vejez, y que de honor no siento
Que donde hay tanta gente y tanto brio,
Tantas armas, y tanto encendimiento
Para usar dellas y librar la tierra,
Y acabar con fin próspero la guerra.
Que razon hay quel enemigo sea
Rogado con la paz de nuestra parte,
Y que por esta via entienda y crea
Que la necesidad obliga á darte:
O Rey, ó Señor mio, á quien desea
Mi leal alma el bien que veo negarte
El Cielo, que conspira en daño tuyo

Y en favor de Fernando el poder suyo.
Por quel vulgo incapaz, que siempre sigue
Con desacuerdo vario lo que trata,
Conozca que la suerte que consigue
Los convenientes fines desvarata:
Oye atento, sabras quien te persigue,
Ques otro del quel vulgo se recata,
Este me inspira, este me revela
Que te revele lo que al vulgo zela.
Muchas veces, Señor, en mi presencia
Aben Ala profeta verdadero,
Guiado de su espíritu y su sciencia,
Profetizó este mal horrible y fiero:
Y dixo, que la bárbara potencia
Que defendido habia con duro azero
Este Reyno, reynando tu seria
Rendido y trasladado á Berbería.
Con menosprecio y ceguedad dixiste
Al sabio Moro, que sin seso estaba,
Y su verdad con odio recibiste,
Y quanto sobre tí profetizaba:
Masaut te avisó este tiempo triste,
Y el daño que en el tuyo se esperaba,
Quando te declaró aquella espantosa
Vision que tuvo tu alma temerosa.
Sultano tu Alfaquí, docto adivino,
Te predixo este mal que ves presente,
Y fué arrojado con desprecio indigno
De tu Real presencia injustamente:
Uzmen, á quien Ala hizo divino

En su saber, côn ánimo inclemente
Tu mismo lo arrojaste por castigo
De una torre al real del enemigo.
  Todos estos que fuéron de ti oidos,
Que en ley divina, y en razon humana
Habian de ser honrados y creidos,
Y no tratados con crueldad profana,
Venian á tí del sacro Alá movidos
A dar aviso á tu ignorancia vana,
Para que los remedios previnieses,
Antes quel daño irreparable vieses.
  Y tú obstinado en ciega rebeldia,
Sin conocer tu daño miserable,
Ni á inspiracion, ni á cierta profecia
Creiste, con desprecio tan notable:
Que airado contra tí en su aerea via
Ayer se me mostró en forma espantable
Sobre un carro de fuego, derramando
Fuego y sangre, á tu Reyno amenazando.
  Quedé suspenso sin poder moverme,
La voz al cuello de pavor asida,
Erizado el cabello sin valerme
De razon, porque al miedo fué rendida:
Viéndome Alá temblando suspenderme
Lanzó una voz, que siendo de mí oida
Con nuevo espanto me postré gimiendo,
Y él desta suerte prosiguió diciendo:
  Desecha el miedo Abenjama, y advierte
Lo que te mando, y ponlo en obra luego,
Que esto te otorga la preciosa suerte,

Y esto conviene al general sosiego ;
Pues Axartaf se aparta y se divierte,
Regido del furor del vulgo ciego,
Ve y dile de mi parte, que yo digo
Quel Cielo da la suerte á su enemigo.

Que muy presto verá en la insigne torre
(En que Géber mostró su ingenio y arte
Contra todo el poder que lo socorre)
De los Christianos puesto el estandarte:
Que vaya luego á la Mezquita y borre
La imagen que allí está, sin dexar parte
Donde quede señal, aunque ofendella
No han podido, testalla ni rompella.

Con todo eso vaya, y sea deshecha
Ante él, y luego envie al Rey Christiano
Que así lo aflige, asedia, y así estrecha,
Sin que le valga ya poder humano:
Y pida que la lanza, espada y flecha
Cese, y el uso fiero de Vulcano,
Otorgando los pactos que el Rey pida
Con que á los suyos libertad dé y vida.

Esto diciendo, de un oscuro velo
Se cubrió el carro, y mil aullidos diéron,
Resonó el ayre, conmovióse el Cielo,
Y en él mil formas de temor se viéron:
Yo hecho allí una estatua de frio yelo
Quedé, y como á mis ojos se escondiéron
Las horribles visiones, he venido
A contarte Señor, lo que has oido.

Y asi como el que debe aconsejarte

Desnudamente la verdad, te digo
Que dexando el rigor del fiero Marte
Envies á pedir paz á tu enemigo:
Así podreis tu pueblo y tu salvarte,
Así evitar el áspero castigo
Que te amenaza, y solo este reparo
Te otorga el Cielo en mal tan cierto y claro.

Puso con esto fin á sus razones
El sabio hijo de Zeulid famoso,
Dexando al Rey suspenso en opiniones,
Lleno de turbacion y congojoso:
Y estando así con mil demostraciones
De la fatiga, y de temor cuidoso,
Llegáron Marsiloro y Buhanduza,
Buyarruz, Agricalte, Alife y Muza.

Todos habiendo visto que venian
Las dos naves rompiendo la corriente
Del Betis, y su curso dirigian
Del que siempre traian diferente:
Alborotados desto, le pedian
Al Rey que salga la aprestada gente
Y en larga toda la ribera guarden,
Y allí el designio del contrario aguarden.

Fué dicho, y puesta por la obra al punto,
Y á Buyarruz que salga le mandáron
Con todo el campo de á caballo junto,
Y al arenal y puente lo enviáron:
Puestos en arma, y todo puesto á punto,
Los muros y las puertas reforzáron
De nueva guardia, no dexando cosa

Sin prevenir á la ocasion forzosa.
Lleno Axartaf de congojoso espanto
Al muro sube, á donde el conturbado
Pueblo celebra con medroso llanto
De su fortuna el miserable estado:
Viendo que estaba el campo del Rey santo
En órden puesto, al arma aparejado,
Y las dos naos quel favorable viento
Traia rompiendo el humido elemento.
Con el mismo cuidado el poderoso
Fernando en medio de su gente estaba,
Aguardando el suceso venturoso
Que á Dios con mil suspiros demandaba,
Regalando su èspíritu glorioso
Las Cruces que en las gavias divisaba,
En cuya virtud tiene confianza
De vencer, y salir con su esperanza.
Venian rompiendo con veloz carrera
Los cristales las naos, en popa el viento;
Las velas llenas, que saliendo á fuera
Las llevaban con presto movimiento:
Yendo así, quel fin próspero se espera
De su loable y deseado intento,
Cesó el viento, las velas se apegáron
A los masteles, y las naos paráron.
Quedó el Christiano exército mirando
El caso extraño en confusion dudosa,
Qual suele el cazador que va acosando
La pantera lunada y olorosa,
Que yéndola los canes alcanzando

Por el llano, en la sélva montuosa
Se esconde del furor de los ligeros
Canes, y de la vista á los monteros.
Así cesando el viento favorable
Que las veloces naves impelía,
La execucion de hazaña tan loable
Cesó, cesando el fin que la regía:
A los Moros el caso fué admirable,
Y alzando una confusa voceria
Decian, que habia su Profeta sido
Quien las habia en su curso suspendido.
Los Moros viendo, y los Christianos esto
Diferentes el caso celebraban,
Los Moros con alegre y manifiesto
Regocijo y clamores lo mostraban:
Los Christianos que vian su efecto puesto
En diferente fin del que esperaban,
Confusos á los medios acudian,
Y el deseado efecto á Dios pedian.
Admirados del caso, el temerario
Y libre vulgo hablaba sin concierto,
Hablaba sin respeto y voluntario,
Siempre apartado de decir lo cierto:
Qual aplicaba aquello al bien contrario,
Y en público decia y descubierto,
Que era horrible portento, en que sin duda
El Cielo les negaba ya su ayuda.
Otros desconfiaban y temian,
Las armas arrojando de las manos,
Y á milagro del Cielo atribuian.

Aquello, y en favor de los Paganos:
La baxa chusma en esto conferian
Quando el gran defensor de los Christianos
Sin hacer sentimiento de su injuria
Diciendo así aplacó su loca furia.

No se yo que ocasion haya que os mueva
A seguir tan notorio desvario,
Ni que locura temeraria os lleva
Precipitados á arrojar al rio,
Causa ha de haber que os turbe así y conmueva.
¿Esto es lo que yo de vos confio?
¿Esto hay en vos? ¿Que honreis así al demonio,
Y al Cielo levantais tal testimonio?

O tu, Señor, que sufres està ofensa,
Y estas mirando esta tu ciega gente,
Obre con ella tu piedad inmensa,
Perdona el ciego y bárbaro accidente:
Y el enemigo si lo mismo piensa,
Vea el efecto y obra diferente,
Vea que son los tuyos socorridos,
Aunque fuera de seso y descreidos.

No prosiguió adelante el poderoso
Caudillo del Christiano ayuntamiento,
Conociendo que en miedo vergonzoso
Quedáron, y en confuso encogimiento:
Levantóse un murmureo sonoroso
Entre todos, diciendo en alto acento
Que los dexasen ir, que con sus brazos
Le prometian el puente hacer pedazos.

Acuden á las armas que arrojáron,

Y al Rey suplican que les dé licencia,
Que pues en yerro tal se señaláron,
Vayan á este peligro en penitencia:
Los que en soberbia deslealtad pecáron
Fuéron del justo oidos con clemencia,
Quel arrepentimiento humilde hace
Lo que la dura obstinacion deshace.
Regalólos el Rey con clara muestra
Que en su gracia y favor los recibia,
Y con esto de nuevo los adiestra
Al órden que guardaban aquel dia:
Y así aguardando que la suerte diestra
Venga de aquella soberana via,
De aquella mano que reduxo á órden
Del indigesto caos todo el desórden.
No estaban á este punto descuidados
Los de las naves, ni con ménos pena,
Ni de ménos fatigas aquejados
Viendo pegar las velas á la entena:
Sienten este suceso los soldados
Como á quien era la ocasion agena,
Los marineros su tristeza rien,
Y que se animen dicen y confien.
Con el Piloto de su nao mirando
El diligente Capitan andaba
La parte austral con atencion notando,
Y el agua que corria si se alteraba,
Si via celage alguno, preguntando
Si era de viento, ó que significaba,
Qualquier nublado aunque pequeño fuese

Su calidad pedia que le dixese.
Puesto en la popa de su nave mira
Con vista atenta si levanta el viento
Las descogidas velas, si respira
Por parte alguna el deseado aliento:
Y estando así, con blando soplo espira
El austro, y con tardio movimiento
Poco á poco las velas levantaba,
Y las suspensas naves meneaba.
Levantóse un clamor quando esto viéron
Entre la gente, y luego acuden fieros
Los soldados al puesto que tuviéron,
Y á los suyos los sueltos marineros:
Cresce la fuerza al viento, y luego fuéron
Llenas las velas dél, y los ligeros
Navios por las aguas arrojados,
Del soplo, y dellas con furor llevados.
Quando los Moros viéron, que venian
Con próspero viage los navios,
Que viento en popa sin temor rompian
Del sacro Betis los cristales frios,
Tuviéron cierto el daño que temian,
Y así los pechos de temor vacios
Acuden, previniendo á la defensa
Quanto al Christiano impida y haga ofensa.
En la torre del oro estaban puestos
Muchos Moros, que apriesa les tiraban
Ya con ballestas, ya con dardos prestos,
Ya con piedras, que punto no cesaban:
Eran á los Christianos tan molestos

Los tiros, y eran tantos que no estaban
Con seguro en ninguna parte dellos,
Aunque seguian su curso sin temellos.
Aquejadas las naves desta suerte
Resistiendo la bárbara fiereza
Que las seguia, en su gloriosa suerte
Por la ribera con veloz presteza:
Juntas sufrian el combate fuerte,
Juntas iban con suelta ligereza,
Yendo siempre á la banda de Triana
Bonifaz, con su nave Capitana.
El Cielo, el agua, el favorable viento,
Que todo junto en su favor venia,
Dando principio á conseguir su intento
De la una á la otra nao desvia:
La presta onda, el libre y franco aliento
Impele, y dan desocupada via
A la nave en que iba solamente
(Sin Remon Bonifaz) su fuerte gente.
Llega la herrada proa, que por delante
Lleva de espuma el agua encanecida,
Y en la puente con ímpetu pujante
Dió un golpe que fué toda removida:
Acudió Bonifaz al propio instante
Y con otro por medio fué rompida,
Pasando á la otra parte, y del encuentro
Resonó el Cielo, el ayre, y tremió el centro.
Los bárbaros que estaban esparcidos
Por todo el arenal y la ribera
Contra las naves fuéron conmovidos,

Hiriendo á los Christianos desde fuera:
Allí, ántes que sean reducidos
Quieren que acabe á todos su ira fiera,
Cubriendo el sol con tiros arrojados
Con que en las naves eran aquejados.
El caudillo Christiano, y el valiente
Hijo que á Murcia puso á sangre y fuego
Contra la fiera y enemiga gente,
Contra el poder Christiano acuden luego:
Y hiriendo y matando, con ardiente
Furor, sin darles punto de sosiego
Los hacen retirar y dar la vuelta
A la Ciudad huyendo á rienda suelta.
Viendo el invicto defensor Christiano
Que los Moros el campo le dexáron,
Y á Bonifáz la vuelta dar ufano
Con las dos naos do las demas quedáron,
Retiró el campo á vista del Pagano,
Y al exército fué, donde ordenáron
Todo lo suficiente, y puesto á punto
Marchó á Triana á combatilla al punto.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

No les daba momento de reposo
El General de Christo á los Paganos,
Que llenos de cuidado pavoroso

Velaban con las armas en las manos:
Ni en la estacion quel sueño deleytoso
Concedia sosiego á los humanos,
Ni quando el sol tendia sus rayos bellos,
Descanso habia ni quietud en ellos.
El sabio Abenjafon viendo el cuidado
Quel Santo Rey ponia en su conquista,
Y que estaba á morir determinado
Antes que de su intento se desista:
Con todo su poder se ha retirado
Al castillo, de donde se resista
A la Christiana furia que lo aqueja
Con asaltos, que un punto no lo dexa.
Conociendo el estado miserable
Tan contrario á su altivo pensamiento,
La afrenta en que se via tan notable,
El infame y estrecho encerramiento:
Temió (como prudente) al variable
Vulgo, viendo su cierto perdimiento;
Cuidoso desto en medio dél se pone,
Y por saber su intento así propone.
Viendo estamos la suerte que nos sigue,
Contraria en todo al fuerte valor vuestro,
Pues al Christiano vemos que consigue
Quanto quiere en oprobio y daño nuestro:
Esto es, porque el cielo nos persigue,
Y el bien nos tuerce del camino diestro,
Que de otra suerte su poder no fuera
Poderoso, ni dellos hombre hubiera.
Mas ya quel Cielo así toma venganza

De nuestros yerros, y qual veis nos tiene
Encerrados aquí, sin esperanza
De bien, si del benigno Alá no viene:
Veamos si aguardando esta mudanza
(Que sin falta será qual nos conviene)
Estamos de un proposito en que sea
Defendida esta fuerza en cruel pelea.
Ya vistes bien en el pasado asalto
Que con pérdida suya nos dexáron,
Que su ingenio quedó de efecto falto
En la mina que hacernos intentáron:
Como rompimos desde el muro alto
Sus máquinas, que en nada nos dañáron,
Y rezelosos desto, aunque nos cercan
Por agua y tierra, al muro no se acercan.
Este es indicio verdadero y claro
Que os temen, y pues esto conocemos
Demandemos al sumo Alá su amparo,
Y qual conviene á todos peleemos:
Por saber esto solo me declaro,
Y por ver de quien hay que confiemos,
Del Rey nuestro el honor, las vidas nuestras,
Mugeres, hijos, bienes, y honras vuestras.
Oyendo al Rey el vulgo temerario,
Con un alto clamor aprobó el hecho,
Pidiendo que saliesen al contrario,
Y no aguardasen en tan grave estrecho:
Mas viendo en esto firme al vulgo vario
Muley Zydan, al Rey llegó derecho,
De Dios movido, á mejorar su estado,

Y morir en la ley que habia dexado.
¿Cómo es posible (dice) ó Rey que intentes
Persuadir á este pueblo miserable
Los daños viendo, y pérdidas presentes,
Que espere en la fortuna variable?
Dices quel Cielo ayuda á los valientes
Christianos, y le es siempre favorable;
Si esta el Cielo en defensa y favor suyo,
¿Puede ir contra el Cielo el poder tuyo?
A todo tu discurso respondiera
Si la fuerza que fuerza á mi deseo
Licencia de hablar me concediera,
Y la ocasion forzosa en que me veo:
Mas este conmovido pueblo espera
Mi voz, regida al bien que le deseo,
Al bien que siempre procuré en sus daños,
Sin ambicion, sin interes, ni engaños.
Y así acudiendo á su remedio digo,
Que pues las armas no han de remediarnos
Las dexemos, temiendo el cruel castigo
Que de seguillas puede resultarnos:
Si este afrentoso y baxo acuerdo sigo
Es conociendo no poder librarnos
De otra suerte, pues todo humano amparo
Nos falta ya, y nos niega el hado avaro.
Axartaf, qual sabemos está puesto
En tanto estrecho, que ha intentado darse,
Esto es á ti, y á todos manifiesto
Que ni puede ayudarnos ni ayudarse:
Si el poder de Sevilla teme esto,

Y de las armas quiere desviarse,
¿Qué ha de hacer la gente de Triana
Que no sea quanto hiciere altivez vana?
Ya las armas que mandas que aperciban
Sirven de poco en el presente estado,
Ya no hay poder ni fuerzas que prohiban
Del Christiano el poder determinado:
Si ves esto, y ves claro que nos privan
Poder sernos ningun socorro dado,
¿Qué confianza es, Señor, la tuya
Si quieres que esta gente no concluya?
Si su salud procuras y remedio,
Si no quieres que el yugo los oprima,
Si aspiras á su bien y darles medio,
Si su afliccion y llanto te lastima;
Quita ahora las armas de por medio,
Dexa el furor, y haz que se redima
La libertad, la vida y la hacienda,
Y otra ninguna cosa se pretenda.
Muley Zydan dió fin á sus razones,
Con que al pueblo mudar hizo de intento,
Y alterarse en contrarias opiniones,
Condenando del Rey el pensamiento;
El qual viendo sus libres contenciones,
Su clamor, su alarido y movimiento,
Asir mandó á Zydan, y con semblante
Feroz dice teniéndolo delante:
¿Qué se puede esperar del que dexando
La Fe con que nació de ella reniega,
Decid, vulgo infiel? ¿qué de este infando

Que á Dios y al Rey la fe debida niega?
Tal ceguedad teneis, que esto ignorando
A todos este fementido os ciega,
¿No veis claro el engaño? ¿no estais viendo
Que á todos este aleve está vendiendo?
¿Tal consentis? ¿tal sufre el valor vuestro?
¿Que este traydor de causa que sospeche
Que entre vos pueda haber ni en hombre nuestro
Quien por tal modo el grave yugo os heche?
¿No temeis esto? pues tan claro os muestro
Que os cumple no tener quien os aceche,
Muera este perro, muera que esto importa,
Que el hilo así á su traicion se corta.
Diciendo esto, arranca furioso
Del fulminante alfange el Rey airado,
Muley humilde dice y animoso,
El corazon al Cielo levantado:
O tu Señor benigno y poderoso,
A quien dexé de mi maldad llevado;
Esta alma ampara miserable y triste,
Que con tu sangre y muerte redimiste.
Siguiendo al Rey con barbara fiereza
Sobre Zydan los moros acudiéron,
Usando de su indómita crueza
Mil piezas en un punto lo hiciéron:
Sin alcanzar ser ciega y vil rudeza
La vida que con muerte tal le diéron,
Que si el bien que le hacian entendieran,
La muerte que le diéron no le dieran.
Deste ardiente furor arrebatados,

Corriéron los cerrojos de las puertas
Diciendo, quel estar allí encerrados
Hacia todas sus desdichas ciertas:
Que conozcan por quien están cercados,
Que su valor ni fuerzas están muertas,
Y así salen los barbaros guerreros
A buscar los Christianos Caballeros.
Fué dado aviso en el real Christiano
Que en su demanda Abenjafon salia,
Con tanta gente que seguia al Pagano
Que un grande efecto al mundo prometia:
El caudillo de Christo soberano
La nueva oyendo de la cierta espía
Mandó tocar al arma, y hecho al punto,
De sus grandes halló el Consejo junto.
Tratóse el caso y qual seria el intento
De dexar el castillo y salir fuera,
Pues tantas veces fué su atrevimiento
Castigado con pena justa y fiera,
Y teniendo del Rey conocimiento
Que así Axartaf queria que entendiera
Que le servia con hacer aquello,
Y que solo aspiraba á defendello.
Otros diéron sentido diferente
Diciendo que se veia quebrantado
De tanta guerra, y ya quebrado el puente
Del buen suceso habia desesperado:
Y queriendo librar á sí y su gente,
El castillo fué dél desamparado
Para irse, otros desto se apartaban,

Y otros contra esto todo voceaban.
Estando en esto, en órden salió puesta
La vencedora gente procurando
Al contrario, que ya con vuelta presta
A Triana venia atravesando:
Que en viendo ser su ida manifiesta,
Mil alaridos disonantes dando
Pican, y á los Christianos arremeten,
Y en medio dellos á herir se meten.
Abenjafon acometió el primero
A romper el exército Christiano,
Todo cubierto de luciente acero,
La cimitarra en la derecha mano,
En voz alta diciendo el Moro fiero:
Hoy pondre freno á vuestro intento vano,
Temerarios Christianos, hoy confio
Honrar con vuestra infamia el honor mio.
No dixo mas, que la rabiosa ira
La lengua le travó, y el furor ciego
Lo llevó ciego y tras de sí lo tira,
Sin dar al fiero corazon sosiego:
Con esto el bando Moro que lo mira,
Qual por las mieses licencioso fuego,
Esforzado del austro poderoso
Entra haciendo estrago riguroso.
Su ardiente furia con igual fiereza
Del Christiano valor fué resistida
Con tanto esfuerzo y tanta fortaleza,
Que fué en su loco orgullo reprimida;
Y mostrando una súbita flaqueza,

Generalmente en todos conocida,
El Rey que iba hiriendo el delantero
Volvió las riendas á huir primero.
Los Christianos hiriendo y derribando
Bárbara gente la vitoria siguen,
De muertos y heridos ocupando
Calles y plazas fieros los persiguen,
Que de temor las armas arrojando
La fuga infame sin parar prosiguen,
Y en el castillo con el Rey se encierran,
Y tras de sí las fuertes puertas cierran.
Una gran plaza tiene el real castillo
Fuera del muro en frente de la puerta,
Que un largo espacio dexa descubrillo,
Con salida á tres partes descubierta:
Estas, para mejor poder rendillo,
De por sí cada una está cubierta
De las Christianas armas que les vedan
A los Moros que entrar ni salir puedan.
Considerando el defensor de España
Que los Moros tenian solamente
Esta plaza, y dexando la campaña
Le quedó libre á su invencible gente,
Con aquella facundia que acompaña
El celestial espíritu excelente,
En medio dice de los suyos puesto,
Ufano de tener por suyo el puesto.
Ya vemos la vitoria en nuestras manos,
Y el justo intento nuestro conseguido,
El poder de los Moros inhumanos

De vuestra espada indómita rendido:
No tienen ya camino los Paganos
Que ocupado no sea y defendido
De la Christiana gente, pues tenemos
Todos los que tenian como vemos.
Don Pelayo el camino ocupa y cierra
De Castilleja, y por esotra parte
Del Ajarafe está dándoles guerra
Don Alonso, y su exército reparte:
Este de Aznalfarache y su alta sierra
Conquista nuestro bélico estandarte,
El rio Bonifaz, y de este modo
Cercado está de nuestras armas todo.
Ahora importa que en custodia estemos
De esta plaza, y aquí el real pongamos,
Y el soberbio castillo conquistemos,
Pues todo quanto hay fuera sujetamos:
De esta suerte no hay duda que forcemos
Al Moro que se dé, ó que le hagamos
Que la hambre, el trabajo, el miedo y muerte
Nuestra le obligüe á hacer la suerte.
Cesó el Christiano defensor, quedando
Con rostro firme y con semblante ledo
Todo su invicto exército mirando,
Que en un silencio alegre estaba quedo:
Y el parecer siguiendo y aprobando,
Llenos de esfuerzo y vencedor denuedo
Las calles toman y la plaza cercan,
Y á los Moros con esto el miedo acercan.
Los bárbaros miraban pavorosos

Del Christiano poder la diligencia
En cercallos, y tristes y llorosos
Al miedo remitian la resistencia:
El corage y los brios animosos
De Abenjafon huyéron su presencia,
Y temiendo igualmente el cierto daño
No saben que hacerse en mal tamaño.

Duda lanzando del turbado pecho
Bascosos y tristísimos gemidos,
Ignora que hacer en tal estrecho,
Los suyos viendo al vil temor rendidos.
Prueba á hablar y en nada es de provecho,
Que apénas de los labios son movidos,
Quando el vulgar clamor su voz confunde
Y entre él la acaba y sin oirse hunde.

En esta ambigüedad el Rey Pagano
Viendo que todos de seguirlo dexan,
Arrojando las armas de la mano,
Repugnantes estímulos le aquejan;
Lo qual viendo Audala Moro Africano,
Y que del parecer del Rey se alejan
Todos, pidió que atentos lo escuchasen,
Y dixo así como el clamor dexasen.

Los armas que hasta aquí han sido remedio
Para defensa de la amada tierra,
Que sirviendo á Axartaf en este asedio
Dilatado han su daño y cruda guerra,
Ya no sirven ni pueden sernos medio,
Pues aquí nuestro miedo nos encierra,
Y es tan señor de todos igualmente

Que rinde al que mas puede y mas valiente.
Todos sujetos al temor demandan
Que al Rey Fernando des la fortaleza,
Esto se trata solo, en esto andan,
Y esto pide su infame y vil flaqueza:
Y contra tus designios se desmandan
Sin refrenar el vulgo su fiereza,
Negando á su Señor la fe debida,
Y á tí el respeto por salvar su vida.
Aqueste escandaloso movimiento,
Este motin y general espanto
Puedes quietar, (pues ya tu pensamiento
No puede en esto ni tu esfuerzo tanto)
Con que un aviso envies al momento
De esta confusa alteracion y llanto,
Pidiéndole á Axartaf que te dé el órden
Que reduzga á razon tanto desórden.
A tu deber en esto satisfaces.
Y á la vulgar alteracion quietas,
Las presunciones bárbaras deshaces,
En que dicen que tu en su daño aprietas:
Podrás darte á partido, ó pedir paces,
Pues las públicas voces y secretas
Son pedirte que entregues el castillo
Degrado, pues de fuerza has de rendillo.
Piden esto temiendo que si dura
La resistencia y no se da á partido,
Entrando en él, ganado en guerra dura,
Todo ha de ser á su rigor rendido:
Por esta sola causa se procura

Que se le entregue, siéndole pedido
Al vencedor la libertad, la vida
Que igualmente sea á todos concedida.
Iba Audala con su razon delante,
Quando un clamor se levantó espantable,
Que al Rey mudar de nuevo hizo el semblante
Con pavorosa turbacion notable:
Quedó suspenso todo, y al instante
En voz llorosa, triste y lamentable,
La conturbada y conmovida gente
Muerto á Muzaydi al Rey le traen presente.
Tenia Axartaf la guardia encomendada
Del castillo á Muzaydi Moro fuerte,
Cuyo valor y vitoriosa espada
De humilde hizo levantar su suerte:
Este á la puerta que tenia cerrada
Que el cautiverio reparaba y muerte
De los suyos, y estándola guardando
Le dió la muerte el conmovido bando.
La demas guardia siendo acometida
De la soberbia popular huyéron,
Y á Muzaydi privado de la vida,
Llenos de espanto y de dolor traxeron:
Y la puerta guardada, y defendida,
Todos á quebrantalla acometiéron,
Diciendo que al Christiano se le abriese
Con qualquiera partido que les diese.
Furioso Abenjafon sus armas toma,
Y donde están los Moros llega fiero;
Mas viendo á tantos la fiereza doma,

Y dice á Benaudá que vió primero:
Amigo Benaudá, del gran Mahoma
Descendiente, y honor del Reyno Ibero,
¿Qué te conmueve? ¿Qué locura emprendes?
¿En qué á tu honor, al Rey y al Cielo ofendes?
No pudo decir mas, que la rabiosa
Saña la lengua le travó quedando
Suspenso, y con la vista desdeñosa
A todos lleno de furor mirando:
La gente ya rendida y temerosa
Paró de estar las puertas derribando,
Y Benaudá á Abenjafon se vuelve,
Y deste modo su pregunta absuelve.
Aunque á tí te parece, ó Rey, que hago
Ofensa al Cielo, al Rey, y á mi linage,
Si bien lo miras, cumplo y satisfago
A mi deber sin que le haga ultrage:
Querer librar del miserable trago
A esta gente sin brio ni corage,
Falta de esfuerzo, al vil temor rendida,
No es obra para ser reprehendida.
Bien sabes tú, y saben claramente
Esos que te acompañan y aconsejan,
(Que son pocos) que no hay en nuestra gente
Dos, que las armas de temor no dexan:
Vénse cercados, ven quebrado el puente,
Ven que con hambre y muerte los aquejan,
Vénse desesperados de remedio,
Y acuden al rendirse que es el medio.
Si tú tienes ó alcanzas otra via

Con que repares el presente daño,
Esta que sigue á la deshonra mia,
Qual dices, dexaré por ciego engaño:
Mas ves crecer los daños cada dia,
Ves el desórden y el temor extraño,
Y quieres estorbar que no acudamos
Al medio con que el riesgo reparamos.

Confuso el Rey de oir el fiero intento
Quedó suspenso, y todos sosegados,
En duda como pueda darse asiento
Sin quel honor se pierda y sean culpados:
Estando en tan dudoso pensamiento
Los unos y los otros ocupados,
En el cerúleo mar se escondió el dia,
Y le siguió la noche obscura y fria.

Luego, qual ya tenia concertado,
Hizo á Carhan que al agua se arrojase,
Y del presente y contencioso estado
A su Rey Axartaf razon llevase:
Pidiole á Abenaudá y al bando airado
Que la respuesta de Axartaf guardase,
Y en tanto que cesase el furor ciego
Pues era justo, y se debia á su ruego.

Abenaudá por todos dió en respuesta
Lo que nos mandas, Rey, te concedemos
Por entender que la tendremos presta,
Pues ir nadando el mensagero vemos:
Esto se cumplirá, y se te protesta
Con juramento, que ante tí hacemos,
Que no se inovará sin que primero

Con la respuesta vuelva el mensagero.
Con esto el Rey de niebla se quieta,
Y dexando allí alguna de su gente,
Llevado del cuidado que lo aprieta,
A remediar se fué el temor presente:
Sin descubrirse á nadie, con secreta
Priesa envió otro Moro diligente
Que le diga á Axartaf que allá detenga
A Carhan, y respuesta no le venga.
Así los riesgos que temia asegura,
Y el fin dudoso aguarda que revela:
Con ruegos, con alhagos, con blandura
Los entretiene, oculta su cautela:
Surcó Carhan del Betis la hondura,
Y el otro qual ligero delfin vuela:
Llega Carhan, y apénas da el recado,
Quando del otro fué el segundo dado.
Maravillose el Rey de la opulenta
Ciudad, que riega Betis generoso,
Su daño viendo y su llorosa afrenta,
Sin ser para estorbarla poderoso:
Y por quel duro estado no se sienta
De Abenjafon constante y animoso,
Mandó á Carhan que la respuesta aguarde,
Que importa á la ocasion que vaya tarde.
Al otro Moro hizo que volviese
A Triana, y al Rey dió por respuesta
Que á la gente alterada entretuviese,
En quanto el lo que conviene apresta:
Quedó suspenso, y como así estuviese

La vista en tierra sin moverla puesta,
Dando un suspiro y otro enternecido,
Marsiloro le dixo á ira movido:
La duda, ó fuerte Rey, que así te tiene
Ageno de tu esfuerzo y valentia
En la ocasion presente no conviene,
Pues con ella el remedio se desvia:
El daño ves quan presuroso viene,
El bien quan tardo sin que halle via
Que no la ocupe el enemigo fiero
En daño nuestro con mortal acero.
Esta miseria en que acabar nos vemos,
Esta estrechez en que acabando vamos,
Este mal en que todos perecemos,
Este cerco en que ya sin vida estamos,
Pues ya de todo medio carecemos,
Y el de la muerte es solo el que esperamos;
Digo, que honremos con morir las vidas,
Peleando con nuestros homicidas.
Fernando está qual sabes en Triana
Con la fuerza mayor del poder suyo,
Combatiendo con mas que fuerza humana
Todo lo que gobierna el órden tuyo:
Pues él quema, destruye, asola, allana
Quanto divide el Betis, yo concluyo
Que á la gente que tiene desta parte
Asaltemos con fiero y crudo Marte.
Ya sabemos ques poca y desarmada,
Y que acudir no puede á socorrella
Sin que primero toda sea asolada,

Y toda acabe sin poder valella:
Hecho esto, pondremos en Tablada
Cien mil hombres que puedan defendella,
Estorbaranle el vado otros cincuenta
Mil, y á que guarden la ribera ochenta.
Cercado así, y muerta acá su gente,
De fuerza ha de huir y ha de dexarnos,
Y quitado de aquí este inconveniente
Por tierra y agua es facil repararnos:
Sin duda el Rey te ha hecho presidente
Marsiloro, y procuras gobernarnos
(Dice Ariadino del real consejo)
Sin ser prudente ni Soldado viejo.
¿En qué fundas tu ciego y vano acuerdo?
¿En qué razon ó crédito que pueda
Asegurar que es de hombre fuerte y cuerdo
Para que la acepcion se te conceda?
Cierto que la paciencia y seso pierdo
Viendo que tu vergüenza no te veda
Hablar con libertad en la presencia
Del Rey, y de esta militar audiencia.
Quando yo hable, dice Marsiloro,
En presencia del Rey, no es cosa nueva
Hablar yo, hablar tú si es mal decoro
Pues tu bageza lo que digo aprueba:
El Rey sabe esto, y todo el bando Moro
Igualmente que yo siente y reprueba
Que tu decreto y parecer corrija
Al Rey y al Reyno, y solo del se rija.
Yendo Ariadino á replicar, se puso

En pié y la mano en el alfange puesta
Buyarruz, y Axartaf viendo confuso,
A Marsiloro vuelve tal respuesta:
Dime, si sigues de lealtad el uso,
¿Qué ley te enseña ó que lealtad es esta
Que en presencia del Rey te descomidas
Con razones tan vanas y atrevidas?
El hablar libre y cólera reporta
Y en tu razon como es razon advierte,
Mídete en las palabras que te importa
Por tu reputacion y por tu suerte,
Que si tu alfange qual presumes corta,
Alfanges hay aquí que te den muerte,
Y no tienen en poco á los Christianos,
Ni con ellos desean venir á manos.
Responder quiso Marsiloro, y fiero
El Rey le dixo quel lugar dexase,
Y sin hablar, se fuese, y el primero
Puesto en pie le mandó se levantase:
Hízolo el Moro, y el templado acero
Desdeñoso empuñó, y como mirase
A Buyarruz con vista pavorosa,
El asiento dexó sin decir cosa.
Quedó todo suspenso, y levantando
La voz el valeroso y real Salimo
Las causas que temia considerando,
Desta suerte propone al Rey su primo:
Bien entiendes, Señor, y el fuerte bando
Quanto tu honor y tu contento estimo,
Quanto me aflige el descontento tuyo,

Y este dolor quanto me hace suyo.
Desde el principio que empezó esta guerra
Te aconseje que no te confiases
En la pujanza y fuerzas de la tierra,
Y que de medios con el Rey tratases:
Que de la gente que este muro encierra
(Aunque mucha) otro acuerdo no aceptases,
Y si lo hubieras hecho yo te juro
Que hubiera sido á todos mas seguro.
Con odio y fiera saña aborreciste
Mi sano parecer, y aconsejado
Del vulgo sedicioso á quien seguiste,
Vienes á verte en tan lloroso estado:
Mas ya que la ocasion dicha perdiste
Digo, que ahora al Rey le sea enviado
De parte tuya quien de medios trate,
Y no aguardes al último combate.
La flaqueza estás viendo desta gente
A la hambre rendida y temor vano,
Todos piden remedio al mal presente,
Sin que á las armas hombre ponga mano:
Desto se sigue un grande inconveniente
Que es abrirle la puerta al Rey Christiano,
Y debese temer que yerros tales
Son de los que acobardan en los males.
Mi parecer, si en esto es admitido,
Que solo tu remedio procuremos
Y el deste triste pueblo enflaquecido,
Y en armas ya ni en fuerzas confiemos:
Todos te piden esto que te pido

En su nombre, y pues claro y cierto vemos
Nuestra ruyna y miserable aprieto,
Elige como Rey fuerte y discreto.
Dando Salimo fin á sus razones
La cabeza inclinó y tomó su asiento,
Alterando con nuevas contenciones
A Axartaf, y al discorde ayuntamiento:
Contra las repugnantes opiniones
Se opuso Abenjama, y el movimiento
Pidió que sosegase, y sosegado
Así habló, llegando al real estrado:
Quando todo el lugar con muerte fiera
En poder del Christiano hoy acabara,
Y la enemiga llama resolviera
En ceniza y carbon la patria cara,
Como á tí libre del peligro viera,
Por el Dios que nos sigue y desampara
Te juro, ó Rey, que muerte, prision, fuego
No me pusiera en tal desasosiego.
Mas considero gran Señor que tienes
Totalmente acabada tu potencia,
Que sin ella sustentas y entretienes
Lo quel Christiano con marcial violencia:
Y que ya no es posible que refrenes
Del enemigo horrible la inclemencia,
Porque toda tu gente no procura
Sino su redencion sin guerra dura.
Solo pretende por tan baxo medio
La libertad, las vidas y hacienda,
Y aspirando á este bárbaro remedio

Justo será que el tuyo se pretenda:
Que estando puesta tu persona en medio,
Y faltando el poder que la defienda,
Tu riesgo es cierto, y este riesgo puedes
Reparar tú si de razon no excedes.
Ahora estás á tiempo de envialle
A pedir los partidos convenientes
A tu honor pues no puedes contrastalle,
Ni defender sus fuerzas excelentes:
Esto te importa, y ántes que entregalle
Vea á Sevilla, á todos los presentes
Suplico que á este cuerpo sin ventura
Le deis en ella honrada sepultura.
El fuerte pecho atravesó, y cayendo
Falto de vida, el cuerpo miserable
Ocupó la cruel muerte, descendiendo
La inmortal alma al reyno inexôrable:
Quedó Axartaf el caso horrible viendo
Admirado, y con llanto lamentable
Todos piden que punto no difiera
En darse pues ningun remedio espera.
Puesta en tierra la vista el Rey no sabe
Qual órden siga en caso tan extraño:
Dale voces el vulgo que ya acabe
De conocer que es sin remedio el daño,
Que ya no es tiempo quel valor se alabe
Con que sean defendidos, que es engaño
Pensar que puede reparar el suelo
Lo que es voluntad última del Cielo.
A esto ayudaba un alarido horrible,

Un clamor espantable, un rumor fiero,
Y amenazando ya con apacible
Ruego, y todo con libre desafuero,
Que el Rey suspenso en caso tan terrible,
Puesto en mas duda que se vió primero
Vacila, teme, ignora que les diga,
Ni á que parte se incline, ó que órden siga.
  Contempla su deshonra, el daño advierte
Que le amenaza á todos si tal hace,
Del cautiverio la afrentosa suerte
Si al acuerdo vulgar se sastiface:
Gime y desea que la fiera muerte
Su duda acabe, que este fin le aplace
Antes que ver la gran Ciudad rendida,
Y al enemigo yugo sometida.
  En esta confusion, en esta duda
Está Axartaf, revuelto en mil cuidados,
Suspenso sin saber á donde acuda,
Ni por donde ser puedan reparados:
De la congoja ardiente sangre suda,
Y de la misma todos aquejados
En un sordo silencio suspendidos,
Al Rey imitan tristes y afligidos.
  Buyarruz del concilio salió fuera
En quanto el Rey de aquella suerte estaba,
Llevado del haber la muerte fiera,
Quel cauto Marsiloro le guardaba:
Que llegando á la última escalera,
Donde el paseo de palacio acaba,
En asechanza Marsiloro puesto

Al crudo hecho el ánimo dispuesto.
De sediciosa gente acompañado,
Y de la oscuridad que lo cubria,
De las Estiges furias ayudado
A la horrible maldad que pretendia,
A Buyarruz que solo y descuidado
Iba de tan extraña alevosía,
El fiero Marsiloro á manteniente
Dió un golpe tan cruel como valiente.
Hendióle hasta los ojos, y furioso
Buyarruz puso al fuerte alfange mano
Con ánimo constante y animoso,
Diciendo á voces, muera este tirano:
Muera este perro, dice el alevoso
Marsiloro, y con ánimo inhumano
Los unos y otros al valiente Moro
Hieren, diciendo viva Marsiloro.
Oyó las voces Axartaf, y temiendo
Mayores daños, lleno de fiereza
Dexó el asiento, y va do oye el estruendo
Resuelto de mostrar su fortaleza:
Halló al prudente Buyarruz gimiendo,
Que sin valelle esfuerzo ni destreza,
Rendido ya á la muerte habia caido
De tantos golpes como habia sufrido.
Viendo al Rey los aleves homicidas
Huir quisiéron, mas la guardia fuerte
Los detuvo, quitando algunas vidas,
De Buyarruz vengando la cruel suerte:
Fuéron sus intenciones conocidas,

Y el Rey mandó por la alevosa muerte
Que á todos por las picas los pasasen,
Y á Marsiloro vivo quarteasen.

Oyendo Marsiloro la sentencia
Brazo y voz levantó diciendo, amigos
Del Rey apelo á vuestra gran potencia,
Y de la mia os quiero hacer testigos:
La muerte teneis todos en presencia,
No hay que aguardar, rompé estos enemigos
Que si el Cielo permite que acabemos,
Tambien permitirá que peleemos.

Llenos de ardiente furia arremetiéron
Contra la guardia que tenia caladas
Las picas, y por ellas se metiéron,
Y con algunos fuéron levantadas:
Otros en órden luego sucediéron,
De donde aquellas fuéron desviadas,
Y levantando otros les hacian
Piezas, y en órden prestas se ponian.

Desta suerte la guardia iba apocando
A los facinerosos que quisiéron
Defender al traidor, que peleando
En alto con las picas lo tuviéron:
Y las entrañas yéndole rasgando
Dixo á voces, que todos las oyéron,
Rey cruel, estas vidas y deshonra
Tu libertad las pagará y tu honra.

Allí, ó blasfemo Matalu, acabaste,
Parricida cruel y Camorbeto,
Y tú infando Marzoco, que alteraste

A Fez, y la pusiste en duro aprieto:
Tu Benhaluz que á Zumahil faltaste
En fe, y descubriendo su secreto
Perdió él la vida, y tú por este yerro
De Murcia echado fuiste en vil destierro:
Tú Anselme, cruel cuchillo de Chistianos,
Con tu sangre teñiste el claro acero:
Tú Hamen que mataste á tus hermanos
Por ser en heredarlos el primero:
Carfala, Cidi, Ali y los Buxanos,
Audara, Bujucef, Handon y el fiero
Mahoroque acabasteis, y acabáron
Quantos á Marsiloro se allegáron.
El aleve esquadron habia rompido
La poderosa guardia en la presencia
De Axartaf, que cansado y afligido
Puesto en dudosa y triste contingencia:
El pueblo todo viendo conmovido,
Y pavorosa la marcial Potencia,
Mandó que al fuerte Bayarre llevasen,
Y con funeral pompa lo enterrasen.
A todos los demas mandó llevallos,
Y desde el muro que á Tablado mira,
Despues de hechos quartos arrojallos,
Con esto dando exemplo de su ira:
Fué hecho, y vueltos ya de executallos
La alteracion y escandalo le admira
De todos, y las voces que le daban,
En que sus libertades demandaban.
Decianle, Señor, pues que no puedes

Resistir tanta desventura y daño,
Ya no hay gente, ni hay armas con que vedes
El enemigo ardor y esfuerzo extraño:
Y para convencerte de que excedes
En esto, entiende, ó Rey, que este es el año
Que Amir predixo que seria el postrero
De tu Reynado y del poder Ibero.
  Mezclábanse con estas espantosas
Voces, gemidos tristes y llorosos,
Ya de flacas mugeres temerosas,
Ya de niños y viejos pavorosos:
El Rey, viendo y temiendo tantas cosas,
Y rendidos los fuertes y animosos,
Para bablar mandó tener sosiego
A todos, y él así propuso luego.
  Si la pasion, ó amigos, que os conmueve
Fuera qual ya fué en vos, con ménos miedo
Yo me atreviera á reducir en breve
Vuestra flaqueza que animar no puedo:
El mas noble no acude á lo que debe,
El mas fuerte se rinde al llanto acedo,
Y todos igualmente se desvian
De las obligaciones que debian.
  Vuestro intento se funda en que entreguemos
La Ciudad al Christiano, y no acudamos
A la defensa della, ni aguardemos,
Pues tan sin fuerzas ni esperanza estamos:
Yo digo (¡ay Cielo injusto á quien tememos!)
Que no habiendo otro medio que sigamos,
Que quiero conceder vuestra demanda

Cobarde, injusta, aleve, cruel, infanda.
Solo os quiero pedir en este extremo
Triste, desventurado y trabajoso,
Que temais las infamias que yo temo
En partido tan baxo y vergonzoso:
Quel fuego del honor en que me quemo
Os encienda, y mireis con mas reposo
Las razones tan justas que condenan
A los que de ser libres se enagenan.
Decidme amigos ¿qué remedio espera
El que por entregar la patria amada
Al disponer de aquesta gente fiera
Se ofrece al yugo la cerviz ligada?
Porque pues del remedio desespera,
Y en contra tiene á la fortuna airada,
No acaba defendiendo el patrio muro
Ora entre el fuego ardiente ó hierro duro.
En sus no bien aceptas persuasiones
Prosiguiera Axartaf, si el conmovido
Pueblo no le atajára las razones
Levantando un horrisono alarido:
Paró el Rey, y de tres graves varones
A su presencia un niño fué traido
De dos meses, que al pecho de su madre
Pidió que lo llevase allí su padre.
El prodigioso caso refiriéron
Al Bético Señor, y en acabando
En voz clara que todos la entendiéron
El niño desta suerte fué hablando:
Rey Axartaf, á quien los Hados diéron

Desta insigne Ciudad el cetro y mando,
Dexa la temeraria rebeldía,
Y atento oido da á mi profecía.
Bien sabes, Rey, que Aben Ala excelente
En saber los secretos escondidos
Del Cielo te predixo el mal presente,
Y los males que has visto sucedidos:
Y tú ignorando, y tu ignorante gente
Los casos ni alcanzados ni entendidos
Con ménos precio fué de tí ultrajado,
Y con viles oprobios denostado.
Y ahora, aun con ver claro ante tus ojos
Quanto te dixo el consultor del Cielo,
Confias en tus bárbaros antojos,
Sin quererte rendir al Cielo y suelo:
Pues mira quel Christiano hará despojos
De tí, sino te mueve el comun duelo,
Y tardas en pedir que te conceda
Como librarse tanta gente pueda.
Dió un gran gemido á esta razon postrera
Sin poder proseguir con sus razones,
Y á llorar comenzó de tal manera
Que al Rey hizó temblar y á sus varones:
Mandáron que con él se salga fuera
Su padre, y con medrosos corazones
Piden todos al Rey que envie al Christiano
A ofrecer el gran pueblo Sevillano.
Axartaf, viendo el caso prodigioso,
Los suyos todos sin valor ni aliento,
El lleno de ansias, triste y pavoroso,

Sin fuerzas, sin razon ni entendimiento
Con flaca voz y aspecto temeroso
Pidió que sosegase el movimiento,
Y siendo obedecido, en pié se pone
Y dando un gran gemido así propone.
Ya veis, amigos, la contraria suerte,
El comun daño y la miseria nuestra,
El cautiverio ó la cercana muerte,
Mi desventura y la deshonra vuestra:
El esfuerzo, la fuerza, el brazo fuerte
Sirven de poco ya, y qual hoy se muestra
Por el portento horrible que hemos visto,
Y así ya ni contrasto, ni resisto.
Hagamos lo quel Cielo determina,
Que es el que al Rey Fernando favorece,
Démosle la Ciudad fuerte y divina
Que ya por suya toda le obedece:
Empiece nuestra mísera ruyna
Con el reynado mio que hoy fenece,
Désele al enemigo franca puerta
Pues su buen hado se la tiene abierta.
A tratar los partidos convenientes
Con el Christiano Rey irá Salimo,
Por ser de los mas graves y prudentes,
Y por ser mas anciano, y ser mi primo:
Pida la libertad de nuestras gentes,
I lo demas que en este grado estimo,
Le daré por escrito, por que tenga
Memoria, y con acuerdo se prevenga.
Tu Mahayni, que Alcayde de mi torre

Has sido siempre, y siempre leal vasallo,
Pues la fortuna desta suerte corre,
Y al hado no podemos contrastallo,
Ve, pues Alá á los suyos no socorre
Y el pueblo suyo dexa así entregallo,
Pon de paz en la torre una bandera,
Señal del triste oprobio que se espera.
Esto diciendo dexa el real asiento
El congojoso Rey, y acompañado
De Salimo se entró en su aposento
A dar órden que fuese despachado,
Porque del estrellado firmamento
Al mar se habian las guardas declinado,
Y las sombras leteas al profundo,
Libre dexando al claro dia el mundo.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

Abriéronse las puertas orientales,
Que humedeció la aurora refulgente,
Trayendo el bello dia á los mortales,
Los caballos que exâlan fuego ardiente:
A este punto los Moros principales
Que señaló Axartaf la fria corriente
Del agradable Betis van surcando,
En demanda del sacro Rey Fernando.
Fuéron vistos los Bárbaros al punto,

Y la insignia de paz tendida al viento,
Fue todo el campo apercibido y junto,
Lleno de sobresalto y de contento:
Y viendo ya que se cumplia el asunto,
El Corrector Christiano envia al momento
A Don Rodrigo Alvarez que fuese
Y de los Moros la intencion supiese.

Del Rey mandado el fuerte Caballero
Se apartó dél, y les salió al camino:
Tomó razon del Moro delantero,
Y dada al Rey, en nombre suyo vino:
Pidió qual dellos fuese el mensagero,
Juntos viendo á Salimo á Araidino:
Salimo dixo que él, mas que venia
Ariadino en la misma legacia.

Que fuesen juntos (para serle dada)
A la presencia de su Rey llevados,
Con el seguro de la ley sagrada,
Con que los mensageros son guardados:
Venid (dice el Christiano) que guardada
Esa ley os será, y por él guiados
Delante puso del Recto Christiano
Al uno y otro Embaxador Pagano.

Con humilde semblante se humilláron
Los dos Embaxadores de Sevilla
Ante el Rey santo, y sin hablar quedáron
En cruz los brazos junto á su alta silla:
Las sillas sus infantes ocupáron,
Y en torno los guerreros de Castilla,
Los del consejo militar sentados.

Por sus antigüedades y sus grados.
Los demas que ante el Rey tenian licencia
De hablar y asistir, estaban puestos
Sin órden, sin lugar, sin diferencia,
Unos con otros en diversos puestos:
Fuéles dada á los Moros preeminencia
Que sus intentos hagan manifiestos,
Salimo en pie propone deste modo,
Del Rey oido, y del concilio todo:
Si en dones de tu Alteza, concedida
Audiendia y facultad, será forzoso
Que á tu divino espíritu le pida
Aspire el mio rendido y temeroso:
De suerte que la causa mia entendida,
Mueva ese pecho invicto y generoso
A conceder los pactos que concluyan
Guerra tan larga, y su furor destruyan.
Este fin solo, ó gran Señor, le mueve
A Axartaf mi señor, que á ti me envia,
Para que con honestos medios pruebe
Que desta guerra acabe la porfia:
Porque la horrible furia no se lleve
Tantos despojos de almas cada dia,
Ni tantas vidas quite el cruel vulcano,
Ni tanta sangre humana riegue el llano.
Conmovido á piedad del mal que digo,
Quiere (queriendo tú) elegir un medio
Que la fuerza reprima al enemigo
Furor, lanzando su impiedad de enmedio:
Esto venimos á tratar contigo,

Pareciendote justo y buen remedio,
Las condiciones que aceptar podemos
Dándonos tu licencia las diremos.
Puso Salimo fin á sus razones,
Quedando en pié ante el supremo asiento,
Notando de los bélicos varones
El semblante, y del Rey el movimiento,
Que á las no manifiestas intenciones
Habiendo estado en suspension atento
Queriendo dar declaracion de todo
Interrumpió el silencio de este modo:
Quando di facultad para que entrases
A donde estás, te concedí licencia
De hablar sin que en nada reparases,
Ni te ocupase nadie en mi presencia:
Lo que tu Rey mandó que me tratases
Puedes decir con libre preeminencia,
Prosigue en quales pactos ó conciertos
Venis, que si son justos serán ciertos.
La cabeza inclinó el prudente Moro
Al Rey, y levantó la vista al Cielo
Diciendo, ó santísimo Alá á quien siempre adoro,
En cuya mano está el poder del suelo,
Influye en mí de tu celeste coro
Un espíritu igual al justo zelo
Que me rige, con gracia tal que pueda
Hacer quel Rey los pactos mios conceda.
Viendo Axartaf que va de dia en dia
Cresciendo el daño de la horrible guerra,
Que no remedia nada su porfia,

Y quel remedio á todos se les cierra,
A tratar con tu Alteza nos envia
Que este furor que la quietud destierra,
Esta ira infernal que sostenemos,
Con pacíficos medios atajemos.
Estos traygo por órden estampados
En esta breve hoja de la suerte
Que mi Rey pide, y del me fuéron dados
Para que con tu Alteza los concierte:
Uno por uno te serán tratados
Aquí, uno por uno los advierte:
I tú, ó gran Rey de la substancia eterna,
Mi ingenio aspira, y débil voz gobierna.
Volvió segunda vez á arrodillarse
Mirando al Cielo, y vuelto al Rey Fernando
Dice, lo que primero ha de tratarse
Es lo que en nombre de Axartaf demando:
Que él quiere del Alcazar despojarse,
Y entregarte su fuerza, reservando
La renta que entre sí y él se divida,
Dexando á los demas hacienda y vida.
No prosigas delante en tus conciertos
Si son qual ese, dixo el Rey de España,
Que esos son acordados desconciertos
De gente que del miedo se acompaña:
Veos rendidos, veos de hambre muertos,
Veos que en pactos convertis la saña,
Y quereis que divida el señorio,
Y con los Moros parta lo que es mio.
Bien os podeis volver si vuestro intento

Se funda en semejante desatino,
Que yo no os pienso oir, ni dar asiento
En cosa tan sin órden ni camino:
Salimo con humilde acatamiento
Replicó, si es aqueste pacto indigno,
De la Ciudad el tercio te ofrecemos,
La Alcazar y sus rentas te daremos.
Como tan poco el Rey viniese en esto,
Dixo el Moro: Señor yo quiero darte
Media Ciudad, haciendo que este puesto
Divida un muro de una y otra parte:
A muchos pareció el concierto honesto,
Y le dixéron al Christiano Marte
Que lo aceptase, quellos le harian
Ser una la Ciudad que dividian.
Ni el concierto primero, ni el segundo,
Ni el desa division que es el tercero,
Dió por respuesta el Corrector del mundo,
Conceder pienso, ni aun oillos quiero:
En solo un pacto el fin destantos fundo,
Y este ha de ser que acabe el duro acero
Lo que negais con tanta rebeldia,
Si la Ciudad no me entregais por mia.
Salimo suspendió la voz turbado,
Y en el Rey puesta sin mover la vista
Quedó, de mil contrarios aquejado,
Sin entender si acepte ó si desista:
Teme aceptar el Rey lo demandado,
Teme que no hay poder que le resista,
En estas dudas y temores vuelve

Esta razon, que en un suspiro envuelve.
Pues así quiere el sumo Alá dexarnos
Con tanto menoscabo y mengua nuestra,
Con tal abatimiento despojarnos,
Con tal miseria qual en obras muestra,
No tenemos que hacer sino inclinarnos
A la fortuna favorable vuestra,
Que pues en contra nuestra se declara,
Esto es fuerza hacer con los que ampara.
La Ciudad que con tanta fortaleza
A la mayor del mundo ha resistido,
La de mayor lealtad y mas nobleza
Que quantas son ni antes de ella han sido,
Hoy se te entregará, si de tu Alteza
Me fuere en nombre suyo concedido
Que la gente sea libre y la hacienda,
Sin que persona en esto les ofenda.
Asimismo demanda que la gente
Que quisiere quedarse, has de dexalla
Con su hacienda y tratos igualmente,
Y con Christiana piedad tratalla:
Y queriendo ir á parte diferente
Le des pasage, y des para guardalla
Segura escolta, y si por mar se fuere
Naves, y quanto menester hubiere.
El Moro paró aquí, y el glorioso
Propagador de la union Christiana,
Viendo alzarse un murmureo sonoroso
Así movió la lengua soberana:
Hacienda, libertad, trato piadoso,

Seguro alvergue, voluntad humana,
Tendrán los que quedaren con nosotros
Vituallas, pasage y naos los otros.
Salimo dixo, y pido juntamente
Que ha de ser por el suelo derribada
La Mezquita mayor, y la eminente
Torre del gran Geber edificada:
Con esto acaba nuestra guerra ardiente,
En que no pierdes ni aventuras nada,
Que quando vengas todo á derriballo
Fácil será volver á edificallo.
A eso, respondió el Rector Christiano
Don Alonso, mi hijo dé respuesta,
Facultad le concedo, y le doy mano
Que diga y haga en la razon propuesta:
Inclinó la cabeza el Soberano
Joven al padre, en él la vista puesta,
Y volviéndose al Moro, desta suerte
Propone el varon justo, sabio y fuerte.
Habiendo oido tu cruel demanda,
Tu injusto y temerario pensamiento,
Ofendido de cosa tan infanda,
Que escandaliza el libre atrevimiento:
Pues se remite á mí, y su Alteza manda
Que te responda, digo, que no siento
Que causa puede haber que sea bastante
Que fuerce á pedir cosa semejante.
De algunas que me ofrece la memoria
Os pudiera traer por vivo exemplo,
Que hacen vuestra cegueded notoria

Para el fin miserable que os contemplo:
Pues quereis arruinar por vanagloria
La torre excelsa, y el insigne Templo
Que al culto ha de servir, y ser estancia
Del que ignora (quien es) vuestra ignorancia.
Pues así vuestra bárbara inclemencia
Quiere emprender tan detextable hecho
Sin razon, sin piedad, sin advertencia
Que lo repugna todo buen derecho:
La fe, piedad, justicia y la conciencia,
Y la causa que os tiene en ese estrecho
No permiten que sea consentida
Tan fea maldad, ni se le dé cabida.
Y concluyendo digo, que si hubiere
Quien de la torre ó Templo me quitare
Una piedra, no digo si lo hiciere,
Sino si de hacerlo imaginare:
Que desde el Rey, al que en su Reyno fuere
El mas ageno que el honor le ampare,
Con pena capital pagará el yerro,
Sin que á sexô ni á edad perdone el hierro.
Con esto concluyó el Infante, y luego
Replicó el Moro vuelto al Rey Fernando
La paz que ha de poner al furor ciego
En quietud, que firmes te demando:
De las fuerzas haré al punto el entrego
Posesion dellas á tu Alteza dando;
La Ciudad te será desocupada
Dentro de siete dias y entregada.
Los mismos pactos vengo á demandarte

(Dixo Ariadino) en nombre de la gente
Del castillo, y de toda aquesta parte
Que divide la Bética corriente:
Quiere entregarse, y quiere así entregarte
La fuerza, concediéndole igualmente
Vida, hacienda, libertad, seguro,
Te dará entrada en su cerrado muro.
Cesó Ariadino, descogiendo al viento
Un cendal blanco, en que venia revuelto.
Un papel, y acercándose al asiento
Del Rey, dice á Sevilla el rostro vuelto:
Firme tu Alteza aqui con juramento,
Que cumpliendo lo dicho, queda absuelto
Ese pueblo, al qual quedas obligado
De no faltar en lo que está tratado.
Recibió el santo defensor Christiano
Del bárbaro el papel en que venia
El sello y firma de su Rey Pagano,
Y encima en lengua Arábiga decia:
A Ariadino y Salimo les doy mano
Que hagan lo que yo en la casa mia,
Lo que hicieren yo Axartaf lo firmo,
Lo apruebo, y hago bueno y lo confirmo.
Leida en clara voz la poderosa
Facultad que á los dos Embaxadores
Concedia Axartaf, sin decir cosa
Firmó el Rey de los fuertes guerreadores.
A este punto el cendal con presurosa
Vuelta, haciendo círculos mayores,
Dió señal á los Moros que eran ciertos

Los pactos, y firmados los conciertos.
Resonó desde el muro del castillo
El concavo metal, y la guerrera
Caxa tocó á marchar para rendillo,
Saliendo por la puerta una bandera:
Suspendió el caso al vencedor caudillo,
Y estando así, rompiendo una hilera
Salió el fuerte Achilino, demandando
Licencia, y dada dice al Rey Fernando:
Por órden de Axartaf, que ayer tuvimos,
Nos mandó que en el punto que Ariadino
Moviese àquel cendal que al ayre vimos,
Ante ti se hiciese este camino:
Está señal al sabio Moro dimos
Con que nos avisase, quel divíno
Pacto la libertad nos concedia
La hacienda y las vidas que pedia.
Seguros desto, vengo á demandarte
Que des licencia, y que nos des seguro
Para poder salir, y en poder darte
Esa fuerza que cierra ese alto muro:
Esto manda Axartaf, y por la parte
De Abenjafon el Rey de Niebla juro
La obediencia, y te doy en nombre suyo
Las llaves del castillo que es ya tuyo.
Besolas, y en el suelo arrodillado
Quedó el valiente Moro, ante el Rey puesto,
La respuesta aguardando del sagrado
Caudillo, confirmando lo propuesto:
Que de su Alteza humilde acompañado,

Y su celeste humanidad compuesto,
En la memoria el caso revolviendo,
Movió la ambrosia lengua así diciendo:
La libertad, las vidas, la hacienda
Que concedí en los pactos, os concedo:
Esto igualmente, y general se entienda,
Con que podeis asegurar el miedo:
Salid, que no habrá cosa que os ofenda,
Ni faltar yo de mi palabra puedo,
Con tal que no excedais, y me sea dada
La fuerza que ofreceis desocupada.
A eso vengo, respondió Achilino,
Tu Alteza envie á quien se la entreguemos,
Por quien al punto se pondrá en camino
Abenjafon, y libre la daremos:
No dixo mas el fuerte Sarracino,
Y viendo el Rey llegar á los extremos
Que deseaba su loable intento,
Dice vuelto á su ilustre Ayuntamiento:
Echese luego en el real un bando
Que á ningun Moro de ninguna suerte
Que saliere de aquí yendo marchando
Le despojen, cautiven, ni den muerte:
Esto es lo que vienes procurando,
Con esto puedes á tu Rey volverte,
Yendo contigo Lope Diaz de Alfaro,
A quien se entregue vuestro fuerte amparo.
Esto dixo el magnánimo caudillo,
Y el fuerte Caballero recibiendo
Las llaves que le diéron del castillo

Con una esquadra al Moro fué siguiendo,
Que sin hallar quien fuese en resistillo
Entró, y al muro con valor subiendo
En lo mas alto puso el estandarte,
Revolviéndolo á una y otra parte.
Con alta voz de la guerra gente
La victoriosa insignia recibiéron
Luego que se mostró en la eminente
Fuerza, y en ella á los Christianos viéron:
Tristes deste placer con pena ardiente,
Que á entender claro sus afectos diéron,
Los dos Embaxadores inclináron
La vista en tierra, y sin hablar quedáron.
Desta suerte confusos y afligidos,
Llenos de pavoroso encogimiento,
Quedáron los dos bárbaros, rendidos
Al dolor, al temor y al sentimiento:
Y como así estuviesen suspendidos,
Con turbado semblante, y tardo aliento
Salimo como hacerlo mejor pudo
Dixo, quitando de la lengua el nudo:
Si nuestro llanto aplicas á flaqueza,
Invicto Rey, suplícote que adviertas
Que no fué cobardia, sino tristeza
De nuestra infamia y desventuras ciertas,
Ver de la instable suerte la crueza,
Ver nuestras glorias y esperanzas muertas,
Vernos en nuestra patria despojados,
Y sino despojados, della echados.
Vernos que en el lugar mas poderoso

Que alumbra el rayo del Planeta ardiente,
El mas rico, el mas noble, el mas famoso,
El de mas excelencias y mas gente,
Donde en quietud vivimos y reposo,
Donde el poder y el mando fué igualmente,
Veremos nuestro infame abatimiento,
Nuestra caida y triste asolamiento.
Esto nos conmovió, que no es posible
Tan duro caso no hacer efecto
En el hombre mas fiero y mas horrible,
En el mas crudo y pertinaz sugeto:
Que la memoria del dolor terrible,
Representada en el lloroso aprieto
Hizo su oficio, y puso en nuestros ojos
Del sentimiento humano los despojos.
Mas en aquesta miserable pena
Que nos enterneció, á entender venimos
Ser gloria por tu mano la cadena,
Mas que la libertad que Alá pedimos:
Y para gozar ya esta suerte buena,
Que no entendiendo nuestro bien huimos,
Envia, Señor, á quien por tí entreguemos
Tu Ciudad, y tu insignia levantemos.
Puso Salimo fin á sus razones,
Quedando con semblante sosegado
Mirando al Rey, mirando á los Varones,
Que oyéndolo se habian alborotado,
Queriendo entre sus hechos y blasones
Fixar por el mas noble y señalado
Ser cada qual el que primero entrase,

Y de Sevilla posesion tomase.
Siendo del fuerte defensor Christiano
Conocida la causa que alteraba
Su gente, levantando el rostro y mano
El alboroto sosegó que andaba:
Y poniendo la vista en el Pagano
Embaxador que atento le aguardaba,
Llamando á Don Alonso de Molina
Su hermano, dice así con voz divina:
La posesion, que ofreces entregarme
Segun los pactos de ámbos concedidos,
A tomar enviaré sin desviarme
Dellos, ni por mi parte ser rompidos:
Por la vuestra ha de ser que habeis de darme
Luego que sean los siete dias cumplidos
La Ciudad libre, habiéndome entregado
Sus fuerzas, qual por mí os será ordenado.
De la torre del Oro y su alto muro
La posesion se le darâ en mi nombre
A mi hermano, y él lleve por seguro
Cien hombres escogidos hombre á hombre:
Y porque si este apremio os fuere duro
Antes que os inquiete ni os asombre,
Teneis de darme la Ciudad abierta,
Sin que en ella cerrada os quede puerta.
Don Alonso mi hijo ha de entregarse
De la torre mayor, á donde quiero
Que esté, y la guarde sin de allí apartarse,
Sino fuere con órden mia primero:
Con gente y armas tiene de ocuparse

El Alcazar, y en ella esté el guerrero
Don Rodrigo Gonzalez Giron, y esto
Qual pide el caso, y qual demanda el puesto.
Y vos Don Pedro Ponce en quien ha estado
La mayor parte deste vencimiento,
Vos de quien siempre he sido acompañado,
Y á quien nada encubrió mi pensamiento;
Id con mi hijo á donde le he mandado,
Y en lo mas alto, que preceda al viento,
Poned la sacra insignia del divino
Redentor, con que al Cielo abrió el camino.
Este es el órden, y por el os mando
Me entregueis la Ciudad, como el castillo:
¿Ved si podeis cumplir lo que os demando?
Y si podeis, al punto id á cumplillo:
Poder tenemos, facultad y mando,
De quien nadie podrá contradecillo:
Salimo respondió, tu Alteza envie,
Quedarse á todo, y de esta fe confie.
Cesáron las razones, y el divino
Caudillo de la fuerza Castellana
Puso en órden la gente, y en camino
A la Ciudad excelsa y soberana:
Que rendida á la fuerza del destino
Humilde á dar la posesion se allana,
Abriéndole la puerta libremente
A la invencible y victoriosa gente.
El famoso Abdalac luego que entráron
Las Christianas banderas en Sevilla,
Y las puertas con armas ocupáron,

Al Infante diciendo así se humilla:
La posesion que á darte se obligáron
Nadie puede, Señor, contradecilla,
Axartaf la confirma, y de este modo
Arrayaz, Benxuel, y el lugar todo.
  Mas envian conmigo á suplicarte
Mandes que á nadie se le haga ofensa,
Que el rigor cese, y el ardor de Marte,
Pues solo en darte la Ciudad se piensa:
Que con tu gente vayas á entregarte
Por el órden quel Santo Rey dispensa,
La posesion del rico Alcazar dando
Ariadino á quien manda el Rey Fernando.
  La fuerte torre, que guardó el tesoro
De los pasados Reyes y el presente,
Que por esto le llaman la del Oro,
De fábrica admirable y excelente
Tengo de entregar yo (del bando Moro
Desocupada) á la Christiana gente:
La torre excelsa de Geber famoso
Ha de entregar Salimo poderoso.
  No dixo mas, y el invencible Infante
Confirmó de Abdalac la legacía,
Y á la torre del Oro en el instante
Al fuerte tio Don Alfonso envia:
Don Rodrigo Giron partió delante
Al Alcazar, siguiendo al que lo guia,
De Salimo el Infante acompañado
A la torre mayor va encaminado.
  Está del fuerte Alcazar desviada

Poca distancia, en una plaza abierta,
Con el famoso templo incorporada,
A donde tiene una pequeña puerta:
Por ella se concede estrecha entrada
Por un angosto paso y via incierta
De fuerte piedra, que es de su grandeza
El cimiento, el estribo y la firmeza.
Llegó á la puerta el bárbaro guerrero
Diciendo al fuerte Infante que ocupase
La plaza, que él queria subir primero
A hacer que la guarda la dexase:
Subió y lanzando della el bando fiero,
Como solo en la torre se quedase,
Puesto en una ventana dice, advierte,
Varon Real, y escucha mi ansia fuerte:
Desta torre me manda el Rey mi primo
(Rey dixe, el que fué Rey, y es ya vasallo)
Te diese posesion, lo qual estimo
Como es razon, y debo yo estimallo:
Mas con mortal afecto me lastimo
Sin poder reprimirme ni escuchallo,
Que es pasion propia, y lo que ofende tanto
Provoca al sábio, al fuerte, al justo, al Santo.
Entra Príncipe invicto, y con tu gente
De la torre del mundo mas famosa
Te puedes entregar, que dignamente
Se le debe á tu espada victoriosa:
Entra quel cielo en dartela consiente,
A quien es ya nuestra nacion odiosa,
Y recibe ese cuerpo que no quiere.

Ver tal, y muera pues su gloria muere.
Esto diciendo, con furor horrible
Juntó los brazos, levantando al cielo
La pavorosa vista, y dió un terrible
Grito, y el cuerpo al peligroso vuelo:
Cayó á los pies del jóven invencible,
De sangre y huesos rociando el suelo,
Huyó el alma al infierno desta suerte
A no morir, aunque se dió la muerte.
Del horrible espectáculo se admira
El sucesor de España poderoso,
Y atras que no le toque el pié retira
Del roxo humor que corre presuroso:
Entra la torre, que es el fin que aspira,
Y en lo alto su exército animoso
Voces da, el estandarte tremolando
Sevilla por el Santo Rey Fernando.
Llevó el viento la voz, y el Rey levanta
La vista con alegre continente,
Y en lo mas alto ve la insignia Santa,
Do murió el humanado omnipotente:
Por el hermano la victoria canta
De la torre del Oro el excelente
Joven, y en el alcazar suntuoso
Lo mismo hace el de Giron famoso.
Alegre el Santo defensor Christiano
Las torres mira, Alcazar y castillo
Por él, quitado del poder pagano,
Que no pudo aunque quiso resistillo:
Hallóse desta empresa tan ufano,

Tan gozoso, que muestra sin decillo
El contento que siente el deificado
Espíritu del cielo regalado.

Allí hace discurso en su memoria
De la insigne Ciudad que le ganáron
Colodro y Baños, cuya gran victoria
Dignamente á los dos se la aplicáron:
Renueva de Jaen la viva historia,
Y su victoria en quanto la estimáron,
Y con aquesta las demas olvida,
Que esta tiene por mas esclarecida.

Considerando en esto, revolvia
Quanto habia hecho su invencible gente,
Quanto ganado por su esfuerzo habia,
Quanto esperaba en la ocasion presente:
En esto estaba, quando el claro dia
Llegó sobre las aguas del poniente,
Donde la bella esposa de Peleo
Siempre le aguarda en inmortal deseo.

Viendo el Christiano defensor cubierto
El bello dia de la sombra obscura,
Las formas por su órden y concierto
Hermosear la celestial altura:
Teniendo aviso del castillo cierto,
Que el Rey Abenjafon su ida apresura,
Y que apriesa los Moros se aprestaban,
Y que las caxas á marchar tocaban.

Puesta en órden la gente belicosa
Cerca la plaza, y deste modo aguarda
Al bárbaro, que en su ansia dolorosa

Dexando el puesto, su persona guarda:
Qual carga al hijo, qual la tierna esposa,
Qual al anciano padre, y qual no tarda
De echar el grave peso al hombro fuerte,
Y en camino ponerse desta suerte.
  Allí, ó poderoso Abenhaudama
La cerviz inclinaste humildemente,
Y en ella con desprecio de tu fama
La riqueza pusiste de Ocidente:
Y tú Algasur, que ennobleciste á Alhama
Con los despojos de tu propia gente,
Vencido vas, y encima de tí llevas
El testimonio de tus tristes nuevas.
  Almuncamuz y Aben Abet hermanos,
Bizñietos del que dió el cuerpo glorioso
Del sagrado Isidoro á los Christianos
Contra el querer del vulgo sedicioso,
Aquí imitando á los demas Paganos
En trage humilde oficio vergonzoso
De hijos y mugeres rodeados
Los bienes que podeis llevais cargados.
  Y tú, Hacen, que á Mahomad robaste
La bella esposa, y con violenta espada
La vida en su presencia le quitaste,
Dexándola viuda y deshonrada;
En el fuerte castillo te hallaste
Siendote del la guardia encomendada
Por tu deudo Axartaf, á quien no vales,
Y como los demas rendidos sales.
  Hali Cacin, Rogel, Johar, Mahoma,

De Aben Alfagé hijos conocidos,
Con las insignias del que os rinde y doma
Salis avergonzados y afligidos:
No faltarás Zoar deste idioma,
Ni tú Albohalí, ni los temidos
Abenhumeya y Amudir famosos,
Y vos Fariz y Galve belicosos.

La carga de los bienes paternales
Los delicados hombros recibiéron
De Fatima, y con pasos desiguales
Los dos pequeños hijos la siguiéron:
Aben Tafin su esposo en estos males
Con Culema y Juceph que le acudiéron
Con los mas bienes y su suegro en medio,
Salen buscando el mísero remedio.

Y tú, ó Zeneb, quien la nacion Pagana
Idolo fuiste, y por deidad tenida,
A quien amó Axartaf, siendo tu hermana
Caida, que en su poder perdió la vida,
Y huyendo su intento y pasion vana
En el castillo estabas recogida,
De donde ibas saliendo con tu padre,
Llevando casi en hombros á tu madre.

Abenjafon, que en medio estaba puesto
Del paso por adonde iban saliendo
Los que dexaban el amado puesto,
Y al vil destierro se iban ofreciendo,
Aunque ocupado y suspendido en esto,
Triste y confuso del llorar y estruendo
A Zeneb conoció que iba pasando,

Y asiendo della, dixo suspirando:
Zeneb ilustre, á quien el cielo asconde
El prémio digno á tu Real grandeza,
¿Qué suerte miserable es esta? ¿á dónde
Vas del hado arrojada en tal baxeza?
Mal á tu honor y gloria corresponde
Este horrible rigor, esta crueza,
Mal te trata la suerte, el hado, el cielo,
Pues desterrada vas y en tanto duelo.
Deten el paso, y esa piadosa
Carga suspende que te agrava tanto,
No te rinda la pena dolorosa,
Ni te acabe la vida el cruel quebranto:
Que si la instable rueda presurosa
Ha trocado tu alegre vida en llanto,
El sumo Alá que lo gobierna todo
Ordenará tus cosas de otro modo.
Esto diciendo el Rey de Niebla, puso
El fuerte pecho y recibió la carga,
Y mirando á las dos triste y confuso
De lástima lloró y congoja amarga:
Detuvo al padre, que siguiendo el uso
Con los demas de su familia carga
Los bienes quel temor les ofrecia,
Y la estrecha ocasion les permitia.
No es justo (dice el Rey) que desa suerte
Vayas, ó venerable Hatan Audalla,
Ni es debido á tu honor, sin el ponerte
En vil oficio entre esa vil canalla:
Aguarda pues nos da vida la muerte

Para morir viviendo, sin hallalla
Entre la fiera espada del Christiano,
A quien el cielo ha sido tan humano.
Lleven la carga, que tus hombros lleva,
Los Christianos que tengo encadenados
Para llevar conmigo, y hagan prueba
Del destierro á que vamos condenados:
Audalla lo acertó, y lo dicho aprueba
Zeneb, y los demas que iban cargados
Los lios pesados de los hombros largan,
Y á esperar los cautivos se descargan.
Por mandado del Rey partió Achilino,
Y el renegado Bahabu á traellos,
Causul, Bexeira, Matalá y Zabrino,
Enemigos del nombre y la fe dellos:
Feneciéron los Moros su camino
En la mazmorra, á donde entrando habellos
Bahabut dixo, veinte de vosotros
Salid, que habeis de ir luego con nosotros.
Sin responder se fuéron levantando
Las cautivos Christianos obedientes
Al duro apremio y riguroso mando
De aquel vestiglo de Christianas gentes:
Iban por órden la prision dexando
Uno á uno los miseros pacientes,
Aguardando la muerte en su fortuna,
Sin esperanza de salud alguna.
Estaba entre estos un cautivo anciano,
Hombre sagaz y buen entendimiento,
Quel rigor viendo del cruel Pagano

Quiso impedir el no entendido intento:
Y revolviendo al brazo y diestra mano
La cadena, con manso movimiento
Se fué escurriendo á procurar su amparo,
A donde estaba Lope Diaz de Alfaro.
Y del cobarde miedo no impedido
Por las Christianas armas se abalanza,
Diciendo en alta voz, ó esclarecido
Jóven, refugio nuestro y esperanza,
Oye con atencion nuestro afligido
Clamor, que al cielo con su vuelo alcanza:
Oye y remedia nuestra suerte triste,
Pues ya cautivo qual nosotros fuiste.
Arrastrando qual ves el duro hierro
Hui de la prision en que nos tiene
Este Rey Moro, este tirano perro,
A quien respeto ni temor contiene:
Y para echarnos en mortal destierro
Un su Ministro renegado viene
Con otros Moros que nos van sacando
De la mazmorra, y nos están guardando.
Acude, ó gran Señor, acude presto,
No permitas que lleven en su cadena
Los Christianos, guardando tú este puesto,
Y su tirano pensamiento enfrena:
Ven y verás, sin los que están en esto,
La horrible cárcel de cautivos llena,
Ven y redime la desdicha suya,
Ven que esta suerte es propiamente tuya.
No dixo mas, y el fuerte Caballero,

Que al mísero cautivo estaba oyendo
Con pronto oido y con semblante fiero,
Fué las armas al punto apercibiendo:
Acuden del exército guerrero,
La causa oida, á Lope Diaz pidiendo
Que fuese, y que en hazaña tan gloriosa
Su diestra empléе y su espada victoriosa.
El jóven invencible á quien espera
El siglo para ser por él dichoso,
Irritado de honor y de ira fiera
Dice contra el Rey bárbaro furioso:
Dexar de hacer lo que debemos fuera
Si este tirano fuese poderoso
En ménos precio de la espada vuestra,
En despojos llevar la gente nuestra.
Fuéle licencia apénas concedida,
Que entregando esta fuerza con su gente
Al yugo esperio su altivez rendida,
Saliese en trage humilde y obediente:
Pues el respeto pierde á sí y se olvida;
Yo le haré baxar la altiva frente,
Yo daré libertad á los Christianos
Contra el Rey fiero y sus designios vanos.
Por el órden que estamos repartidos,
Se vele y guarde el fuerte que tenemos,
Sin dexar hombre el puesto, prevenidos
Qual la ocasion demanda en que nos vemos:
Yo iré á pedir á aquestos descreidos
Los Christianos, y en quanto que volvemos
Este cautivo y yo, que será presto,

Guarde Gomez Ruiz por mí este puesto.
No mandes tal, yo tengo de ir contigo;
Dió el varon invencible por respuesta,
Tu lugar puedes dárselo á otro amigo,
El mio, á quien su guardia queda puesta:
Que si el cielo no estorba lo que digo,
Mi voluntad que te obedece es esta,
Y no se moverá, sin que primero
El punto de mi vida vea postrero.
Llegó el cautivo y dixo: el órden dado
Por el valiente Lope Diaz se guarde,
Que es el que importa en el presente estado,
Y á la ocasion que instante no se aguarde:
De la cadena el ramal doblado
Revolvió al brazo, y sin que punto tarde
La estrecha argolla que lo ataba quiebra,
Como si fuera una delgada hebra.
En el camino se pusiéron luego,
Guiados del cautivo los guerreros,
Sin dar al curso ni al andar sosiego,
Baxan rompiendo por los Moros fieros:
Y por entre armas y encendido fuego
Llegan á los Christianos prisioneros,
Que delante del Rey cargando estaban
Los bienes de la Mora que guardaban.
De ardiente ira estimulado el pecho
El invencible Lope Diaz de Alfaro,
Al Rey de Niebla por autor del hecho
Dice el Christiano defensor y amparo:
Si tú, que en todo has de guardar derecho,

Y ser en esto un sol luciente y claro,
La ley traspasas ¿dime de qué suerte
Te llamaré para que bien acierte?

Tú por merced al santo Rey pediste
Que entregándole aquesta fortaleza
Con los Moros que estaban, y truxiste
A exercitar de Marte la fiereza:
Con el mismo seguro que veniste
Con sus hijos, mugeres y riqueza
Irse pudiesen, y este asiento dado,
Con libre proceder has inovado.

Cumples la execucion de tu demanda,
Gozas de la merced quel Rey te hizo
A costa de los nuestros, cuya infanda
Maldad castigaré, y tu poco aviso:
¿Parecete razon, ó en su ley manda
El quel infierno os da por parayso
Quel libre sea cautivo, y quel Pagano
Rendido oprese al vencedor Christiano?

Si esto es razon (que no será no siendo
Aprobada de justos tal violencia)
Yo vendré en que se haga, mas entiendo
Que es maldad fiera y bárbara inclemencia;
Y así el horrible acuerdo remitiendo,
Revocar pienso tan cruel sentencia,
Y á estos perros idólatras cargallos,
Y á los nuestros en libre paz dexallos.

Esto dixo en voz alta el varon fuerte,
Y al punto los Christianos arrojáron
Las graves cargas y á gozar la suerte

De libertad gloriosa se aprestáron:
Sin haber Moro que á hablar acierte,
Llenos de espanto y de pavor quedáron
Mirando al Rey, que con la vista en tierra
Manifiesta el temor que su alma encierra.
Y sin hablar palabra levantando
La horrible vista suspirando al cielo,
Tomó el camino á todos obligando
A seguirle y dexar el patrio suelo,
A la hermosa Mora acompañando,
Temiendo y llenos de mortal rezelo,
Sin quedar Moro tras el Rey se alexan
Del fuerte sitio que al Christiano dexan.
Ya á este punto del balcon de Oriente,
Coroñada de rosas parecia
De la hermosa aurora el aurea frente,
Nuevas trayendo del cercano dia:
Lope Diaz de Alfaro, y el valiente
Gomez Ruiz con una Compañía,
De guarda se pusiéron á la puerta,
Que quedó ido el enemigo abierta.

LIBRO VIGESIMOQUARTO.

Luego que Febo Apolo ilustró el mundo
Con su dorado cerco, y la espantosa
Sombra llevó los sueños al profundo

De Cimerio á su estancia tenebrosa;
El caudillo de Christo sin segundo
Con la invencible gente belicosa
En el castillo entró, que entregó el fiero
Abenjafon al fuerte Caballero.
La inespugnable fuerza considera
Que ciñe en torno el levantado muro
De torres coronado, que á la fiera
Saña del tiempo le tenian seguro:
De la parte de Hispalis á fuera
El Betis mira transparente y puro,
Que en su menguante ó su creciente furia
Hiere en él siempre sin hacerle injuria.
Sube á lo alto á donde estaba puesto
Su real estandarte, y de allí mira
Los que en Hispalis mueve el viento presto,
Que refrenaban la Agarena ira:
En el tendido llano ve dispuesto
El campo, y lleno de placer se admira,
Ya la grandeza de Sevilla viendo,
Ya la hermosura que iba descubriendo.
Los dias en esto consumia el potente
Propagador de la union Christiana,
Solemnizando con su invicta gente
La victoria admirable de Triana,
Y habiendo siete veces en Oriente
Mostradóse la forma soberana
Que enriquece la tierra con su lumbre,
Sin exceder de su inmortal costumbre.
Siendo cumplido el término que diéron

Los Moros de dexar desocupada
La Ciudad en los dias que pidiéron,
Quando quedó la tregua confirmada;
Y como desde el punto que se fuéron
Cumplido el plazo no acudian á nada,
Ni para irse del lugar salian,
Ni á dar razon de su intencion venian.
Rezelando la bárbara inconstancia
No se altere movida de su injuria,
De su vano furor, de su arrogancia,
Que al mas leal quando la sigue injuria:
Teniendo por seguro y de importancia
Para el efecto, y refrenar su furia,
Pasar donde el exército glorioso
Lo agüarda, de lo propio rezeloso.
Con este pensamiento mandó luego
Aprestar los infantes y caballos,
Sin que el ocio pudiese ni el sosiego
Del justo acuerdo y pretension mudallos:
Y quando del mortal desasosiego
A los hombres procuran desviallos
Los astros que el sabroso sueño envian,
El vado tientan, y á su intento guian.
La Tribia Diosa en que la sombra obscura
Preside entre las formas celestiales,
El carro suspendió, y con lumbre pura
Resplandecia en los humidos cristales,
Enseñaba la via mal segura,
Y Betis con sus ninfas inmortales
Les iba el paso abriendo de manera

Que los puso en la Hispáiica ribera.
  De allí atraviesan el tendido llano,
Con el mayor silencio que pudiéron,
Y en medio del exército Christiano
Puestos en arma todos se pusiéron:
Esto fué visto, y dicho al Rey Pagano,
Significando mas de lo que viéron,
Que el temor hace siempre diferente
Lo que ofrece á la vista diligente.
  Acudiéron á dar remedio en esto
Los que tenian de Axartaf licencia,
Y él, sin hablar en medio dellos puesto,
Rezela alguna nueva violencia:
En esta duda y miedo manifiesto,
Abdalac, con mas brio que reverencia,
Conociendo la causa como sábio
Desanudó la lengua y movió el labio.
  Si quieres entender la causa cierta
Deste súbito y nuevo movimiento,
Desta venida á todos encubierta,
Bien presto lo sabrás si estás atento:
Quando le diste al vencedor la puerta,
Y en tus fuerzas seguro alojamiento,
Dentro de siete dias le prometiste
Que darias la Ciudad que le rendiste.
  Este plazo ha tres dias que está cumplido,
Y no das la Ciudad desocupada,
Qual fué en nuestros conciertos prometido
El dia que la paz quedó asentada:
Desto sin duda, y con razon sentido,

Viene con voluntad determinada
De entrar por fuerza en la Ciudad que es suya,
Donde apénas conocen cosa tuya.
Mira si en la ocasion como nos tiene
Del cielo que nos sigue la inclemencia,
Con tal intento el enemigo viene,
Lo que promete su mortal violencia:
Si esto se considera, nos conviene
Que remedie la presta diligencia
El descuido, enviando de tu parte
A demandar mas plazo y disculparte.
Torciéndose las manos miró al cielo
Axartaf, respondió, Abdalac amigo,
Ya no temo al contrario, ni rezelo
La fiera espada, ni el cruel castigo:
Deste lloroso pueblo me conduelo,
A quien en todo lo que pide sigo,
Esto solo atribula el alma mia,
Que no me dexa porque vea este dia.
Ve al Rey Fernando, y dile que no puede
Cumplirse lo asentado sino aguarda
A esta misera gente, á quien concede
La vida y lo demas que ampara y guarda:
Que si del tiempo prometido excede,
Y en darle libre la Ciudad se tarda,
Es por vender lo que forzosamente
Llevar no puede en la ocasion presente.
Que su Alteza remedie la miseria
En que se ve esta gente miserable,
Y un mes le dé para que haga feria

De sus bienes y caso lamentable :
Y luego la Ciudad de toda Hesperia,
La mas rica y del mundo mas loable,
Desocupada quedará de aquellos
Que sigue el cielo, y dexa Alá ofendellos.
  Dexó Axartaf de proceder delante
En su triste razon interrumpido
Del amargo dolor, que fué bastante
Para quedar privado de sentido:
Abdalac se aprestó y partió al instante,
Puso el mensage en el piadoso oido
Del Santo defensor, que lastimado
De oillo, fué quanto pidió otorgado.
  Luego que la merced del Rey fué hecha,
Todos acuden á poner por obra,
Quel tiempo y la ocasion que los estrecha
No se vaya, pues ido mal se cobra:
Qual vende el axuar, qual la cosecha,
Qual los muebles y ropa que le sobra,
Que no puede llevar en el viage,
Qual vende el carro, y qual compró el bagage.
  Qual el caballo que en la dura guerra
Le defendió, y fué en la paz su ornato,
Al mercader judio de la tierra
Lo vende ya sin miedo ni pecato:
El buey quel llano abrió, y sembró la sierra,
Que fué sustento á su Señor y trato,
En pago de su afan y sus trabajos
Para llevar al mar lo hacen tasajos.
  Los dias y noches consumian en esto,

Sin tratar ni ocuparse en otra cosa,
Porque no llegue el término dispuesto,
Dado por ley (entre ellos) rigurosa:
Calle ni plaza, ni escondido puesto
Habia de toda la Ciudad llorosa,
Que de fardos, de ropa y gente fuese
Desocupada, ni en quietud se viese.
Sola tu, ó Tarfira, en el horrible
Rigor de tu cuidado estás suspensa,
Sujeta al zelo y al amor terrible,
Que han de ser causa de tu gloria inmensa:
Solo acudes á ti; y por imposible
Tienes quanto tu ardiente afecto piensa,
Sin entender que el cielo es de tu parte,
Y quiere en ley y en suerte mejorarte.
Viendo la bella Mora el duro estado
De la prolixa guerra desta suerte,
Rendido el Rey, su pueblo sojuzgado
De la Christiana y poderosa suerte,
Crecia en su ansia, y daba á su cuidado
Nueva fuerza, y hacia el dolor mas fuerte
Ver ir á Botalhá, y llevar consigo
De la rendida gente al pátrio abrigo.
Aquí perdió del todo la paciencia,
Y el alma ardiendo en ira á la venganza,
Llena de horrible furia da licencia
Que obre el furor lo quel amor no alcanza:
¿Tal (dice) he de ver yo? ¿tal inclemencia
Ha de usar un traidor? ¿esta esperanza
Satisface mi fe y un mal tan largo?

¿Este prémio se da á mi llanto amargo?
¿Será razon que este enemigo mio
Ofenda así el honor y clara fama
De Hamet mi abuelo y de Ceyni su tio
Y mi padre, que fué Señor de Alhama?
¿Será razon que al patrio Señorío
Lleve por quien me dexa y me disfama?
¿Será razon que vean estos ojos
Que ella triunfe, y yo vaya por despojos?
Primero se hallará el alto cielo
De estrellas falto, obscuro y tenebroso,
Primero se verá con negro velo
Dar resplandor la noche luminoso,
Primero se hallará en el baxo suelo
El claro Apolo, y en el mar hondoso
El fluxô de las aguas dulce y puro,
Y alguno de fortuna estar seguro,
Que yo difiera mas, ni punto aguarde
De executar mi ánimo impaciente,
Que en la ley del honor es flaco y tarde,
Falto de esfuerzo y de valor ardiente:
Y hagan de mi desdicha infame alarde,
Mi desventura el libre vulgo cuente,
Que con la sangre della y dél espero
Lavar la mancha de mi honor primero.
No pudo decir mas, quel sentimiento
Que le arrancaba el alma congojosa
La lengua le trabó en el movimiento,
Y le encendió la voluntad furiosa:
Armada y á caballo fué al momento,

Sin aguardar ni reparar en cosa,
Pica á buscar á su enemiga fiera,
Donde la suerte de su bien la espera.
  Resuelta de vengarse, y que se entienda
Que le condena esta ocasion á muerte,
Que el honor pide que la vida venda
A trueque de gozar tan buena suerte:
Yendo así envuelta en su mortal contienda
Paró á considerar por donde acierte
A hacer su negocio, y á este punto
Halló un Christiano Caballero junto.
  Conoció luego á la afligida Mora
El fuerte Don Rodrigo de Marchana,
Y dixóle, ¿en qué ansia vas, Señora,
Es todavía en tu zelosa pena?
Voy siguiendo el furor que en mi alma mora,
Le respondió la bélica Agarena,
Sin proceder, quedándose suspensa,
Y él de mirar su hermosura inmensa.
  Así estuviéron sin poder hablarse
Un largo espacio, que la Mora bella
Dexó de su memoria arrebatarse,
Y traspuesta quedó ocupada en ella:
Don Rodrigo no osó determinarse
A tocalle la mano ni á movella,
Sino á dexalla, y ella en sí volviendo
Movió los bellos labios prosiguiendo:
  ¿En qual parte del mundo no se cuenta
La miserable suerte en que me veo?
¿A quién se encubre mi dolor y afrenta?

¿Quién no publica el fin de mi deseo?
La soledad me pinta y representa
Mi daño, y del contrario mio el trofeo,
Las plantas, fieras, fuentes, rios, montañas
Dicen el mal que abrasa mis entrañas.
Todos hacen notorio el daño mio,
No sé si es de dolor, ó por mostrarme
Que escarnecen mi ciego desvario,
Si lo fué de mi deudo y Rey fiarme,
Y si lo fué, que yo no me desvio
De mi culpa, aunque puedo disculparme,
Que confié de un Rey con juramento,
Dándome mano y fe de casamiento.
Duró en este propósito mostrando
Quel falso pecho no encubria otra cosa,
Quanto la luna el cielo atravesando,
Quince veces se vió llena y hermosa:
Al cabo desto el padre procurando
Apercibir de gente belicosa
La costa y bastecella, envió á Zebrino
Por ser varon para el efecto digno.
El inhumano Botalhá sabiendo
Este viage, sin tener licencia
Del padre, una galera apercibiendo
Se vino aquí dexando su presencia:
Dexóme á mí en mi deseo muriendo,
Sujeta al insufrible mal de ausencia,
Temiendo mas que la desdicha mia
La ira que en el padre conocia.
El qual nunca despues que dél se vino

Carta recibió suya ni recado,
Ni mas hablalle consintió á Zebrino,
Que hoy vive de Marruecos desterrado:
El sol lumbroso haciendo su camino
Seis veces cada signo ha visitado,
Desde que con ausencia tan injusta
De dar la muerte á mi inocencia gusta.
Desto ofendida, y del amor forzada,
Y como al fin muger amante y loca,
Sin reparar ni sujetarme á nada,
Con mal acuerdo y con prudencia poca
Con el honor dexé la patria amada
Por este, que no sé mover la boca
Sino es para llamalle mi enemigo,
Y al cielo demandar sobre él castigo.
Vine y hallele, qual teneis noticia,
Con la hija del Rey desta rendida
Ciudad, que sin lealtad, sin fé y justicia
Se la sacó, y se puso en vil huida:
Y viendo ahora quel traidor codicia
Volver á donde me dexó ofendida,
Y llevar por trofeos de la guerra
Su muger y la gente desta tierra,
Quiero pues ya ningun remedio humano
Puede dar á mi honor camino cierto,
No siendo mi marido este Tirano
Que al cielo ha sido en su promesa incierto,
Que hoy sea con este alfange y esta mano
El pecho aleve y sin verdad abierto,
Con quel escarnio de mi honor reparo,

Y su traicion y mi justicia aclaro.
He querido esta breve cuenta darte,
Sin saber á quien hablo ni á quien sigo,
Si me puedo fiar, si confiarte
Mi secreto dexándote ir conmigo:
Aunque entiendo, Señor, ques obligarte
Al secreto, tratándole contigo,
Que entre nobles es ley tan poderosa
Que ninguna hay mas justa ni forzosa.
Suspendió aqui la voz, dexó la historia
La hermosa guerrera, levantando
La vista, á donde envia la memoria
Justicia de su ofensa demandando:
Don Rodrigo, á quien era ya notoria
La ingratitud de Botalhá culpando,
Y lastimado della, y conmovido
A dolor, y á piedad le ha respondido:
Bien sé, ó Tarfira, tu suceso triste,
Público en el real de los Christianos,
Desde que al Rey de Lybia defendiste
De Muley General de los Paganos:
De tí noticia y de tu historia diste,
Todos saben tus males inhumanos,
Todos la deslealtad y el falso trato
Que usó contigo tu querido ingrato.
Manifiesto es qual digo el daño tuyo,
Y así no hay que tratar en él ahora,
Ni en pensar quel furor por órden suyo
Te pueda dar satisfaccion Señora:
De qualquier medio deste modo huyo,

Porque no puede aquí la vengadora
Espada hacer cosa que convenga,
Ni que el efecto que imaginas tenga.
  Remite el caso, no á tomar venganza
Con mano propia, porque no es posible,
Aunque te lo prometa tu esperanza
Regida de tu ánimo invencible:
Toma aquí por remedio la templanza
Si quieres reparar tu mal terrible,
Pon en el justo oido del Rey Santo
Tu justicia, tu agravio y tu quebranto.
  Desta suerte aseguro tu justicia,
Y la venganza del doblado pecho,
Aquí no tendrá fuerza la malicia
De los que tuercen el legal derecho:
De todo el caso tiene el Rey noticia,
Sin que te canses en contarle el hecho,
Dile quien eres, y confia que seas
Vengada, y satisfecha qual deseas.
  Yo estaré allí, sin que de tí me aparte,
Porque esta causa es propiamente mia,
Mia debo llamarla, y por mia darte
Para alcanzar tu intento abierta via:
Desta promesa puedes confiarte,
Y en fe della qualquier temor desvia,
Ponte al efecto, pues á punto estamos
En que lo veas, y al real llegamos.
  Vino Tarfira en el acuerdo dado,
Y siguiendo al prudente Caballero
Por el campo de armas rodeado,

Estancia de Belona y Marte fiero:
Llegan á donde en el sublime estrado
Viéron al Santo defensor Ibero,
Cercado de sus ínclitos varones,
Pestilencia de bárbaras naciones.
Sentado en silla, á la derecha mano
El fuerte hijo Don Henrique estaba,
Y á la siniestra el Príncipe Africano,
A quien la bella Mora procuraba:
Tarfira paró aquí, y dixo al Christiano,
¡Ay Señor mio! yo seré tu esclava,
Solo con que me pongas mi enemigo,
Donde pueda hablar solo conmigo.
Y esta mano te doy con juramento,
Como no ofenda al claro honor en ello,
De hacer quanto fuere tu contento,
Y hacer quanto pueda yo hacello:
Sosiega el herboroso pensamiento,
Y ese furor procura de vencello,
Que yo Señora mia te acompaño
(Respondió Don Rodrigo) al bien ó al daño,
Y esa ilustre merced que me prometes,
Esa grandeza que será ilustrarme,
Acepto con que solamente aceptes
Lo que fuere ofenderte y deshonrarme:
Y el cautiverio en que por mí te metes,
Queriendo tú por tuyo el yugo echarme
Me inclino, y juro en esta mano tuya
Que hoy seas vengada, ó veas la muerte suya.
Esto diciendo, á priesa se apeáron,

Y Tafira indignada y animosa,
Viendo al que la ofendió, y que la miráron,
En colera mudó el color de rosa:
Luego la conoció, como llegáron,
El Moro que la trae querellosa,
Y queriendo dexar libre el asiento
Asió ella dél y dixo, escucha atento:

Escucha, no te muevas, aunque has sido
Mudable de la fe que al cielo diste,
Botalhá, ni me cierres hoy tu oido,
Qual siempre al llanto en mi dolor hiciste:
Y para confusion deste atrevido
En el suceso de mi infamia triste,
A pedirte justicia, ó Rey benigno,
Rendida á tus reales pies me inclino.

Puso el hermoso rostro con el suelo,
Besando al Rey los pies humildemente,
Gimiendo con dolor y desconsuelo,
Con pensamiento nuevo y diferente:
Que tocado su espiritu del cielo
La vuelve al cielo, y con afecto ardiente
Hecha otra nueva Magdalena mira
Al Santo Rey, y sin hablar suspira.

Suspendió á todos el suceso extraño
El valor de la Mora conociendo,
Y que en venganza de su ofensa y daño,
Fiera venia mil daños prometiendo:
Y verla así en un dolor tamaño,
En tanta confusion llorar gimiendo,
Ignorando el secreto soberano

Varios acuerdos daba el vulgo vano.
Mas el divino Rey quel caso entiende,
Inspirado del cielo que lo aspira,
Satisfaciendo al vulgo que pretende
Entender la mudanza que le admira:
Puesto en pié el brazo poderoso tiende,
Y tomando la mano de Tarfira
La sentó junto á si, y la vista en ella
Al pueblo dice, y á la Mora bella:
Bien podeis celebrar en dulce canto,
O guerreros de España, esta victoria;
Y estimar su grandeza y gloria en tanto
Qual la mas alta y mas insigne en gloria:
Aquí la industria, ni el marcial quebranto
Obráron, ni hacen clara su memoria,
Mas la gracia divina y poderosa,
Que la quiere ilustrar y hacer famosa.
Bien se conoce esta merced, bien claro
(O fuerte hija de Ceyni) se ha visto
Que qual á Saulo á darte al alma amparo
Te postra en tierra, y toca en ella Christo:
Vuelvete á él, y dexa del avaro
Apóstata la secta que resisto,
La ceguedad desvia de tus ojos,
Que Dios te llama á darte altos despojos.
Despide ese turbado encogimiento,
Dexa esa suspension, alza la vista,
¿Mira á qué aspiras? ¿dime qué es tu intento?
¿Qué quieres que conceda ó qué resista?
No te altere el extraño pensamiento,

Ni te cause pavor la cruel conquista,
Que dentro de tu ánimo ahora sientes
De estímulos y afectos diferentes.
  El suave discurso açabó en esto
El Santo defensor de los Christianos,
A Tarfira obligando en lo propuesto
Diga sus movimientos soberanos:
La qual con rostro y con semblante honesto,
Juntas las palmas de las bellas manos,
Ambas rodillas puestas en el suelo,
Dice los ojos levantando al cielo:
  O tu, Señor, que de mi ciego engaño
Por tu clemencia quieres hoy sacarme,
Dando tu amparo á mi dolor extraño,
A mi deshonra el prémio que ha de honrárme,
Pues tú remedio quieres ser al daño,
Y de la culpa que nací librarme,
Yo te confieso por mi Dios, y adoro
Tu ley, y desde hoy tu nombre honoro.
  Permite que á esta indigna sierva tuya
El divino Bautismo le sea dado
Que pide, porque así se restituya
Esta alma poseida del pecado:
Y libre de la ofensa y maldad suya
Entre por esa llaga del costado
Que por mi culpa fué, Señor, abierta,
Y por ella á tu gloria das la puerta.
  No pudo decir mas, y aunque pudiera
Fué el alboroto tal, tal el ruido,
Tal el rumor, y tal la voz de fuera

Que todo fué en clamores confundido:
Que se sosieguen pide el Rey, y espera
L'el almirable caso suspendido,
Ni órden, razon, respeto, mando, ruego
Dan al confuso escandalo sosiego.
Con la fama del caso iba creciendo
Por todas partes la confusa gente,
Unos y otros en alta voz diciendo
El milagro y merced tan excelente:
Las partes de Tarfira refiriendo,
Tenida por tan bella y tan valiente,
Venian los unos y los otros dando
Gracias del hecho al cielo y á Fernando.
Sin haber órden ni tener remedio
Quel confuso tumulto se aplacase,
El Rey dexó el asiento, y puesto en medio
Por señas demandó que sosegase:
Esto sirvió de conveniente medio,
Y obligó quel silencio administrase;
Quel alboroto se quietase; oyendo
A un Moro que Axartaf envió diciendo:
Que ya la gente estaba aderezada
Para el viage, y quel siguiente dia
La Ciudad dexara desocupada,
Dando principio á su afrentosa via:
Que su Alteza tuviese aparejada
Flota para pasar en Berbería
Cien mil Moros rendidos en la guerra,
Y otros trescientos mil que han de ir por tierra.
Que á los unos y otros del seguro

Que prometió en el último concierto,
Quando las fuerzas le entregó, y el muro
Fué sin contraste libremente abierto:
Aquí el mensage congojoso y duro,
Concluyó el Moro, y conociendo cierto
El Santo defensor que habia acabado,
Con voz divina respondió al recado:

Vuelve y dile á Axartaf, que de la suerte
Que demanda el seguro, y el pasage
Que ya le concedí, será, ó la muerte
Antes en mí que arriesgue en su viage:
Que salga confiado en esta suerte,
Sin temor que haya cosa que le ataje,
Que venga, que ya todo está aguardando
Prevenido, el efecto deseando.

Con esto se fué el Moro mensagero,
Y Bocalha á prevenir su ida
Pidió licencia, y puesto en pié el primero
Salió el alma en mil ansias combatida:
Y á la que tuvo el corazon de acero,
A la que aborreció y jamas fué oida,
Ahora la desea, ahora la quiere,
Y en esta privacion por ella muere.

Dice entre sí turbado y congojoso,
Lleno de confusion y desatino,
¡Ay triste ida, ay prémio glorioso,
Que para verme en tal afrenta vino!
¿Qué llevó á Lybia un pueblo temeroso,
Una gente á quien sigue Alá divino,
Si dexo acá la gloria de mi alma,

Y á los Christianos de mi honor la palma?

No quiera Dios que vea tal deshonra
Quien debe morir ántes que la vea,
¡Mas ay triste que no estimé mi honra,
Dexando á quien mi alma señorea!
Justamente me olvida y me deshonra,
Justamente huir de mi desea,
¡Mas ay que no es consuelo entender esto,
Mas confusion para morir mas presto!

Que me aconseja amor en un extremo
En que tanto se extrema en daño mio,
Pues ayer fui de yelo, y hoy me quemo
En el fuego infernal de mi desvio:
Lloro mi mal, y la inocencia te[illegible]
De aquella que ofendió mi desv[illegible]rio,
Que andará siempre en la prese[illegible]ia
Acusando mi ingrata rebeldía.

Aquejándose el Moro así, y gimien[illegible]
A su estancia llegó, y la noche obscura
Al mismo punto se venia tendiendo
Por el cielo, siguiendo á la luz pura:
Acabóse el concilio apercibiendo
El Rey á todos, lo que hacer procura
En la entrada que ya [illegible] presente,
Y á la ocasion asida de[illegible]

Gimiendo y suspirando [illegible]derezaban
Los bárbaros los bienes que tenian,
Unos sobre sus hombros los cargaban,
Y con ellos al campo se salian:
Otros en requas, y otros enviaban

Carros, y con clamor se despedian
Los unos de los otros, levantando
La voz al cielo en su favor llamando.

Aquí del hijo el padre se despide,
La madre de la hija allí se aparta,
Y abrazada del nieto al yerno pide
Que se detenga un punto ántes que parta:
Qual á su amigo ruega que no olvide
De encaminar á Rábato su carta,
Y quales en estrecho abrazo asidos
Dan sin hablar sollozos y gemidos.

En esto estaban todos ocupados
Sin que el cuidado los dexase un punto,
Ni descansasen dél aunque cansados,
Temiendo el dia que tenian ya junto:
Quando Apolo salió de los bordados
Senos de Flora, el aureo carro apunto,
Rompiendo de la obscura noche el velo
Las frias nieblas desvió del cielo.

Luego el Maestre aderezó su gente,
Y con el órden que del Rey tenia
En campaña se puso diligente
A ser escolta y dar segura via:
Botalha que á su bizarro se ve presente,
Y su deseo próspero acudia,
Con un baston en la derecha mano
A los que á Lybia van aguarda ufano.

Tocó del alto muro una trompeta
Un Moro, y dió señal á la salida,
Que en la Ciudad á nadie era secreta,

Y llorada de todos y sabida:
Altera el ronco son, mueve, inquieta,
Y del modo que estaba apercibida
Van saliendo, con lágrimas regando
Las calles y las casas abrazando.

Sin órden, sin sosiego, ni concierto
Apriesa unos tras otros van saliendo,
Tristes, confusos, conociendo cierto
La dura suerte que les va siguiendo:
Viendo el campo de bárbaros cubierto
Don Pelayo, su ida apercibiendo,
En escolta trescientos mil guardaba,
Y con ellos por tierra caminaba.

Cien mil Moros al Príncipe Africano
Para pasar en Africa se allegan,
Que temerosos del poder Christiano
La patria dexan, y la fe le niegan:
A todos habla con semblante humano;
Y todos como á su Señor se entregan:
Manda que apriesa empiecen á embarcarse,
Que en esto el tiempo solo ha de ocuparse.

Fué obedecido, y puesto en obra luego,
Trayendo ropa y embarcando gente
Por una parte y otra sin sosiego,
Ni cesar punto en el t[illegible]nte:
Botalha, combatido de su fuego,
Con la fatiga que en el alma siente
El dulce nombre de Tarfira envuelve
En un supiro, y á buscarla vuelve.

Para y dice (ay de mí) ¿cómo es posible

Que Tarfira me dexe así y me olvide?
¿Tan cruel ha de serme y tan terrible
Que huya al que adoró, y su gracia pide?
¿Ser puedo yo á Tarfira aborrecible?
¿De su amor con tal odio me despide?
¿Qué digo? no es muger quien hace que huya
De mí, que así me niega, y la ley suya.

El dolor le impidió la lengua, y puesto
En triste suspension, la vista alzando,
Qual si viera en el ayre el Reyno infesto,
Tal quedó mudo Botalha y temblando:
Llegó Alguadayra (estando el Moro en esto)
Fatigada, y con lágrimas mostrando
El sentimiento de la patria amada,
La vista en ella dice lastimada:

¡Ay Sevilla del mundo amparo y gloria,
Albergue de Alá santo! en paz te queda,
Queda en segura paz, dete victoria
El Hado, y vida que á la edad preceda:
Vivas sin que se acabe tu memoria,
Y el cielo en privilegio te conceda
Contraria suerte de la suerte nuestra,
Qual en tu largo asedio se nos muestra.

En su tierno discurso procediera
La hija de Axataf, si la dexara
La gente que salió de la ribera
Pidiéndole que apriesa se embarcara:
Botalha, lleno de congoja fiera,
Blasfemando del cielo y suerte avara,
Se embarca, y dando vela al franco viento,

Con cien mil Moros parte al patrio asiento.
Ya á este punto la Ciudad divina
Desocupada, el bárbaro lanzado,
Dar en triunfo la entrada determina
Al Santo defensor que la ha ganado,
Que con su invicto exército camina
De yedra y sacro lauro coronado:
Dando esta heróica insignia de victoria
Fin á su empresa, y á mi Musa gloria.

POESÍAS ESCOGIDAS

DE NUESTROS CANCIONEROS

Y ROMANCEROS ANTIGUOS.

CONTINUACION

DE LA COLECCION DE D. RAMON FERNANDEZ.

TOMO XVI.

CONTIENE

EL CANCIONERO, LOS ROMANCES MORISCOS,
Y LOS PASTORILES.

MDCCXCVI.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

PRÓLOGO.

Aunque el público, despues de tantas colecciones de Poesías ligeras como ha visto, pudiera estar mal dispuesto á recibir la que ahora se le presenta; nos atrevemos sin embargo á pedirle para ella toda la atencion é interes, que pueden darse á esta clase de bagatelas. Ya se los mire por la parte del lenguage; ya por la poesía, los Romanceros encierran una muchedumbre de preciosidades, que no debian quedar olvidadas en las rarísimas colecciones que casi nadie leia ya. Entresacarlas de allí, darlas el órden natural que deben tener, limpiarlas de las infinitas mentiras en que abundaban, y corregirlas á veces de los lugares que el mal gusto del siglo imprimió en ellas; tal ha sido el trabajo que los editores han hecho, y que ofrecen gustosos al entretenimiento de muchos lectores, y á la reflexîon y estudio de algunos.

La Poesía Castellana, ruda y grosera en

su principio como son todas las artes quándo comienzan, nada ofrece interesante á quien la contempla con los ojos de la imaginacion: pero el Gramático y el Filósofo pueden encontrar en sus primeros ensayos, el uno muestras del carácter y costumbres de la edad en que se escribiéron, y el otro los principios de la formacion del lenguage. Es de extrañar por cierto que una nacion guerrera, acostumbrada en siete siglos continuos á luchar con los bárbaros usurpadores, no haya empezado por tener una Poesía bélica, robusta, y llena de energía. Mas estaban muy distantes de este carácter los primeros elementos, que la formáron. La Poesía Provenzal, la Gallega, la Portuguesa, ocupadas siempre en amoretos, ó en devociones, sin sublimidad, sin calor, envueltas entre conceptos pueriles y qüestiones impertinentes, podian prestar poco al entusiasmo de la Castellana, que en sus principios se formó de todas ellas. Y aunque hubo Poetas que se atreviéron á cantar asuntos que pe-

dian robustez y sublimidad, como eran las hazañas del Cid, y de Alexandro, no hiciéron otra cosa, que manifestar la desigualdad de sus fuerzas para unos objetos tan grandes. En la coleccion que Don Tomas Sanchez hizo de las Poesías anteriores al síglo XV; solo las obras del Arcipreste de Hita merecen alguna atencion por su invencion festiva é ingeniosa. ¿Pero quién puede leerlas? Su lenguage rudo, y escabroso, su estilo informe y pesado, su versificacion indecisa y dura, y últimamente la monotonia bárbara de sus rimas atormentan el gusto ménos delicado, y le rechazan de su lectura.

La lengua y las costumbres comenzaban ya á pulirse en el Reynado de Juan el II, y la Poesía á la par con ellas iba suavizándose, y mejorando su armonía. Aquel Príncipe manso y bueno por carácter, muy poco propio para regir las riendas del Estado en las turbulencias, que le agitáron quando reynó, era mas apropósito para los fáciles juegos de las Musas. El fomentaba y se en-

tretenia con los trobadores, escribia algunos versos, y corregia tal vez los de Juan de Mena. Esto bastaba para que los cortesanos se dedicasen al cultivo de la Poesía, y entre ellos Don Jorge Manrique, y el Marques de Santillana hacen honor á su siglo. La fermentacion general que de aquí se originaba, fué ayudada en gran manera por la galantería, que entónces mas apasionada que ahora, produxo sucesos capaces de agitar por sí solos la imaginacion ya exâltada de aquellos Poetas. El desdichado Macias, llamado por excelencia el enamorado, despues de haber perdido por sus amores la libertad, pereció en su prision á manos del marido de la Dama á quien amaba[1]: Garcisanchez, Poeta de mas opinion y crédito que Macias, se volvió loco, y al cabo mu-

1 Macias fué muerto de una lanzada que le tiró aquel zeloso hidalgo, miéntras estaba cantando unos versos que habia hecho, quejándose de su suerte. Santillana hizo por este lance su *Querella de amor*, que es la primera composicion, que insertamos del Cancionero.

rió enamorado y perdido por una prima suya. Las rencillas por otra parte, la sátira y la envidia que son tan comunes, y amancillan tanto esta profesion; eran poco conocidas en aquel siglo. Todos los que entónces se llamaban trobadores se alentaban y se instruian: y si el suceso de sus trabajos hubiera sido conforme al entusiasmo que los guiaba, la edad de Juan el II, seria la mejor época de nuestras Musas.

Pero estaba todavía la literatura muy en sus principios para que sus progresos fuesen grandes. La lengua que manejaban, rígida y dura se prestaba poco á sus esfuerzos: la rima de que se valian era pesada, y poco conforme á la armonía verdadera: apénas conocian á los antiguos, y en ellos solos podian beber el gusto exquisito, y el verdadero modo de imitar á la naturaleza. Los caracteres de la Poesía de aquel tiempo son la sencillez y la pobreza. Poco numerosa, poco fácil; ella se perdia mas bien entre conceptos ingeniosos, que entre imágenes ricas; y

al ver las expresiones forzadas, y los ripios miserables con que llenaban sus versos, parece que aquellos Poetas se contentaban con rimar bien ó mal un pensamiento qualquiera, y con dar su cuidado á la invencion, que las mas veces era bien impertinente.[1] El gusto mezquino de hacerse qüestiones agudas sobre el amor, estrechaba su genio, y no le dexaba abandonarse á las efusiones del sentimiento: y últimamente la debilidad del colorido que se advierte en aquellas Poesías, las hace por lo comun insípidas é ingratas en su lectura.

Quando nos pusimos á reconocer los Cancioneros antiguos, con el fin de escoger composiciones para esta coleccion, nos admiramos de ver quan pocas eran las que podian llamarse verdaderamente poéticas. Pero habiédonos propuesto dar una muestra

1 Un exemplo de esto son las lecciones de Job puestas en verso, y acomodadas á sus amores por Garci Sanchez, y los Mandamientos glosados del mismo modo por otro Poeta.

de la Poesía del siglo XV, fué preciso elegir las que presentamos al principio del tomo primero. En ellas luce mas imaginacion; se ve el afecto mas bien expresado, y últimamente están mas exêntas de las puerilidades é impertinencias, que afean de ordinario á las demas. Y es tambien preciso confesar que Juan de Mena, Santillana, y Manrique se distinguen mucho de los otros Poetas, el primero por el número y riqueza de la expresion, el segundo por la dulzura del estilo, y el tercero por la grandeza del pensamiento.

El trato que tuvo Boscan con Naugerio á principios del siglo XVI, hizo mudar de semblante á la Poesía Castellana. Este Italiano le aconsejó que ensayase la versificacion de su pais en nuestra Poesía; y el ensayo executado por Boscan tuvo un éxîto prodigioso. Nuestros Poetas abandonáron las coplas, y empezáron á servirse de las rimas Toscanas. Garcilaso, Acuña, Cetina, Mendoza, y otros sostuviéron esta novedad

á pesar de Castillejo, y los demas partidarios de la versificacion antigua, que veian la decadencia de nuestra Poesía en la ruina de las coplas. Castillejo no lo entendia, ó la parcialidad le cegaba. El no veia que las coplas sujetas siempre á una cadencia so pena de parecer duras, no se plegaban fácilment á la variedad que exîge la armonía imitativa; y que la abundancia con que en ellas se prodigaban los consonantes, las hacia dificultosas en su mecanismo, y fastidiosas al oido. Estos inconvenientes desaparecian en la versificacion Italiana, que suelta y libre, sujeta á mil combinaciones en la disposicion de sus versos largos y cortos, mas armoniosa y mas varia en la colocacion de sus pies, ofrecia un campo mas rico para los colores de la imaginacion. Así cayéron enteramente las coplas: ninguno de los buenos ingenios quiso cultivarlas, y generalmente fuéron destinadas á los asuntos mas frívolos. ¿Qué podian oponer sus partidarios á los bellos rasgos de Garcilaso, á los

buenos versos de Acuña y de Cetina? Castillejo, el Príncipe de los copleros, no presenta en sus obras mas que palabras y consonantes, sin pensamientos, imágenes ni afectos.

Pero los Poetas que habian introducido el endecasílabo, desluciéron las ventajas que de su uso pudiéron seguirse, con la servil imitacion á que se sujetáron. Boscan, el primero que se sirvió de él generalmente [1], Boscan era poco hombre para crear una Poesía nueva: contento con estudiar mucho á los Poetas Italianos, y con seguir muy de léjos á Petrarca, él se *atrevió á traer las joyas de este amable genio* [2] *en su mal com-*

1 Sabemos que mucho ántes de Boscan ya Santillana habia escrito tal qual soneto. Pero su exemplo no tuvo influxo ninguno por entónces.

2 Quando damos este título á Petrarca, le miramos solamente con relacion á sus versos: pero no nos olvidamos que era todavía hombre mas grande que buen Poeta. La elevacion de su carácter, la firmeza de sus principios, y la entereza de su conducta, le hacen superior infinitamente á su siglo, y un hombre de primer

puesto vestido. No se sabe hasta qué punto esta mania de imitar alteró las bellas dotes, con que habia nacido Garcilaso. La naturaleza le dió una imaginacion delicada, una sensibilidad dulce, un modo de pensar noble y decoroso: pero todo esto desaparecia con el gusto de zurcir entre sus versos pasages de Horacio ó de Virgilio 1. El genio de Garcilaso callaba entónces, y aunque para él, y para sus contemporáneos fuese un mérito entender á los latinos, y saberlos traducir; nosotros ahora que estamos en un siglo ménos pedantesco, quisiéramos que este escritor estudiando igualmente á los latinos no los hubiera copiado tantas veces, y se hubiera abandonado á su feliz natural. Ca-

órden en todos. En una palabra: él fué el restaurador de la literatura, y el primero que escribió y vivió como Filósofo en la Europa moderna.

1 *Y tú, rústica Diosa, ¿á dónde estabas?*
Ibate tanto en perseguir las fieras &c.

¿De dónde tomó Garcilaso tan bello movimiento? ¿de dónde la idea de su cancion quarta? Sus mejores rasgos son enteramente suyos.

si toda la Poesia del siglo XVI es una pura imitacion. Ya Griega, ya Toscana, ya Latina, en pocas partes original y nueva, se contentó con seguir las huellas de los Poetas de aquellas naciones; porque los nuestros no hiciéron de ordinario otra cosa, que imitar mas ó ménos felizmente, segun su capacidad y su genio.

1 La gran máxima de que *aquel que no imita á los antiguos, no será imitado de nadie*, está sujeta al error; como tantas otras máximas vagas, que suenan mucho y nada dicen. Podriásele oponer esta otra: *Aquel que no hace mas que imitar, no será imitado de nadie*; á lo ménos esto es mas cierto, atendida la naturaleza de las cosas: las formas de un original se alteran y debilitan mucho en las terceras copias, que de él se hacen. Un Poeta debe sin duda estudiar noche y dia los bellos módelos antiguos y modernos para formar su gusto, y excitar su genio. Pero Horacio que recomendaba el manejo continuo de los exemplares Griegos, llamaba á los imitadores *servum pecus*, y elogiaba á los Poetas que se habian atrevido á salir de la senda trillada por aquellos. Que inflamados á veces con la lectura de un bello trozo, y encontrando un asunto igual, quieran los Poetas ensayarse en aquel camino, y volar á la [illegible] con su módelo, sin sujetarse servilmente á su mane-

Quedaba empero un rézago de nuestra antigua Poesía, aunque muy mejorado en las Letrillas y los Romances. No todos los decires y trobas que se hacian en el siglo XV, eran para cantarse: destinábanse á esto las Canciones [1], los Villancicos, los Ro-

ra; esto, quando lo hacen con la superioridad que Luis de Leon en su *Profecía del Tajo*, es dignísimo de aplauso, y cede siempre en gloria del Poeta y aumento del buen gusto. ¡Pero desdichados aquellos que para componer, necesitan abrir un libro, copiar de aquí, y traducir de allá! Esto mas que hacer versos, es formar centones, que se distinguen solamente en lo mas ó ménos puro de las fuentes en que se bebe. ¿Y en tal caso qué es del genio? El genio es una cosa que los imitadores ni sienten, ni comprehenden, ni necesitan. El genio estudia los modelos, y observa la naturaleza para copiarla y hermosearla en sus obras: miéntras que la mediocridad se contenta con estudiar los traslados, y tomar de allí lo que acierta.

1 *No sé porque me fatigo,*
Si con razon me vencí;
No siendo nadie conmigo,
Y vos y yo contra mí.

He aquí una bellísima cancion de Manrique: seria bueno que los que escriben Poesías ligeras, aprendiesen este tono de sentimiento tan natural, tan gentil

mances; generalmente todas las composiciones donde se ponia estribillo. Pero los Romances que entónces se escribian, eran bien infelices. Nosotros hemos dado una muestra de ellos, que empieza en la página 74 del primer tomo, y por ella pueden conocerse quán fastidiosas serian semejantes composiciones, donde guardándose por lo comun un solo consonante, no habia variedad en los sonidos, ni armonia, ni soltura. Prescindiendo de esto, la dificultad que ofrecia el amontonar tantas rimas sin ofender, ni á la razon, ni al buen gusto, era insuperable para sus autores, que se veian precisados á valerse mil veces de ripios y de miserias.

Con mejor acuerdo inventáron despues el uso de los asonantes, que mas fáciles, mas abundantes, y ménos fastidiosos eran de consiguienre mas á propósito para aquel género de Poesía. No se sabe á punto fixo á que época podria reducirse esta invencion [1]:

1 Puede decirse de los asonantes lo mismo que de los endecasílabos: aunque fuéron conocidos anterior-

solo si podria asegurarse que Garcilaso, Mendoza y Acuña no la conociéron, que otros Poetas se desdeñáron de usarla, y que ella fué destinada solamente á los Romances y á las Letrillas, que eran por decirlo así la Poesía del vulgo. El uso del asonante se perfeccionó y generalizó probablemente en el último tercio del siglo XVI, quando se escribiéron los infinitos Romances de que se formó la gran coleccion de ellos, impresa en Madrid en 1604, por Juan de la Cuesta.

Hemos dicho que estas composiciones eran la Poesía del vulgo, y no con intencion de menospreciarlas. Desnudos verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion, cuidándose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó

mente, su uso no fué general hasta el tiempo que decimos. Algun otro romance se encuentra en el Cancionero, donde se hallan asonantes; pero esto sucede pocas veces, y tienen ademas demasiado ayre de pobreza, para creer que los usaban con estudio.

canciones de Petrarca, componiéndose mas bien por instinto mas que por arte, los Romances no podian tener el aparato y la elevacion de las odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos fuéron propiamente nuestra Poesía lírica: en ellos empleaba la música sus acentos: ellos eran los que se oian en los estrados, y por las calles en el silencio de la noche, al son del harpa ó la vihuela: ellos servian de incentivo á los amores, y tal vez de flechas á la satira, y la venganza: pintaban felizmente las costumbres Moriscas ó las Pastoriles; y conservaban tambien la memoria del Cid y otros héroes señalados. En fin mas flexîbles que los otros géneros se plegaban á toda clase de asuntos, se ataviaban de un lenguage rico y natural, se pintaban de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original, sin violencia y sin estudio.

No por esto aseguramos, que los Ro-

mances se hallen exêntos de defectos; los tienen y muy grandes. Nuestros Poetas, á quienes á veces sobraba el genio, les faltaba de ordinario el gusto, prenda preciosa que de las bellezas que se presentan á la imaginacion, escoge las mejores, las combina, y sabe presentarlas en su mejor brillo. El gusto hubiera enseñado á los Poetas del siglo XVI á ser ménos secos, á escoger mejor sus asuntos; y á suprimir sin contemplacion alguna los muchos trozos prosaycos ó baxos con que malamente acompañáron sus bellas producciones: hubiera enseñado á los del siglo siguiente á ser ménos frívolos, ménos pedantes, ménos prolixos, y á quemar enteramente todo el falso brillo de que se adornáron. Pero el gusto, que nace siempre de la ilustracion [1], no pudo ser general en unos tiempos, en que la masa de las luces no era muy grande. Así encontrándose sin di-

1 *Scribendi recte, sapere est et principium et fons:*
Rem tibi socraticae poterunt ostendere chartae.
Horacio.

que alguno la aficion miserable á las falsas flores, á los equívocos, y á los pensamientos refinados, opuesta directamente á la verdadera elegancia, se derramó como una epidemia por toda nuestra literatura, y corrompió tambien los Romances, marchitando mucha parte de su natural belleza. Y se introduxo esta peste en ellos con tanta mayor libertad, quanto mas ayudaban tales juguetes á la galantería, que los tenia por discreciones; y porque se los creyó disimulables en unas obras, que se hacian como jugando. Por otra parte los Romances que se atreviéron á salir de su esfera, y á tratar asuntos demasiado grandes, no siempre tienen el colorido conveniente á su materia: tal es por exemplo el 26 de la tercera parte; composicion harto débil para la sublime escena que pinta [1].

[1] *Dí al Procónsul* (respondió Mario al Lictor, que le intimaba la órden de salir del Africa) *que has visto á Cayo Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.* ¿Dónde está el genio superior que pueda añadir

Sin embargo hay en los Romanceros mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos, que en todo lo demas de nuestra Poesía. Los Romances Moriscos principalmente están escritos con un vigor, y una lozania de estilo que encanta. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente la valentía y el amor, aquellos Moros tan bizarros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonoros y tan dulces, todo contribuye á que parezcan infinitamente nuevas y poéticas las composiciones en que se pintan. Los Poetas se cansáron despues de disfrazar sus galanterías con el trage Morisco, y se acogiéron al Pastoril: entónces á los desafios, á las cabalgatas, á las divisas sucediéron los campos, los arroyos, las flores, los rebaños; y con esta mudanza lo que

belleza á esta escena, á esta expresion tan soberbia? El Poeta que se atrevió á trasladarla en un Romance, debia haberla dexado en la historia, donde se encuentra con toda su admirable sencillez.

perdiéron los Romances en vigor, lo ganáron en sencilléz.

La invencion en unos y en otros es bellísima, y admira ver con qué propiedad describen, y en quan pocos rasgos, el sitio, el personage, y los sentimientos que le agitan: Aquí es el Alcayde de Molina, que entra alarmando los Moros contra los Christianos, que les talan los campos: allá es el malogrado Aliatar, que en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que él dia anterior le vió salir lleno de lozanía: ya es una simplecilla, que habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige al contemplar las reconvenciones que la hará: ó bien es un Pastor, que solo y desdeñado se ofende de ver que dos tórtolas se besan en un álamo, y las espanta á pedradas. Y si se quisiera reducir esta clase de Poesía á los géneros conocidos, podria asegurarse que entre los Romances se encuentran excelentes anacreónticas, bellos idilios, y felices

odas; siendo cierto, que los géneros deben distinguirse por lo esencial de su objeto y sus colores, mas bien que por su mecanismo y disposicion.

Las antiguas colecciones están executadas con infinito desórden y negligencia. Ibánse colocando los Romances conforme se recogian, y así están esparcidos acá y allá sin conexîon alguna entre los que deberian tenerla, llenos de mentiras, y lo que es peor de coplas extrañas que los alteran y corrompen: efecto natural de ser unas canciones vagas, donde todo el mundo quitaba ó añadia á su antojo. Nosotros hemos procurado que esta coleccion saliese libre de confusion semejante. Se han limpiado muchos vicios de sentido, ya que era imposible hacerlo con todos: y se han clasificado los Romances, segun sus diversas especies en Moriscos, Pastoriles, Heroycos y Jocosos. De estos, los que nos pareciéron mas endebles, ménos originales, y expresivos, fuéron los penúltimos, sin embargo de que se ven co-

sas excelentes en los del Cid [1], y en los caballerescos. Así de buena gana hubieramos omitido los pertenecientes á asuntos Grie-

[1] La imaginacion y la historia se complaciéron á porfia en pintar á este héroe extraordinario con los colores mas bellos, y los rasgos mas amables. De nuestros antiguos tiempos no se ve hombre alguno que haya reunido tantas virtudes á tanto valor. Buen hijo, tierno esposo; leal Caballero, y magnánimo caudillo; superior á todas las flaquezas, generoso á pesar de los zelos, y la envidia de una Corte conjurada contra él, Rodrigo de Vivar se manifestó grande en todos los puestos de su carrera, y fué el escudo de su patria contra los bárbaros, que sin él la hubieran afligido miserablemente. Así el carácter casi maravilloso de sus acciones inflamó las cabezas poéticas de los mas de nuestros antiguos trobadores. El primer ensayo conocido de nuestra Poesía fué hecho en alabanza del Cid: sus mocedades diéron motivo á Guillen de Castro para hacer una composicion dramática donde se ven algunas escenas trágicas, las únicas acaso que entónces se escribiéron: *El Cid* de Corneille fué la primera buena tragedia que se vió en la Europa moderna. Y en quanto á los Romances que se hiciéron sobre su vida, son algunos de ellos tan enérgicos, reyna en otros una simplicidad tan agradable, y están escritos los mas con un estilo tan robusto y tan animado, que á pesar de su vulgaridad merecen bien el aprecio y la atencion de qualquiera hombre de gusto.

gos y Romanos; sino fuera por la contemplacion que tuvimos hácia los mismos asuntos; y si por otra parte no probáran fuertemente lo que arriba diximos de la imitacion, pues los mas de ellos no son otra cosa. Pero la parte que comprehende las Letrillas y Romances cortos, resarce completamente este vacio. ¡Qué dulzura! ¡qué gracia! ¡qué armonía! En esta parte vencemos.

Bien se hubiera querido dar al frente de cada Romance el nombre de quien le compuso: mas esto era imposible. Y aunque por la semejanza del estilo pudieramos conjeturarlo en algunos; como esta prueba es tan aventurada, y la averiguacion tan poco importante, no hay para que detenernos en hacerla. La buena época de nuestros Romances comprehende el mejor tiempo de la Poesía, en que Lope de Vega, Liaño y otros mil desconocidos tan buenos ó mejores que ellos, aun no se habian acabado de corromper con el pésimo gusto que despues lo ahogó todo: comprehende en fin la juventud

de Góngora, á quien para ser un gran Poeta, nada faltó, sino vivir en un siglo mas sábio.

Despues de aquella época solo el Príncipe de Esquilache hizo buenos Romances: solo él acertó á darles aquella media tinta, aquella gracia y ligereza que ántes tuviéron. Solis, Rebolledo, Ulloa que despuntáron en algun otro género de Poesía, nada valen en este; porque á fuerza de correr tras la discrecion y el ingenio los perdiéron totalmente de vista, y diéron en la afectacion, que es en los libros, como en el trato humano el mas desagradable de todos los vicios. Mucho mas se acabó de corromper el gusto con los Romances, que se escribiéron á fines del siglo pasado, y principios del actual. ¿Pero qué habian de hacer Gerardo Lobo, Torres, Montoro y otros infelices, á quienes entónces se llamó Poetas, hombres desnudos de genio, de gusto, y absolutamente ignorantes de los primeros principios de la imitacion? En nuestros dias he-

mos leido con singular placer varios Romances escritos con la sencilla elegancia, y con la dulzura que les conviene: en ellos la expresion poética luce con todos sus encantos; y pues el público los conoce, no es necesario señalarlos aquí. ¡Ojalá que la mejora acaecida á esta y otras espocies de Poesía alcance prontamente á todas! Ya es tiempo de abandonar los Romances y las Cantinelas, para atender á otros géneros mas importantes y mejores.

I.

DEL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Ya la gran noche pasaba,
Y la luna se escondia,
La clara lumbre del dia
Radiante se mostraba:
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos y pena,
Oí triste cantilena
Que una tal voz pronunciaba.
¡Amor cruel y brioso,
Mal haya la tu alteza!
Pues no haces igualeza
Seyendo tan poderoso.
Desperté como espantado,
Y miré á do sonaba,
El que de amor se quejaba,
Bien como dannificado.
Ví un hombre ser llagado
De un gran golpe de flecha,
Y cantando tal endecha
Con semblante tribulado.
De ledo que era, triste

¡Ay amor! tú me tornaste
La hora que me quitaste
La Señora que me diste.
Díxele, ¿por qué hacedes,
Señor tan esquivo duelo?
¿O si puede haber consuelo
La cuita que padeces?
Respondióme, hallaredes
Mi cuita ser tan esquiva,
Que jamas en quanto viva
Cantaré segun veredes.
Con tan alto poderío
Amor nunca fué juntado,
Ni tan orgulloso brio
Como ví por mi pecado.
Amigo, segun paresce
La dolor que vos aqueja,
Es alguna que os dexa
Y de vos no se adolesce:
Respondióme, quien padesce
A tal plaga por amar,
Tal cancion puede cantar
Jamas, pues le pertenesce.
Su cantar ya no sonaba
Como dante, ni se oia,
Mas manifiesto sentia

Que la muerte lo aquejaba:
Que jamas él no cesaba,
Ni cesó con gran quebranto
De decir aqueste canto
A la sazon que espiraba.
  Pues placer no puedo haber
A mi querer degradado,
Moriré por ir á ver
Todo mi bien deseado.

II.

DE JUAN DE MENA.

¡O rabiosas tentaciones!
Dadme un poco de vagar
Sin que me pueda quejar
De tantas tribulaciones:
Quantas sufro padesciendo,
Y he sufrido penando,
A tantas veces muriendo
Que la mi vida que atiendo,
Ya la maldigo llorando.
  Ven por mí, muerte maldita,
Perezosa en tu venida,
Porque puedas dar finida

A la mi cuita infinita:
Rasga del todo la hoja
Do son escritos mis dias,
Y del mi cuerpo despoja
La vida que tanto enoja
Las tristes querellas mias.
  Por te amar desamo á mí,
Y eres mi tanto querida:
Pues quieres muerte por vida
Muriera quando nací.
O me quisieran do quiero,
O no nasciera en el mundo,
Y pues tanto mal espero
Fuera yo el hijo primero
Y nunca fuera el segundo.
  Si el nacer fuera en mi mano,
Yo mas quisiera no ser,
Que haber sido y nascer
Para morir tan temprano:
La ninguna mal andanza
No me diera tanta guerra,
Ni la bien aventuranza
Me pusiera en esperanza
Si ante fuera so tierra.

III.

DE DON LUIS DE VIVERO.

¡O quién pudiese deciros
Lo que no puedo decir,
De verme así despedir
Muriendo yo por serviros!
Que con el dolor que siento
Ningun sentido me queda,
Para que deciros pueda
Quanto puede mi tormento.
Y pues mandais apartarme,
Dadme pies para partirme,
Lengua para despedirme,
Y manos para matarme:
Porque á la hora que os ví
Os dí quanto en mi tenia,
Así que no soy en mí,
Mas en vos, Señora mia.
Mis lágrimas y suspiros
Y quanto mas me atormenta,
Porque á nadie no deis cuenta,
Quiero con ellos serviros.
Mas pues servicios no pueden,

Mandadme tornar la vida,
Porque mis huesos no queden
En tierra desconoscida.
  Tornadme la libertad
Para que pueda partirme,
Que de buena voluntad
La dareis por despedirme.
  Mi corazon me volvais,
Yo os lo dí y tan entero
Que qual vos me lo tornais,
Tal está que no lo quiero.

IV.

DEL MISMO.

  Estando mi sentimiento
Desvelado de velar
Las torres de mi tormento,
Y mi descontentamiento
Puesto en el desesperar,
Por defender
Las entradas al placer
Y la salida al pesar,
  Me ví de rabia de amores
Tan cercado el corazon,

Que requerí á mis dolores
Que me fuesen valedores,
Y firmólo la pasion
Dayudarme
Contra mí hasta matarme
La vida en el aficion.
  Con esta seguridad
Que tomé de mi dolor
Labrará la soledad
Un muro en la voluntad,
Con que no tenga temor,
Que memoria
Con engaño de su gloria
Le haga fuerza de amor.
  Y así triste retraido
A la vida trabajosa
La pasion que me ha valido,
Tiene el seso convertido
En no querer otra cosa
Sino males,
Pues ellos no son iguales
De la esperanza engañosa.
  Así que mi desventura
Ya me tiene tan contento
Con la vida de tristura,
Que renuncian de ſventura

La obra y el pensamiento;
Porque ya
Nunca mi fe se verá
Con mayor contentamiento.

V.

DE HERNAN MEXIA.

Descubre los defectos de las mugeres.

En un centro tan malvado
Do tantos males se encubren;
¿Quién terna seso bastado?
Que si un cuento habeis contado
Infinitos se descubren:
Todas crian en la suma
Quanto mas valiente bogan,
Y al mas tender la pluma,
No tocan mas de la espuma
Do sentrapan y se ahogan.
Poder del padre Corvacho,
Saber del hijo Torrellas,
Dad á mi lengua despacho,
Porque diga sin empacho
Aquel mal que siento dellas.

Ellas son junqueras vanas
Y falsillos son dalbogue,
Hechas de hojas livianas,
Llenas de culpas humanas,
Criadas entrel azogue.
Un ser que sin ser está,
Y bien dun ayre que atiza,
Gozo quen humo se va,
Un don que quando se da,
Se nos tira mas aprisa.
Aquel que mejor tropieza
Quando mas mas es amado,
Cumple estar que no se meza,
Que en volviendo la cabeza
Es traspuesto y olvidado.
Luego dan con un autor
En las causas del exceso,
Y contra la ley damor
Alegan que dos mejor
Abogan en un proceso.
Ellas aman y aborrescen
En un hora presto y matan,
Ellas hieren y guarescen,
Quando se niegan sofrescen
Donde prenden se rescatan:
Do se revelan se dan,

Quando se dan las perdemos,
Quando vienen ya se van,
Aquien mas huyen sestán,
Nunca están sin dos extremos.
Ellas de salto senojan
Quando están mas sin enojos,
Y en lo que se desenojan
Cien cosas se les antojan,
Siempre tienen mil antojos:
Ya se muestran rostrituertas,
Ya muy dulces halagadas,
Ya dudosas son inciertas,
Bravas, altivas reyertas,
Y bravas mansas, domadas.
Ellas muestran que desvian
Lo que por arte acarrean,
Desviando lo desguian,
Contrastando nos desvian
El fin que mas se desean.
Si las cometen y aquejan
Hácense nunca vencidas,
Pláñense, lloran y quejan,
Quando sienten que las dexan,
Déxanse caer tendidas.
Muestran que temen y dudan,
Y en tal caso que ignoran

Hacen que le desayudan,
Y ellas mismas nos ayudan
Do su bien todo desfloran.
   Y despues desto deshierra
Hilo á hilo por su haz
Vereis lágrimas en tierra,
Y dende aun hora la guerra
Es tornada en dulce paz.
   Ellas nos dan la contienda,
Ellas nos piden las treguas,
¡Guai de quién las reprehenda
Que dél van á suelta rienda
A parar seiscientas leguas!
   Con quien sus vicios recave,
Con quien sufra sus engaños,
Con quien sus maldades calle,
Con quien sus vicios alabe
Vivirán trescientos años.
   Muéstranse que nos desaman
Quando sus gozos nos roban,
Y fingiendo que nos dañan
Hacen que se desapañan,
Y estónces se nos adoban:
   Marchitan la flor de lis,
Y buscan con què se ingrife,
Si bien sus males sentis

Todas son Semiramis,
La mejor, mejor Pasife.
Bien que todos las complacen
Sin que amor preste sus flechas,
Por ellas sinque semplacen
Quando mas os satisfacen
Quedan ménos satisfechas.
Causa de tal desvario
De natura les depende,
Que les da tal forma el brio
Daquel natural muy frio,
Quen tal fuego nos enciende.
Naturalmente dolientes
De su propiedad ingratas,
Accidentalmente prudentes,
Honestas en continentes,
Por accidente beatas.
Arteficialmente hermosas,
Por accidente fieles,
Naturalmente envidiosas,
Temerosas y porfiosas,
Naturalmente rebeles.
Son deseosas, ufanas,
Amigas del mal hacer,
Vanagloriosas, vanas,
Presumiendo de galanas,

Por mejor mal cometer.
Con falsos desembarazos
Y maneras imperfetas
Dellas descubren pedazos,
Ya los hombros, ya los brazos,
Ya los pechos, ya las tetas.
A fin de hallar consejo
Que les de mas aparato,
Mas belleza y aparejo,
Aquel negro del espejo
Danle mil vueltas al rato.
Ya se ponen y desponen,
Ya sañaden mas arreos,
Descompónense y componen;
En esta guerra los ponen
Los pecadores deseos.
Prueban el reir á miedo,
Pruébanlo suelta la boca,
El semblante triste ó ledo,
Toman con la lengua quedo
Las puntillas de la toca.
Ya se trazan los cabellos,
Ya los sueltan, ya los tajan,
Mil manjares hacen dellos,
Van y vienen siempre á ellos
Sus manos que los barajan.

Crescen y menguan las cejas,
Súbenlas discenlas breve,
Tórnanse frescas las viejas,
Las amarillas vermejas,
Las negras como la nieve.
Destos modos tan discretos
No se do hallan tesoro,
Veo los cabellos prietos,
Quando me cato perfetos,
Como rubias hebras doro.
Ya se muestran tan garridas
De questán de tantas caldas,
Mas vedlas desproveidas,
Las que visteis encendidas,
Verlas heis como las gualdas.
Ya se tocan y destocan,
Ya se publican y esconden,
Ya se dan, ya se rebocan,
Ya se mandan, ya se trocan,
Ya sadoban, ya cohonden.
Ya sasoman, ya se tiran,
Ya se cubren y descubren,
Ya rien, lloran, sospiran,
Ya no miran, ya nos miran,
Ya se muestran ya sencubren.
Unas parescen mansillas

Como que no saben mal,
Ellas mismas son gavillas,
Son á la sazon astillas,
Son la yesca y pedernal.
  Ante aquel que temen ellas,
Son calladas muy beninas,
Pero partido de vellas,
Ante quien mas calla dellas,
Parlan mas que golondrinas.
  Do no tienen reprensura
Toda honestá destronza,
La que veis con mas cordura,
La questá con mas mesura,
Da mas saltos que una onza.
  No refrenando su yerro
Contrahacen el german,
Qual es marica del cerro,
Qual se llama pié de hierro,
Y qual rodrigo acan.
  Si seguran no seguran,
Quando hablan siempre mienten,
Quando secretan mesturan,
Quando safirman no duran,
Quando contrastan consienten.
  Pedirán porque les pidan,
Quando hacen bien destruyen,

Quando sacuerdan olvidan,
Quando despiden convidan,
Quando dilatan concluyen.

VI.

DEL MISMO.

Desque de vos fuí partido
Un dolor vino á buscarme,
Que por ser mas aflegido
Aunque gran pena he tenido,
Nunca ha querido matarme.
Y el remedio que tenia
Deste mal que no sacaba,
Era segun me sentia
Preguntar á quantos via,
Si iban donde os dexaba.
Y uno que me respondió:
Yo vo donde preguntais,
Con el placer que me dió,
Le pude decille yo,
¡O quién fuese donde vais!
Mas pues no puedo volver,
Deci allá que topastes
Un hombre tan sin placer,

Que no quisierades ver,
Pues en vello os lastimastes.
  Y decid çomo me vistes
Con las tristezas que veis,
Aunque no se si podreis,
Con la lástima que habreis
De contar cosas tan tristes.
  Las señales le deci
De mi pasion dolorida,
Que vistes tristeza en mí,
Por el pesar que sentí
Del dolor de mi partida.
  Mas una seña dareis
Con que seré conoscido,
Sin otras que contareis
De los males que me veis,
Porque mas seais creido.
  Y ha de ser una pasion
Sin otras mil que me vistes,
Y que sacais por razon
Que llevo en el corazon
La mayor pena que vistes.
  Iba de negro vestido,
El rostro triste y lloroso,
Paso á paso y desmayado,
Por unos montes perdido

Sin nunca esperar reposo:
La barba lleva crescida
Como fué su mala suerte,
Y con pasion dolorida
Bien demostraba su vida
Las señales de la muerte.
El iba solo y llorando
Quera dolor de mirar,
Y el pesar lo va aquejando,
Cada paso sospirando
Sin placer á su pesar.
Tal lo ví, que no es razon
Que tenga tanta crueza
Quien le niega el galardon,
Que no tenga compasion
De dalle tanta tristeza.

VII.

DE COSTANA.

La grandeza de mis males
Que amor cresce cada dia
Peligrosos
A los brutos animales,
Si los viese, les haria

Ser piadosos:
Y tú perversa malvada,
Tan cruel cómo hermosa,
Siempre huyes
De te dar poco ni nada
Desta mi vida rabiosa,
Que destruyes.
  Ni te puede dar pesar
Este amor, ni su poder
Sabe dar medio,
Para te hacer mirar,
Ques razon ya de querer
Mi remedio:
Y mi dolor mi enemigo
Con que á muerte y disfavores
Me condenas,
No tiene poder contigo,
Que dolor te de dolores
De mis penas.
  Y pues mi fe, ques mi daño,
Tan gran ultrage recibe
Padesciendo,
Y mi servir sin engaño
Mas te ofende, que te sirve
Bien sirviendo,
O sin piedad porque ciegas

Ave piedad algun dia
Puede ser;
Queste amor que agora niegas,
Quebrante tu gran porfia
Su poder.
Y pues su cerrado sello
Asentó en el pecho mio
Tan sellado,
A él solo me querello,
Con él solo desafio
Tu desgrado.
Con él conjuro tus sañas,
Que te quiera descubrir
Pensamientos,
Porque tus sotiles mañas
Se conviertan en sofrir
Mil tormentos.
Aquella tuerza gigante
Con camor derriba y cansa
El animal,
Que viene humilde delante
La doncella, que le amansa
Desigual,
Torne tu fiera esquiveza,
Que contra mi siempre ví
Ser tan fuerte,

En tan humilde tristeza,
Que tus males ante mí
Pidan muerte.
Aquel amor con que viene
La triste cierva engañada
Bramando,
Donde el ballestero tiene
Su muerte muy concertada
En llegando,
Te ponga tal compasion
Que vayas ciega perdida
Muy de veras
A quitarme de pasion,
Tanto que por darme vida
Morir quieras.
Aquel amor que publica
Con su llanto de amárgura
Desmedido
La viuda tortolica,
Quando llora con tristura
Su marido,
Y se busca soledad,
Donde su llanto concierte
Muy esquivo;
Te haga haber piedad
De la dolorosa muerte

Que recibo.
Aquel amor tan derecho
Y querencias tan extrañas
Sin temor
De llave que rompe el pecho,
Y da á comer sus entrañas
Por amor,
En tí misma lo recibas,
Y tan poderoso sea
Con sus llamas,
Que rompas tus carnes vivas,
Porque yo solo te crea,
Que me amas.
Aquel amor que tomar
Suele con voces trocadas,
Con que ofende
Al tiempo del reclamar
A las aves no domadas
Y las prende,
A las voces del reclamo
De mi mal que no te olvida
De dulzura,
Tal tú vengas do te llamo
Enredada, combatida
De tristura.
Aquella rabia sin ruego,

Aquel amor del abismo
Tan sin vicio,
Con que el fenix hace el fuego
En que hace de sí mismo
Sacrificio,
Si crueza tal consiente,
Tal dolor tú siempre tengas
Por quererme,
Que la misma ansia que siente,
Sientas tú hasta que vengas
A valerme.

Aquel amor que desdeña
La doncella requerida
Y encerrada,
Que desquiva y zahareña
Amor le torna vencida
Muy penada,
Y su libertad esenta
Quebranta con fuerza grande
Su poder,
Te ponga tal sobrevienta,
Que por remedio te mande
Obedecer.

Aquel amor no fengido
Con que la madre no calla
Muy cruel,

Quando su hijo ha perdido,
Y le busca y nunca halla
Rastro dél,
Y jamas cierra la boca
Preguntando por las calles
Do estuviéron;
Tal te vea venir loca
Preguntando á quantos halles,
Si me viéron.

Aquella zelosa ira
Que amor revuelve á deshora
De enemigo,
Con que la triste Deanira
Hizo llevar la alcandora
A su amigo,
Y aquellas llamas esquivas
Con que sus fuerzas tan fuertes
Fenescio,
Senciendan en tí mas vivas,
Porque mueras de mil muertes
Como yo.

¡O amor! y ¿dónde miras
Tu fuerza que no paresce,
Dime hola
Contra quien obran tus iras,
Quien mejor se las meresce

Questa sola?
Vuelve tus sañas en ella,
Muestre tu poder cumplido
Quanto pueden,
Porque con muerte de aquella
Que tus leyes ha rompido,
Firmes queden.
A este con rabia pido,
Que de su mano herida
Tal te veas,
Qual se vió la Reyna Dido
A la muy triste partida
De su Eneas;
Y con el golpe mortal
Que dió fin á sus amores
Te conjuro,
Que tu vivir desleal
No jamas de sus dolores
Veas seguro.
Aquella rabia secreta
De zelos, amor y pena
Mal sin medio,
Con que se queja Fiometa
Buscando piedad agena
Por remedio,
A tí, muy desconoscida,

Tan cruelmente te dexe
Yo partido,
Que con muy penosa vida
Llorando tu fe se queje
Del olvido.
Aquel amor que penaba
A la muy triste Medea
Con porfía,
Quando sus hijos mataba,
Y damor cruel pelea
La vencia,
A tu mucha discrecion
Ponga tales embarazos
Y tal cisma,
Porque crea tu pasion,
Ante mí hagas pedazos
A tí misma.
Y no olvide las querellas
De las penas que conmigo
Siempre peno,
Pues es mas lo poco dellas
Que lo mucho que te digo
De lo ageno;
Con todas conjuro fuerte,
Queste amor te de pasion
Tan sin calma,

Que al cabo ya de tu muerte
Pidiéndome compasion
Des el alma.
  Y entónces verás aquel
Tu amador, que vencido
Nunca quede,
Ser contra tí mas cruel,
Que el cobarde combatido,
Quando puede;
Por te hacer ya pensar
Ques justa causa damor
Conoscida,
Al triste quitar pesar
Que al que muere con dolor
Dalle vida.
  Mas guai de mí que rezelo,
Que si qual digo te ves
A la muerte,
Las rodillas por el suelo
Me verás ante tus pies,
A valerte;
Porque quando mas quejoso
Y quando mas de tí huya
Yo cativo,
No quiero serte enojoso,
Pues mi vida está en la tuya,

Miéntras vivo.
Y pues ella ya esta tal,
Que de morir por tí cierto
No hay tardanza,
No des mas mal á mi mal,
Que dar muerte al que esta muerto,
No es venganza;
Mas esconde la crueza,
Quel dia en que tú nasciste,
Te nasció
Para mirar la tristeza
Deste tu cativo triste,
Que so yo.
No me juzges tu enemigo,
Que mi fe lo contradice
Y lo deshace,
Que si algo aquí te digo,
No so yo quien te lo dice
Ni me place;
Mas damor que va delante,
Si de tal razon sentabla
Queja dél,
Quen la boca del amante
El dolor es el que habla,
Que no él.
Amor que prende y quebranta,

Fuerza, que fuerzas derriba
Muy entera,
Y al mismo temor espanta,
Y á lo mas libre cativa
Sin que quiera,
A tí muy desconoscida
Tan cruelmente cative,
Pues que sabe
Que la mi penosa vida,
Quen tal dolor siempre vive,
No sacabe.

VIII.

DE SUAREZ.

Carta á su amiga.

Anda ve con diligencia,
Triste papel, do te mando,
Y llega con reverencia
Ante la gentil presencia
De quien quedo contemplando.
Si preguntare por mí,
Responderás con desmayo;
Señora, quando partí,
Con mas pasiones le ví,

Que letras conmigo trayo.
    Y si dixere por qué?
Dirás que por su deseo,
Quen pensar que maparté,
Do mirar no la podré,
Mil muertes morir me veo.
Y si dice, no so yo
Quien le da penas tan tristes,
Tú dirás; él me juró,
Que ninguna lo prendió,
Despues que vos lo prendistes.
    Si te preguntare mas,
Su querer es qual solia?
Aquí le responderás,
Señora, nunca jamas
En su firmeza porfia,
Y donde quiera questá,
En vos piensa, y en vos mira
Quando viene y quando va
Tambien acá como allá,
Se queja, muere, y sospira.
    Y si quisiere saber
¿Cómo vivir he podido?
Dí, que vivo por tener
Esperanza de volver
En aquel gozo perdido:

Que si dél me despidiera,
Segun la pena he sentido,
Ninguna vida viviera,
Que de la muerte no fuera
Mas de mil veces vencido.
  Desque digas el tormento
Tan amargo en que me dexas,
Remira con ojo atento
Como hace sentimiento
De mis angustias y quejas;
Y mira si se entristesce,
Si pierde ó cobra color,
Y mira si te aborresce,
Y mira si mengua, ó cresce
En su gesto la dolor.
  Y mira si te recibe
Con desden ó aficion,
Y mira bien si concibe
El daño de quien tescribe
Amorosa compasion:
Mira si huye de tí,
Si te ve, si te olvida,
Mira si hace de sí,
Despues que della partí
Mudanza con la partida.
  Mira si tiene placer,

Mira si tristes enojos,
Y mira por conoscer
Su querer y no querer.
Lo que mas miran sus ojos,
Y mira bien en quejar,
Lo que de mi daño sea,
Mira que sepas contar
Lo que podiste contar
Quando con ella me vea.

IX.

DE RODRIGO DAVALOS.

Cancion.

Desconsolado de mí,
No hallo quien me consuele,
Cedo mi vida se asuele,
Pues tal pérdida perdí.
Perdí mi consolacion,
Perdí toda mi alegria,
Y perdí con quien solia
Consolar mi corazon;
Pues que ya me despedí
De ser ledo como suele,

Cedo mi vida sasuele,
Pues tal pérdida perdí.

Glosa.

Algünos tiempos pasados
Que agora lloro perdidos,
Yo me ví tan sin cuidados,
Que á muchos enamorados
De mis congojas heridos
Con consuelo socorrí
A lo mismo que me duele;
Y agora que yo sentí,
Desconsolado de mí,
No hallo quien me consuele.
Pues vos, triste pensamiento,
Cresced mi dolor esquivo,
Y esfuércese mi tormento,
Que aunque quiera, no consiento
Vivir la vida que vivo.
¿Qué aprovecha, que me vele,
Pues del bien me despedí?
¿Qué me queda que rezele?
Cedo mi vida sasuele
Pues tal pérdida perdí.
Así que pues no mejora

Un mal de mal tan estrecho,
Dime, muerte robadora,
¿Cómo no vienes agora,
Que lo mas hallarás hecho?
Y sabrás de mi pasion,
Do verás la lengua mia
Decir en muy triste son;
Perdí mi consolacion,
Perdí toda mi alegria.

Perdí la vida mejor
Con que yo me contentaba,
Que nunca perdió amador
Mejor, pues que mi dolor
Con mi vista se sanaba.
Pues si la muerte querria,
Ya ves si tengo razon:
Perdí quanto bien tenia,
Perdí mas con quien solia
Consolar mi corazon.

Y si algun tiempo placer
Tuve sin pena ninguna,
Y sirviendo merescer,
Púdelo con mi querer
Pocas gracias á fortuna.
Si descanso poseí,
No de valde, que comprele,

¿Para qué, triste, nací
Pues que yo me despedí
De ser ledo como suele?
Si mi fin quiere venir,
Alegrarme ha su venida,
Pues saldré de mal sufrir;
Y si vos os quereis ir,
Idos en buen hora, vida.
Que cuidado me desvele,
Yo pido que sea así,
Y aunque muerte me revele,
Cedo mi vida sasuele,
Pues tal pérdida perdí.

X.

DE GUEVARA.

¡O desastrada ventura,
O mi fe desconsolada,
O quán presto arrebatada
Tiene fin triste holgura!
En vivir tu ser profundo
Ninguno viva contento,
Que las glorias deste mundo
Todas pasan como viento.

Los bienes vuelan, y vanse,
Los males duelen, y quedan,
Amores así lo ruedan,
Porque muerte no descanse.
Los quales punto ni dia
En un ser no han firmeza,
Por dos horas dalegría
Son mil años de tristeza.

Y en las ondas destos males,
Do sigue amor sus aferes,
Todas haces de placeres
Son aforros de pesares:
Sino veldo por mi gloria,
Que de fuerza sin herida
Me mato por la vitoria,
Cotro tiempo me dió vida.

Qualquiera que se fatigue
Por amor, no le es ganancia,
Sino á aquellos sin constancia
Que les sigue lo que sigue:
¡Qué de prietas ó de blancas
Igual siguen sus contiendas!
Si el amor vuelve las ancas,
Amador vuelve las riendas.

Mas yo que leal serví
Con mi tormento durable,

No pude selle mudable
A aquella cuyo nascí:
Y con esta fe perdida,
Que jamas tuvo victoria,
Mi dolor me da tal vida,
Qual meresce tal memoria.

Por cegar estas pisadas,
Tomé nuevos accidentes,
Y con mis llagas presentes
Peresciéron mis entradas;
Que si yo soy verdadero,
Bien querido sin medida,
Bien lo dixo amor primero,
Que jamas nunca solvida.

Ningun tributo que viene,
No se piense ser perdido,
Ni el descanso es conoscido,
En el tiempo en que se tiene;
Es cosa muy conoscida
En esta guerra penada,
Ningun bien ser buena vida
Hastal tiempo ques pasada.

Y así mis siglos pasados
Agora muerto los lloro,
Ques perdido ya el tesoro
Que buscaban mis cuidados:

Que mi bien sin enviallo
Ya partió sin duda cierto,
Tan partido que en pensallo
Doy comigo en tierra muerto.
Destas lágrimas pasadas
Que lastiman mi sentido,
El verano ques venido
Reverdesce las pisadas:
Que tal tiempo hasta agora
Me hiciéron crudos males,
Bien allí do mi señora
Ví danzar so los rosales.
A la qual ví yo muy leda
Con las Damas y sus brios
En las fuentes y en los rios
De la muy verde arboleda;
Donde ví bien acordados
Muchos dulces instrumentos,
Con los quales ví mezclados
Mis cativos pensamientos.
Con tal membranza damor
En la dulce primavera
Vome solo á la ribera,
Contemplando en mi dolor.
Y con mis tristes enojos
Asenteme entre las flores,

Donde regué con mis ojos
Mas que secan los calores.
Y pensando en mis pasiones,
Me recuerda la verdura,
La qual me daba tristura
Con mis muertas presunciones.
Qu su vista me recuenta
De mis bienes la membranza,
Esta misma me presenta
Mi mortal desesperanza.

XI.

DE DON JORGE MANRIQUE.

Estando triste seguro
Mi voluntad reposaba,
Quando escaláron el muro,
Do mi libertad estaba.
A escala vista subiéron
Vuestra beldad y mesura,
Y tan de recio hiriéron,
Que venciéron mi cordura.
Luego todos mis sentidos
Huyéron á lo mas fuerte,
Mas iban ya mal heridos

Con sendas llagas de muerte.
Y mi libertad quedó
En vuestro poder cativa,
Mas gran placer ove yo,
Desque supe quera viva.
  Mis ojos fuéron traydores,
Ellos fuéron consintientes,
Ellos fuéron causadores,
Quentrasen aquestas gentes.
Quel atalaya tenian,
Y nunca dixéron nada
De la batalla que vian,
Ni hiciéron ahumada.
  Despues que oviéron entrádo
Aquestos escaladores,
Abriéron el mi costado
Y entráron vuestros amores:
Y mi firmeza tomáron,
Y mi corazon prendiéron,
Y mis sentidos robáron,
Y á mí solo no quisiéron.
  ¡Qué gran aleve hiciéron
Mis ojos, y que traycion,
Por una vista cos viéron
Venderos mi corazon!
Pues traycion tan conocida

Ya les placia hacer;
Vendieran mi triste vida,
Yo hubiera dello placer.
Mas al mal que cometiéron
No tienen escusacion,
Por una vista cosí viéron,
Venderos mi corazon.

XII.

DEL MISMO.

Los fuegos quen mi encendiéron
Los mis amores pasados,
Nunca matallos pudiéron
Las lágrimas que salléron
De los mis ojos cuitados.
Pues no por poco llorar,
Que mis llantos muchos fuéron;
Mas no se pueden matar
Los fuegos de bien amar,
Si de verdad se prendiéron.
Nunca nadie fué herido
De fiera llaga mortal,
Que tambien fuese guarido,
Que le quedase en olvido

De todo punto su mal.

En mí se puede probar,
Que yo no sé que me haga,
Que quando pienso sanar,
De nuevo quiebra pesar
Los puntos de la mi llaga.

Esto hace mi ventura,
Que tan contraria masido,
Que su placer y holgura
Es mi pesar y tristura,
Y su bien verme perdido.

Mas un consuelo me da
Este gran mal que me hace,
Que pienso, que no terná
Mas dolor que darme ya,
Ni mal con quien mamenace.

¿Qué dolor puede decir
Ventura que me ha de dar,
Que no lo pueda sofrir,
Porque despues de morir
No hay otro mal ni penar?

Por esto no temo nada,
Ni tengo de que temer,
Porque mi muerte es pasada
Y la vida no acabada
Ques la gloria que ha de haber.

Pues pena muy sin medida,
Ni desiguales dolores,
Ni rabia muy dolorida
¿Qué pueden hacer á vida
Que los desea mayores?
No sé en que pueda dañarme;
Ni mal que pueda hacerme,
Pues que lo mas es matarme,
Desto no puede pesarme,
De todo debe placerme.
Sobró mi amor en amor,
Al amor mas desigual,
Y mi dolor en dolor
Al dolor que fué mayor,
En el mundo y mas mortal.
Y mi firmeza en firmeza
Sobró todas las firmezas,
Y mi tristeza en tristeza
Por perder una belleza,
Que sobró todas bellezas.

XIII.

COPLAS

QUE HIZO EL MISMO DON JORGE MANRIQUE A LA MUERTE DE SU PADRE DON RODRIGO.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Quan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como á nuestro parecer
Qualquiera tiempo pasado,
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente,
Como en un punto se es ido,
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido,
Por pasado.

No se engañe nadie no,
Pensando que ha de durar,
Lo que espera,
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar,
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar,
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos,
Y mas chicos,
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.
Dexo las invocaciones
De los famosos Poetas
Y Oradores:
No curo de sus ficiones,
Que traen yerbas secretas,
Sus sabores.
Aquel solo me encomiendo,
Aquel solo invoco yo,

De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció,
Su deidad.
Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos quando nascemos,
Andamos miéntras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo, que fenescemos;
Así que quando morimos,
Descansamos.
Este mundo bueno fué,
Si bien usasemos del,
Como debemos;
Porque segun nuestra fe
Es para ganar aquel,
Que atendemos.
Y aun el hijo de Dios
Para subirnos al cielo,
Descendió
A nacer acá entre nos,

Y vivir en este suelo,
Do murio.
   Ved de quan poco valor
Son las cosas trasque andamos,
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos,
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados,
Que acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados,
Desfallecen.
   Decidme, ¿la hermosura,
La gentil frescura y tez,
De la cara,
La color y la blancura,
Quando viene la vejéz,
Que se para?
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal,
De juventud,
Todo se torna graveza,
Quando llega al arrabal,
De senetud.

¿Pues la sangre de los Godos,
El linage y la nobleza,
Tan crecida;
Por quantas vias y modos,
Se pierde de su alteza,
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡Por quán baxos y abatidos,
Que los tienen!
Otros que por no tener,
Con oficios no debidos,
Se mantienen.

Los estados y riqueza,
Que nos dexan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora,
Que se muda.
Que bienes son de fortuna,
Que revuelve con su rueda,
Presurosa:
La qual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda,
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
Y lleguen hasta la huesa

Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Como sueño.
Y los deleytes de acá,
Son en que nos deleytamos,
Temporales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.
  Los placeres y dulzores,
De esta vida trabajada
Que tenemos;
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada,
En que caemos?
No mirando á nuestro daño,
Corremos á rienda suelta,
Sin parar;
Desque vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.
  Si fuese en nuestro poder
tornar la cara hermosa,
Corporal,
Como podemos hacer

El alma tan gloriosa,
Angelical;
¿ Qué diligencia tan viva,
tuvieramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva,
Dexando nos la señora
Descompuesta?
   Estos Reyes poderosos,
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos,
Fuéron sus buenas venturas,
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte,
Que á Papas y Emperadores
Y Prelados,
Así los trata la muerte,
Como á los pobres pastores
De ganados.
   Dexemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos
Ni sus glorias:
Dexemos á los Romanos
Aunque oimos y leimos,
Sus historias.

No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado:
¿Qué fué de ello?
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.
¿Qué se hizo el Rey Don Juan,
Los Infantes de Aragon,
Que se hiciéron?
¿Qué fué de tanto galan,
Que fué de tanta invencion,
Como traxéron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras
Fuéron sino devaneos,
¿Qué fuéron sino verduras
De las eras?
¿Qué se hiciéron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se hiciéron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
Las músicas acordadas,

Que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas,
Que traian?
Pues el otro su heredero
Don Henrique, ¿qué poderes
Alcanzaba?
¡Quán blando, quan halagüero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás quan enemigo,
Quan contrario, quan cruel,
Se le mostró;
Habiéndole sido amigo,
¡Quán poco duró con él
Lo que le dió!
Las dadivas desmedidas,
Los edificios Reales
Llenos de oro,
Las vaxillas tan febridas,
Los Henriques y reales
Del tesoro,
Los jaeces y caballos
De su gente y atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscallos?

¿Qué fuéron sino rocíos
De los prados?
Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué Corte tan excelente
tuvo, y quanto gran Señor,
Que lo siguió?
Mas como fuese mortal,
Metiólo la muerte luego
En su fragua.
¡O juicio divinal!
Quando mas ardia el fuego
Echaste el agua.
Pues aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado
No cumple que del se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y su mandar
¿Qué le fuéron sino lloros,
Que fuéron, sino pesares
Al dexar?

Pues los otros dos hermanos,
Maestres tan prosperados
Como Reyes,
A los grandes y medianos,
Traxéron muy sojuzgados
A sus leyes.
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Qué fué sino claridad,
Que quando mas encendida
Fué amatada?
Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses, y Condes
Y Varones
Como vimos tan potentes
Dí muerte ¿dó los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hiciéron en las guerras
Y en las paces,
Quando tú cruel te ensañas,
Con tus fuerzas las atierras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes

Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O qualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes ayrada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El Maestre Don Rodrigo,
Manrique tan famoso
Y tan valiente,
Sus grandes hechos y claros,
No cumple que los alabe
Pues los viéron;
Ni los quiero hacer caros,
Pues el mundo todo sabe
Quales fuéron.

Amigo de sus amigos,
¡Qué Señor para criados
Y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!

Que maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razon!
Muy benigno á los sugetos,
Y á los bravos y dañosos
Un leon.

En ventura Octaviano,
Julio Cesar en vencer
Y batallar,
En la virtud Africano,
Anibal en el saber
Y trabajar.
En la bondad un Trajano,
Tito en liberalidad
Con alegria.
En su brazo un Archiano,
Marco Tulio en la verdad
Que prometia.

Antonio Pio en clemencia,
Marco Aurelio en igualdad
Del semblante,
Adriano en eloqüencia,
Teodosio en humanidad
Y buen talante,

Aurelio Alexandre fué
En disciplina y rigor
De la guerra,
Un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor
De su tierra.

No dexó grandes tesoros,
Ni alcanzó muchas riquezas
Ni vaxillas,
Mas hizo guerra á los Moros,
Ganando sus fortalezas
Y sus villas.
Y en las lides que venció,
Caballeros y caballos
Se perdiéron,
Y en este oficio ganó
Las rentas y los vasallos
Que le diéron.

Pues por su honra y estado,
Si en otros tiempos pasados
Bien se hubo,
Quedando desamparado,
Con hermanos y criados
Se sostuvo.
Despues de hechos famosos,
Que hizo en aquesta guerra

Que hacia,
Hizo tratos tan honrosos,
Que le diéron muy mas tierra
Que tenia.

Estas sus viejas historias,
Que con su brazo pintó
En juventud
Con otras nuevas victorias
Agora las renovó
En la senetud.
Por su grande habilidad,
Por méritos y ancianía
Bien gastada,
Alcanzó la dignidad
De la gran caballería
De la Espada.

Y sus villas y sus tierras
Ocupadas de tiranos
Las halló;
Mas por cercos y por guerras,
Con la fuerza de sus manos,
Las cobró.
Pues vuestro Rey natural,
Si de las obras que obró,
Fué servido;
Digalo el de Portugal

Y Castilla quien siguió
Su partido.

Despues de puesta la vida
Tantas veces por su ley
Al tablero,
Despues de tan bien servida
La corona de su Rey
Verdadero;
Despues de tanta hazaña
A que no puede bastar
Cuenta cierta,
En la su villa de Ocaña
Vino la muerte á llamar
A su puerta.

Diciendo, buen Caballero,
Dexad el mundo engañoso
Con halago:
Vuestro corazon de acero
Muestre su esfuerzo famoso
En este trago.
Pues que de vida y salud
Hiciste tan poca cuenta
Por la fama,
Esfuércese la virtud
Para sufrir esta afrenta
Que os llama.

No se os haga tan amarga
La batalla temerosa
Que esperais,
Pues otra vida mas larga
De fama tan gloriosa
Aca dexais.
Aunque esta vida de honor
Tampoco no es eternal
Ni verdadera,
Mas con todo es muy mejor
Que la otra corporal
Perescedera.

El vivir que es perdurable
No se gana con estados
Mundanales;
Ni con vida delectable
Donde moran los pecados
Infernales.
Mas los buenos Religiosos
Gánanla con oraciones
Y con lloros:
Los Caballeros famosos
Con trabajos y aflicciones
Contra Moros.

Y pues vos claro varon
Tanta sangre derramastes

De paganos,
Esperad el galardon
Que en este mundo ganastes
Por las manos.
Y con esta confianza,
Y con la fe tan entera
Que teneis,
Partid con buena esperanza,
Que la otra vida tercera
Hallareis.

No gastemos tiempo ya
En esta vida mezquina
Por tal modo:
Que mi voluntad está
Conforme con la divina
Para todo.
Y consiento en mi morir
Con voluntad placentera
Clara y pura,
Que querer hombre vivir
Quando Dios quiere que muera,
Es gran locura.

Tú que por nuestra maldad
Tomaste forma civil
Y baxo nombre,
Tú que á tu Divinidad

Juntaste cosa tan vil
Como el hombre,
Tú que tan grandes tormentos
Sufriste sin resistencia
En tu persona,
No por mis merecimientos,
Mas por tu suma clemencia
Me perdona.

Así con tal entender
Todos sentidos humanos
Conservados,
Cercado de su muger,
Y de sus hijos y hermanos
Y criados;
Dió el alma á quien se la dió,
El qual la ponga en el cielo
Y en su gloria:
Y aunque la vida murió,
Nos dexó harto consuelo
Su memoria.

Haz aquello que quisieras
Haber hecho quando mueras.

XIV.

DIÁLOGO

DE DON FRANCISCO DE CASTILLA.

Humanidad y Consuelo.

Quando pienso que nací
De humana y fragil natura
Combatida,
No se que será de mí
Con tanta desaventura
A esta vida:
Siempre me persiguen penas
Y pasiones,
Causas de fatigas llenas,
Afligidos pensamientos,
Y opiniones.
Ya me place, ya no quiero,
Ya desamo
Lo querido:
Ya propongo lo primero,
Ya recojo, ya derramo
Lo cogido:

Ya lo que edifico y planto
Lo derrueco sin respeto,
Emiendo y mudo,
Lloro, rio, gimo y canto,
Huyo, espero, temo y uso
Lo que dudo.

Si me alegra juventud
Me entristece la pobreza
Que mantengo,
Faltándome la salud
No gozo de la riqueza
Aunque la tengo.
Codiciando lo futuro
No gozo de lo presente
Que poseo,
Quando pienso estar seguro
No hallo do se contente
Mi deseo.

Qualquier gozo se me vierte
Con pensamientos agenos
De alegría,
Descontando hácia la muerte
De la vida un dia ménos
Cada dia.
De haber mil adversidades
A natura tributario

Vivo apénas,
Mis pocas prosperidades
Siempre pagan al contrario
Las setenas.
Jamas sentí que pudiese
Descargarme de gran carga
Una jornada,
Que el fin de aquella naciese
Principio de otra mas larga
Y mas pesada.
Así sé que mi sosiego
Mas por via de atajo
Se dilata,
Pues cansado nunca llego
Donde pienso que el trabajo
Se remata.
Si al gran deleyte se aviene
Mi natura fatigada
A esta vida,
De triste causa le viene
Despues de necesitada
Socorrida.
Hambre es causa del sabor
Que deleyta al apetito
Al comer,
Remedio á sed y calor,

Primero siento contrito
Que placer.
  Mi humanidad se queja
De mi triste sentimiento
Vieja guia,
Mi condicion no me dexa
Que use de lo que siento
Que debria.
Mi deseo que me engaña,
Sé que muchas veces yerra
Con pasion,
Amo quien veo que me daña,
Dulce voluntad destierra
A la razon.
  Mi cansada humanidad
Mi descanso desconfia,
Porque siente
Quejas de esta calidad
Que me pena cada dia
Nuevamente.
De mi mismo á fin me quejo,
Pues de mi mundana vida
Me ofendo,
Porque no huyo y la dexo,
Ni procuro su salida,
Ni la enmiendo.

Consuelo.

Humano ¿qué sentimiento
Te causa que te desplace
Que naciste?
Pues si no vives contento,
Tu sola causa te hace
Vivir triste.
Tomarás de tu tristeza
Alegría á llenas manos
Muy crecida,
Si miraras la riqueza
Que es comun á los humanos
A la vida.
Razon y seso y memoria,
Arte y ingenio y providencia
Y libertad,
Con que su mundana gloria
Goce el alma y su potencia
Y libertad.
Movimiento de contino
Puso al cielo el Soberano
Dios eterno,
Por el bien que te convino
De los tiempos del verano
Y del invierno.

Los planetas, las estrellas
Te son todas serviciales,
Ya lo ves,
Influyendo sus centellas
A las plantas y metales
Que posees.
Porque sepas á los cielos
Dar loor al que te hizo,
Pon delante,
Que te sujetó los vuelos
Y animales del mosquito
Al elefante.
Son los peces de la mar
Y los campos y las eras
Tu servicio,
Porque huelgues á cazar
Y tengas á las riberas
Tu exercicio.
Los arroyos por los prados
Y las fuentes manantiales
So las peñas,
Y otros deleytosos vados
Donde van rios caudales
Entre breñas.
Las lumbrosas alamedas
Sus verdes hojas temblando

De frescura,
Y otras dulces arboledas
Que hizo Dios regalando
Tu natura.
  Frutas de cien mil sabores,
Con que el gusto desenojes
A comer,
Las yerbas, rosas y flores
Que en el campo siempre coges
Para oler,
Las canciones de las aves
Sus diversas dulces voces
Al oido,
Y otras músicas suaves
Con que al instrumento goces
Tu sentido.
  La conversacion afable
De algunos sabios discretos
Y graciosos
Causan vida deleytable,
Presupuestos sus conceptos
Virtuosos.
Los ojos y hermosura
De las justas hermosas
Se contenta,
Contemplando la figura

Que sus formas especiosas
Representa.

CANCIONES

DE DIEGO DE SAN PEDRO.

Vivó sintiendo placer,
Placer, temor y dolor,
Dolor por nos poder ver;
Temor cos temo perder,
Placer por ser amador.
Afirmo questoy y digo
En dos partes hecho dos,
Por el cuerpo acá conmingo,
Por el alma allá con vos.
Por ser vuestro con placer,
Por el placer con temor,
Con el temor por nos ver,
En nos ver está el poder,
Y en perder está el dolor.

DE TAPIA.

No quieres que viva no,

Pláceme pues sois contenta,
Que despues de muerto yo
Vuestra alma dará la cuenta.
Yo muero despues que os ví
Y huelgo pues holgais vos,
¡Pero guai de quien á Dios
Ha de dar cuenta de mí!
Y muera la muerte yo,
Pues con ella sois contenta,
Mas temo que muerto yo
Vuestra alma dará la cuenta.

DE DIEGO DE QUIÑONES.

En gran peligro me veo,
Quen mi muerte no hay tardanza,
Porque me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.
Pídeme la fantasia
Cosas que no pueden ser,
Y pues esto se desvia
Es forzado padescer:
No me defiendo y peleo,
Muerte habrá de mi venganza,
Pues que me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.

DE TAPIA.

Presente pido ventura,
Ausente muero por veros,
Y si pienso no quereros,
No quiere mi desventura.
Ventura quisó cos viese,
Amor que luego os amase,
Ausencia que nos mirase,
Porque en veros no muriese.
Todo lo hizo ventura,
Ventura fué conosceros,
Conosceros fué quereros,
Quereros fué desventura.

Ninguno tenga esperanza
Que en el mal damor hay medio,
Porques cierta su mudanza,
Y es incierto su remedio.
Y si amor y su belleza
Os hiciese amar forzado,
Nos dure mas el cuidado
Que le dura la firmeza.
Nos engañe su esperanza
Que al comienzo, al fin y medio,

Es muy cierta su mudanza,
Y es incierto su remedio.

DE DON JORGE MANRIQUE.

No sé por qué me fatigo,
Si con razon me vencí,
No siendo nadie conmigo,
Y vos y yo contra mí.
Vos por maver desamado,
Yo por haberos querido,
Con vuestra fuerza y mi grado
Habemos á mí vencido.
Pues yo fuí mi enemigo
En darme como me dí,
¿Quién osará ser amigo
Del enemigo de sí?

DEL VIZCONDE DE ALTAMIRA.

Con dos cuidados guerreo
Que me dan pena y suspiro;
El uno quando nos veo,
El otro quando vos miro.
Mirandos de amores muero
Sin me poder remediar,

Nos mirando desespero
Por tornaros á mirar.
Lo uno cresce en suspiro,
Lo otro causa deseó,
Del que peno quando os miro,
Y muero quándo nos veo.

ROMANCES

DE LOPE DE SOSA.

I.

Rosa fresca, rosa fresca,
Tan garrida y con amor,
Quando vos tuve en mis brazos
No vos supe servir no:
Y agora que os serviria,
No vos puedo yo haber no,
Vuestra fué la culpa mia,
Vuestra fué que mia no.
Enviástesme una carta
Con un vuestro servidor,
Y en lugar de recadar
El dixera otra razon.

Querades casado amigo
Allá en tierras de Leon,
Que teneis muger hermosa,
Y hijos como una flor.
Quien vos lo dixo, Señora,
No vos dixo verdad non,
Que yo nunca entré en Castilla,
Ni allá en tierras de Leon,
Sino quando era pequeño,
Que no sabia de amor.

II.

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion;
Sino es la tortolica
Que está viuda y con dolor,
Por allí fuera pasar
El traydor del ruiseñor:
Las palabras que le dice
Llenas son de traycion:
Y si tu quieres, señora,
Yo seria tu servidor.
Vete day enemigo

Malo, falso engañador,
Que ni poso en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor.
Que si el agua hallo clara,
Turbia la bebo yo,
Que no quiero haber marido
Porque hijos no haya no,
No quiero placer con ellos
Ni ménos consolacion,
Déxame, triste enemigo,
Malo, falso, mal traydor,
Que no quiero ser tu amiga,
Ni casar contigo no.

ROMANCES DE NUÑEZ.

I.

Durmiendo estaba el cuidado,
Que el pesar lo adormecia,
El dolor del corazon
Sus tristes ojos abria.
Si triste estaba velando,
Durmiendo mas mal sentia,
Con suspiros y llorando
Su grave pasion decia:

Dí, muerte, ¿por qué no vienes
Y sanas la pena mia?
Darás fin á mi esperar,
Y á mi deseo alegría,
Que á la vida que no vive
Morir mejor le seria.

II.

Decidme vos pensamiento,
¿Dónde mis males están?
¿Qué alegrías eran estas,
Que tan grandes voces dan?
¿Si libran algun cativo
O le sacan de su afan,
O si viene algun remedio,
Dónde mis suspiros van?
No libran ningun cativo,
Ni lo sacan de su afan,
Ni viene ningun remedio,
Donde tus suspiros van,
Mas venido es un tal dia,
Que llaman Señor San Juan;
Quando los questan contentos
Con placer comen su pan,
Quando los desconsolados

Mayores dolores dan,
No digo por tí cuitado
Que por muerto te ternan,
Los que supieren tu vida,
Y tu muerte no verán.
Los unos te habrán envidia,
Los otros te llorarán,
Los que la causa supiéron
Tu firmeza loarán,
Viendo menor tu pecado
Quel castigo que te dan.

III.

Triste estaba el Caballero,
Triste está sin alegría,
Con lágrimas y suspiros
A grandes voces decia:
¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, Señora mia?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,
Y con estos que os mirara
Lloro el mal que padescia.

Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasía,
Por queń ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aquí saviva mi pena,
Y sesfuerza la porfia,
Del fuego de mis deseos
Quen mis entrañas ardía.

ROMANCES DE CARDONA.

I.

Yo mera Mora Moraîna
Morilla de un bel catar,
Christiano vino á mi puerta
Cuitada por mengañar:
Hablóme en algarabia
Como aquel que la bien sabe,
Abrasmė las puertas Mora.
¡Si ella te guarde de mal!
¿Cómo tabrire mezquina
Que no sé quien te serás?
Yo soy un Moro mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un Christiano dexo muerto.

Tras mí viene el Alcayde,
Sino mabres tú, mi vida,
Aquí me veras matar.
Quando esto oí cuitada
Comenceme á levantar,
Vistiérame un almexía
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta,
Y abrila de par en par.

II.

Por Mayo era por Mayo
Quando los grandes calores,
Quando los enamorados
Van servir á sus amores,
Sino yo triste mezquino
Que ya yo en estas prisiones
Que ni sé quando es de dia,
Ni ménos quando es de noche,
Sino por una avecilla
Que me cantaba allabore,
Matómela un ballestero,
Dele Dios mal galardone.

III.

Rosa fresca, rosa fresca,

Por vos se puede decir,
Que naciste con mas gracia
Que nadie pudo escrebir:
Porque vos sola nacistes
Para quitar el vevir.
¡Ay de mi desventurado
Que nascí para sufrir!
Yo me ví en tiempo, Señora,
Que os pudiera bien servir,
Y agora que os serviria,
Veo mi triste morir.

ROMANCES DE NUÑEZ.

I.

Por un camino muy solo
Un Caballero venia,
Muy cercado de tristeza
Y solo de compañía.
Con temor le pregunté,
Con pesar me respondia
¿Qué vestidura tan triste
Que por dolor le traia?
Dixóme todo lloroso
Que su mal no conoscia,

Que la pasion que mostraba
No era la que padescia.
En su vista se conoce
Que mal damores traia,
Con los ojos lo mostraba,
Con la lengua lo encubria.
Contento de su penar
Su mal por bien lo tenia,
Apartándose de mí
Aqueste cantar decia:

El menor mal muestra al gesto
Quel mayor
No lo consiente el dolor.

La prision que es consentida
Por parte del corazon,
Es prision, que su pasion
Jamas no halla salida.
Porque la pena escondida
Con dolor
Publicalla es lo peor.

II.

Añadido por Quiros.

Triste estaba el Caballero,
Triste y sin alegría,

Pensando en su corazon
Las cosas que mas queria,
Lloraba de los sus ojos
De la su boca decia:
¿Qués de tí todo mi bien
Qués de tí, Señora mia?
Mi alma te va buscando,
Yo solo, sin compañia
Queda triste deseando
Dos mil muertes cada dia.
Tuyo soy, á tí me dí,
Pues dime ¿quién me desvia
De ventura tan loada
Como la que yo tenia
En servirte mi Señora?
Y agora que no te via,
Hállome ménos conmigo
La libertad que tenia.
Tú me tienes, tú me dexas,
¿Con quién me consolaria?
Que si tú no me consuelas
La vida me desafia,
A quedar cativo ciego
Mas sin mí que no solia.

VILLANCICOS

DE GARCI SANCHEZ DE BADAJOZ.

Sacáronme los pesares
Los ojos y el corazon,
Que no pueden llorar, non.
Los pesares me sacáron
El corazon y los ojos,
Ya mis lágrimas y enojos
Ya mi salud acabáron.
Muerto en vida me dexáron
Traspasado de pasion,
Que no puedo llorar, non.
Y de estar mortificado
Mi corazon de pesar,
Ya no está para llorar,
Sino para ser llorado:
¡Esta es la causa, cuitado!
Esta es la triste ocasion,
Que no puedo llorar, non.
Al principio de mi mal
Lloraba mi perdimiento,
Mas agora ya estó tal,
Que de muerto no lo siento.

Para tener sentimiento,
Tanta tengo de razon,
Que no puedo llorar, non.

DE BADAJOZ EL MUSICO.

Todo placer me desplace,
Bien y mal me es enemigo,
Quando mal estais conmigo.
Es á mí tan cruda guerra
Ver en vos algun desvio,
Que ni soy vuestro ni mio,
Ni estoy en cielo ni en tierra.
Todo el bien se me destierra,
Descanso me es enemigo
Quando mal estais conmigo.
Claro está que nunca os dió
Ninguna ocasion mi fe:
Mas triste! no sé porque
Vuestras culpas pague yo.
Que siempre se desvió
De todo vuestro enemigo
Por no veros mal conmigo.
Si mi bien os descontenta,
Y mi mal os da placer,
¿Qué podré, triste! hacer

Para teneros contenta?
El morir me viene á cuenta,
Pues del vevir me desdigo,
Quando mal estais conmigo.

DE ALONSO DE ALCAUDETE.

En los tiempos deleytosos
Quando Venus señorea,
En los dias calurosos
Deleytables y viciosos
Para que el amor se emplea;
Como á mi todo me guarde
Herida del alacran,
Sin licencia de mi padre,
Yo me levantara, madre,
La mañana de San Juan.
Y por unas alamedas
Y frescuras muy suaves,
Sin caminos ni veredas
Dime á andar, do ví muy ledas
Cantando infinitas aves.
Continuando mi querella
Sin dexarme sosegar,
Resplandeciente y muy bella
Vide estar una doncella

Riberica de la mar.
 Atónita y espantada
Me quedé de vella así,
En parte tan despoblada
Una Dama tan preciada
Gran pavor me puso á mí.
Su gesto tal resplandece,
Que era gloria lo mirar,
Y con gracia que le crece
Sola lava, sola tuerce,
Sola tiende en un rosal.
 Con muy dulce melodía
Empezó su voz muy clara,
Que sirena parecia,
Y en todo le precedia
A qualquier que la escuchara.
Lo mas que pudo esmerolos
Sus puntos voz y cantar,
Diciendo, en campos tan solos
Do los mis amores, do los,
Donde los iré á buscar.
 Cantaba con tal primor
Que á mi anima alegraba,
Causábame tal dulzor
Que tras ella á aquel sabor
Sin sentido caminaba.

Pues era su voz tan viva
Que era un angel sin dudar,
Con dos mil gracias se iba
Mar abaxo y mar arriba,
Diciendo iba un cantar.
No cansado de miralla
Hube de buscar mi via,
Y acordé de no dexalla
Mas nuevamente escuchalla
Para ver que mas hacia.
Vide que eran soberanos
Sus dichos y bien hablar,
Videla en modos ufanos
Peyne de oro en las sus manos,
Y sus cabellos peynar.
Por tan sombroso rocío
De las ondas la ví andar
Recogiendo el ayre frio,
Vido venir un navio
Que venia de alta mar.
Con amor muy verdadero
Con un gesto angelical
Se llegó, y dixo al barquero:
Dígasme, tú el marinero,
Que Dios te guarde de mal.
¡Así Dios te dé el viage

Tal qual tu propio deseas
Y de él matalotage
Próspero, y en tu linage
Principal de todos seas!
Por darme nuevos favores
Declares mi preguntar,
Y me digas sin temores,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allá pasar.

DEL MISMO.

Diálogo entre Hija y Madre.

HIJA.

A aquel Caballero Madre
Tres besicos le mandé,
Creceré y dárselos he.
Porque fué el mando primero
Que mandé en mi juventud,
No será, Madre, virtud,
Que mi amor sea lisonjero.
Si viniese el Caballero,
Yo no se lo negaré,
Creceré y dárselos he.

MADRE.

Tal palabra como aquesa

Hija no es falta quebralla;
Aborrecella y echalla
De vos tan falsa promesa,
Pues para Monja profesa
Os prometí y os mandé:

HIJA.

Creceré y dárselos he.

Qualquiera ha de presumir
Que por buena se tuviese,
Que la palabra que diese
Qualquier tiempo ha de cumplir.
Antes pienso de morir,
Que quebrantalle la fe;
Creceré y dárselos he.

MADRE.

Por vuestra tierna niñez
No debeis, hija, dar nada,
Aunque le sea quebrada
Vuestra palabra esta vez.
No habrá de esto ningun Juez,
Que por ello culpa os de:

HIJA.

Creceré y dárselos he.

No querais, que me es muy fiero,
Madre, de aquesto apartarme,
Porque bien podeis matarme,

Yo no he dexar lo que quiero.
Que á tan gentil Caballero
Tal burla no le haré,
Creceré y dárselos he.

VILLANCICOS.

DEL OBISPO DE TARAZONA.

Quanto mas léjos de tí,
Mas sin gloria, y mas sin mí.
En tí queda el alegría
Y todo el bien que yo ví,
A tí dexo el alma mia,
Y voy ageno de mí.
Pláceme ya de acabar
Esta vida en que viví,
Que no puede mas durar
Tanto mal sin ver á tí.

DE CARTAGENA.

Partir quiero yo,
Mas no del querer,
Que no puede ser.
El triste que quiere

Partir y se va,
Adonde estuviere,
Sin sí vivirá.
Mas no que porná
En otra el querer,
Que no puede ser.
  De aqueste partir
Sin duda procede,
Partiendo morir
La vida bien puede:
Mas no que no quede
Con vos el querer,
Que no puede ser.

DEL MARQUES DE SANTILLANA.

  Moza tan fermosa
Non ví en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.
  Faciendo la via
De Calataveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por senda fragosa
Perdí la carrera,

Do ví la vaquera
De la Finojosa.
  En un verde prado
De rosas y flores
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan fermosa,
Que apénas creyera,
Que fuese vaquera
De la Finojosa.
  Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si ántes supiera
De aquella vaquera
De la Finojosa.
  Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dexara
En mi libertad:
Mas dixe, *donosa*,
Por saber quien era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

PARTE PRIMERA

ROMANCES MORISCOS.

I.

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge:
Y con ello un fuerte Moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia airado,
De Xerez la vega corre,
Por do entra Guadalete
El mar de España, y por donde
De Santa Maria el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Lo dexa su Dama ingrata
Porque se suena que es pobre.
Y aquella noche se casa
Con un Moro feo y torpe,
Que es Alcayde de Sevilla
Del Alcazar y la torre.

Quejábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zayda, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexôrable
Que las entrañas de un monte,
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores
Que de prendas que son mias
Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un roble,
Y dexes al árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dexaste un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones?
¿Dexas al noble Gazul,
Dexas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzayde
Que apénas no le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,

Que por zelos lo suspires,
Y por ausencia le llores.
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes.
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verlas permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotes,
El almayzar que le labres,
Y la manga que le bordes.
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Quando de la guerra tornes.
Y en batalla de Christianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Quando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.

Con esto llegó á Xerez
A la mitad de la noche,
Halló el Palacio cubierto
De luminarias y voces.
Y los Moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Con las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De parte á parte pasóle.
Alborótose la plaza,
Desnudó el Moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

II.

Continuacion del anterior

La bella Zayda Zegri,
A quien hizo suerte avara
Esposa y viuda en un punto
Por una arrojada lanza;

Sobre el cuerpo de Albenzayde
Destila líquida plata,
Y convertido en cabellos
Esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
Por do el Moro se desangra
Pone, y en Ganzul los ojos
Que está lidiando en la plaza.
¡O cruel mas que zeloso!
Le dice con voz turbada,
Ruego á Alá que de esta empresa
Presto recibas la paga.
Y que en medio del camino,
Quando tú á Sidonia vayas,
Encuentres aunque sea solo
A Garci Perez de Vargas:
Y que en viéndole te turbes
Y con fuerza desmayada
No puedas regir la rienda,
Ni cubrirte con la adarga;
Cautivo quedes ó muerto
Valiente solo en la fama,
Guerreador entre libreas,
No entre arneses ni corazas.
Y si á Sidonia volvieres
A los ojos de tu amada

Zelos se vengan á hacer
Sospechas averiguadas.
Torna, dexa los amores
De fe burladora y falsa,
Por cuya mudanza esperas
Hacer honrosa mudanza.
Envayna, perro, el alfange,
Vuelve, traydor, las espaldas,
Pues estás hecho á volver
La fe y á nunca guardarla.
Nunca tú tuviste amor,
Ni vienes de buena casta;
Que el amador bien nacido,
Jamas procuró venganza.
Torno á decir, que permita
Alá que tan mal te vaya
En guerra, en paz y en amor,
Que aun pierdas con la ganancia.
Tu Dama la de San Lucar,
Quando vuelvas, sea casada,
Y en parte donde no pueda
Verte quando á vella vayas;
Y si casada no fuese
Verdad no te diga en nada,
Enfádenle tus servicios
Y cánsenle tus palabras.

El Moro estando en aquesto
En la plaza haciendo plaza,
Dexa que el viento se lleve
Sus quejas y sus palabras.

III.

Por la plaza de San Lucar
Galan paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir gallardo
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su Alcayde
Por las paces de los Reyes.
Adora una Abenzerraje,
Reliquia de los valientes
Que matáron en Granada
Los Zegries y Gomeles.
Por despedirse y hablalle
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes.
Al cabo de una hora de años,
De esperanzas impaciente,
Vióla salir á un balcon

LIBRARY 101 ... ASIATIC SOC.

Haciendo los años breves.
Arremetió su caballo
Viendo aquel sol que amanece
Hiciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese;
Con voz turbada le dice:
No es posible sucederme
Cosa triste en esta ausencia
Viendo así tu vista alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Volveráme mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa en memoria,
Y no para que me acuerde
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.
Zelosa está Lindaraxa,
Que de zelos grandes muere
De Zayda la de Xerez,
Porque su Gazul la quiere.
Y de esto la han informado
Que por ella ardiendo muere,
Y así á Gazul le responde:
Si en la guerra te sucede
Como mi pecho desea,

Y el tuyo falso merece,
No volverás á San Lucar
Tan ufano como sueles:
A los ojos que te adoran,
Y á los que mas te aborrecen.
Y plegue á Alá que en las cañas,
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas;
Porque mueras como mientes.
Y que traygan fuertes jacos
Debaxo los alquiceles;
Porque si quieres vengarte,
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros de ellos salgas
Quando á servir Damas entres.
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.
Piensa Gazúl que se burla,
(Que es propio del inocente,)
Y alzándose en los estribos,
Tomarle la mano quiere.
Miente, le dice, Señora,

El Moro que me revuelve,
A quien estas maldiciones
Le vengan, porque me venguen.
Mi pecho aborrece á Zayda,
De que la amó se arrepiente;
Malditos sean los años,
Que la serví por mi suerte:
Dexóme á mí por un Moro,
Mas rico de pobres bienes.
Esto que oye Lindanaxa,
Aquí la paciencia pierde;
A este punto pasó un page
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
La toma y fuerte arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las mismas paredes.
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes truequen leonados
Para entrar leonado en Gelves.

IV.

De los trofeos de amor

Coronadas ámbas sienes,
Muy gallardo entrá Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al ayre en su curso excede,
Y su pujanza y rigor
Un leve freno detiene.
Llegado á do están las Damas,
En los arzones se mete,
Y en pie se pusiéron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zayda,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el Moro,
Aunque agora la aborrece.
Y como vido á Gazul,
Renovose el accidente,
Y tanto quanto le mira
Mas le adora y mas le quiere.
Y así qual puesta en balanza
Dando el alma mil vay vencs
Zelosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zayda
Que de nuevo se entristece,
Para divertir, la dixo,

Le descubra lo que siente.
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las quadrillas
Dentro del cerco y palenque
Con Berberiscas naciones
Y marlotas diferentes:
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse quanto pueden.
Duró gran rato la fiesta,
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba priesa el cano tiempo
A Apolo porque detiene
Su velocísimo carro
De su tardanza impaciente:
Y quando llegó al ocaso,

Su contrario que lo siente,
Con no menor movimiento
Bate las alas y viene.
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandáron cesar los Jueces.

V.

Sale de un juego de cañas,
Vestido de azul y verde
El valeroso Arbolan
Casi al punto que anochece.
En un alazan caballo
Adornado de jaeces,
Lleno el freno de penachos
Y el pretal de cascabeles.
De San Lucar sale el Moro,
Y camino va de Gelves
Tan melancólico y triste,
Quanto vino ayer alegre.
Porque una morada toca
Que á su Mora dió en retrueque
De un hermoso camafeo
En un verdoso bonete.

Vió que la llevaba puesta,
Si los ojos no le mienten,
En lo blanco de la adarga
Su competidor Amete.
A sus lástimas tan justas
A responder no se atreve
El eco por no enojalle,
Que aun hasta el eco le teme.
Maldito sea, dice el Moro,
Quien quiere fiar de mugeres,
Pues sabe son mas mudables,
Que los años, dias y meses.
Malditos sean sus halagos,
Si halagos decirse pueden,
Pues halagan con la paz
Y armada la guerra tienen.
Malditas sean sus palabras,
Maldito quanto prometen,
Pues prometen y no cumplen,
Y sin dádivas no quieren.
Maldita su falsa risa;
Pues quando rien, aborrecen,
Y quando muestran amor,
Es quando mas se endurecen.
Malditos sean sus favores,
Y el amor falso que tienen,

Pues quieren al que no ama,
Y al que las ama aborrecen.
Malditos sean los gemidos,
Que dan, si ausentes los tienen,
Pues no lloran por la ausencia,
Sino por temor que vienen.
Mal haya tambien mi dicha,
Pues quando florecer debe,
Con la niebla de unos zelos
Se aniebla, marchita y pierde.
Mal hayan mis esperanzas,
Pues estaban ayer verdes,
Y hoy se han tornado amarillas
Con un cierzo de desdenes.
¿Qué me importa á mí, dí, Gaula,
Que me mires siempre alegre,
Pues que segun hoy he visto
Sin duda entónces me vendes?
¿Qué me importa, que tú digas
Que por mí vives y mueres,
Pues segun hoy has mostrado,
Fingidamente hablar debes?
Entre los fingidos tratos,
Que á entrambas partes prometes,
Sin inclinarte á ninguna,
A él piadosa, á mí clemente,

Mas vale que te declares,
Y esos ademanes dexes,
Pues que con ellos me engañas,
Y suspenso á Amete tienes.
Con esto vivirás leda,
Y alegre vivirá Amete,
Y yo moriré contento,
Por ser tú quien me da muerte.

VI.

Zelimo, si á España fueres,
Quedando yo presa en Flándes,
Alá permita enemigo,
Que el mar te sorba tus naves.
Antes de salir del puerto
Las hinchadas ondas bramen,
Y que en un peñasco duro
En tí su furia descarguen.
Las engañosas sirenas
Con su voz serena canten,
Y hasta triunfar de tu muerte
No tengan tus velas ayre.
En medio de la tormenta
El agua dulce te falte,
Y con ella la esperanza

De ver los muros de Cádiz.
Porque con astucia y fuerza
De mi casa me sacaste,
Como si el forzar mugeres
No fuese bageza grande.
Pero ya que tus engaños
Pudiéron aprisionarme,
¿Por qué no mueres conmigo,
Pues conmigo te holgaste?
Nuestras dos naturalezas
Viniéron, falso, á trocarse,
Yo varon, pues tanto sufro;
Tú muger flaca y cobarde.
Al fin tus naves se alejan,
Sin embargo de mis males,
Pues aguarda, ingrato, el alma,
Ya que del cuerpo te partes.
En esto la bella Zayda
El blanco pecho se abre,
Y por la fresca herida
La alma enamorada sale.

VII.

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien,

Que por dar contento á Zayde,
Tan sorda á mi llanto estés.
¿Qué aspid de Libia, Señora,
Te ha enseñado á ser cruel?
¿Quién te dió entrañas tan duras,
Que amorosas solian ser?
¿Qué la gloria que en un año
Con pura aficion compré,
Quieres con alma traydora
Tiranizarla en un mes?
Dícenme que ese envidioso
La causa de mi mal es,
Y que son tus ojos fuentes
El tiempo que no le ves.
Pues no es justo, hermosa Laura,
Que con tan rico laurel,
Y á fuerzas de fe ganado,
Se adore un traydor sin ley.
Vuelve con piedad los ojos,
Verás rendido á tus pies,
Como se queja Floriardo
Por el rigor de un desden.
Con lisonjas me entretienes,
Y con engaños tambien,
Hete sido fiel en todo,
Y en nada me has sido fiel.

Pues ya mis quejas te enfadan,
¿A quién, tígre hircana, á quién
De mi dolor daré cuenta
Sino es á la causa de él?
Y si por pobre me dexas,
Y te mueve el interes,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, véndeme.

VIII.

No en azules tahelies,
Corbos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entráron de quatro en quatro
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados,
Tristes marchando
Las trompas roncas,
Los atambores destemplados.
La gran empresa del Fenix,
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento,
Temiendo el fuego tan alto,

Ya por señas de dolor
Barre el suelo, y dexa el campo,
Arrastrado con la seda
Que el Alférez va arrastrando.
Tristes marchando &c.
Salió el gallardo Aliatar
Con cien Moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano;
A caballo salió el Moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo.
Tristes &c.
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontráron
Encubiertas de unas cañas
Furiosos le salteáron;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar malogrado,
Y los suyos aunque rotos,
No vencidos se tornáron.
Tristes &c.
¡O cómo lo siente Zayda!
¡Y cómo vierten llorando
Mas que las heridas sangre,

Sus ojos aljofar blanco!
Dilo tú, amor, si lo viste,
¡Mas ay qué de lastimado
Diste otro ñudo á la venda,
Por nó ver lo que ha pasado!
Tristes &c.
No solo le llora Zayda,
Pero acompáñanla, quantos
Del Albayzin á la Alhambra,
Beben de Genil y Darro.
Las Damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los Alcaydes como á igual,
Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando &c.

IX.

Por arrimo su albornoz,
Y por alhombra su adarga
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza;
Colgado el freno al arzon,
Y con las riendas trabada
Su yegua entre dos linderos,
Porque no se pierda y pazca,
Mirando un florido almendro

Con la flor mustia y quemada
Con la inclemencia del cierzo
A todas flores contraria,
En la vega de Toledo
Estaba el fuerte Abenamar,
Frontero de los Palacios
De la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
Al ayre estienden sus alas,
Desde léjos le parecen
Almayzares de su dama.
Con esta imaginacion,
Que facilmente le engaña,
Se recrea el Moro ausente,
Haciendo de ella esperanzas.
Galiana, amada mia,
¿Quién te puso tantas guardas?
¿Quién ha hecho mentirosa
Mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
Hoy me ves, y no me hablas,
Al paso de estas desdichas
¿Qué será de mí mañana?
Dichoso aquel Moro libre,
Que en mullida ó dura cama,
Sin desdenes ni favores

Puede dormir hasta el alba.
¡Ay almendro! ¡cómo muestras,
Que la dicha anticipada
No nació quando debiera,
Y así debe y nunca paga!
Pues eres exemplo triste
De lo que en mi dicha pasa,
Yo prometo de traerte
Por divisa de mi adarga.
Que abrasado y florecido
Aguisa de mi esperanza;
Bien te quadrará esta letra:
Del tiempo ha sido la falta.
Dixo, y enfrenando el Moro
Su yegua, mas no sus ansias,
Por la ribera del Tajo
Se fué camino de Ocaña.

Reduan, á noche supe,
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene.
Que un pecho que fué diamante
En blanda cera lo vuelve,

Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
  Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
  ¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe!
¡Qué ardiendo van de mi pecho,
Y se hielan en su nieve!
  Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decia,
Eran inviolables leyes.
  Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos
Se trocáron mis placeres.
  ¡Quién tal creyera! olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un Moro advenedizo,
Que no se de quien desciende.
  Huélgate, Mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues,
Entra ufana en Vivarrambla,
Donde mis penas te alegren.

Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Atale al brazo tu toca,
Para que las cañas juegue.
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera,
Mas soy hombre, y muger eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcayde de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve,
El mas cobarde me mate,
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno
A donde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese Morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve;
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene,

Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme,
Que un noble, si está ofendido,
Facilmente se resuelve.

XI.

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema, y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor,
Y por la espada que ciñe,
Que tiene en la guarnicion
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
Celidaxa de mis ojos,
¿Quién te habla, quién te escribe?
¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre Real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases.

La palabra que me diste?
  Acuérdate, Mora ingrata,
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano,
Que tropezabas, hiciste,
  Y que alzándote del suelo
Hechas de ambar y de almizcle
Unas cuentas me entregaste,
Porque me mostraba libre.
  Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dixistes, *ten*, *Azarque*,
Cuenta, *con que no me olvides*.
  Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dixe;
Entró tu justa mudanza,
Que con la luna compites.
  Que si vá á decir verdad
No hay Rey humano que obligue,
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
  Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine,
A mí me abrasan tus zelos,
Y él tus abrazos recibe.
  Contarásle por baldon,

Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Quando diga, si me amaste,
Yo apostaré que le dices,
Que tan infame baxeza
De tu valor no imagine.
Y que tu esquiva arrogancia,
Y tu condicion terrible
Apénas la vencen Reyes,
Quanto mas hombres humildes.
El tiempo lo trueca todo,
Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia,
Como del Rey á quien sirves.

XII.

El Alcayde de Molina
Manso en paz y bravo en guerra
Con sus Capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza.
De do volvió victorioso
Sin daño y con grande pena,
De cautivos bautizados
Y de Christianas banderas:

Entró por la puerta el Moro
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores
Celinda salió á la rexa;
Diciendo furiosa y loca:
Si tú tuvieras vergüenza,
Ni corrieras por mi calle,
Ni pararás á mi puerta.
Mal haya, Celinda Mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz,
Se aficionó de la guerra.
Por ser tu alfange temido
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia.
Sin considerar primero,
Que es claro que no conciertan,
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,

Si al son del pífano ronco
En furia y ódio los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas,
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta,
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras;
Que pues en tanto las tienes,
Ménos soy yo que son ellas.
Cíñete tu corbo alfange,
Embrázate tu rodela,
Y llama tu fiel Acates,
Que te lleve las saetas.
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega
En tu caballo tordillo
Y en tu fronteriza yegua.
Tala los campos Christianos,
Roba las Christianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza.
Dexa á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dexas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.

No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia.
Esto dixo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el Moro
De poderla dar respuesta.

XIII.

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.
Matizaba una divisa
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el Moro
En el campo de la adarga.
Una flecha de Cupido,
Que en un pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: *Pocas bastan.*
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva Christiana
Llorando memorias vivas

Entre muertas esperanzas.
Galiana le pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
Le responde, pocas bastan.
Libertad tuve algun dia,
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso mas que á su alma
Un Christiano Caballero
De los de la Cruz de Grana.
Híceme sorda á sus quejas,
Mas fué su porfía tanta,
Que vino á sacar centellas
De una dura piedra helada.
Apénas le quise bien,
Quando fortuna voltaria
Hizo que la muerte dura
Probase en él su guadaña.
Murió por ser cosa mia
Entre mil Moriscas lanzas,
Quedando yo prisionera
De tu pariente Abenamar.
Es mi alma monumento,

Do sus cenizas se guardan;
Y la memoria importuna
De cenizas fuego saca.
Así Dios te de ventura,
Señora, en eso que labras,
Que mires por tus deseos,
Que son traydores de casa.
Y que dexes que mi llanto
Aprisa del pecho salga,
Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho por llorar me falta.

XIV.

Acompañado, aunque solo
De pensamientos y agravios
Sale de Granada Muza,
Desmentido y desterrado.
Desdeñado de Daraxa,
De sus amigos dexado,
De Baxamed desmentido,
Desterrado de su hermano.
Agravio, deshonra y zelos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones
Galan, valiente y hidalgo.

Por la orilla del Xenil
Bate el furioso caballo,
Que el acicate Morisco
Baña en sangre todo el campo.
Como parte tan furioso,
Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo.
Desde que con el Maestre
El de la Cruz de Santiago
Azotó sus blancas ondas
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco,
Y el freno de espuma blanco,
Y detuvo él de su ira,
Mas rebelde que él caballo.
Y vuelto el rostro á Granada,
Dixo, sus torres mirando;
Granada, donde nací,
De donde me han desterrado,
La envidia que á muchos buenos
No dexa por muchos malos,
Que mueran, á donde nacen,
Sino por Reynos extraños,
Esta me fuerza á dexarte
Cercada de los Christianos.

De á donde espero que presto
Serán tus hijos esclavos.
Pues agora por tus puertas
Un Pulgar soldado bravo
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco.
Y que mató un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso:
Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando.

XV.

Al lado de Sarracina
Xarife está en una zambra,
Hablando en su amor primero
De que fué la secretaria.
Sois vos, le dice la Mora,
Xarife aquel de Daraxa,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia.
Tres años ha, Caballero,
Que os llora por muerto España,
¿Si muerto cómo en el mundo?
¿Si vivo cómo sin alma?
El enamorado Moro

Por satisfacer la Dama
Ni en voz humilde ni altiva
Así su lengua desata:
El hilo de nuestras vidas
En mano está de las parcas;
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama.
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza,
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traycion de Muley,
Y en la libertad de Zayda
Sino derramé la vida,
Fué culpa de mi desgracia.
Aunque fué (si bien se mide)
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro,
Lo que no puede la rabia.
Ví triunfar á mi enemigo
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadena,

El su frente coronada.
Ví adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
Entónces, entónces, muerte,
A buena sazon llegaras,
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma.
Muriera donde á lo ménos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Muriéron mis esperanzas.

XVI.

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe,
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de valde.
Esto es causa que en el Moro
Es la pena ménos grave,
Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,

Enmudeciendo las leyes,
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja,
Que hace mas fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traydores,
Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo
Temiendo que se le cae,
Y dixo: siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay Axa ingrata! ¿qué es esto?
Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males.
Y todo porque no pueda,
Ingrata, desengañarme,
Pues con quererte en naciendo
Pienso que te quise tarde.
A otra reja me ví asido
Mas baxa, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, dí, que crea,
Que el ayre se las llevase,
Estando los dos tan cerca,
Que apénas pasaba el ayre?

¿Cómo no te desengañas,
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me viste cobarde?
Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte.
¿Quién derribó por el suelo
El edificio admirable,
Que alzó amor á las estrellas
De que apénas hay señales?
Déxame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza, que hizo el tiempo
Sin poder jamas mudarme.
Mucho debo á sus amigos,
Todos dicen que me guarde:
¿Mas de qué sirve, cruel,
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Quando la campana tañen?
¿Quiéres, ingrata, que pierda
El prémio de ser constante,

Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
  Que para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
  Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para cortar ventura,
Qualquier favor será grande.
  Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda
Donde es justo que me gane.
  Llamáron en esto al Moro,
Que lo esperaba su page,
Que venia muy contento
Con una carta que trae.
  Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dixo: ¿qué importa,
Si Axa gusta que me acaben?

XVII.

A los suspiros que Audalla

Arrimado á un fresno arroja
Las fieras baxan humildes
De las encumbradas rocas.
Ayúdanle sus lamentos
Con gritos y voces roncas,
Porque hasta los animales
De su pena se congojan.
Es la ocasion de su llanto,
Daraxa, una ingrata Mora,
Hija de Zulema, Alcayde
De Guadix, Velez y Ronda.
Que sin mirar los servicios
De dos años, quiso agora
Por una injusta sospecha
Borrarle de una memoria.
Y fué que en cierto sarao
Sobre una blanca marlota
Sacó escrita aquesta letra
Aborrezco á quien me adora.
Entendió que se decia
Por ella, y por sí lo toma,
Y sin aguardar mas causa
Privó al Moro de su gloria.
Desterróle á media noche
Con esta palabra sola:
Si á quien te adora aborreces.

Que te olvide tanto monta.
Cerró con esto el balcon,
Y Audalla con mas congoja
Se sale desesperado
Al mesmo instante de Ronda.

XVIII.

A media legua de Gelves
Hincó en el suelo la lanza,
Y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se para.
Pensando en las maldiciones
De su Celinda y de Zayda,
Está diciendo, fortuna,
Siempre me fuiste contraria.
Y entre suspiro y suspiro
Un ay con rabiosa saña
Arranca del fuerte pecho
Sin otras razones varias.
El ausencia de Celinda
No me atormenta mi causa,
Porque fuera sin razon
Maldiciéndome adamalla.
Con esto indignado y fiero
Enristró su fuerte lanza,

Y contra un ñudoso roble
Hizo tres troncos el hasta.
Quitó al caballo el jaez,
Y la empresa de su Dama
Como si fuera leon
Con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda,
Que le puso en la celada
Su enamorada Celinda,
Tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
Y quanto su fuerza basta
Despide rompiendo el ayre,
Porque vuele su mudanza.
¿Para qué quiero yo adornos,
Si llevo adornada el alma
De maldiciones injustas
Por premio de mis ganancias?
Mas me vale ir despojado,
Pues lo voy de la esperanza,
Aunque no de los cuidados,
Que me atormentan y causan.
Yo tomaré en estos robles
De mi mal cruda venganza:
Mas ¿qué digo estoy en mí?
No tienen sentido plantas.

Quitó el freno á su caballo,
Y echólo por la campaña,
Diciendo, ve á tu albedrio,
Que así me dixo á mí Zayda.
El caballo estando suelto,
Al punto á correr arranca,
Y él prosigue su camino
A pie sin yelmo ni lanza.

XIX.

Al camino de Toledo,
Á donde dexó empeñada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zayda la bella,
Y á su pensamiento encarga,
Que se entregue á sus suspiros,
Y á ver á su Adulce vaya.
Que ausencia sin mudanza
Comienza en zelos, y en morir acaba.
A qualquiera pasagero,
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zayda:
¡Venturoso tú mil veces,

Y yo sin duda otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra.
Que ausencia &c.
  Adulce que en su memoria
Está mirando la estampa,
Que pintáron sus deseos,
Como en el alma la guarda;
Al dolor de Zayda bella
Con triste llanto acompaña,
A los suspiros con quejas,
Con voces á las palabras.
Que ausencia &c.
  ¡Ay Zayda del alma mia!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los mios acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama,
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
Zayda, espera en la fortuna
Y en el tiempo que no para;
Y entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu tierno pecho,

Para que con vida salgas
De este golfo de tormento,
Sin que digan por tu causa;
Que ausencia sin mudanza
Comienza en zelos, y en morir acaba.

XX.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que agita
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razon
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú desleal olvidas:
Quando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corbetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡O cruel á mi memoria!
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias.
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!

¡Qué de verdades me debes!
¡Y yo á tí qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo en mil años
No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuese rica
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿A dónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas,
Defendereme del tiempo
Y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
Si yo saberlo queria,
Quando escuché tus razones,
Y ví tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas,
Para la Dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien sea que te despidas
De mi alma y de mis ojos
Como de mis celosias.

Esto dixo al Moro Azarque
La bella Zayda de Olías,
Y cerrando su balcon
Dió principio á sus desdichas.
El Moro picó el caballo,
Y hácia el terreno le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

XXI.

No la Reyna de las aves
Quando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta;
Como parte de Xerez
El nieto del gran Zulema:
Bien se le parece al Moro,
Que amor sus alas le presta.
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta,
Hasta allanar el Alcazar
De quien depende esta empresa.
Véle al pasar su Daraja
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga,

Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte (aunque él lo fuera)
Una hacha verde encendida
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que mientras vive sin alma,
No quiere empresa con ella.
Verde toca y verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljofar verde
Borceguí, mochila y cuerda.
Verde la aljaba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes estremos
Se ve lo pagizo apénas.
Conócele y desconoce
La Dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle dexa.
En esto alzó el Bencerrage
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla
Aunque le peso de vella.
Y como mas de cortes,

Que de obstinada se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella con voz alterada
Le dixo viéndola cerca,
Despues de algunos suspiros
Y alguna lluvia de perlas.
Xarife, para matarme
¿Tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura,
Y qué hachas quieren ser esas?
¿Es Zayda la verde y viva
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exêquias?
Irás muy gallardo ahora
A la comenzada empresa,
Sino está cansado el cielo
De sufrir tus insolencias.
¿Piensas que por ser galan,
Y haberse puesto en la overa,
Por ser de prueba la adarga,
Y la lanza algo mas gruesa;
Y por ser como otras muchas
Esta jornada en mi ofensa,
Puedes allanar los montes

Y hacer de los valles sierras?
Camina, ingrato, camina
Pretende muger por fuerza,
Trabaja de romper solo
Por tantas guardas y puertas.
Que si de los justos cielos
Algo puede la clemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras.
Y el corazon, que me distes,
Y agora traydor me llevas,
Pasado de tantas lanzas
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega Diosa
Temeridades aprueba,
Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.
Esto dixo demudada,
Y sin aguardar respuesta,
En confusion á Xarifa
Y al mundo dexo en tinieblas.

XXII.

Aquel valeroso Moro
Rayo de la quinta esfera,

Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dexó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mesmos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazañas
De mas alas y mas lenguas;
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dexó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No amando sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que en ver en fiestas al Moro
Les parece cosa nueva.

En los andamios Reales
Los adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos los escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las Damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas.
Pero al fin Zulema en medio
De los Alcaldes se sienta,
Que lo fuéron por entónces
De la mayor fortaleza.
Quando mas breve que el viento,
Y mas velóz que cometa
Del celebrado Xarama
Un toro en la plaza sueltan.
De aspectó bravo y feroz,
Vista enojosa y sóberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,
Solo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esfuerzan.
Piensan hacer muerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,

Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las Damas
De pura vergüenza de ellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el Moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella Mora
De sus deseos dé muestra.
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela;
Que amor le prestó sus alas
Como es suya aquesta empresa.
Quando ve que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.

A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo dexa porque sabe
Que está su victoria cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfange
Haciéndole mil ofensas.
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas.
Brama, bufa, escarva, huele,
Anda al rededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestra.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma
De corage y sangre hecha.
Pero ya cansado el Moro
De verle durar, le acierta

Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas.
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas,
Las Damas le envian el alma
A darle la enhorabuena.
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el ayre vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

XXIII.

Aquel rayo de la guerra
Alférez mayor del Reyno,
Tan galan como valiente
Y tan noble como fiero,
De los mozos envidiado,
Y admirado de las viejas,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las Damas

Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y del tiempo;
El que vistió las mezquitas
De victoriosos trofeos,
El que pobló las mazmorras
De Christianos Caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro,
A que le convida el Rey,
O el amor que es lo mas cierto.
Servia á una Mora el Moro,
Por quien el Rey anda muerto,
En todo extremo hermosa;
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la Dama,
Que para él flores fuéron,
Y para el zeloso Rey
Yerbas de mortal veneno.
Pues de la yerba tocado
Lo manda desterrar luego,
Culpando su lealtad

Para disculpar sus zelos.
Sale, pues, el fuerte Moro
Sobre un caballo overo,
Que al Guadalquivir el agua
Le bebió y lo pació el heno.
Con un hermoso jaez
Rica labor de Marruecos,
Las piezas de filigrana,
La mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y ayroso huello
Con ámbas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlota negra
Un blanco albornoz se ha puesto,
Por vestirse los colores
De su inocencia y su duelo.
Bordo mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En Arábigo una letra,
Que dice: *Estos son mis yerros.*
Bonete lleva turquí
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas,

Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento.
No lleva mas de un alfange,
Que le dió el Rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta y su derecho.
Desta suerte sale el Moro
Con animoso denuedo
En medio de dos Alcaydes
De Arjona y del Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las Damas por do pasan,
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos
Las que desde sus balcones
Aguas de olor le vertiéron.
La bellísima Balaxa,
Que llorosa en su aposento
Las sinrazones del Rey
La pagaban sus cabellos;
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dixo

Dando voces con silencio:
Vete en paz que no vas solo,
Y en tu ausencia ten consuelo,
Que quien te echa de Jaen
No te echará de mi pecho.
El con el mirar responde:
Yo me voy y no te dexo,
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.
En esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo
Cien mil veces, y de Andujar
Tomó el camino derecho.

XXIV.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas,
Ligero como los vientos,
Mudable como la mar,
Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural;
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,

Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento te dan
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad.
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Quantos caminos emprendes,
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian
A donde tus flechas van.
Yo sé, traydor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansada estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.

Mis enemigos acoges;
Porque al fin conoces ya,
Que quando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fuéron
Causa de todo mi mal,
Y zelos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces,
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan
En el jardin de la Alhambra
Al pie de un verde arrayan.
El Moro que está sin culpa
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano
Y así comienza á hablar:
Cesad, hermósas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal.
Y no penseis que me agravio
De que injurias me digais,

Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

XXV.

Las riberas de Xenil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores
Como dichoso en la guerra.
Hay una Mora en Granada
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elená.
De esta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.
Solo una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El roxo bonete adorna
Y con sus lazos lo enreda.
Amaba Zayda á un Morillo
De los Gomeles de Tebas,
Mas Galan para las Damas
Que fuerte para la guerra.
Y por estas novedades

El antiguo amor desprecia
Del Pagano mas gallardo
Que empuñó lanza gineta.
Diole el Moro la palabra
De jamas hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza
No puede hacer competencia.
Y porque Moros hidalgos
Puestos de por medio quedan,
Para excusar desafios
Y que se turben las fiestas.
Porque la flor de Granada
Toros corre y cañas juega,
A instancia del Rey que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zayda mas mudable,
Quando parece serena,
Que el mar, que el viento, combate,
Al Bencerrage inquieta.
Ella le busca y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á *Granada ocasion*
Que la murmure y *la ofenda.*
Y aunque los *ojos de Muza*
Tiernamente *la contemplan.*
Que es muger y apasionada

Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas,
Y libre al fin de respetos
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la dexa,
Que zelos averiguados
Quanto amor enciende hielan.
¡O fiera, viene diciendo,
Mas que las silvestres fieras!
Que ellas aman quien las ama,
Tu adoras quien te desdeña.
A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias,
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por mas que piedra fueras,
Mis lágrimas te ablandaran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores
Que á los mas discretos ciegan;
Que quien no sabe que es bien
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias

Son las prendas que me quedan,
Por echar de los sentidos
A donde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva.
Pero el tiempo que las cosas
Acaba, consume y trueca
Podrá ser que á tu mudanza
Yá mi firmeza se atreva.
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro
Es bien que en mi pecho mueras.
Mas porque estando yo libre,
Aficionada te vea
Donde me enfaden tus glorias,
Y me burle de tus penas.
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los pies á la yegua,
Y del famoso Xenil
Desamparó las riberas.

XXVI.

Mal os quieren Caballeros
De Antequera y de Granada,
Celindo, porque presumen,
Que os quieren mucho las Damas.
Hablan de vos en ausencia,
Y si estais entre ellos callan,
Murmuran de vuestros hechos
Y acredítalos la fama.
Porque no mostrais papeles
De Xarifas ni de Zaydas,
Como algunos, cuyos pechos
No son fechos sino plazas.
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertáron
Los Gomeles unas cañas,
Y que salen los Zegries
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas
Y sacad plumas y manga
Del color de vuestros gustos

Y de la fe de vuestra alma.
Que yo aseguro que os miren
Algunos que nunca os hablan,
Y que tengais mas promesas,
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambas han de valeros
A pesar de sus mudanzas.
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornarla,
Porque el amor solicite,
Y á vuestra ventura valga.
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Quando importa los allana.
Esto escriben á Celindos
Dos Damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan
Y en público le maltratan.

XXVII.

Entre los sueltos caballos
De los vencidos Zenetes,

Que por el campo buscaban
Entre lo roxo lo verde;
Aquel Español de Oran
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano,
Y por sus cernejas fuerte.
Para que lo lleve á él
Y un Moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien Zenetes.
En el ligero caballo
Suben ámbos, y él parece
De quatro espuelas herido,
Que quatro vientos le mueven:
Triste camina el Alarbe,
Y lo más baxo que puede
Ardientes suspiros lanza,
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el Español
De ver cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.

El cautivo como tal
Sin escusarlo obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface de esta suerte.
Valiente eres, Español,
Y cortes como valiente,
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes;
Y débote la respuesta
Por quien soy y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año
Que os perdisteis en los Gelves,
De una Berberisca noble
Y de un Turco Matasiete.
En Tremecen me crie
Con mi madre y mis parientes,
Despues que murió mi padre
Corsario de tres baxeles.
Junto á mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una Dama del linage
De los nobles Melioneses.
Extremo de las hermosas,
Quando no de las crueles,

Hija en fin de estas arenas
Engendradoras de sierpes.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere,
Que su crueldad le perdone,
Y de su beldad me acuerde.
Era tal su hermosura,
Que se halláran los claveles
Ma. ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido
Quantos cabellos contiene.
Juntos así nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces,
Hirió nuestros corazones
Con harpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes;
Miéntras el oro en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta es, Español, la causa,
Que á llanto pudo moverme,
Mira si es razon que llore
Tantos males juntamente.

Conmovido el Capitan
De las lágrimas que vierte,
Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
Gallardo Moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas,
Dichosamente padeces.
¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por voto
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate,
Que tu Dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que quando la veas
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el Moro tras él desciende,

Y por el suelo postrado
La boca á sus pies ofrece.
Vivas mil años, le dice,
Noble Capitan valiente,
Que ganas mas con librarme
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo
Y te dé victoria siempre,
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apénas vide trocada
La dureza de esta sierpe,
Quando tú me cautivaste:
Mira, si es bien que lamente.

XXVIII.

Quando de los enemigos
En roxa sangre bañado
Defiende nuestras riberas
Mas que los otros gallardo;
Quando dexa la marlota,
Y desnuda los damascos,
Vistiendo malla sangrienta
De los despojos contrarios;
Quando de tu Abencerrage

Si tienes hidalgo trato
Quando es mayor el peligro
Has de tener mas cuidado;
Entónces, ingrata Mora,
¿En olorosos brocados
A mano agena te rindes,
Y das de mano á tu amo?
Borraste el blason antiguo
De los Reyes tus pasados,
Y pones menguantes lunas
En tus chapiteles altos?
Alá me vengue de tí,
Aunque para ser vengado
Bastante venganza das,
Y así la darás llorando.
Quando de esos largos dias
Vieres que quedan burlados
Con sus concertados gustos
Tus gustos desconcertados.
¡Qué contento será verte,
Quando llegues á abrazallo,
Mezcladas tus trenzas rubias
Entre su copete blanco!
¡Y quándo de la otra Mora
Las gracias te esté contando,
Y sus hijos atropellen

Tus alfombras y tu estrado!
¡Y quándo dexes las aguas
Del Xenil fertil y claro,
Y vayas á las riberas
Del turbio y corriente Tajo,
Donde no hay Abencerrages
Ni aquel tropel de caballos,
Que desde tus miradores
Mirabas correr gallardos!
Soledad te ha de causar,
Ingrata, el tiempo pasado,
Quando en el presente mires
Todas tus glorias en blanco.
Y las divisas y amores,
Los papeles regalados,
Palabras y juramentos
En tu daño conjurados;
Todos han de ser verdugos
De tus años malogrados,
Quando entregados los veas
Á tan bien logrados años.
El tiempo es padre de zelos,
Y quien tiene el tiempo largo,
Detras de mil zelosías
Aun no estará asegurado.
Serás zelada en la Corte,

Serás zelada en el campo,
Serás zelada en las fiestas
Y en las zambras y saraos:
Zelada serás en todo,
Y con ser zelada tanto
Nunca zelada pondrás
A tus disgustos cansados.
Darás muy flaca disculpa,
Quando digas que forzados
De tu padre respondiéron
El sí que lastima á tantos.
Goza de lo que escogiste
Con ese descargo falso,
Que donde amor se atraviesa
No hay padres reverenciados.

XXIX.

En un dorado balcon
Cuya fuerte y alta casa
Quebrando manso sus olas
Toca el Tajo con sus aguas;
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zayda,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.

Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viene
Un Bencerrage á quien ama.
A cada bulto que asoma
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerrage que aguarda.
De léjos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado mas cerca
La entristece y desengaña.
¡Ay mi Bencerrage! dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan
Que con lágrimas me bañan.
Arrepentida las vierto
De imaginar, que á mi causa
Fuiste el mas triste y gallardo
De quantos jugáron cañas.
Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues ví de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama,
Si tú no diste ocasion
Perdona á tu humilde Zayda,

Y si por tuya la tienes
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta Mora que te ama.
Dice y vió que el Bencerrage
Gallardo á su puerta llama,
Y ligera baxa á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

XXX.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Donde podré ver á Zayda.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.
Aquella, que en menosprecio
De las Damas cortesanas
Celebran los Moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,

Por ella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia;
Y aunque mas, Tarfe, me digas
No tengo zelos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcayde de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada;
No es mucho que yo le canse
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama;
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo, vida mia,
Me responde, mis entrañas;
Pero con una tibieza
Y un yelo que me las rasga.
Y miéntras mas le regalo
Como trae vestida el alma
De pensamientos traydores,

Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello
Baxa los ojos, y baxa
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta, y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciende,
Y mis contentos abrasa.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada.
Pues decir, que le he ofendido;
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana.
Si he tomado mano agena,
Si he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola
Las del Alcoran se guardan.
¿Mas para que gasto tiempo

En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes y lo callas?
No jures, que no te creo:
¡Aquella muger mal haya
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
¡Qué traydores son los hombres!
¡Cómo sus promesas falsas
Muerto el fuego desparecen
Como escritas en el agua!
¡Ay Dios! que me acuerdo quando....
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene
Tenme, Tarfe, no me cayga.
Dixo llorando Adalifa
Zelosa de su Abenamar,
Y en brazos del Moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

XXXI.

Arriba gritaban todos,
Los que dan asalto á Baza
Con el valiente Lisardo,
Que con mil Moros la asalta.

Quando el pie en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su Rey,
Dixo al subir de la escala:
Viva Lisarda, viva,
Mas luego vuelve y dice, arriba, arriba.

Pesa mas su pensamiento
Que el acero de sus armas,
Son mas altas sus memorias
Que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dixo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban:
Viva Lisarda &c.

¿Pero qué mucho que el Moro
Si vive con la esperanza
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda?
Señales del corazon
No hay voz que pueda alcanzallas;
Son sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias
Viva Lisarda &c.

Como era viva la voz,
Pensó que al cielo llegara,

Al cielo de la que adora
Que por su cielo *la llama.*
Piensa que *á Lisarda aspira,*
Y no que *asaltaba á Baza,*
Y en *medio* de *esta victoria*
Así publíca en voz alta:
Viva Lisarda, viva,
Mas luego vuelve y dice, arriba, arriba.

XXXII.

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo floxas
Porque corra y no se pare,
En un caballo tordillo,
Que atras de si dexa el ayre,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcayde,
Al arma Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dexad los dulces regalos,
Y el blando lecho dexadle,
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba

Dexar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma Capitanes &c.
Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale
Que aquel, que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y peligros semejantes
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
Al arma Capitanes &c.
Dexad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma Capitanes &c.
A la voz mal entonada
Los ánimos mas cobardes
Del honor estimulados
Ardiendo en cólera salen.

Con mil penachos vistosos
Adornados de turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma Capitanes &c.

Qual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas Moras
Llenan de quejas el ayre.
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede, mas hace,
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
Al arma Capitanes &c.

Acudiéron al asalto
Los Moros mas principales,
Formándose un esquadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil Christianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos
Repitiendo en su lenguage:
Ar arma Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

XXXIII.

Mira, Zayda, que te digo,
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada y sin causa
De aborrecerme y dexarme.
No preguntas en que entiendo,
Ni consientes visitarte,
Mis recaudos aborreces,
Mis billetes te desplacen.
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,
Y que con donayre y brio
Baylas, danzas, cantas, tañes,
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguage,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares.
Que pierdo mucho en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y si solo me quisieras,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de quedarme
De la suerte que me dexas,

Huyendo tus novedades.
Que eres pródiga en amar,
Y presta en determinarte.
Ligerísima en querer,
Y mas ligera en mudarte.
Habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad
Y al corazon un Alcayde.
Mucho valen las mugeres
De tantas gracias y partes;
Porque hay pocas tan discretas,
Que en general poco saben.
Mas por eso, Zayda amiga,
Quando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de hacer mas que una llave.
Costosa es la que me diste,
Venturoso fuera Zayde
Si conservarte pudiera,
Como supo enamorarte.
Mas no bien hube salido
De los jardines de Tarfe,
Quando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerrage.
No porque enseñé la trenza

Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte.
De esto no estarás quejosa,
Ni llamarás disparate,
No guardar tú tus secretos,
Y querer que otro los guarde.
Que quien como hombre las siente
Callar como piedra sabe,
Y aunque de quejas rebiente,
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí, sino es por amarte,
Que soy extremo en quererte,
Y tú extremo en despreciarme.
Mas quien de mugeres fia,
Es justo que así le traten,
Y que por mí digan todos,
Quien tal hace, que tal pague.

XXXIV.

Bella Zayda de mis ojos,
Y del alma bella Zayda,
De las Moras la mas bella,
Y mas que todos ingrata,

De cuyos bellos cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En quien ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas;
¿Qué gusto, fiera, recibes
De ser tan mudable y varia
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas?
Y no contenta de aquesto,
De quitarme la esperanza,
Porque del todo la pierda
De ver mi suerte trocada.
¡Ay quán mal, dulce enemiga,
Las veras de amor me pagas,
Pues en cambio del me ofreces
Ingratitud y mudanza!
¡Quán presto hiciéron vuelo
Tus promesas y palabras!
Pero bastaban ser tuyas,
Para que tuviesen alas.
Acuérdate que algun dia
Dabas de amor muestras claras
Con mil favores tan tiernos,
Que por ser tantos ya faltan.
Acuérdate, Zayda hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,

Del gusto que recibias
Quando rondaba tu casa.
Si de dia, luego al punto
Salias á las ventanas,
Si de noche, en el balcon
O en las rejas te hallabas.
Si tardaba ó no venia,
Mostrabas zelosa rabia,
Mas agora que te ofendo,
Que acorte el paso me mandas.
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete ó carta;
Que un tiempo tu gusto fuéron
Mas ya tu disgusto causan.
¡Ay Zayda! que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas
Por falsos se han descubierto,
Y descubren que eres falsa.
Eres muger finalmente
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zayda, aunque me aborreces
Por no parecerte en nada,
Quando de hielo tu fueres,
Mas sustentaré mi llama.

Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en veras
Tarde se rinde á mudanza.

XXXV.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zayde, Rey de Belchite,
Y del Granadino Atarfe.
Otros dicen que estás fiestas
Sirviéron al Rey de achaques,
Y que Zelindaxa ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entráron los Sarracinos
En caballos alazanes
De naranjado, y de verde,
Marlotas, y capellares.
En las adargas traian
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre.*

Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages.
Llevan por divisa á un cielo
Sobre los hombros de Athlante,
Y un mote que así decia,
Téndrelo hasta que me canse.
Los Alarifes siguiéron
Muy costosos y galanes
De encarnado y amarillo
Y por mangas almaizales.
Era su divisa un nudo,
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre el baston,
En que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguiéron,
Mas que todos arrogantes
De azul morado y pagizo
Y unas hojas por plumages.
Sacáron adargas verdes
Y un cielo azul en que se asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el Rey,
Que á los ojos le mostrasen

Burladas sus diligencias
Y su pensamiento en valde.
Y mirando á la quadrilla,
Le dixo á Selin su Alcayde,
Aquel sol yo lo pondré,
Pues contra mis ojos sale.
Azarque tira bohordos,
Que se pierden en el ayre,
Sin que conozca la vista
A do suben, ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las Damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios Reales:
Si se adarga ó se retira;
Del mitad del vulgo sale,
Un gritar, Alá te guie,
Y del Rey, un muera, dadle.
Zelindaxa sin respeto
Al pasar por rocialle,
Un pomo de agua vertia,
Y el Rey gritó paren, paren.
Creyéron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey zeloso:
Prendan al traydor de Azarque.

Las dos primeras quadrillas
Dexando cañas á parte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al Moro salen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.
Las otras dos resistian
Sino les dixera Azarque;
Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros callen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.
Prendiéron al fin al Moro,
Y el vulgo para libralle
En acuerdos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo,
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Sola Zelindaxa grita,
Libradle, Moros, libradle,
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella,
Diciendo, loca ¿qué haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.
Llegó un recado del Rey,
En que manda, que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dixo Zelindaxa, digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque,
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

XXXVI.

Mira, Zayde, que te aviso,
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates:

Ni preguntes en que entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni que fiestas me dan gusto,
Ni que colores me placen;
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas Christianos,
Que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentilhombre bien criado,
Quanto puede imaginarse:
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las brabatas,
La gala de los donayres:
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dexarte,

Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.
Y habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Un Alcázar en el pecho,
Y en los labios un Alcayde.
Mucho pueden con las Damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos,
Que hiendan, y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
Costoso fué el que hiciste,
Venturoso fueras, Zayde,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.
Pero no saliste apénas
De los jardines de Tarfe,
Quando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde.
Y á un Morillo mal nacido
Me dixéron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.

No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes,
Mas quiero que entiendas, Moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificáron,
Como le desafiaste,
Por las verdades que dixo,
Que nunca fuéran verdades.
De mala gana me rio,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro te lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo avisarte;
Esta será la postrera,
Que me veas, y te hable.
Dixo la discreta Mora
Al altivo Abenzerrage,
Y al despedirle replica,
Quien tal hace, que tal pague.

XXXVII.

Continuacion del anterior.

Dí, Zayda, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?

No des crédito á mugeres,
No fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
O quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
Consuélate con mis males,
Que mil veces con mis ojos
Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
De que Zayde poco sabe,
No supe poco, pues supe
Conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas ha querido mi suerte,
Que ya en quererme te canses:
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dexarme.
No entendí que eras muger,
A quien novedad aplace,
Mas son tales mis desdichas,
Que ya aun lo imposible hacen.

Hánme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultrage,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte,
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dexaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme,
Si en mi daño yo lo he sido
Enmudezco en disculparme.
¿Háte ofendido mi vida?
¿Quiéres, Señora, matarme?
Basta decir que yo hablé
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales:
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester Alcayde.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zayda cruel, has me dicho,
Que no supe conservarte,

Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste pagarme.
Mienten los Moros y Moras,
Y miente el villano Atarfe,
Que si yo la amenazara,
Bastára para matarle.
Este perro mal nacido,
A quien yo mostré el turbante,
No le fié yo secreto,
Que en baxo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su sangre
Lo que tu, Zayda, replicas
Quien tal hace, que tal pague.

XXXVIII.

Si tienes el corazon,
Zayde como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dexas volar las palabras,
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las Damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el ayre de los bohordos

Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzayna;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo el enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda;
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos Caballeros
No en Palacio ni entre Damas,
Se aprovechan de la lengua,

Que es donde las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el Moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dixo, vete al Alhambra,
Y en secreto al Moro Zayde
Da de mi parte esta carta.
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

XXXIX.

Por la calle de su Dama
Paseándose anda Zayde,
Aguardando que sea hora,
Que se asome para hablarle.
Desesperado anda el Moro,
En ver que tanto se tarde,

Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir á un balcon
Mas bella, que quando sale
La luna en la escura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zayde, diciendo,
Bella Mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criadas y mis pages.
Dicen me quieres dexar,
Porque pretendes casarte
Con un Moro, que es venido
De las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Zayda bella,
Declárate y no me engañes,
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al Moro;
Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mia,
Pues que ya todos la saben.
Que perderé el ser quien soy
Si el negocio va adelante;
Alá sabe, si me pesa,
Y quanto siento el dexarte.

Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linage,
Y sabes las pesadumbres,
Que he tenido con mi Madre
Sobre aguardarte de noche
Como siempre venias tarde:
Y por quitar ocasiones,
Dicen, que quieren casarme.
No te faltará otra Dama
Hermosa y de galan talle,
Que te quiera, y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zayde.
Humilde responde el Moro
Cargado de mil pesares,
No entendí yo, Zayda bella,
Que con migo tal usases;
No creí que tal hicieras,
Ni así mis prendas trocases
Con un Moro feo y torpe
Indigno de un bien tan grande.
Tú eres la que dixiste
En el balcon la otra tarde,
Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zayde.

PARTE SEGUNDA.

ROMANCES PASTORILES.

I.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Hería el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su *gloria*,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos *tórtolas* bellas
Texido un nido *en lo alto*,
Y que con arrullos *roncos*
Los picos se están besando.

Tomó una piedra el Pastor,
Y esparció en el ayre vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
  Dexad la dulce acogida,
Que la que el amor me dió
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia;
Que no ha de haber compañía,
Donde está mi soledad.
  Esto diciendo el Pastor,
Desde el tronco está mirando
A donde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió, que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse, y prosiguió
Olvidado de su llanto:
  Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quien habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,

Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

II.

Continuacion.

Al pie de un roble escarchado,
Donde Belardo el amante
Desbarató un tosco nido,
Que habian texido las aves;
De breves pasadas glorias,
De preséntes largos males,
Así se queja diciendo;
Quien tal hace, que tal pague.
La bella Filis un dia
Al tiempo que el sol esparce
Sus rayos por todo el suelo,
Dorando montes y valles,
Sintiendo que el corazon
Se le divide en dos partes,
A sí misma se decia,
Quien tal hace, que tal pague.
Hice á los desdenes guerra,
Guerra desdenes me hacen,
Maté á Belardo con zelos,
Zelos es bien que me maten.

No atendí siendo llamada,
Agora no me oye nadie,
Con justa causa padezco;
Quien tal hace, que tal pague.
Desamé á Belardo un tiempo,
Y el amor para vengarse
Quiere, que la quiera agora,
Y que él me olvide y desame.
Dexadme pasiones fieras,
Fieras pasiones dexadme
Vivir, para que publique,
Quien tal hace, que tal pague.
No le da pena el rigor
Del helado tiempo que hace;
Que el fuego de amor la ampara,
Que dentro en su pecho nace.
Dando de corage voces,
Que rebienta de corage,
Dice por momentos Filis;
Quien tal hace, que tal pague.
¿Do está, Belardo, la fe,
Que prometiste guardarme?
Mas yo la quebré primero,
Tú puedes de mi quejarte.
Diste primero en quererme,
Yo primero en olvidarte,

Harta disculpa tú tienes,
Quien tal hace, que tal pague.
Sacó del seno un papel,
Y con mil ansias le abre,
Y ántes de leerle todo,
Le arruga, rompe y deshace
Diciendo; yo soy la causa,
No tengo de quien quejarme.
Quien dió la causa, rebiente,
Quien tal hace, que tal pague.

III.

Aquí entre la verde juncia
Quiero, como el blanco cisne
Que envuelta en dulce armonía
La dulce vida despide,
Despedir mi amarga vida,
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la flecha que le aflige,
Y pendiente entre sus ramas
Orne esta planta de Alcides.
Miéntras yo á la tortolilla

Que sobre aquel olmo gime,
Le robo todo el silencio,
Que para sus quejas pide.
Bellísima cazadora,
Mas fiera que las que sigues
Por los bosques, cruel verdugo
De mis años infelices;
Tan grandes son los extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda,
Si eres diosa, ó eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde,
Que considerados bien,
Todos los monteros dicen,
Que los dos nos parecemos
Al robre, que mas resiste
Los soplos del viento airado,
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres robre;
Y en lo demas eres mimbre,
No solo á los recios vientos,
Sino á los ayres sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Despues que á mí me persigues,
A los ciervos voladores,

Ni á los fieros jabalies.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras,
Que como á mi, muerte diste.
No porque no gustes dello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza,
Aunque siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia,
De que tus pies no le pisen.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dexar (pues dello te sirves)
El espíritu cansado,
Que mis flacos miembros rige.
Conseguiremos en esto
Ambos á dos nuestros fines;
Tú el de cruel en dexarme,
Yo el de leal en morirme.
Tu rey de los otros rios,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Occeano
El fértil terreno mides;
Pues en tu dichoso seno

Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires;
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmido reyno
De la gran madre de Aquiles.
Porque no solo en las selvas
Mas los que en las aguas viven,
Conozcan quien es Daliso,
Y quien es la ingrata Nise.

IV.

Porque corre á despeñarse
Medio asombrado un arroyo,
El paso quiere impedirle
Un arrayan poderoso.
Y aunque con mil cortesías
Le va obligando á su tronco,
Por entre pies hecho sierpe,
Se le escapa bullicioso.
El llevarse quanto encuentra
Es de sus zelos asombro,
Y al fin con precipitarse
Da á su olvido testimonio.

Corria, y andaba manso,
Y una nube embraveciólo
Con piedras que le arrojó,
De que ya corre quejoso.
Lleva el color demudado,
Pues los corderillos todos,
Que le bebian cristal,
Ya le beben coral roxo.
Tambien le sacó de madre
El encontrarse con otro
De su misma pretension
Mas libre y mas poderoso.
Este exemplo le contaba
Un Pastorcillo zeloso
A una Zagala, por quien
Hoy le sucede lo propio.

V.

Herido amor con las armas
De una susurrante fiera
Con suspiros rompe el ayre,
Con llanto baña la tierra.
Dulcemente solicita
Su madre entre amargas penas,
Que amorosa le regala,

Que agradable le consuela.
¡Ay abejuela, abejuela!
Déxaste vivo á amor, y quedas muerta.
Mejor fuera, mejor,
Que tú quedaras viva, y muerto amor.
Vénus que á la boca y ojos,
Que voces manan y perlas
Con un lienzo y con dos labios
Llanto enjuga, y chupa nectar;
Hijo, dice, de tus ojos
Daré á tus manos la venda,
Porque defiendas el daño,
Porque mires la cautela.
¡Ay abejuela, abejuela &c.

VI.

Apolo con su laurel,
Y el dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas,
De sabios, y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre Españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra

A Lisardo, ilustre jóven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rìo,
Que junto á sus plantas corre;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes.
Parece que todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble;
Despierta metiendo mano;
Ya voy, ya parto, responde:
Pero vió que era cayado,
Lo que imaginaba estoque.
No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riberas del Tajo tiene
Espadas para los hombres.
Sobre tu vega famosa
Tengo yo famosas torres,
Envidiadas por ventura
De los que mandan las Cortes.
A donde las voces suenan,
A caminar se dispone;
Quando siente que le tiran

Llamándole por su nombre.
Volvió los ojos airados,
Y vió los de Alcida, donde
Llorando perlas, hacia
Oriente la tierra entónces.
¿A dónde te vas sin mí,
O Capitan de traydores?
Quando duermen mis sospechas,
¿Despiertas á tus trayciones?
Pero Lisardo le dice;
No te lástimes, amores;
Que voy á ver una garza,
Que volaba, y despertóme.
Pues llévame allá contigo,
Primero que se remonte;
Que yo te tendré la flecha,
Miéntras tú la cuerda pones.
Quemárate el sol, mis ojos,
Envidioso de tus soles;
Por detenerte, las zarzas
Herirán tus pies si corres.
No importa, le dice Alcida,
Porque ya el sol me conoce;
Y tú me sueles decir,
Que quando me ve, se esconde.
Y otra vez me aseguraste

Huyendo tus ocasiones,
Que á las zarzas, por do iba,
Mudaban mis pies en flores.
  Mas Lisardo le replica;
A la guerra voy, amores,
Apolo, Marte, y la Fama
Me llaman, que bien lo oyes.
  Alcida entónces turbada
Su rubio cabello rompe,
Diciendo, enemigo mio,
Allá vayas, y no tornes.
  Mas vete en paz á tu guerra,
Que á buen seguro te acoges,
En llevar el alma mia
Por defensa de los golpes.
  Mal podrán mis tiernos años
Detener tus pies veloces,
Y mas si llevan en ellos
Mis obras, y mis razones.
  Llegó Belardo en aquesto,
Y con algunos Pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistiéron armas dobles.

VII.

De las Africanas playas,
Alejado de sus huertas,
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apénas se determina,
Si son cabras, ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas hiertas,
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hirvientes arenas,
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
¡O sagrado mar! le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona, si ellos ó el viento

Son causa de tu tormenta:
Pásame en esotra playa,
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro,
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras agenas:
Da vida á un nuevo Leandro,
Que en tus manos se encomienda.
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa
Con los brazos á remar,
Hiende, rompe, rasga y huella.
Mas allá á la media noche,
Quando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras:
Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dexadme salir amigas,
Que yo os pagaré esta deuda.
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol,
Hizo pie sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,

Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó, y adoró la tierra.

VIII.

Quando de mi sol los rayos
Están en turbado eclipse,
Y quando en su bello oriente
Confusas nubes le oprimen;
Quando el mundo está sin luz,
Y el cielo nubloso y triste,
Resplandece en lo mas alto
De mis esperanzas firmes;
Lo que mi bien aborrece,
Me es sabroso y apacible,
Y con daño de mi gloria
Rica mi ventura vive.
Terrible lloroso efecto,
Y contradiccion terrible,
Que pueda alegrarse el cuerpo,
Con lo que el alma se aflige.
Si á visitar voy mi gloria,
La entrada á verla me impiden,
Qnando no le es conocida
Al Médico aborrecible.

Así que está mi salud,
En que la suya decline,
Y en que mi sol salga claro,
Mi daño y muerte consiste.
No sé que le pida al cielo
En confusion tan terrible,
Júzgalo, Trise del alma,
Y lo que sintieres, dime.
Muera yo, porque tú vivas,
Que si tú, Señora, vives,
Prémio espero en tu memoria,
Si alguna de mí tuviste.
No estimes, Señora, en poco
Mi firmeza y quexa humilde;
Que nunca la ingratitud
En pechos nobles asiste.
Mas como es villano amor,
Y los méritos no mide,
Premia acaso los servicios,
Como por casos se rige.
No te culpo segun esto,
Ni pena tu yerro admite,
Que á donde los ciegos guian,
¿Cómo ha de andar quien los sigue?
Con todo te ruego, adviertas,
Si algun momento estas libre,

Deste tirano sagaz,
Que del mas docto se rie;
  Que consideres que soy,
Quien muriendo por tí vive,
Y que sin verte, padezco
En tiniebla obscura y triste.
  Que no quiero libertad,
Que mis fatigas alivie,
Sino nombre de tu siervo,
Que mi lealtad confirme.
  Muera al rayo de tus soles,
Do se regula y derrite
La cera de mis entrañas,
Que el tierno pecho despide.
  Bien sé que habrá mil Pastores,
Que te quieran, y te estimen;
Pero ninguno qual yo,
Que en esto soy roca firme.
  Todo sin tí me fatiga,
Todo me cansa y aflige;
Todos sin tí, se me atreven,
Sin tí todos me persiguen.
  Mi caballo se desmaya,
No me halagan mis mastines,
Mis ovejuelas se extrañan,
Y que estoy si tí, me dicen.

Niégame el roble su sombra,
Y no quiere que cobijen
Sus hojas mi soledad,
Que al solo no hay quien lo abrigue.
Este papel envió
Albanio á la bella Tirse,
Que en las riberas del Ebro,
Tiene su albergue apacible.

IX.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos Pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el Pastor Belardo
De la alta rama de un roble;
Que quiere, que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciñéndose la honda
De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles,
La dorada imágen rompe.
Ahí te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios;

Inventor de trayciones;
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come,
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble.
Padre de zelos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traidores.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros Palacios
A donde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por sí á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que baxaban
Al valle algunos Pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dixo Albanio,

No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dixo Alcino,
Que entónces amaba á Floris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonralle en el monte.
El amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Miéntras ellos arguian,
Se fué acercando la noche,
Y Filis con otras Damas
Baxó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle;
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones.
Que no es bien, dixo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera

Descanso y oro me sobre.
Con esto muy triste Filis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

X.

Continuacion del anterior.

¿Quándo cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdónas y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Qué Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca, muger fuerte?
¿Quándo riberas del Tajo
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme tu lumbre
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo que no me contentaba,

Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma
De quien su dureza aprenden.
¡O larga desdicha mia!
Mas no es razon que me queje,
Bien es yerro que te adore,
Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos,
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol,
Antes que el tuyo saliese.
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes,
De quien era yedra amada,
Miéntras estábas ausente.
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tu aborreces;
Que lo borrado en el alma,

En las paredes ofende.
Quando, ingrata, me querias
No habia quien no truxese
Los dos nombres en la boca,
Que ahora enfadan la gente.
Y así enfada el tiempo mismo,
De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto, y digo,
Que tu hermosura me vence:
Que miéntras fueres hermosa,
No dexaré de quererte,
Y seraslo siempre, ingrata,
Porque pene eternamente.
Vengaste tu estatua, amor,
Afloxa el cordel, no aprietes
Ofensor mártir del alma,
Dexa el cuerpo, que no siente.
Tu estatua colgué de un roble;
Todo se sufre á quien pierde;
Viva Filis, venció Filis,
Vive amor, Belardo muere.
Con esto orilla del Tormes
Sus aguas llorando crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

XI.

Enlazados los cabellos,
Que á tantos han enlazado,
Con una encarnada cinta,
Y vestida de encarnado,
Del alvergue de su aldea,
Por gozar del ayre manso,
Al campo va Fabia bella,
Y enriqueciendo va el campo.
No sigue el bando de amor,
Ni favorece su bando;
Que en las aras de Diana
Juró de hacer lo contrario.
Lleva de Silvia su amiga
Fresco en la memoria el caso;
Y así en agravios agenos
Ha escarmentado su agravio.
Hácia la agradable sombra
De una encina tiende el paso,
En cuyos antiguos senos
Oyó cantar un reclamo.
Mil lazos ve á la redonda,
Y al engañador ufano
Con las pintadas perdices,

Que engañó para su amo.
Suelta Fabia las cautivas,
Háceles el campo franco;
Vuelan, huyen, y agradecen
La libertad con su canto.
Tras esto los lazos quiebra,
Que no es amiga de lazos;
Y volviendo el rostro, dice
Al perdigon enjaulado:
Tú y el amor, ave aleve,
Debeis ir horros entrambos;
De amor son estas semejas,
Suyos son estos resabios:
Hasta en las aves sencillas
Haces, amor, tus ensayos,
Poniendo en el campo escuela,
Donde se aprenden tus daños.
Como perdigon te escondes
En la flor de verdes años,
Do pregonas libertad,
Y es servidumbre tu trato.
Rayo del cielo te abrase,
Mas de eso estás bien guardado;
Pues á un árbol te recoges,
Que nunca le abrasó rayo.
Esto dixo, Fabia, y suelta

El páxaro aprisionado,
Que aunque su engaño le ofende,
No fué el autor de su engaño.

XII.

De tus tristezas Riselo
Murmura toda el aldea;
Al amor le dan la culpa,
Y á tus rezelos la pena.
No acudes á donde cantan,
Porque no cantán endechas;
Ni hablas á las casadas,
Ni miras á las doncellas.
Los cantares que compones,
Son por la niña morena;
Y las niñas de ordinario
Son mudables y traviesas.
Pareces desconversable,
Y no es bien que lo parezcas;
Quando estás á solas ardes,
Y acompañado te hielas.
Entre tí contigo hablas,
Como aquel que da respuestas
A las preguntas del alma,
Que se regala ó se queja.

Mas luego los ojos baxas,
Enmudeces, y á la tierra
Parece que le demandas
Lo que los cielos te niegan.
Ya de colores te vistes,
Ya te pones capa negra,
Como si el mudar de trages
Fuera mudar de sospechas.
No sales por las mañanas
A ver galana la vega,
El prado con yerba y flores,
Y con hojas la arboleda.
Ni á mirar las opiladas,
Que piensan gastar durezas
Con el acero que toman,
Estando de hierros hechas.
Apartate de las gentes,
O tu condicion enmienda;
Que dicen que suele darte
Dolor, y no de cabeza.
Esto le dice á Riselo
Una Serrana discreta,
Y agradecido responde,
Mostrándole que se alegra.
Serrana de lindos ojos,
Y de condicion mas bella,

Dame tus hermosas manos,
Abrázame y besarélas.
Unos rezelos traydores,
Amiga, tanto me cuestan,
Que apénas vivir podia,
Y juicio tener apénas.
Pero tú, Serrana mia,
Alegraste mis tristezas,
Como el alba tras la noche,
Y como el sol tras tinieblas.
Mas porque vienen del valle
De recoger madre selva
Maldicientes Aldeanas,
Yo me voy, á Dios te queda.

XIII.

Vete, amor, vete,
Mira que amanece.
Gente pasa por la calle,
Y pues pasa tanta gente,
Sin duda que la mañana
Ya sus blancas alas tiende.
Y pues de la vecindad
Tanto le temo y le temes,
Porque al vulgo no declares,

Lo que te quiero y me quieres,
Vete, amor, vete,
Mira que amanece.
  Si el sol en saliendo barre
La aljofar, que el campo tiene,
Tambien de mi lado quita
La perla que me enriquece.
Lo que á otros parece dia,
A mí noche me parece;
Pues luego que sale el dia,
La noche de ausencia viene.
Vete amor &c.
  Si quieres echar raices
Al pasatiempo presente,
Sin que el ayre de envidiosos
Tan presto no nos le lleve;
Si quieres que nos veamos
Como esta vez, muchas veces,
Donde á letra vista pago
Lo que te debo, y me debes,
Vete amor &c.
  Dexa los dulces abrazos,
Que si en ellos te entretienes,
Un mal nos podrá dar largo
Aqueste contento breve.
Un dia de purgatorio

[library stamp]

No hace mucho, quien le tiene;
Pues la esperanza de gloria
Sus graves penas descrece,
Vete, amor, vete,
Mira que amanece.

XIV.

Quando la esposa de Febo
Los altos oteros ciñe,
Dando señales del dia
A los Pastores humildes;
Y quando el dichoso amante
Tras la querida Felice
Va picando los caballos,
Por lo que la zona rige;
Y quando las centinelas
Ya del silencio despiden,
Las quimeras enfadosas,
Que la soledad les viste;
Y quando los amarantos,
Las violetas y jazmines,
Levantando las cabezas,
De nueva gracia se visten;
Del dorado y sacre Ibero
Entre mil Ninfas gentiles

La venturosa Concordia
La cabeza saca y dice;
Salid, que arriba vive
El solo bien, que mi favor recibe;
Y pues me quiso tanto,
Solemnizad su gloria en dulce canto.
Recibió de ver la Ninfa
El sol tan notable eclipse,
Que faltó su luz al mundo
Porque Concordia lo impide.
Ella da vida á las plantas,
Con ella las yerbas viven,
Su calor produce el campo,
Y los árboles se visten.
Pues como se vido fuera
Entre sus Ninfas humildes,
Abriendo su hermosa boca,
Estas palabras repite:
Salid, que arriba vive
El solo bien, que mi favor recibe;
Y pues me quiso tanto,
Solemnizad su gloria en dulce canto.

XV.

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras
Ya recaudaba la aurora
La escura noche desierta;
Quando un Pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene,
¿Cómo es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan,
De algun agravio de amor,
Así tambien se querella:
Ingrato amor, Silvia ingrata,
Ciego amor, hermosa fiera,
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella;
Quien te dió de Silvia el nombre
Bien dixo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alverga;
Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras;
Fieras mas duras y esquivas

Que tigres y que otras fieras:
Pues estas suelen moverse
A mansedumbre y clemencia;
Mas á tu rigor no pueden
Vencer mis dones y ofertas.
¡Triste! que quando te envio
Flores hermosas y nuevas,
Tú las desdeñas quizá,
Porque en tí las hay mas bellas.
Y si escogidas manzanas
Te llevo, tú las desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
¡Triste! que quando te ofrezco
La dulce miel, la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran.
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
A mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste,
Mas al fin todo se trueca.
Con esto acabó el Pastor,

Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
O la razon que hay en ellas.

XVI.

Tronando las nubes negras
Y espesos los claros ayres
Con remolinos y polvo
Señalaban tempestades.
Tinieblas cubren la tierra,
Sin que la noche llegase,
Y el sol escondióse huyendo
De los relámpagos grandes.
Entre dos tajadas peñas
Junto á un monte de arrayanes
Estaba Riselo solo,
Con sus cabras una tarde.
Y ántes que el Pastor pudiera
Recogerlas ni guardarse,
Rompen las nubes sus senos,
Y disformes piedras caen.
¿Qué es esto, cielo, decia,
Tan grande venganza cabe
En vuestro pecho piadoso
Contra simples animales?

Si yo soy el que pequé,
Mi ganado no lo pague;
Y si el mio lo merece,
Al que es ageno dexadle.
Mil fieras contrarias mias
Huyendo van á buscarme,
Que al hombre acuden los brutos
En peligros semejantes.
Dexad mi pobre cabrio,
Medrosas fieras, dexadme,
Y buscad quien os guarezca,
Sin que el cielo os descalabre.
En esto pasó la nube,
Mostrando por otra parte
El sol sus dorados rayos
Y su divino semblante.
Alegre quedó Riselo,
Diciendo á su mal, que aguarde
Alguna mudanza de estas
A pesar de sus pesares.

XVII.

Por su amor desamorada,
Por varios antojos ciega,
Muriendo porque su vida

A la muerte no se acerca;
Renegando de sus ojos,
Que fuéron traydoras puertas,
Para que al alma se entrasen
Ojos, que se burlan de ella:
Aquí maldice el exido,
Allí culpaba la sierra;
Testigos del bien que tuvo
Y del mal de que se queja.
Belilla la bien hablada,
Ofendida de su fuerza,
Del olvido y de su amor,
Que la quiso, y que la dexa,
Contra Riselo el ausente
De su alma y de su aldea,
Mil libertades decia,
Que de decillas le pesa.
Tú me enseñaste á querer,
Mas no será bien que mienta,
Mis desdichas me enseñáron,
Y tu engaño fué la escuela.
Si supiera deprender,
¡Mas ay! si olvidar supiera,
¡Qué burlado te quedaras!
¡Y qué ufana que me vieras!
Llegó la Morena entónces,

Y por saber su tristeza,
Muchas cosas le pregunta,
Y ella le dió por respuesta,
  Morena, no te enamores,
Que te engañarán los hombres.
  Morena, que agora vienes
Al mundo de tu esperanza,
Mezcla tu amor con mudanza,
Y tu favor con desdenes,
Llora el descuido que tienes,
Y guarda, no te enamores,
Que te engañarán los hombres.
  Escarmienta en estos ojos
Tan tristes quanto burlados,
Y mis cabellos mesados
Un tiempo amados y rojos;
Hurta el cuerpo á tus antojos,
Aunque tus antojos llores,
Que te engañarán los hombres.
  Las ternezas que te digan
Engañadores Zagales,
Remítelas á mis males,
Antes que tu bien persigan.
Quando tu beldad bendigan,
Reniega de sus amores,
Que te engañarán los hombres.

XVIII.

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga.
En medio estaba un sepulcro
Al pie de una palma ingrata,
Que como da el fruto tarde,
Con la muerte se compara.
La noche estaba en su filo,
Fria, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda;
Quando al rayo de la luna
Que baxaba entre las ramas,
Vide quatro bultos negros,
Que alumbraban unas andas.
Al uno llaman temor,
Al otro desconfianza,
Los otros dos se decian
El engaño y la mudanza.
Entrados que fuéron dentro,
Al fin del sepulcro paran,
Dando de los firmes hombros

Al suelo la inútil carga.
Y con manos liberales
De las funerales andas
Sacáron un muerto vivo,
Que gemia y suspiraba.
Ceñido está de cadenas,
Y en la boca una mordaza;
Que quien muere de su mal,
Por su honra muere y calla.
Metiéronle en el sepulcro,
Donde otros muertos le aguardan;
Que en son triste al huesped nuevo
Con gemidos saludaban.
Confuso yo y codicioso
De saber á quien llevaban,
Allegueme hácia el sepulcro,
Que solo y desierto estaba.
Ví unas letras que decian
En el tronco de la palma;
Aquí se entierran los muertos,
De perdidas esperanzas.
Entre estos yace Menalio,
Enterráronle sin causa
Los zelos muerte de vivos,
Que esta es su propia morada.

XIX.

En una cabaña pobre,
De contentamiento rica,
Principio de glorias dulces,
Fin de amorosas desdichas;
Meliso y su amada prenda
Contemplaban cierto dia,
Ella, de él el amor firme,
Y él, de ella la fe tan viva.
Ella dice, en tu memoria
Se enriquece el alma mia;
Y él ufano y victorioso,
Responde á su cara Ninfa;
¿Qué gloria ni qué dicha
Llega al mirarte á tí, bella Felisa?
Como es divina su gloria,
Humanas glorias no envidian;
Que un amor presente y firme
A eterna firmeza obliga.
Ella se mira en sus ojos,
Y él en los de ella se mira;
Quieren hablarse, y no pueden,
Y mudos se comunican.
Ella dice, aquestos lazos

Son mi libertad y vida,
Y él responde; el ser yo tuyo,
Es lo mas que el alma estima.
Del bien de los dos amantes
Prado y monte participan;
Cantan las Ninfas del rio,
Nueva yerba el soto cria,
Y los dichosos Pastores
Mudos de una causa misma,
Quando amor les da licencia,
Su fe constante publican.
Ella dice: ausencia y tiempo
Mi firmeza los derriba;
Y él sin temor de mudanza
A su Pastora replica:
¿Qué gloria, ni que dicha
Llega al mirarte á tí, bella Felisa?

XX.

Quando entendí que tenia
El fruto de mi esperanza,
Seguro para gozalle,
Confiado en tu palabra;
El nublado de tus ceños
Hizo tronar en mi alma,

Y abrasó flores y früto
El rayo de tu mudanza.
Y el pecho donde tuviste
Esta voluntad plantada,
Produce ya en vez de flores,
Yerbas secas y agostadas.
Dicen, Belisa, que el tiempo
Es el Médico que sana;
Pero no lo ha sido mio,
Pues por curarme me mata.
Tus ojos Pastora son,
Los que me diéron fianza
De mis glorias, y esos mismos
Me dan ahora tal paga.
Yo tengo la culpa de ello,
Aunque tu fuiste la causa;
Y es bien que tenga la pena,
Quien se pone en confianza.
No me quejo de tu olvido,
Que no olvida, quien no ama;
Pero pudiera quejarme
De tus ojos que me engañan.
Bien sabes porque lo digo,
Y con quien lo sabe, basta;
Que en otra parte habrás visto
Las razones que aquí faltan.

Esto Celindo escribió
En el tronco de una haya,
Do recibe el sacro Tajo
En sus brazos á Xarama.

XXI.

Presta la venda que tienes
Amor, á la bella niña,
Para que cubra los ojos,
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres corazones
Prende con solo una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba;
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.
Sino quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y se rinda;
Déxale la venda y huye,
De ella te oculta y te libra;
Que no hay quien hoy se le escape,
De quantos sus ojos miran.
Y aunque &c.

No hay Zagal en el aldea
De noble ó de baxa estima,
Que la señal de su hierro
No trayga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren,
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubren,
Lo que los suyos lastiman.
Y aunque &c.
No sé que se tienen ellos,
Que parece que enhechizan;
Tienen un gusto de miel,
Que para él mas es acibar.
Y mas con las hebras de oro,
Que en todo los autorizan,
Con que libertades ata,
Y mil voluntades liga,
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.

XXII.

La tierra, el monte y el valle
Muestran alegre tiempo
Tras la aspereza dura
Del encogido invierno.

Desatan sus cristales
Los libres arroyuelos,
Del yelo murmurando,
Que los detuvo presos.
De las desnudas plantas
Los ramos ya compuestos
Zelaban de las aves
Los nidos encubiertos.
La vega, el soto, el prado,
Del abrego y del cierzo
Bolado el pasto inútil
Del amarillo heno,
Con yerba, grama y flores
Afrentan los extremos
Del que mejor traslada
Sus apacibles léjos.
Los gustos liberales,
Los ojos avarientos,
Conciertan alegrias
Mezcladas sin concierto.
Amaltea divina
Por su colmado cuerno
En nuestros campos mira
Los campos Eliseos.
Solamente Riselo
Quando se viste el mundo de alegría,

Se viste el alma de quebranto y duelo.
El alba, el sol, el dia,
Quebrantando el silencio
De la callada noche,
Donde se alverga el sueño;
Rocío, luz y rayos
Daban al mundo ciego
De las sombras rasgando
Los atavíos negros;
En sus concavidades
De voces é instrumentos
La Ninfa emparedada
Repite dulces ecos.
Cantaban los Zagales,
Los mayorales cuerdos
Rodean los esquilmos
De sus rebaños gruesos.
Hermosas Aldeanas
Al ayre los cabellos,
Las vidas y las almas
Al amoroso fuego;
Al bayle y á la lucha
Venian prometiendo
A los robustos cintas,
Flores á los ligeros.
Y como amor reparte

La gloria de estos premios,
Intentan lo imposible
La maña y el esfuerzo.
Solamente Riselo,
Quando se viste el mundo de alegría,
Se viste el alma de quebranto y duelo.

XXIII.

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enxugan las redes,
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,
A cuyos golpes se mueven,
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta,
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas

Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apénas supo la lengua
Articular las palabras,
Quando sembró por el ayre
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apénas
Eché las redes al agua,
Quando me enredé en tus hebras,
Que son redes de esta playa.
Creciéron en mi los años,
Y subiéron las desgracias
Al peso de mis desdichas,
Que fuéron siempre pesadas.
Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Quando saca de alhelies
Las bellas sienes ornadas;
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja,
Con salir ella á dar luz,

Y tú á lastimar entrañas.
Ni jamas llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer
Mil exemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,
A los golpes amorosos
Ni te humillas, ni te ablandas.
No hay piedra en estas riberas,
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
Ni hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava;
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,

Que siempre son mis contrarias,
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña,
Dexando á mis enemigos
En las manos la venganza;
A tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exêquias,
Pues de ellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.
Esto está diciendo Albano,
En tanto que el mar se amansa,
Que con erizado cerro
Las estrellas amenaza.

XXIV.

Quando la mar alterada
La fuerza de vientos siente,
Y las levantadas olas
Con bramidos se revuelven;
Quando tocada del fuego
La tierra se ensoberbece,
Sintiendo como piadosa
La pérdida de sus mieses;
Mi Doris en su alvergue
Sin cuidado de nada se entretiene.
Quando las aves del cielo
Con canto sus penas crecen,
Y buscando su querido
La tórtola se entristece;
Quando las fieras mas bravas
Contra el amor se previenen,
Que aun con las fieras amor
Poderoso hacerse puede,
Mi Doris &c.
Quando todo el mundo piensa
En los cuidados que tiene,
Que apénas hay en el mundo,
Quien su bien ó mal no piense;

Quando cortando su pena
Mengua su dolor la gente,
Unos del tiempo se agravian,
Y otros del tiempo se duelen;
Mi Doris &c.

Quando mis tristes suspiros
El sol y la luna hieren,
Y mis ojos en el prado
Lágrimas sin tiento vierten;
Quando mis tristes acentos
A mis cabrillas suspenden,
Y el sentido con su llanto
La razon en todo pierde,
Mi Doris &c.

Quando la flecha dorada
Amor en mi pecho prende,
Y tras esto descuidada
Mis plantas veloces mueve;
Quando con voces la llamo,
Y quando mi amor mas crece,
Porque siempre lo imposible
Quanto mas es, mas se quiere,
Mi Doris &c.

Así cantaba Corino
Al pie de un álamo verde,
Lugar donde de ordinario

Males llora, y canta bienes;
Dexad, ojos, la tristeza,
Mis tristes suspiros cesen,
Que no es bien sienta mi pena,
Quando contenta y alegre
Mi Doris en su albergue
Sin cuidado de nada se entretiene.

XXV.

De su querida Amarilis
Brasildo llora el ausencia,
Soledades de su alma,
Que á donde va, se las lleva.
Y como muere la vida,
Quando falta el alma della,
Tal en su cuerpo parece,
Que sin el alma le dexa.
Ninguna cosa le agrada,
Y todo le causa pena;
Y en el gusto se entristece,
Y en la tristeza se alegra.
Echado orillas del Tajo
Sobre el arena desierta,
Así les dice á las aguas,
Arboles, montes y selvas.

Amor me de paciencia,
Que no hay segura fe, donde hay ausencia.
Cristales puros y claros,
Por este tiempo siquiera,
Que os ha dexado Amarilis,
Corred turbios y sin fuerza.
Y no lleveis desde ahora
De oro puro las arenas,
Pues lágrimas os faltáron,
Que las hiciéron de perlas.
O volved el curso atras,
Pues aquella ingrata bella
Me dixo, que le veria,
En vosotros, y no en ella.
Bien podeis, corrientes claras,
Mudar la naturaleza;
Pues las almas inmortales
La fe que juráron, truecan.
Amor me de &c.
Y vosotras, palmas altas,
Que coronadas de yedra
Estais mirando en el agua,
Como os enlaza y enreda;
Pues se secó mi esperanza,
Queden vuestras hojas secas,
Que un tiempo como esmeraldas

Adornaran la ribera.
Todo se cubra de luto,
Aguas, montes, prados, yerbas,
Miéntras adorna Amarilis
Otros brazos de mis prendas.
No se esmalten vuestras rocas
De lirios y de violetas,
Ni os produzcan vuestros prados
Aves, ni flores, Adelfas,
Amor me de &c.
Y, tú perjura Pastora,
Que tan segura paseas
Los campos de Manzanares
De mis lágrimas y endechas;
No pienses que no se sabe,
Por engaños te gobiernas,
Que al amor pintan con alas
Por cuervo de malas nuebas.
Ya he sabido tu mudanza,
Que el bien tarda, y el mal vuela;
Rendir muchos al amor,
Es victoria con vergüenza.
Mas yo lloraré por todos,
Que son propias estas sierras,
Para llorar sin testigos
La palabra que me quiebras.

Amor me de paciencia,
Que no hay segura fe, donde hay ausencia.

XXVI.

Quando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Quando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes
En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Quando mil alegres cantos,
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos,
Y enamoran á los peces;
Quando en las torres mas altas
Mil luminarias parecen,
Y qual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entónces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.
Envidiosos de mi bien
Fortuna y amor me tienen,
El uno en prision el cuerpo,

El otro el alma en sus redes.
En vez del ligero barco
Entoldado de laureles
Tengo un triste calabozo,
Do mis pensamientos remen.
El agua por do navega,
Es la que mis ojos vierten;
Que aunque mi fuego no basta
Basta para que me anegue.
Y del implacable fuego,
Que en mis entrañas se enciende,
Qual los cohetes veloces
Salen suspiros ardientes.
Ecos de suspiros tristes
Son mis canciones alegres:
Tal estoy que quando al cielo
Su favor al mundo ofrece,
Entónces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

XXVII.

Por un dichoso favor
Que ayer me atreví á pedir,
De zelos me hacen morir,
Estando muerto de amor.

Vivia tan avariento
Mi deseo; que buscaba
Quando en un contento estaba
Otro segundo contento:
Entendiéronme el humor,
Y porque aprenda á pedir,
De zelos me hacen morir,
Estando muerto de amor.

Esto cantaba Riselo,
Despues de haber escuchado
Las quejas de un ruiseñor,
Que llora y está cantando.
Maldice sus pensamientos,
Porque voláron tan alto;
Maldice memorias tristes,
Nacidas de agravios caros:
Maldice el verde laurel,
Que en aquel siglo dorado
Ciñó sus dichosas sienes
Riberas del Tormes claro:
Maldice la grama verde
Que paciera su ganado;
Maldice el cencerro nuevo
De su conocido manso:
Maldice una corderuela
A quien ha querido tanto,

Que la crió en su zurron
Llevándola siempre en brazos:
Y maldice á quien amase
Favor alguno negado,
Que si amor anda desnudo,
Es porque el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el prado
Por tasa le da los gustos,
Y los zelos no tasados.
Fuese tras esto el Pastor
huyendo de su cuidado;
Pero luego le alcanzó
Y volvió á penar doblado.

XXVIII.

En un prado coronado
De murta, berbena y sarga,
Sándalos blancos y verdes,
Alamos, sauces y hayas;
Entre un hato de congojas,
Y con un hato de cabras,
Duerme zeloso Silvano,
Si puede dormir quien ama.
Venciole el sueño al Pastor,

Porque la nocbe pasada
Fué desvelado testigo
De la venida del alba;
Cuidando que amaneciesen
Con las estrellas del alba
Los dulces ojos hermosos
De su querida Belarda:
Que á pesar de su ventura
Y á placer de su desgracia
Ageno dueño la goza,
Y en otro lecho descansa.
Do descuidada del fuego,
Que al Pastor zeloso abrasa,
En brazos de su enemigo
El hermoso cuello enlaza.
Mas como quien quiere mucho,
Si teme, poco descansa,
Apriesa le despertáron
Sus sospechas y sus ansias.
Mudable Belarda, dice,
¿Por qué razon, ó qué causa
Das mucho, á quien poco debes,
Y á quien mucho debes, nada?
Al extraño alegres ratos,
Pero al que es tuyo horas malas;
A quien te obedece, penas,

Y glorias á quien te manda.
A quien te desprecia, sigues,
Persigues, á quien te ensalza;
No das crédito á mis obras,
Y crees sus falsas palabras.
A mi fé, que á tus altares
Acá dentro se consagra,
Desprecias dando acogida
A la que se parte en tantas.

XXIX.

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la Corte á la aldea.
Ningun Serrano se escapa,
Ni Serrana en toda ella,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.
No tiene fuerza el azero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:

Y si una vez él te tira,
Guardate, Serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra:
Y en haciendo la presa &c.

El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla;
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo &c.
Zagala, paguete el Cielo,
Dixo la Serrana bella,
El aviso, y en tus cosas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil veras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil veras:
Y en haciendo la presa &c.

Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido

Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas;
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve poco medra;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

XXX.

Desnudos árboles de hoja,
Sordas aguas de Pisuerga,
Despoblados arenales,
Prado mustio, y seca yerba;
Cielo, que tu luz escondes,
Mal devisadas estrellas,
Ayre desabrido y frio,
Campo sordo, noche ciega;
Huyendo vengo á vosotras,
Cargada el alma de quejas,
Por ver si hallarán mis males,
Quien los alivie siquiera.
Quejándome así á vosotras,
Fingiré, que me consuela
Este ruido de las aguas
Sacudido de las peñas.

Ya que no tengais palabras
Para remediar mis penas,
No las negareis al ménos,
Ni las llamareis ligeras.
Ni á la falta de esperanza
Llamareis pretensionera,
Ni á los dolores locura,
Ni liviandad á la fuerza.
Que aquestos títulos pone
A mi pasion una fiera;
Este alivio da á mis males,
Y á mi pena esta respuesta.
Un tiempo supo escucharme;
Mas ya se cansa y me dexa;
Que es muy propio á un desdichado
Hallar venturas que pierda.

XXXI.

Mirando un corriente rio,
Que baña los muros de Alba,
A quien sus famosos dueños
Para siempre diéron fama;
De pechos sobre una peña
A pedazos verde y parda,
A tiempos alegre y triste

El Pastor Albanio estaba:
Y viendo con la presteza,
Que el agua corre y no para,
De su desdicha se acuerda,
Y así les dice á las aguas;
Que si así el tiempo pasa,
Ni el mal puede durar, ni el bien se tarda.
A Dios, á Dios, claro rio,
Buen testigo de mis ansias,
Que, ausente Ismenia, me diéron
Zelos que sospechas bastan.
Ya puede partir á vella,
Y de una prision tan larga
Ofrecerle las cadenas,
Como á templo de mi alma.
¡O claras aguas de Tormes!
Que firmes y sin mudanza
Caminais eternamente
A llegar al mar de España;
Que si &c.
A mi memoria ha venido,
Que en las almenas mas altas
Ha puesto mi pensamiento
Por zelos mis esperanzas
Esperadme, claros ojos,
Que voy á ver, si me falta

Del pásado acogimiento
Alguna seña ó palabra.
Dexo á Tormes envidioso,
Parto á Henares, que me llama
El corriente de su rio,
Que el pensamiento no alcanza.
Que si así el tiempo pasa,
Ni el mal puede durar, ni el bien se tarda.

XXXII.

Si las lágrimas que viertes,
Son verdaderas, qual dices,
Y si del centro del alma
Salen tus supiros tristes;
Si es verdad, como confiesas,
Que por mí mueres y vives,
Y que son solos mis ojos,
Los que de espejos te sirven;
Bien partiré confiado,
Que serás qual roca firme;
Mas yo ausente, y tú muger,
No se que el pecho me dice.
Es la ausencia en los amantes
Un adversario invencible,
Sepulcro do se sotierran

Las voluntades mas firmes.
No hay firmeza que la ausencia
No la deshaga y derribe,
Y si en Píramo la hubiera,
Nunca se matara Tisbe.
Con todo eso partiré,
Pues es forzoso partirme,
Dexando en rehenes el alma
Por prenda de mi fe insigne.
No llores, porque esas perlas,
Que de tus ojos despides,
Hacen que agora mas sienta,
Lo que es tan justo sentirse.
Así le hablaba Fileno
A su Pastora Amarilis,
Partiéndose de su aldea
A las riberas del Tiber.

XXXIII.

Por entre sauces y mirtos,
Alamos, y verdes cañas,
De hojosa yedra vestidos,
Inserta con altas plantas,
Que el bello y dorado Betis
Con sus frutas ciñe y baña,

Dándoles para sustento
Lo que de sus ondas basta:
Donde el jazmin oloroso
Al triste cipres abraza,
Porque el contento y pesar
Casi siempre se acompañan;
Aquí está puesto Tirseo,
Componiendo una guirnalda
Para su ingrata Flerida,
Aunque un tiempo dulce y grata.
Hízola y fuésela á dar
Que á sombra de un mirto estaba,
Y vido el triste acostado
Otro galan en sus faldas.
Casi de sentido ageno
La guirnalda desbarata
Y con un ¡ay! arrancado
Del corazon esto habla:

Tan caros son tus favores,
Que con uno que me diste,
Te cansaste y pretendiste
Que fuese mi amor en flores:
Y en tan gran pena y dolor
No quiero flores, ni aun vellas,
Pues que tu faltas de entre ellas,
Y otro goza de tu flor.

Ese te olvide Flerida,
Quando de él mas te preciares,
Porque gustes los pesares
De amar, y no ser querida.
Dixo y volviendo al galan
Que los cabellos miraba,
Le dice de esta manera
Con ira y zelosa rabia:
Haz presa de los cabellos,
Damon, que están junto á tí;
Pues que los quitas á mí,
Para que tú goces de ellos.
Y ya que es vana mi fe,
Plega á Dios que hay donde estás,
No goces de ellos jamas,
Pues nunca yo los gocé.

XXXIV.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Cómo el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,

Y me há perseguido el alma.
Gozosa Filis se goza
De quien me destruye y mata,
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,
Para que tome venganza;
Yo acállolos, con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran
Y respóndenme que osaran
Si como ella tiene el pecho,
Tuviera yo las entrañas.
¿A quién se humilla el Leon?
¿Quién con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de zelos
Una muger enojada.

XXXV.

Sobre moradas violetas,
Que florido prado esmaltan,

A donde un sagrado mirto
Apacible sombra causa:
Y parte en mil arroyuelos
Una fuentecilla clara
Las corrientes cristalinas,
Que de una alta sierra baxan:
Sentada está una Pastora
Descompuesta y descuidada,
Aunque no de los cuidados,
Que le atormentan el alma.
Desdenes, ausencia y zelos
Su soledad acompañan;
Que quanto tiene delante,
Todo la ofende y la cansa,
El cielo, las flores bellas,
Clara fuente y verdes plantas:
Si alza los ojos, encienden
Su pecho en zelosa rabia
Los resplandores azules,
Que el cielo y la tierra abrasan.
Las florecillas la enojan,
Que al fin en flores se pasan:
Y queda el color morado,
Con que muere el de su cara.
Si mira el árbol de Vénus,
Vuelve mas desconsolada,

Porque ve entre el verde escuro
La fruta negra y amarga,
Amargo lloro y tristeza
Entre dudosa esperanza.
Quiere quejarse y no puede,
Que en ver el curso del agua
Es tanta la de sus ojos,
Que las razones le atajan.

XXXVI.

Tristeza me impide el veros,
Y esfuerza mi voz al canto
Con lágrimas en los ojos:
¿Cómo cantaré llorando?
Aunque mis males espante,
¿Qué voz sacarán mis daños
De un pecho afligido, á donde
Dan voces tantos agravios?
Que no hay tan dulce canto
En un estado triste como el llanto.
Quien nace para desdichas,
No canse á la muerte en vano;
Que esto tiene de muger,
Huir del que la va buscando.
Por eso, lágrimas mias,

Desde el oriente al ocaso
Jamas el sol os enxugue
Hasta la fin de mis años.
Que no hay &c.
De haber con alas nacido,
Nacen las penas que paso;
Porque me abraza la tierra
Quando al cielo me levanto.
Esparce, bella enemiga,
De tu sol los fieros rayos,
Y abrasa mi atrevimiento,
Aquí donde estoy llorando:
Que no hay &c.
¡Ay divinos pensamientos
Indignos de pecho humano!
Sufrid el justo castigo,
Pues quereis volar tan alto.
Empresa como la vuestra
Basta el haberla intentado;
Que no lloro por vosotros,
Sino porque así descanso:
Que no hay tan dulce canto
En un estado triste como el llanto.

XXXVII.

Vínose Ines del aldea
A donde contenta estaba,
Para la villa en que viven
Sus tias y su madrastra.
La niña de bellos ojos
Y de discretas palabras,
Cuya vista alegra el monte,
Y en el valle siembra gracias:
Aquella que daba envidia
A las mas bellas Serranas,
Rezelos á mil Pastores,
Y al ciego amor cien mil almas.
De verse agena en su tierra,
Con tristes sospechas paga
Las horas de pasatiempo,
Que tenia en tierra extraña,
Y al son de un arroyo manso,
Que murmura entre unas zarzas,
Así cantaba haciendo
Exêquias á su esperanza.
¿Qué es de mi contento?
Decid, pensamiento,
¿Por qué me prendistes,

Soledades tristes?
¿A qué despoblado
Quisiste traerme?
Y para perderme,
Mi memoria al lado:
Mi gusto pasado
Se le llevó el viento.
Decid pensamiento &c.
Niña temerosa
Sola y con mi fe
¿Cómo pasaré
Vida trabajosa?
Si seré animosa
Contra mi tormento
Decid pensamiento &c.
Lleguen mis querellas
A do está mi amigo,
Véase él conmigo,
Y saldré yo de ellas:
Y pues por perdellas
Perdida me siento,
Decid pensamiento
¿Qué es de mí contento?

XXXVIII.

Yace donde el sol se pone
Entre dos tajadas peñas
Una entrada de un abismo,
Quiero decir una cueva.
Profunda, lóbrega, escura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio alvergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un ayre,
Que el alma encendida hiela,
Y un fuego de quando en quando,
Que el pecho de yelo quema.
Oyese dentro un ruido
Como cruxir de cadenas,
Y unos ayes luengos tristes
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras
Mil víboras se descubren,
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
En una amarilla piedra
Huesos de muerto encaxados

En modo que forman letras;
Las quales vistas del fuego,
Que arroja de sí la cueva,
Dicen; esta es la morada
De los zelos y sospechas.
Y un Pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta;
De la cueva, yelo y fuego,
Haullidos, sierpes y piedra.
Y otro escuchándole, dixo;
Pastor, para que te crea
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El qual como en cueva escura
No tiene luz ni la espera.
Seco le tienen desdenes
Bañado en lágrimas tiernas,
Ayre y fuego, y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
Los lamentables ahullidos
Son mis continuas querellas,
Víboras mis pensamientos,
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla

Es mi sin igual firmeza,
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los zelos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendráron los descuidos
De mi querida Silena.
En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra,
Que de memorias de zelos
Aquestos fines se esperan.

XXXIX.

Triste memoria enemiga
Que sola en mi daño vives,
¿Por qué con perdidos dones
Te casas y me persigues?
Cruel pensamiento, basta,
El daño que me truxiste
Acaba, pues se ha acabado
La causa de do naciste.
¡Ay horas tristes!
¡Quán otras sois, de las que un tiempo fuistes!
Fácil corazon no aumentes
La llama con que encendiste,

Pues ves convertida en humo
La fe de una fe tan firme.
¡Ay! alma de gusto pobre,
Rica de mal lo posible,
Sufre y padece tus daños,
Y á mayores te apercibe.
¡Ay horas tristes &c.
Vana y fingida esperanza,
Hasta el cielo me subiste,
Para poder solamente
Perderme, qual te perdiste.
Alas te dió mi enemiga,
Con que levantar pudiste
Mi liviano pensamiento
Al deseo de un imposible.
¡Ay horas tristes &c.
Tus palabras me engañáron,
Con ellas asiento hice;
Mas palabras de muger
No son fundamento firme.
Viví engañado y contento,
Tan alegre quanto quise,
De bienes tan regalado,
Quanto males hoy me afligen.
¡Ay horas tristes &c.
Tiempo mudable y ligero,

Que por ser bueno te fuiste,
Y mas ligera y mudable
Tú, que de mi mal te ries;
Si de mi bien os cansais,
No os canseis de que publique
Ofensas y agravios vuestros
Que me cansan y persiguen.
¡Ay horas tristes &c.
Dixo Damon olvidado,
Y tras su ganado Tirsis
Al valle baxó cantando
Alabanzas de Amarilis:
Calló Damon que no quiere
Que sus daños certifiquen
Lo que una mudanza puede,
Y así en el alma repite;
!Ay horas tristes!
¡Quán otras sois, de las que un tiempo fuisteis!

XL.

Cubren el airado cielo
Nubes escuras y pardas,
Y al suelo marchito y mustio
Blanca y erizada escarcha.
No mira su rostro el Sol
En las plateadas aguas,

Que sus impedidos rayos
Las nubes negras no pasan.
Recogido el ciudadano
El calor, que del sol falta,
Cobra en abrigado sitio
A las encendidas llamas.
El Pastor que trae cubierto
El pellico que le ampara
De la escarcha, que le ofende,
Se recoge á su cabaña.
No hay ave que rompa el viento
Con voz dulce ó prestas alas,
Porque todas en sus nidos
Del cielo airado se guardan;
Solo un Pastor á este tiempo
Entre sus ligeras cabras
Riberas del claro Tajo
Pisa la yerba argentada.
Apénas el yelo siente,
Que al mas abrigado espanta,
Pero no es mucho, si tiene
El pecho el Pastor de brasa.
En esto pues, vió Rufino,
Que así el Pastor se llamaba,
Una Zagala que adora,
Entre sus ovejas mansas.

Los dos á verse venian
Tras una ausencia no larga,
Si puede llamarse corta,
La mas breve entre quien ama.
Quisiera el Pastor gozoso,
Que su querida Rosania
Los brazos le diera entónces,
Como siempre él le da el alma.
Quedó confuso el Pastor,
Viendo que en desvelos tarda;
Y la ocasion le pregunta
Bañado su rostro en agua.
Ella responde; no es justo
Te admires de mi tardanza,
Que este es debido castigo
De quien se ausenta sin causa.
Conoció el Pastor su culpa,
Y confuso y triste calla,
Bañando el rostro con llanto
Y con vergonzosa grana.
Aunque la lengua enmudece,
Sus tiernas lágrimas hablan,
Y de forma le disculpan,
Que su Pastora le abraza.
Tiernos lazos multiplican
Los que el pecho y cuello enlazan,

Que no es posible apartarse
Los que han atado las almas.
Conformes en esta fe
Dexáron la yerba blanca,
Y á su albergue se volviéron,
Que vuelve cielo Rosania.
Lo que entre los dos pasó
Viéron unas secas ramas,
Y el cielo rompió las nubes,
Por vellos en su cabaña.

XLI.

Quien dixese que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad

Entre estas sierras ingratas
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias.
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden,
Si alma digo, dicen alma,
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol,
Hará Mayo mi esperanza,
A mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entónces los falsos ecos
Y con ellos las montañas
Callarán, y serán mudos,
O rebentarán si hablan.
Viendo entónces yo mis glorias
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria:
Rompiendo montes inciertos
Dificultades contrarias,
Iré á tus brazos, Señora,

Por mil sendas no pisadas,
Vendráste tú á mí corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre á tu cara.
Colgaráste de mi cuello,
Penderé de tu garganta,
Harémos los dos alegres
Una vida de dos almas.
Ansí cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

XLII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido,
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños.
Qual trepa por algun sauce,
Presumiendo buscar nidos;
Qual cogiendo el fresco viento,
Por coger los paxarillos,
Qual hace jaulas de juncos,
Qual hace palacios ricos,

En los huecos de los fresnos,
Y troncos de los olivos.
Quando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano al primero,
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Váse corriendo á su madre,
A quien lastimado dixo:
Madre mia, una avecita,
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor,
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce,
Vengada de verle herido
De quando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semejantes en el pico.

XLIII.

Olvidada del suceso
Del engañado Narciso,
Mirando está en una fuente
Filis su rostro divino.
El negro cabello suelto
Al ayre vano esparcido,
Ceñida la blanca frente
Con un liston amarillo.
Mira los hermosos ojos
Y el labio en sangre teñido
De los cristalinos dientes
Adornado y ofendido.
No se mira el bello rostro
Por presuncion que ha tenido,
Mas porque le mueve á ello
El desprecio de su amigo.
Hala dexado el cruel
Sin haberlo merecido,
Por quien vale ménos que ella,
Y es de ella menos querido.
Pareciole que enturbiaba
Con las perlas que ha vertido
Las corrientes amorosas,

Y sollozando les dixo:
Turbias van las aguas, madre,
Turbias van,
Mas ellas aclararán.
Si el agua de mi alegría
Enturbia la de mis ojos,
Y le ofrecen mis despojos
Al alma en mi fantasia,
Sospechas son que algun dia
Tiempo y amor desharán:
Turbias van las aguas &c.
Si fatiga el pensamiento,
Y se enturbia la memoria
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento,
Si esparcidos por el viento
Mis tristes suspiros van,
Turbias van las aguas &c.

XLIV.

Contemplando estaba Filis
A la media noche sola
Una vela, á cuya lumbre
Labrando estaba una cofia.
Porque andaba en torno de ella

Una blanca mariposa,
Quemándose los extremos,
Y cerca de arderse toda.
Suspendióse imaginando
El avecilla animosa,
Y tomándola en sus manos,
Así le dice envidiosa:
¿A dónde tienes los ojos
Que de esta luz te enamoran?
¿La boca con que la besas?
¿Y el gusto con qué la gozas?
¿A dónde tienes tu ingenio,
Y á dónde está tu memoria?
¿Con qué lengua la requiebras?
¿De qué despojos la adornas?
¿Qué le dices quando llegas,
Quando en su fe presurosa
Le dexas alguna prenda,
De la aficion que le adoras?
¿Y sin haberte ido, vienes,
Y despues á volver tornas,
Hasta el punto en que tu vida
Entre las llamas despojas?
Y viendo que no era justo
Dilatar su muerte y gloria,
En diciendo estas razones,

Llegóse al fuego y quemóla.
Dichosa fuiste, avecilla,
Filis prosigue; pues logras
En los brazos de tu amigo
Muerte y vida gloriosa.
Que la vida sin contento
Mucha falta, y poca sobra;
Y solo el sosiego es bueno
A donde el alma reposa.

XLV.

De una guija en otra guija,
Y de una en otra pizarra
Se rompia un arroyuelo,
Que el Pastor Lisio miraba.
Y contemplando entre sí
La priesa con que se alcanzan
Unas ondas á otras ondas,
Y unas aguas á otras aguas;
Mirando, dice al arroyo,
Si bien mirar le dexaban
Lágrimas que su corriente
Le crecian y enturbiaban:
Tal es mi pena zelosa,
Tal es mi zelosa basca,

Pues que no menores guijas
De sospechas me quebrantan.
Y no con priesa menor
Se alcanzan tarde y mañana
Unos miedos á otros miedos,
Unas ansias á otras ansias:
Sigamos pues á la par,
Yo á la fuerza, tú á la causa;
Tú la de tu natural,
Y yo la de mi desgracia.
Que segun con la violéncia
Que corre, y amor me trata,
Presto los dos llegaremos,
Yo al fin, tú á la mar salada.

XLVI.

Miraba dos xilguerillos
Sobre un cermeño silvestre,
Como se pulen las plumas,
Poniendo en órden sus bienes,
La triste y hermosa Tirsi,
Gloria del siglo presente;
Y dice, viendo que el uno
Se lanza sediento al Betis;
Paxarito, que vas á la fuente,

Bebe, y vente.
Lleno de música y gozo
Parte ligero y alegre
Al otro, que le recibe
Aleteando, quando viene.
El pico mete en el agua
Tan apriesa, que parece
Que apénas de agua se harta,
Por venir á quien bien quiere.
Paxarito, que vas á la fuente,
Bebe, y vente.
Y tu, pensamiento mio,
En mis suspiros ardientes
Ve sin quemarte las alas,
A visitar á mi ausente.
Mata la sed de sus ojos,
Y mira bien, lo que bebes;
Que en ello nació mi vida,
Y quizá mi vida muere.
Paxarito, que vas á la fuente,
Bebe, y vente.
Dile, que estos xilguerillos
Celebran, y guardan siempre
La fe, que amor les enseña
En el canto, que no aprenden;
Y que yo envidiosa de ellos

Fingiendo alegre mi muerte,
Qual cisne canto, si canta
Quien suspira y quien no duerme.
Paxarito, que vas á la fuente,
Bebe, y vente.
En la fuerza de galera
Ciñe su pie grillo fuerte;
Y yo le tengo en el alma,
Despues que en el pie le tiene.
Dile, amigo, que esto basta;
Que romperé las paredes,
Y le sacaré en mis hombros
Como á padre de mis bienes.
Paxarito, que vas á la fuente,
Bebe, y vente.

XLVII.

Noche perezosa y larga,
Si mi esperanza no envidias,
Mas presurosa que sueles,
Esta vez sola camina.
De tu silencio ofendido
Aguardo la luz del dia,
Y el sol que alumbra mi alma
Con tus rayos, Clori mia.

Despide tu oscuro ceño,
Daré vado á mis fatigas,
Sino quieres, que me mate
El ardiente amor de envidia,
¡Ay triste suerte mia!
Velar de noche, y padecer de dia.
Aunque el sol vaya mas alto,
Ausentes por mi desdicha,
Tus ojos, siempre es de noche,
Que ellos dan luz á mi vida.
La noche velo llorando
De mi gloria y de tu vida,
Treguas que puso el deseo
De mi ausencia y de tu vista.
Mas te debo que pensaba,
Ya te tengo por amiga;
Que en los engaños de Clori
Los encubrió mi desdicha.
¡Ay triste suerte mia &c.
Pero ya el cielo me dice
Con desengaños del dia,
Que nada debo á tu sombra,
Pues lo que me dió, me quita.
Que al fin gozaba contigo
La esperanza, que algun dia
Puso el amor al deseo,

Tu oscuridad, y su vista.
¿Por qué tu amoroso engaño
No entretuvo mas mi vida?
Pues con él aseguraste
Lo que ya la luz me quita.
¡Ay triste suerte mia!
Velar de noche, y padecer de dia.

XLVIII.

Miraba Celio una yedra,
Que con amorosos lazos
A un árbol antiguo y seco
Apriesa se va enlazando;
Miraba un hojoso sauce
Que va creciendo á su lado,
Y haciendo las hojas lenguas
Está de ella murmurando.
¡Ay! le dice, yedra ingrata,
De mis memorias retrato,
¡Cómo por un seco tronco
Dexas un sauce gallardo!
No me espanto, que atrevida
Le des estrechos abrazos,
Que apetecer lo peor,
Siendo muger, no es milagro.

Si te viste alguna vez
En estas aguas despacio,
Mas vividora que el tiempo,
Mas bella que el amaranto,
¿Cómo no miraste en ellas
Si la verdura del Mayo
Vistió con sus nuevas hojas
Los ramos secos y largos?
Ansi de tu juventud
Logres los primeros años,
El tronco que alegre vistes,
La fiera segur cortando,
Y ansi tus tiernos cogollos
Los mire el tiempo abrasados
Con enamorados mirtos,
Y enamoradores lauros;
Que escuches mi voz cansada,
Porque, digas si en mis daños
Tu ingratitud y mi amor
Corriéron á un mismo paso.
Y templando su instrumento
Zeloso y enamorado,
Haciendo testigo al viento
Así la dixo llorando:
Casastete Marfisa,
y hasme burlado;

Plegue á Dios que no goces
El desposado.
Plegue al cielo, que si alcanza
A merecer tu favor,
Logre al cabo tanto amor,
Como yo logré esperanza.
Jamas tengas confianza,
Si mucho amor le has cobrado;
Plegue á Dios &c.
Si es discreto en opinion,
Agora que le conoces,
Tan pocos años le goces,
Como gocé mi aficion:
Zelos pida sin razon,
Despues de habertelos dado;
Plegue á Dios &c.
Si agora das en querelle,
Siempre te mire á deseo,
Y como yo á tí te veo,
Entónces llegues á velle:
Si das en aborecelle,
Jamas falte de tu lado;
Plegue á Dios que no goces
El desposado.

XLIX.

Yace al pie de una alta sierra
El triste Pastor Belardo,
Entre unos álamos verdes
Dulce sombra del verano;
Declarando está con quejas
Mil sinrazones y agravios;
Y los postreros acentos
Le repiten los peñascos.
Bien es, dice, de mis quejas
Sientan las peñas y el marmol,
O que las lágrimas mias
Hagan señal en el campo.
Nada te agradezco, Filis,
Mas debo al desierto campo,
Pues que llora, si yo lloro,
Y canta, si acaso canto.
Dícesme que vaya al pueblo,
Voy al pueblo, y no te hallo;
Son estaciones de amor,
Que por eso callo, y paso.
Ya estoy rico de esperanzas,
Ya pierdo el caudal y el trato;
Mas soy mercader de amor;

Que me pierda, no es espanto.
  Filis me enseñó este oficio,
Filis me truxo á este cambio,
De solo Filis me quejo,
Que da poco, y manda largo.

L.

  En competencia del dia
Sale Filis con la aurora,
Del tálamo aborrecido
Huyendo la cama odiosa.
Que aunque cubiertos de perlas,
Muestra los ojos que lloran
La nueva luz eclipsada
Entre la menuda aljofar;
Anticipa la mañana,
Y en lugar del que reposa,
Doran los campos, é ilustra
La negra apacible sombra.
El ruiseñor adormido
Entre las ramas frondosas
Despierta al alba, y despierta
Con el alba sus congojas.
Llegó á una verde ribera,
Donde la hortelana Flora

Para su amado verano
Compone manto de rosas.
Qual arrogante y lascivo
Despliega al viento las hojas,
Que la fragrancia las lleva,
Y el roxo las descolora.
Y qual en el verde manto
Recatada y vergonzosa
Se zela y guarda la greña
Mas ardiente y olorosa;
Mas de ellas qual de serpiente
Huye la planta medrosa;
Que prometen alegría
Y á la tristecilla asombran.
Al pie de una seca encina
Sobre piedra dura y tosca
Se sienta, y mira colgadas
Sus cabrillas por las rocas.
Y qual la tierna azucena
Que la pluvia estiva moja,
Sobre el tronco de la hermana
El húmido seno encorva;
Inclina sobre la mano
La bella faz lacrimosa,
Donde la nieve encendida
La fina púrpura forma.

Mil veces enxuga el llanto,
Mas ya la mojada toca
Ni de los ojos la quita,
Ni en las entrañas la agosta.
Y así entre lágrimas tristes
Y entre suspiros que ahoga
La debil voz en el pecho
Dió al mudo silencio boca.
No esperes, Tirsi cruel,
Que el duro yugo que doma
La fragil cerviz del cuerpo,
En la del alma se ponga.
Ni ménos hoy me pretendas
Con el vínculo de esposa,
Poner á la libertad
Como á las manos esposas.
Porque arrastrando cadenas,
Y representando argolla,
Vino á tu poder cautiva
De antiguo señor, perdona,
Adulterando al marido
Y del amante alevosa,
Y para la triste Filis
Homicida y engañosa.
Y si en voluntud agena
Es agena la memoria,

Y es el pensamieuto ageno,
Y agenas al fin las obras;
Quando las noches autores
De mi infierno y de tu gloria
Ligases con esos brazos
A esta mal cauta Pastora,
¿A quién te abrazas? pregunto:
Sabed que en mi ausencia gozas
De un cuerpo sin alma vivo,
La vana apariencia sola.

LI.

Mirando una clara fuente
En las orillas del Tàjo,
Sentado sobre la arena
Estaba el Pastor Belardo.
Los cristalinos arroyos
Mira como van trepando
Por entre la juncia y flores,
Que tiene el ameno prado.
Y embelesado en mirar,
Al cabo de grande espacio
De su Pastora se acuerda,
Y así, dice, suspirando:
Ingrata Pastora mia,

En cuyo pecho de mármol
Mora esta alma de continuo,
Y morará siglos largos;
¿Quándo llegará aquel dia,
Que yo merezca tu lazo,
Y que mis manos coronen
Tus bellas sienes de ramos?
¡Ay del que amando
Consume el tiempo y sus floridos años!
¿Quándo permitirá el cielo,
Que sin rezelos de engaños
Goce de la posesion,
Que ha tanto tiempo que aguardo?
Estos arroyüelos miro
Como en los mas duros cantos
Hacen mella, y mueven tierra
Para asegurar su paso.
Y por el fin que pretenden,
De su voluntad llevados,
Corren, saltan, buelan, trepan,
Mil laberintos trazando;
Y tú, querida Pastora,
Vas en mi amor tan despacio,
Que tras una pretension
Permites que ande diez años.
Mira como en tu servicio

Sin duda alguna he gastado
La juventud mas florida,
De tu belleza incitado.
Hay del que amando
Consume el tiempo y sus floridos años.

LII.

Ya no me quieras, Lisarda,
Que yo no quiero quererte,
Que me canso ya de amarte,
Como tú de aborrecerme.
Ya tus promesas me cansan,
Y tus caricias me ofenden,
Tus alabanzas me agravian,
Tus remedios me dan muerte.
Todo me enfada y disgusta,
Quanto por tu mano viene;
Que tus agravios pasados
Siempre los tengo presentes.
Tus lisonjas, tus mudanzas,
Tus desprecios y desdenes,
Tus mentiras y palabras,
Y tus fingidos placeres.
Ya no quiero que me mires,
Si por la calle me vieres,

Ni me des satisfaccion
Con palabras y villetes.
Ni quiero que por mirarme
A la ventana te asientes,
Ni me des mas besamanos,
Ni tus sucesos me cuentes.
Libre quiero pasearme
De mudanzas de mugeres,
Que mil fiestas executan
Por un placer que prometen.
Si dices que te queria,
Era por entretenerme;
Que jamas en mi memoria
Te pude tener presente.
Y si pasé por tu calle,
Fuéron tan pocas las veces,
Que no daré testimonio
Del barro de tus paredes.
Desde agora determino
Dexarte y aborrecerte,
Que es principio de olvidarte,
El no procurar de verte.
Diré de hoy mas como Orfeo;
Si amor se opone, concede,
Que no hay firmeza con esta,
Ni amor que el tiempo no lleve.

LIII.

Los, que vivis con rezelos
En amorosas cadenas,
Temerosos de mudanzas,
Que son los premios de ausencias:
Imaginándoos ausentes,
Cercados de mil sospechas,
Porque amor siempre las da,
A quien sigue sus banderas;
Sabed como lo sabeis,
Que quando el amor comienza
A tomar primera entrada,
Es menester asistencia:
Pero despues que en el pecho
Tiene posesion entera,
Habiendo gozado el fruto
De aquel designio que lleva;
Entónces no hay que temer,
Porque el amor se acrecienta
En el amador ausente,
Si es aficion verdadera.
Con esto viva contento,
Y no le cause tristeza;
Porque es mas firme el amor

Del amador en ausencia.
Y este suele en las mugeres
Tener tanta fortaleza,
Que va creciendo en sus pechos,
Como en los troncos la yedra.
Haciendo mil laberintos,
Que hacen de mil sospechas,
Metiendo amor en su pecho
Lazadas de mil maneras.
Porque creciendo el deseo
Tendiendo en sus ramas llega
A abrazarle de tal suerte,
Que no háy mudanza que tema.
Sino es que ya el amador
Con ingratitud le niega,
Haciéndole mil agravios,
Que es una agua que le seca.
Pero quando esto no hace,
Verdaderamente crea,
Que el amor en el ausente
Suele tener mayor fuerza.
Por eso, ausentes, vivid,
Y consuéleos mi paciencia,
Que vivo ausente y confio,
Que será mi fe mas cierta.
Porque aunque temo mudanza

De la fortuna y su rueda,
No temo que cause olvido
En firme pecho la ausencia.
Porque es cierto que el que es firme
Sea muger, ó no lo sea,
Si el pecho no es desleal,
Es querido mas de veras.
Pero si es amor fingido,
En este no hay cosa cierta;
Que tambien olvidará
Ausente como en presencia.
Esto tienen las mugeres,
Quando dan en ser ligeras;
Y ansi no hay de que temer,
Sino aguardar lo que venga.
Que en dándole fe segura,
A quien fe segura tenga;
A quien olvide, olvidalle,
Pagando en igual moneda.

LIV.

¿Qué importa que mis suspiros
Las cumbres mas altas hieran,
Y que mis lágrimas rieguen
Lo mas baxo de la tierra?

¿Qué importa que mis señales
Nacidas de mis querellas
Tan presto te hallen, Señora,
Que las oigas y las veas,
Si al fin es fuerza,
Que pues no te merezco, que te pierda?

¿Qué importa que yo te diga,
Y qué tú escuches atenta
Los cuidados de mi pecho,
Efectos de tu belleza?
¿Qué importa, que piadosa
De tantas verdades cierta,
Condolida de mis males
Me respondas, que te pesa;
Si al fin es fuerza &c.

Dices que me remediaras,
Como en tu mano estuviera,
Si para herirme la tienes
Para sanarme ¿qué es de ella?
Pues mal me sanan las burlas,
El mal que me causan veras,
Mal se curan males ciertos
Con esperanzas inciertas.
Con un forzoso imposible
Traygo perpetua contienda;
Y aunque me defiendo á veces,

Las mas da conmigo en tierra.
Vivo con ansias mortales:
Preguntasme, quando llegas,
¿Que quál razon me entristece?
¿Qué razon quieres que sea
Si al fin es fuerza,
Que pues no te merezco, que te pierda?

LV.

Cansadas lágrimas mias,
Dad vado á vuestras corrientes,
Mientras mis cansados ojos
La prolixa siesta duermen.
No les estorbeis el sueño,
Porque segun salis fuertes,
Temo que se han de anegar
Antes que allá dentro entren.
Y vosotros, mis suspiros,
Mirad que quando durmieren,
Guardeis perpetuo silencio,
Porque al ruido no despierten.
Que si fuere el sueño largo,
Las penas serán mas breves,
Pues las largas esperanzas
El sueño las entretiene.

Dexarme han memorias tristes,
Porque sin ellas me tienen,
Y mis profundos cuidados
Será posible me dexen.
Y si me dexaren zelos,
A quien mas el alma teme,
Mis pasiones y porfias
Podrá ser que se sosieguen.
Harán treguas mis pesares
Con sus contrarios placeres,
Y entre esta fingida paz
No me afligirán desdenes.
Engañaré mis deseos,
Que ya mi muerte apetecen,
Pues pensarán que este sueño
Solo á aposentarla viene.
Descansarán las sospechas,
Que de los zelos proceden,
Que son tantas y tan largas,
Que ningun límite tienen.
Solo rogaré al cuidado,
Mande al pensamiento, vele,
Y sepa, si mi enemiga
Acaso de mí le tiene:
Y que mire si le pesa,
Que es propio del que aborrece,

Amar lo que aborreció,
Quando remedio no tiene.
Y si no se le da nada,
Me avise ántes que despierte,
Porque mi muerte fingida
Por muy cierta se celebre.
Mas si fuere tal mi dicha,
Que algun tanto lo sintiere,
Podrá decir fué un desmayo,
Que me tomó de repente.
Quizá con esta aficion
Que ha rato que me entretiene,
Florecerá mi esperanza,
O mi fin será mas breve.
Esto cantaba Corino
Al pie de un alamo verde,
Quando á las eladas aguas
La fuerza del sol enciende.

LVI.

En este mar de cuidados,
Que mis flacas fuerzas rompe
A remo de sufrimiento,
Y á vela de sinrazones,
Quando tu favor invoco,

Por si acaso me socorres,
Ingrata Señora mia,
Principio de mis temores;
Sola esta voz me consuela;
Sufre, padece, y espera.
En su rigor me suspendo,
Por ver quien me da estas voces;
Y son tristes fantasías
De mis imaginaciones.
Vuelvo furioso á su curso
Y mi pensamiento, adonde
El de mi vista se pierde,
Y en mis lastimas entónces
Sola esta voz &c.
¿Quién dirá que entre este mar,
Y entre el que tantos se sorbe,
En él navegar, y en todo
Hay diferentes razones?
Corren en aquel los cuerpos,
En este las almas corren;
Allá todos se consuelan,
Pero en este en mis pasiones
Sola esta voz &c.
Allá se rompen las aguas,
Acá los fuegos se rompen,
Allá hielan, acá abrasan,

Sin bastar pechos de bronce.
Amor ¡qué soberbio vienes!
Tente, niño, no me ahogues:
Y si tengo de anegarme,
¿Por qué mas dura que un roble
Sola esta voz &c.

¿Por qué quieres que te espere,
Y que á brazos no me tome
Con la prolixa memoria
De aquella que dió algun monte?
¡O basilisco á mi vista!
Pues que la tuya matóme,
Si cansas el sufrimiento,
En vano entre mis dolores
Sola esta voz &c.

Hete sufrido, tirano,
Mas la paciencia cansóse;
Que el remedio de algun daño
No dura y así dexóme.
No quiero tus esperanzas,
Pero dexame, que llore
Tu rigor y mis desdichas;
Quando entre tus disfavores
Sola esta voz &c.

Que como las que son largas
No pueden curar á un hombre,

Una corta sinrazon
Todas las deshace y rompe:
Ni el esperar ni el sufrir,
En pasion que es tan enorme,
Pueden suspender la pena;
¿Pues por qué en estas pasiones
Sola esta voz &c.
Acaba ya, inexôrable,
Muévate, á que me perdones,
Ver que soy monstruo en amar,
Tanto que es razon te asombres:
Y si en esto eres diamante,
Busca, niño, donde mores,
Y á Dios; pero no te vayas,
Pues quando airado me enojes,
Sola esta voz me consuela;
Sufre, padece, y espera.

LVII.

Ciego, que apuntas y atinas,
Caduco dios y rapaz,
Vendado, que me has vendido,
Y niño mayor de edad;
Por el alma de tu madre,
Que murió, siendo inmortal,

De envidia de mi Señora,
Que no me persigas mas.
Déxame en paz, amor tirano,
Déxame en paz,
Baste el tiempo mal gastado,
Que he seguido á mi pesar

Tus inquietas banderas,
Foragido Capitan.
Perdoname, amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Quatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
Amadores desdichados,
Que seguís milicia tal,
Decidme ¿qué buena guia
Podeis de un ciego sacar?
De un páxaro ¿qué firmeza?
¿Qué firmeza de un rapaz?
¿Qué galardon de un desnudo?
De un tirano ¿qué piedad?
Déxame en paz &c.

Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad
En ser labrador de amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré, cogí;

Aré una alterado mar,
Sembré en estéril arena,
Cogí vergüenza y afan.
Dexame en paz &c.
Una torre fabriqué
Del viento en la vanidad,
Mayor que la de Nembrot
Y de confusion igual.
Gloria llamaba á la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acibar,
Principio al fin, bien al mal.
Déxame en paz, amor tirano,
Déxame en paz &c.

LVIII.

Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Por una parte paredes,
Por otras rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra,
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,

En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion,
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
El verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda,
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna.
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
A los discretos nos niegan,
Y quando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
A questo cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas labrando
Pechos de camisa.
Cérrolas su madre,
Fúese por la villa
A dar parabienes,

Y á consolar viudas.
¿Qué ha visto en el tiempo,
Dixo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
¿Quién habla de dia?
¿Quién hay que nos lea?
¿Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios no sirva,
De que el sufrimiento
Desespere á priesa.
En corrillos andan
Todas las vecinas
Sembrando sospechas,
Cogiendo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acibar,
La soltura en cárcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida,
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre la mi madre

Miedo guarda viña,
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace
De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas valdías,
Que en la Iglesia pasan
Cuentas y mentiras.
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas
Pareceis nublado,
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy Teatina,
Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

LIX.

La niña imágen de amor,
A ser ciega como él ciego,
Y mas que la de sus ojos
Estimadas de su dueño;
Olvida del recato
De su altivo pensamiento,
Sin temer fiar su honra
De agenos atrevimientos;
A peticion de su alma,
Y á fuerza de sus deseos,
A quien dió puerta en sus glorias,
Abrió la de su aposento.
Hiciéronla confiada
Promesas y juramentos,
Y pensar que era de cerca
Cobarde de amor, qual de léjos.
Pero al fin desengañóse,
Y vió que ocasion y tiempo
En el corazon que ama
Engendran atrevimiento.
Hallóse presa en los brazos
Del que recibió en su pecho,
Y temerosa y cobarde

Le dice entre amor y miedo:
Mira que soy niña,
Amor, dexame:
¡Ay ay! que me moriré.
Paso, amor, no seas
A mi gusto extraño,
No quieras mi daño,
Pues mi bien deseas:
Basta que me veas,
Sin llegárteme,
¡Ay ay! que me moriré.
No por ser rapaz
Amor al quererse,
Tiene de comerse
La fruta en agraz.
Vivamos en paz,
Armas quédense,
¡Ay ay! que me moriré.
No hagas que yo riña
Lo que me alboroza,
Que soy tierna y moza,
Soy medrosa y niña.
Sin cerner la viña
¿Quiéres que te de?
¡Ay ay! que me moriré.
¿No seas agora

Por ser atrevido
Desagradecido
Con la que te adora,
Que si se desdora
Mi amor y tu fe,
¡Ay ay! que me moriré.
No seas injusto,
Ni me causes daños:
Ten miedo á mis daños,
Ya que no á mi gusto:
Que de aqueste susto
Grande mal tendré,
¡Ay ay! que me moriré.
Estima mi vida,
Si estimas gozarte,
Que no he de negarte
Quanto se me pida:
Verásme crecida,
Y tuya seré:
¡Ay ay! que me moriré.

LX.

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adorais,
Y vereis en mis desdichas

Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de veras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré
Cárcél de mi libertad,
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme qual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Díle el alma de mi pecho
Lo mas que le pude dar,
Que el niño amor como es dios,
Nunca ménos que almas da.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;
Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas:
Mas quando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dexóme como tirano,

A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que quando se goza el bien,
Nunca se acuerdan del mal.

LXI.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa,
Que para tan flacas fuerzas
Tan fieros golpes no bastan.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda varia.
Solo el tiempo me consuela,
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece,
Porque al fin todo se cansa.
Y así aunque me falta el bien,
No he perdido la esperanza;
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que atormente, ha de acabarse.

Corre, fortuna enemiga,
De mis bienes descuidada,
Sube á todos en tu cumbre,
Y á mí hasta el centro me baxa.
Triunfa á priesa de mis males,
Ríete de mis desgracias,
Enmudece en mi provecho,
Y para mi daño habla.
Dame disgustos sin cuenta,
Y ponme á los gustos tasa;
Que yo en el tiempo confio;
Y así aunque el bien me falta,
No he perdido del todo la esperanza.
Dicen que ve muchas penas,
El que tiene vida larga;
Mas yo bien poco he vivido
Y en tan poco he visto hartas.
Nada sino penas tengo,
Las glorias de mí se apartan,
Hallo en cosas ciertas dudas,
Sonme las propias contrarias.
Mas de la reciá tormenta
Salgo asido como á tabla,
Del tiempo que es mi defensa,
Porque al fin todo lo acaba.
Y así aunque el bien me falta

No he perdido &c.

Tengo un noble pensamiento,
Que me defiende y me guarda;
Si me derriban desdichas
En sus ombros me levanta.
De ordinario está conmigo,
Nunca de mi pecho falta,
Memorias tristes me cercan,
Y él solo las desbarata.
Alégranme en mis tristezas,
Pero no lo estímo en nada,
Sino que le ayude el tiempo,
Porque al fin todo lo acaba;
Y así aunque el bien me falta &c.

A orillas de Manzanares
Un ausente de su patria
Esto á su fortuna dice,
Que con él ha sido avara.
Y entre suspiros y quejas
Se volvió á mirar el agua,
Y cesando el llanto tierno
Le dixo aquestas palabras:
¡El curso llevas ligero,
Corres apriesa, y no paras
Pero acabaráte el tiempo,
Que el tiempo todo lo acaba.

Y así aunque el tiempo me falta,
No he perdido del todo la esperanza:
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que me atormenta, ha de acabarse.

LXII.

Hermosa, Señora mia,
Mas que el sol á donde nace,
Y á los ojos que te adoran
Mas que su luz agradable;
¿Qué importa que tu esperanza
Hasta el cielo me levante,
Si la gloria que prometes,
Dura poco, y viene tarde?
¿De qué sirve que amorosa
A mis suspiros te halle,
Y que te obliguen mis quejas
Atentamente á escucharme,
Si hermosa como fácil
Das de mi gloria señas,
Y luego arrepentida me desdeñas?
Si el atreverme á tu cielo
Quieres que sin causa pague,
Prueba mis ombros mas firmes,
Que los de Alcides ni Atlante.

Que no con alas de cera
Entrego mi vida al ayre,
Que soy pobre en las raices,
Y en la firmeza diamante.
¿Pero qué importa que sean
Quantas te he dicho verdades,
Y que tus ojos confiesen
La sinrazon que me hacen,
Si hermosa como fácil &c.
Si por humilde me niegas
El prémio de desearte,
¿Quién puede, lo que mereces,
Sino mi amor igualarte?
¿Para qué tu bello rostro
Me le muestras siempre afable,
Dando lugar á mis ojos,
Que en los tuyos se regalen,
Si hermosa como fácil &c.

LXIII.

Enemiga de mis glorias,
Hártate de mis agravios,
Que mas sufrimiento tengo,
Que rigor tu pecho ingrato.
Tu hermosura me ha vencido;

Pero no tus desengaños,
Que quanto mas me aborreces
Mas en tu yelo me abraso.
¿Cómo puede ser posible
En mí y en tí tal milagro,
Que tú me mates el alma,
Y que yo te adore tanto?
Por ser de mi fe testigos
Estas paredes de mármol,
Ya con mi llanto deshechas
Solo con ellas descanso.
Pero si viviste dentro
Seránme testigos falsos,
Que encantas con la belleza
Como otro Orfeo cantando.
Mi remedio está en la muerte,
Pero mi vida en tus manos;
Que porque jamas descanse
Vive mi muerte á tu cargo.
Pues no te cansa olvidarme,
No puedo cansarme amando,
Aborréceme riendo,
Que yo te amaré llorando.
Y en esta eterna porfía
Eternamente vivamos,
Porque no triunfe la muerte

De dos extremos tan altos.

LXIV.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,
Entre los vivos tú sola;
Oye despacio, y no témas,
Pues no ménos que tu sombra
Rezelan mis ojos tristes
La venida de la aurora.
En tanto que á estas murallas
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas!
No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura,
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario,
Que mi razon mucha ó poca
A contrastar no bastára
La tígre mas espantosa.

¡Cuitado del que llora &c.
Goza, cruel, tu sosiego,
Que esta mi voz temerosa,
Poco te ofende en quejarse,
Si con su daño te gozas.
Den voces por mí las piedras
Llamándote rigurosa,
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran.
Y si por yerro me vieres
Haz que de verme te asombras,
Que si el pecado es cobarde,
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas!

LXV.

A la sombra de un peñasco,
Entre juncos, y gamarzas
Donde comienzan á verse
Los ojos de Guadiana;
Encendiendo en lo interior
Fuego ardiente, y vivas llamas,
Lanzó una Pastorcilla
En el rio de su patria.

Mas ya no basta
Quando penetra al cuerpo, y llega al alma.
La atrevida que tiró
Dos flechas enerboladas,
Con los arcos de sus ojos,
Al ciego dios de la banda.
Acertóle al corazon,
La sagaz y libre Zafia,
Sacude el rapaz airado
El fiero dolor con rabia.
Mas ya no basta &c.
Enojado y ofendido,
Por menoscabar sus ansias,
Furioso arranca una de ellas,
Con la mano de venganza.
Abrasado el tierno pecho,
Y derretidas las alas,
La enviste el ayre, diciendo,
Allá vayas á Menalea.
Mas ya no basta &c.
Llore la rústica altiva,
Que me afrenta, y me amenaza,
Véngueme con su hermosura,
Castiguela con sus gracias,
Porque diga la severa,
Desabrida y alterada,

Entremos, fuego de amor,
A ver si ardeis en el agua.
Mas ya no basta &c.
Díle á mi retrato bello,
Que su furia enamorada,
A pesar de infames leyes,
Vive soberbio en mi Alcázar.
Y que mi gran amistad
Aun no merece sus plantas,
Significale mis daños,
En lugar de apiadalla.
Mas ya no basta &c.
Los agravios de Cupido
Le saliéron á la cara
A la pastorcilla exênta,
Presumida y porfiada.
Pues mas ligera que el viento
Licenciosa y desalada,
Se dexó caer ardiendo
En medio las ondas mansas.
Mas ya no basta &c.
No se burlen con los dioses
[illegible]s criaturas humanas,
[illegible] humillan los soberbios
[illegible]s humildes ensalzan,
[illegible]a la Pastorcilla

Metida en las ondas claras.
Perdóname dios de amor,
Que yo serviré en tu casa
Mas ya no basta
Quando penetran el cuerpo, y llega al alma.

XLVI.

Riselo un pastor de Tajo,
Que guarda cabras y penas,
Mezclando llanto, y suspiros,
De esta manera se queja:
¡Ay dura ausencia!
Acabe de matarme tu inclemencia.
El mundo á mi llanto acuda,
Oiga el cielo mis endechas,
Y de mi voz engendrado
Responda el eco en las selvas.
Ay dura ausencia &c.
Quando en Plasencia vivia,
Juzgaba mi dicha eterna,
Ausenteme, y dí ocasion,
Que la muerte se me atreva.
Ay dura ausencia &c.
De Tajo dexé la orilla,
Paseme á la de Pisuerga,

Y fué para que sus aguas
.Con las de mi llanto crezcan.
Ay dura ausencia &c.
Pisuerga, el gozar tus aguas,
¡O quánto al alma le cuesta!
Pues mi miserable cuerpo,
Sepultarán tus riberas.
Ay dura ausencia &c.
Buscando otro dueño huyen
de mí, mis flacas ovejas,
Porque, con mi llanto ardiente,
Les secó la verde yerba.
Ay dura ausencia &c.

INDICE DE ESTE TOMO.

A[illegible]uel Caballero, madre.	Pág. 89
Acom[illegible]ñado, aunque solo.	126
A la sombra de un peñasco.	331
Al camino de Toledo.	137
Al dulce y sabroso canto.	231
Algunos tiempos pasados.	33
Al lado de Sarracina.	128
A los suspiros de Audalla.	133
Al pie de un roble escarchado.	201
A media legua de Gelves.	135
Andaba con diligencia.	29
Apolo con su laurel.	208
Aquel valeroso Moro.	144
Aquel rayo de la guerra.	149
Aquí entre la verde juncia.	203
Arriba gritaban todos.	174
Así no marchite el tiempo.	171
Batiéndole las hijadas.	176
Bella Zayda de mis ojos.	181
Cansadas lágrimas mias.	309
Cie[illegible] que apuntas y atinas.	314
[illegible]os cuidados guerreo.	[illegible]73
[illegible]plando estaba Filis.	[illegible]7
[illegible]ren el ayrado cielo.	279

Decidme vos pensamiento. 77
De las africanas playas. 212
De los trofeos de amor. 103
Desconsolado de mí. 32
Desque de vos fuí partido. 16
Desnudos árboles de hoja. 262
De su querida Amarilis. 252
De una guija en otra guija. 289
Deten tu curso fortuna. 324
De tus tristezas Riselo. 225
Diamante falso y fingido. 153
Dí, Zaida, ¿de qué me avisas? 191
Durmiendo estaba el cuidado. 76
El Alcayde de Molina. 121
El tronco de ovas vestido. 199
En competencia del dia. 298
Enemiga de mis glorias. 328
En este mar de cuidados. 311
En gran peligro me veo. 71
Enlazados los cabellos. 223
En los tiempos deleytosos 86
En la prision está Adulce. 130
Entre los sueltos caballos. 161
En [illegible] qne la tormenta.
[illegible] dorado balcon.
En un céntro tan malvado.

En un prado coronado. 258

En una cabaña pobre. 239

Escondete en tu cabaña. 260

Estando triste seguro. 39

Estando mi sentimiento. 6

Fonte fria, fonte fria. 75

Funestos y altos cipreses. 237

Galiana está en Toledo. 124

Herido amor con las armas. 207

Hermosa, Señora mia. 327

Yace donde el sol se pone. 275

Yace al pie de una alta sierra. 297

Ya la gran noche pasaba. 1

Ya no me quieras, Lisarda. 303

Yo mera Mora Moraina. 79

La bella Zayda Zegri. 97

La grandeza de mis males. 18

La niña imágen de amor. 320

Las riberas de Xenil. 156

La tierra, el monte, el valle. 243

Los fuegos que mi encendiéron 41

Los que vivis en rezelos. 305

Mal os quieren Caballeros. 160

Mi... xilguerillos. 290

... Celio una Yedra.

... una clara fuente. ...1

Mirando un corriente rio.	263
Mira, Zayde, que te aviso.	188
Mira, Zayda, que te digo.	179
Moza tan fermosa.	92
Noche perezosa y larga.	292
Noche templada y serena.	330
No es razon, dulce enemiga.	116
No la Reyna de las aves.	141
No en azules tahelies.	112
No quieres que viva no.	70
No sé por qué me fatigo.	73
¡Ocho á ocho, diez á diez.	184
¡O desastrada ventura!	35
¡Olvidada del suceso!	286
¡O quién pudiese deciros!	5
¡O rabiosas tentaciones!	3
Partir quiero yo	91
Peñas del Tajo deshechas.	268
Por arrimo su albornoz.	114
Por la calle de su Dama.	196
Por la plaza de San Lúcas.	100
Por Mayo era, por Mayo.	80
Porque corre á despeñarse.	106
Por su amor desamorada.	224
Por [illegible] sauces y mirtos.	
[illegible] los Jardines de Chipre.	

… un dichoso favor. 256
… camino muy solo. 81
… pido ventura. 72
Presta la venda que tienes. 242
Quando de los enemigos. 166
Quando de mi sol los rayos. 214
Quando cesarán las iras. 220
Quando entendí que tenia. 240
Quando la mar alterada. 250
Quando las sagradas aguas. 255
Quando la esposa de Febo. 229
Quando pienso que nací. 63
Quanto mas léjos de tí. 91
¿Qué importa que mis suspiros? 307
Quien dixese que la ausencia. 282
Recoge la rienda un poco. 139
Recuerde el alma dormida. 44
Reduan, á noche supe. 116
Riselo un Pastor de Tajo. 334
Rosa fresca, rosa fresca. 74
Rosa fresca, rosa fresca. 80
Sacáronme los pesares. 84
Sal… un juego de cañas. 106
… estrella de Venus. …4
… grimas que viertes.
… corazon.

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018

Sobre moradas violetas.
Soledad que aflige tanto.
Todo placer me desplace.
Triste estaba el Caballero. 7
Triste estaba el Caballero. 8
Tristeza me impide el veros. 271
Triste memoria enemiga. 277
Una estatua de Cupido. 217
Vete, amor, vete. 227
Vinose Ines de la aldea. 273
Vivo sintiendo placer. 70
Zelimo, si á España fueres. 109

00101846